



JUAN LUIS VIVES
OBRAS
COMPLETAS



Tomado de Icones Virorum Illustrium de J. J. Broissard. Grabado por Theodore de Bry. Al parecer está basado en el retrato de Boulonois.

JUAN LUIS VIVES

OBRAS COMPLETAS

ERRATA IMPORTANTE

En la pág. 946, Diálogo XIX (*El príncipe niño*), columna 2.^a, línea 22, se ha incluido, por error, una nota del traductor, que debe figurar al pie de página, independientemente del texto. Dicha nota comienza así: «El respectivo concepto en que...», y termina en la columna 2.^a, línea 5.^a, de la pág. 947: «buen fraile por confesor...»



M. AGUILAR
EDITOR
MADRID - 1948

JUAN LUIS VIVES

OBRAS COMPLETAS

PRIMERA TRASLACION CASTE-
LLANA INTEGRAL Y DIRECTA,
COMENTARIOS, NOTAS Y UN
ENSAYO BIOBIBLIOGRAFICO

JUAN LUIS VIVES, VALENCIANO
POR

LORENZO RIBER
de la Real Academia Española

TOMO SEGUNDO



M. AGUILAR
EDITOR
MADRID - 1948

OBRAS
POLITICAS

CONCORDIA Y DISCORDIA

EN EL

LINAJE HUMANO

(DE CONCORDIA ET DISCORDIA
IN HUMANO GENERE)

ANTWERPIÆ IN RAPO EXCEDEBAT MICHAEL HILLENIUS

(1529)

JUAN LUIS VIVES

A CARLOS V, CÉSAR AUGUSTO, REY DE
LAS ESPAÑAS: SALUD

PUESTO que en una tan prolija serie de guerras que, con fecundidad increíble, han nacido las unas de las otras, toda la Europa sufrió daños gigantescos y en casi todos los órdenes está necesitada de una grande y casi universal reconstrucción; con todo, de ninguna otra cosa necesita con más agudo apremio que de su inmediato apaciguamiento y concordia, que se difundan y comuniquen a todas las humanas actividades. Vemos los campos mustios y asolados; arruinados los edificios; unas ciudades igualadas con el suelo, y las otras, evacuadas y desiertas; las subsistencias, escasas y a precios inasequibles; las letras, descaecidas y perdidas casi del todo; la moral, rota; pervertido el juicio y trastornado hasta un punto tal, que a los cri-

menes los da consideración de buenas obras. Todo este complejo de desgracias pide, exige y, de rodillas, implora una reparación enérgica y radical. Esos tristes relieves de instituciones, que fueron gloriosas, claman a voz en grito y pregonan con inequívoco acento desgarrador que no podrán subsistir un día mas si no reciben socorro inmediato. Pero aun cuando una mano enérgica emiende la situación y la reponga en el mismo estado y cumbre de donde se derrumbó, no se mantendrá a buen seguro en ella por mucho tiempo, si no es apoyada y fortalecida por la paz y la concordia. La disensión fué lo que la precipitó de su cima; disensión no ya solamente entre los príncipes, sino también entre los particulares, y esta misma disensión la derribará todas cuantas veces a ella se allegare.

Ninguna otra cosa hay en las actuales circunstancias tan necesaria al mundo, si ha de permanecer en

pie y no caer en un desmoronamiento definitivo, como la concordia. Sola la concordia restablecerá lo caído, retendrá lo fugitivo y restaurará lo ya perdido y casi desesperado.

Sea quien fuere el que provocare este feliz alumbramiento de la Naturaleza, tan amado del Cielo, esa bendita merced de Dios que al universo mundo traerá ventura tanta, ese próspero acaecimiento, mediante el cual Dios, ya más aplacado y benigno para con las cosas humanas, devolverá la paz a su pueblo, yo digo que a ese reparador, a ese bienhechor la Humanidad le será deudora del crecido cúmulo de los bienes todos. ¡Ojalá, a las muchas personas particulares a quienes Dios inspiró para ese empeño una gran voluntad, hubiérales dado una pareja posibilidad! ¡Ojalá, Dios, que a vosotros los príncipes y poderosos del mundo concedió esa posibilidad, la hubiera coronado dándoos la decidida voluntad!

Cierto es que tú levantaste una como bandera de esperanza para la pacificación del mundo, por manera que podemos halagarnos con la creencia de que ese tu pecho generoso abriga aquellos dos requisitos esenciales, la voluntad y el poder, de modo que así como puedes levantar y redimir el pueblo y el nombre cristianos de la postración en que están sumidos, lo quieres también, con voluntad proporcionada al magnánimo deseo. Demuestran tu poderío tantos reinos como tú gobiernas, adquiridos no a precio de sangre ni matanza humana, sino recibidos en herencia de tus mayores, y eso por oculto consejo de Dios, que trabó parentescos entre tantos y tan grandes príncipes, tan distanciados por su origen y por sus dominios, para que tú, con esos impre-

vistos acrecentamientos, resultases el príncipe glorioso que eres. Al nombre de rey, que ya de suyo es noble y magnífico, allegóse la sagrada y augusta dignidad imperial, ante la cual todas las otras ceden.

Comprobada quedó la ventura de tu nacimiento con tantas victorias como se te ofrecieron fuera de toda esperanza, por manera que no solamente fueron quebrantados ejércitos potentes y se tomaron ciudades numerosísimas, sino que los dos principales caudillos del mundo cristiano vinieron a manos tuyas: Franciscó, rey de Francia, a despecho del brillante poderío militar que todos sabemos, y el Sumo Pontífice, Clemente VII, no solamente el primero de la eclesiástica jerarquía, sino poseedor de abundantes recursos, extensos dominios y considerable fuerza armada. Uniéronse numerosos reinos y naciones en una coyuntura de formidables proporciones; trabaron una alianza con gran sonido de palabras amenazadoras y con implacables condiciones para quienes no entrasen en ella. Tú, con tu espada, como aquel famoso nudo gordiano, cortaste aquella trabazón temerosa, hasta el punto que ya no hay nadie que no vea claramente que tan grandiosos y gloriosos éxitos no son obra de esfuerzo humano, sino de auxilio divino que te allana y apareja el camino para alguna empresa muy grande, si tuvieses decidida voluntad de entrar en él. Y de esa voluntad decidida diste muchas pruebas, y de una manera especial con aquella tan inequívoca, a saber: que tú, con uno y otro prisionero tuyo, por hallar alguna paz, te condujiste con tal mesura y mansedumbre, que tuviste que soportar el reproche de los tuyos, porque, a juicio suyo, soltaste al uno y al otro

con generosidad y benignidad demasiadas. Y aun aquellos mismos que en aquella deliberación trascendental asistiéronte como consejeros, fueron objeto de críticas desfavorables; mas a ti, que sentías una prisa generosa para llegar a la paz, sonreíate tentadoramente todo camino que condujese a la concordia.

Pero hasta aquí, porque no lo ignores, no hiciste más que echar los cimientos de obras muy grandes; pues aun en aquellas que traes entre manos y que todos esperamos y nos prometemos de ti, apenas diste los primeros pasos y nos ofreciste los primeros síntomas, confirmándonos en la esperanza de las que todos, como con derecho propio, reclaman de ti. Porque puedes hacerlas, las exigen de ti como un deber, y porque quieres y las empujaste ya, como una deuda. Nadie habría ya que no se lamentase de haber sido defraudado y decepcionado, si echases el pie atrás y renunciases a proseguir todo cuanto te queda de camino. Esas virtudes que ya te conocen y que te valieron en el concepto de todos una tan lisonjera opinión, han sido como un anticipo y un compromiso de que vas a conservarlas y aun a acrecentarlas, y a satisfacer, en una palabra, la general expectación. Somos así: de la virtud inédita ninguna cosa esperamos que creamos que nos es debida; mas de la virtud experimentada lo esperamos todo con irrenunciable certidumbre. Cuando pusiste el pie en ese estadio honroso de bellas y ejemplares acciones, y apenas te habías despedido del punto de partida, no osábamos exigirte ni aun la mitad de las que consumaste ya; mas, puesto que esos comienzos prometen realizaciones gigantescas, te las reclamamos gigantescas; como si nos hubieran sido prometidas

y fuesen ya, por tanto, nuestras efectivamente.

Pero sube un poco más arriba, y con un mayor y más reverente sentido de responsabilidad, hazte cuenta que ya no solamente las debes a los hombres, sino al mismo Dios todopoderoso y santo, que con cuanta mayor bondad te trató, con tanta y tan proporcionada diligencia conviene que tú te esfuerces y porfies por hacerte digno de benevolencia tan singular. Padre tuyo como es y tú, hijo sumiso y complaciente. Si yo me persuadiera que tú abrigabas en tu ánimo una arrogancia e impiedad tal, que creyese que esos sucesos gloriosos que te acontecieron son obra de tus fuerzas o de tus facultades y consejo, con muchas y poderosas razones pugnara yo por arrancar de tu convencimiento esa temeraria presunción, que fuera la más pestilente de las calamidades. Pero como sé que tú todas las refieres a Aquel de quien las recibiste, y cuya mano te las concedió con largueza, no tengo por qué consumir en este empeño una estéril abundancia de razones. Fueron de tal relieve las cosas que sucedieron en tu rededor, que no ya solamente tu presencia modesta y tu fina religiosidad, sino que aun el más necio vulgo entiende claramente que algún designio grande, insólito, maravilloso, madura en sus consejos sapientísimos la Divina Sabiduría, dado caso que tú te exhibas instrumento dócil, no ya de la ira y del castigo de Dios contra nuestras maldades (¡aparte Dios ese azote de nuestras espaldas!), sino de su infinita clemencia; por lo cual, decidido del humano linaje, ponga, por fin, en nosotros sus ojos propicios y benignos y no nos inflija la pena que merecemos, sino que nos inspire tal espíritu de humildad y cor-

dura que nos reconozcamos merecedores de las penas más aflictivas y las conjuremos, trocando el corazón y las obras. Decretaste la marcha a Italia; suspensos están los ánimos de toda Europa, y aun de Asia, del resultado de esa expedición; tienes puestos en ti los ojos y los oídos de todos, fijos con ahinco obsesionado en esa tu empresa. ¿Qué pretendes conseguir con ese titánico proyecto? ¿Cuál será su resultado?

Todos los buenos y los que te conocieron de más cerca esperan con la más inalterable de las certidumbres que esa iniciativa tuya será la consumación y perfeccionamiento de las máximas realizaciones a que ya diste comienzo y que en ti parece muy bien que proyectes y que sin duda proyectas en la actualidad, si ya no constituye un lindo y muy sabroso engaño nuestro todo cuanto hiciste hasta ahora y todo lo que nos cuentan los que hablan de ti con familiaridad más documentada y conocen las interioridades de tu corte. Aparejo de tal extensión y corpulencia, empeño de trascendencia tal y la sensación que ocasiona tan profunda, que parece que España se arranca de su raigambre y de su asiento no se realiza para ningún alarde de poderío ni por recoger algún rumor de fama huera que lisonjee la vanidad. Y ¿qué cosa hay más ajena de la gravedad solemne de las circunstancias? Ni tampoco se encamina a sojuzgar a Italia y pescar esa anguila que con su piel de tan viscosa lubricidad se te escurre de las manos que reciamente la aprisionan (¿y qué otra cosa conviene menos a tu prudencia sagaz y a tu experiencia cautelosa?), ni nuevo como eres y advenedizo, pasas a informarte personalmente del estado de Italia. Nadie abriga la duda más ligera de que tu pecho

concibió algo sólido, algo transferible a la posteridad, algo que quede y permanezca, una obra, en fin, como el mundo la desea, porque la necesita con apremio, a saber: la paz entre los príncipes, hasta el límite de lo posible, firme y duradera; la concordia de las opiniones, que yo veo tanto más difícil-cuanto más útil y necesaria la conceptúo que la paz entre los príncipes. El estado de los príncipes, que en fuerzas humanas se apoya, dómale una potencia mayor, con el progreso se cansa, cede al empuje del tiempo, está al acecho de las ocasiones, es esclavo de su propio curso y, por fin, se muda con las voluntades que hartas veces se afectan y se dejan conducir por respetos de bien poca monta; mas las opiniones y los pareceres que se asientan en realidades, después que al calor de las pasiones cobraron pujanza y ganaron tiempo, perseveran ardientes y pertinaces, y ello tanto más cuanto se les acerca algún obstáculo exterior.

Entonces, bien así como el fuego, levemente rociado levanta y aviva más sus llamas, no temen poder alguno; libres y dueñas de sí, no tienen cuenta con los tiempos y no pueden salir de otra manera que de la manera que entraron, es decir, con alguna apariencia de verdad. Las amenazas y el alarde del terror pueden, es verdad, coaccionar los cuerpos, pero no pueden coaccionar los entendimientos, que están fuera del alcance de la violencia humana; mas aquellos movimientos y afectos excitados del espíritu, tan perturbadores como una enfermedad grave y peligrosa, si no se tocan con sumo tiento, la misma cura los encona y promueven mayores motines y alborotos; pues son morosas de suyo, estas pasiones, son

difíciles, violentas, desmandadas, carniceras, crueles; rechazan con indignación las manos del médico, especialmente si traes el remedio contigo por manera que tengas que deslizarte más que no entrar para la salud.

Ya ves cómo en ese próximo Concilio ecuménico, de cuya reunión dícenme que estás sobre manera solícito, y sin el cual no podemos pasar más tiempo, so pena de nuestra perdición, en ese Concilio ya ves que teniéndose que poner remedio a opiniones tan depravadas y torcidas, se impone la previa tarea de ablandar y mitigar la exasperada braveza de unas pasiones de tal complejidad, que en algunos temperamentos se transformaron en odios implacables; harto entiendes cuánta delicadeza y tacto son menester y cuánta habilidad y cuánta y aguda y cuán rara y cuán exquisita prudencia.

Jamás hubo en la Iglesia Concilio en que tuviera que atenderse a la curación de dolencias tan críticas y mortales y, por ende, ningún otro en el cual cualquier desacierto que se cometiere ocasionase crisis más aguda, seguida, acaso, de ruina más inmediata y grave. La Iglesia toda se apoya en la esperanza y expectación de este Concilio, donde hallar la medicina para una salud tan comprometida y tan al cabo. En este Concilio, si se hace alguna concesión a las humanas pasiones, si algo impe-trare el respeto personal, si la influencia puramente humana consiguere algún decreto en su favor, contra la justicia y la religión, contra la verdad y la equidad, si todo no se pondera y aquilata exactísimamente con gran sabiduría, cordura y el más exquisito sentido de la piedad, causa horror el pensar, es arduo de creer y repugna el labio

decirlo cuán grande herida y cuán mortal se infligirá a la religión: ¡Ay, en cuán arriscada cumbre contemplo el resultado de tus planes! ¡Cuánta gloria aparejada allá en lo sumo! ¡Qué premio tan grande por parte de los hombres, aun cuando sea liviano y efímero y contentible, pero de parte de Dios, macizo y sempiterno! Jamás en lo ruin se asienta la alabanza máxima. Y si tanta es la vigilancia y desvelo que tiene que desplegar aquel que pone su esfuerzo en enmendar y restaurar la moral decaída y descaminada de una, casa sola, ¿qué piensas que tendrá que hacer el que asumió sobre sí la reinstauración de casi toda la redondez del orbe y tiene que sostenerla y apoyarla en sus vacilaciones, no de otra manera que la mitología lo cuenta de Atlante, a quien, decaído de cansancio, Hércules se prestó para un breve rato como sustituto, o no sé si tú, en esas columnas de tu escudo, quisiste significar algo así y te consideres como un segundo Hércules, con la misión de socorrer a Atlante? Sin mitologías, sin alegorías, algo no desemejante de esto es lo que es menester que hagas si has de continuar en la misma dirección de tus comienzos. Tienes que exteriorizar toda la agudeza de tu ingenio; tienes que manifestar la luz de tu corazón y de tu juicio; tienes que actuar, tienes que vigilar. Muchas son las cosas que tienes el deber de conocer por el testimonio directo de tus oídos y de tus ojos; y muchas otras que tienes que averiguar de unos hombres cuya lealtad, sabiduría y experiencia tengas conocidas y comprobadas; y muchísimas otras de la lectura de aquellos tratados políticos que es razón que los príncipes manejen. Estos libros te darán consejos desinteresados, no corrom-

pidos por ninguna vena de lisonjera adulación ni debilitados por ninguna consideración de tu poderío. No hay agua más pura que la que se toma de esos manantiales.

Mas acerca de este punto formé hace tiempo el propósito de escribir para ti y con cierta extensión algunos comentarios. De momento, te escribo acerca de lo único que todos los hombres, sin excepción, requieren, desean, suspiran con anhelo tan vivo y tan premioso, que no faltan ya quienes casi perdieron la esperanza: *Concordia del linaje humano en cuatro libros*. Añadí determinadas consideraciones acerca de la discordia, a fin de que por comparación y contraste se aquilate mejor cuánta sea la virtud y la excelencia del buen acuerdo. Acumulé en ese volumen todas cuantas ideas se me ocurrieron con el tiempo en asunto tan vario y tan importante, pues no tiene fin lo que decirse puede sobre los bienes de la concordia y los males de la discordia. En la primera parte estudié dónde y cómo nació la concordia entre los hombres, y cómo la discordia creció dolosamente cual cizaña no buena en

sementera buena; luego, cuán rabiamente los hombres practican la discordia entre sí, y de estos orígenes y fuentes, por decirlo así, qué bienes dimanen y qué males, y, finalmente, cuál sea el procedimiento mediante el cual los hombres conserven entre sí la verdadera concordia y paz. Parecióme bien dedicarte esta obra a ti, en cuya mano eficiente y en cuya voluntad poderosa está puesta una gran parte de la quietud y de la concordia humanas. Con ello, según espero, no hago más que exhortar a la carrera a quien corre ya gallardamente. No escribo para ti sólo, sino a todos, por ti, así a los príncipes como a los particulares, para que todos a una acudan a tiempo a remediar ese desconcierto y bancarrota general. antes que se precipiten definitivamente en un despeñadero del cual no puedan librarse, a pesar de toda la voluntad y los más bien intencionados esfuerzos; cosa que no quiera Cristo. A Cristo ruego que siempre pienses y ejecutes aquellas obras que te han de acarrear provecho a ti y a tus reinos, o, mejor, a la Iglesia toda.

En tu Brujas, 1 de julio de 1529.

LIBRO PRIMERO

ORIGEN DE LA CONCORDIA Y DE LA DISCORDIA

Muchos y variados son los sistemas y modos que tiene el género humano de obrar el mal, así en el intento como en la obra. Algunos de éstos halagan y convidan con el aliciente previo de un placer inmediato o dejan detrás de sí algún provecho, por manera que aun cuando son malos y no puedan defenderse con una excusa razonable, con todo, para

los caracteres depravados tienen alguna apariencia y sombra de justificación, por cuanto se considera que trajeron alguna utilidad, aun cuando bajo un ahorro ficticio se esconde un quebranto incalculable, si bien es tan transparente su disimulo que no resulta difícil para nadie que en ello paré mientes descubriéndolo y cogerlo casi con la mano. Y, en cam-

bio, hay otros géneros de vicios y maldades tan emponzoñados y saturados de malicia, que aun cuando solicitan el ánimo poderosamente, con todo, no ofrecen el menor asomo ni de placer ni de provecho; muy al revés; prometen espinas y angustias sin cuento; sobresaltos, tristezas, daños y desgracias. Un arrebato de impetu nos arrastra, y luego que nos hemos entregado a ellos y con ellos descendido hasta la hartura, vejados de molestias, quebrantados de trabajos y de perjuicios, vueltos a nosotros mismos, nuestro asombro no tiene fin de cuál pudo ser la fuerza que a ellos nos arrempujó. Y al no poder hallar una disculpa medicame de nuestro entuerto, lo achacamos a venganza de la Divinidad, contra nosotros enojada. De este linaje y laya es la discordia, monstruo devastador de las generaciones humanas, que no trae consigo gusto que le alcahuetee ni provecho que le disculpe, sino el nítido cortejo de todas las incomodidades y males que decirse pueden.

Lo primero que se me ocurre es que así como la paz, el amor, la concordia nos mantienen en nuestra naturaleza y dignidad humana, así la discordia y la disensión no nos dejan ser hombres, nos obligan a degenerar de la prestancia de nuestro origen y de nuestra estirpe, y no tanto nos convierten en fieras como en aquellos espíritus que por el ejercicio que practican llamamos diablos. Todos los restantes seres animados, de tal manera quedaron organizados por Dios, soberano Hacedor de todo, que cada cual vive para sí con fuerza suficiente y no reconoce a su prole más tiempo del que, necesitada de la ayuda de los padres, requiere para llegar a un determinado ereclimiento, pues tan pronto como puede subvenir por sí mismo

a su propia defensa y sostenimiento, despídese de sus padres para siempre, goza vida autónoma, mira por sí, con independencia y en lo sucesivo ya no los reconoce más.

Cuentan como una de las maravillas de la Naturaleza, aquellos autores que de ella se ocupan, que la cigüeña alimenta a sus padres, cascados por la vejez tanto tiempo cuanto ella, joven e implume, fué por ellos mantenida en el nido, por manera que ese cuidado piadoso dió origen al vocablo griego significativo de la gratitud, tomado del nombre de la cigüeña. Este fenómeno de piedad reprende la ingratitud de muchos hombres, que olvidadizos o aborrecedores de los beneficios, pasan al lado de sus bienhechores sin demostrarles afecto o, lo que es peor, los insultan y les ocasionan daño, correspondiendo con maléfica voluntad a su obra benéfica. Por lo demás, la piedad de la cigüeña más es indicio de gratitud que de instinto de asociación; a las agrupaciones de ovejas, grullas y otros animales de este género, más les conviene el nombre de manadas que de compañías. No sin gran admiración contemplamos la República como la ciudad de las abejas, con domicilios ciertos y con su rey, a quien ellas no veneran menos que, como dice Virgilio, *le venera el Egipto, o la espaciosa Lidia, o los pueblos de la Partia, o el Hidaspes de la Media*. Pero si uno estudia con mayor diligencia este, digamos, fenómeno social, hallará que más es una especie de concierto para la consecución de un fin determinado que sociedad o amistad. Demuestra la exactitud de esta observación el hecho de que salidas fuera, alejadas de su tarea, ya ni se acuerdan de su República ni de su común ciudadanía, ni distinguen a sus conciudadanos.

nas y contubernales de las extranjerías y advenedizas. A su vez, el examen más atento del hombre, ese animal augusto, revelará que no solamente nació para la religión con Dios y la sociedad con los hombres, sino que para ello está esencialmente hecho, formado y provisto. Por una rica dignación divina se le dió una fuerza de ingenio soberana, con tendencia a la elevación que le levanta al cielo y hace que lo recorra todo, como también el orden y la naturaleza de la creación, y no contentándose con ello, penetra hasta el Autor y Padre de todas las criaturas y se hace capaz de su Divinidad. Superflua parecería esa dádiva soberana si no se refiriera a la religión y a la adoración de Aquel cuya naturaleza barruntó su mente. Bien así como acontece en la sociedad humana, en la cual, si alguno de sus miembros descuella sobre los demás por alguna cualidad insigne, por natural impulso le queremos amar y distinguir y hacernos sus conocidos y, hasta donde se nos concede, unirnos a él por amistad, por trato y familiaridad afectuosa y estrecha, así también, subidos como por la escalera de los seres creados a la contemplación de aquella divina y todopoderosa naturaleza, conocida su increíble virtud, enciéndese el ánimo en el amor y observancia de tan grande Bien y no tiene punto de reposo hasta que, hecho ya de El más conocido, disfrute de su amistad como del más trascendente de los bienes todos.

Luego vuelve el espíritu humano a descender a sí y a sus semejantes, y con el mismo vigor y celeridad de su mente excogita las artes y los instrumentos no ya para simplemente vivir, sino también para que, gracias a esas invenciones, el ser humano, dejada la fiera de su ma-

licia natural, se amanse y se torne más apto para esta sociedad de que hablamos. Y ese su espíritu de invención no trabaja para él solo, sino para la comunidad de los demás hombres, aun cuando no piense, en tal sociedad y concierto, por qué se manifiestan claramente en el hombre, aun fuera de su intención, con enérgica espontaneidad, esos instintos de asociación y convivencia humanas. Hartas veces esos hombres conságranse al descubrimiento de unas artes de las cuales saben que jamás han de hacer uso, como aquel agricultor de quien habla Cecilio, el cual, llegado a una extrema y quebrantada vejez, como sembrase árboles y se le preguntase para quién los sembraba: *Para los dioses inmortales—respondió—, que quisieron que otros los sembrasen también no para sí, sino para mí; así lo hago yo, no para mí, sino para los venideros, quienes, a su vez, prestarán a la posteridad este servicio obsequioso.*

La sociedad humana no se encierra en los límites de esa vida mortal, sino que pasa allende, por manera que los mismos que viven parece que están votados a la veneración de los muertos. Tiene el hombre determinados movimientos del espíritu, vehementes y excitados, no sin alguna perturbación; que le aguijan a separarse de esa concordia, como son la soberbia, la altanería, la envidia, la ira; mas el muy benigno Autor de nuestra naturaleza atribuyó en los restantes animales el supremo derecho a esos movimientos y como la potestad sin provocación. La bestia va arrebatada allá donde la empujan el miedo, la esperanza, el amor o el odio, y no puede volver el paso atrás y retroceder, pues los tales afectos y pasiones señorean la bestia por completo. Mas en nosotros, por una am-

plísima concesión y dádiva, separó Dios todos los alborotos y movimientos pasionales del gobierno del hombre, como esclavos viles y malos, y los quiso sujetos al alma generosa y noble, y les dió por dueña una voluntad libre y no vejada que, despreciando los tumultos de la pasión y no haciendo ningún caso de sus gritos, determinase todo lo que a ella le pluguiere; añadióle la razón, guía y consultora de las obras que nunca exhorta a la voluntad; a la discordia o al odio, sino que siempre la mueve suavemente al amor, a la concordia, a la quietud, a la justicia, a la equidad, a todo género de bondades y de virtudes. Y no puede la voluntad apartarse de sus consejos sin despojarse previamente de su dignidad humana y trocarse en fiera o en cosa peor que la fiera. Y por no alargar excesivamente este tratado con la enumeración de esas no sólo preesas gloriosas de nuestra mente con que nos enriqueció la divina largueza, sino con esotros preciosos instrumentos, voy a tratar luego al punto de la memoria, a quien con todo derecho solemos llamar la tesorera de nuestra alma.

La memoria no reside en los animales de la misma manera que en el hombre. Ellos no se acuerdan de los padres, ni reconocen al mejor, ni sienten el aguijón exquisito del amor de la patria o la sutil dulzura de la piedad. Por eso, sueltos y sin ley, dóciles a su instinto natural, pasan su vida, atentos no más que a lo presente e inmediato. El hombre, en cambio, se acuerda de sus padres, parientes, ayos, preceptores y maestros, de todos aquellos, en una palabra, que de una u otra manera le hicieron bien, para simple recuerdo del beneficio o para su remuneración, si el caso viniere. Nin-

guna otra cosa hay como ésta de tan eficaz conveniencia para la defensa y conservación de la sociedad, cuando se acuerda de las leyes y de los magistrados para obedecerles, de los ciudadanos y de los que con él conviven para ayudarles. En resumen, todo el género humano no mira a otra cosa sino a los miembros de la sociedad de que forma parte, para que, como se lo avisan la semejanza y la comunidad de naturaleza, no ignore que nació para el provecho de todos y porque no deje pasar ocasión alguna de practicar el bien ajeno, sabedor de que esa preterición no es posible sin violar las leyes de la Naturaleza, es decir, de Dios, creador de todos los seres y de la misma Naturaleza, por manera que desertar de los mandatos de la Naturaleza equivale a hacer a Dios una injuria notable, como si El hubiera establecido algo que mereciese nuestra reprobación. Inequivocos son todos estos indicios de concordia y de convivencia social; pero no hay ninguno más evidente ni más convincente como el de que se nos fué dada el habla, facultad de que carecen todos los animales restantes. Ninguna necesidad tenemos del habla para tratar con Dios, que mora en los más íntimos repliegues de nuestro pecho y que nos conoce más que cualquiera de nosotros se conoce a sí mismo. Ni nadie necesita del habla para tratar consigo. El lenguaje concedióse a los hombres en interés de los hombres. No podía imaginarse instrumento mejor para la comunicación de los hombres entre sí, para que cada cual pudiese manifestar a otro o revelar él por sí todo cuanto tuviese encerrado en su pecho o en su pensamiento, o explicar lo que ocurrió en alguna parte o en parte alguna ha de acontecer. Ninguna otra cosa

hay que no pueda expresar el hombre y como por un embudo no pueda transfundir y como trasegar de la mente propia a la ajena. La costumbre hace que no nos detengamos a considerar cuán maravillosa dádiva de Dios es ésta; pero sin posible contradicción, es muy grande. Y no es menor maravilla el que los sonidos tan varios del lenguaje humano estén comprendidos en ciertos signos expresivos de letras, y de aquí nació su uso. Los que jamás las vieron, como acontece en los pobladores aborígenes de las remotísimas islas del Océano, descubiertas por nuestros hombres en su navegación hacia el Occidente, ni por intuición ni por conjetura pueden comprender cómo ello sea posible. Y del mismo modo que la lengua y los vocablos están puestos al servicio de la sociedad inmediata y son el aglutinante de la vida común, así la escritura une a los pasados con los venideros y de muchas y distanciadas edades hace una sola. Los escritores hablan con una posteridad que todavía está por nacer, y ésta con unos escritores que ya hace siglos que murieron.

Al don de la palabra añadióse otro don, que solamente en el hombre tiene expresión inteligente, a saber: el rostro, que en nariz, frente, boca y ojos especialmente, es eficaz y significativo y viene a ser como el acento e intensificación del habla. No otro lenguaje emplean aquellos a quienes la Naturaleza quitó el uso de la lengua, a saber: los niños y los mudos. Y aun los hombres dotados de mayor facultad experimentan muy vivo el auxilio de la elocuencia del rostro y no renuncian fácilmente a ese no liviano socorro de la persuasión. Y así como no lo tiene ningún otro animal, con la única excepción del

hombre, por esto la expresión que posee el rostro era necesaria a quien había de vivir en sociedad, puesto caso que muchas veces más claramente el rostro nos significa lo que esconde el pecho, que no lo revela la palabra. Muchos son los engaños que el lenguaje encubre, plegable y dócil en exceso al antojo de quien lo usa. Ni el rostro tampoco muchas veces deja de ser falaz y compuesto a capricho; pero es más difícil hacer mentir al rostro que a la palabra, especialmente en los hombres de carácter ingenuo o tan dominados por la impresión que arranca al rostro la máscara de la voluntad ficticia, y por más esfuerzos que haga no puede la voluntad torcer aquel súbdito suyo a lo que quiere saber, al disimulo. Por esto es por lo que vemos hartas veces que al lenguaje redondeado y pulido lo denuncia la simplicidad del rostro.

Dios, para demostrar cómo había de ser la sociedad futura, envió el hombre a la luz de esta vida, inerte en absoluto. A los restantes animales les atribuyó armas variadas, bien ofensivas, bien defensivas; al león, al oso, al lobo, dióles zarpas y dientes y fuerza grande en sus músculos y en su cuerpo todo; colmillos al jabalí y al elefante, uñas al caballo, astas al toro, pinchos al erizo y al escorpión veneno. Animales hay que alternan con toda seguridad entre sus desemejantes con la protección de conchas y cueros muy espesos, y cuando no hay otro recurso, la ligereza les es escape y salvación. El hombre, en cambio, no puede arremeter ni por lo fuerte de los dientes ni por lo tajante de las uñas; no está armado de cornamenta ni de agujones ni de ponzoña; con un cuero de gran delicadeza, es un animal desarmado, y, por ende, inofensivo, porque entien-

da cómo debe conducirse entre los hombres. De las bestias dañinas le defenderán la compañía y el concierto con los otros hombres, que se prestan auxilio recíproco; y este auxilio se implora con lágrimas, muestra no pequeña de la humana mansedumbre y necesaria concordia, puesto que las lágrimas son expresión de sensibilidad y mansa blandura, y no de rigidez fiera y bestial, que no sabe doblarse ni ser vencida sino por la violencia de una pasión más poderosa.

Añádase a eso que las lágrimas testimonian nuestro dolor o nuestro gozo, bien doliéndonos de nuestros males o bien lloriqueando con motivo de alegría o cuando compadecemos ajenos males, y las lágrimas que salen corriendo dan testimonio de que su desgracia nos afecta tan dolorosamente como a ellos mismos. Ninguna otra cosa hay más eficaz para la concordia, conciliación y confirmación de la amistad como esa comunidad del sentimiento. ¿Y qué sortilegio hay más poderoso para granjearnos la simpatía que, o bien abrir a los otros el santuario de nuestro pecho, en donde tiene su morada la confianza, que es el fundamento de la amistad, o demostrarles que nos sentimos tan solidarios de sus bienes y de sus males como de los nuestros propios y que nos afectan tanto como los nuestros personales, lo cual constituye la consumación de la amistad, que solamente se realiza cuando el querer es el mismo y es el mismo el no querer, gracias al fundente del amor, que de todo hace una sola cosa?

También la risa da señal de alegría y de jovialidad, y es un indicio de la mansedumbre del ánimo, a quien parece que la risa ablanda. Mas en aquellos de quienes se dice

que jamás rieron, como de Craso o de otros, esta disposición anímica, según dice Plinio, manifiéstase en cierta rigidez y adustez "ariscá" y ceño duro e inflexible, que quita toda sensibilidad humana. Así es que vemos con harta frecuencia que los mayores desabrimientos y los casos más tristes y el comienzo de los más graves enojos serénanse como por encanto y disípanse en la suave luz de una sonrisa. Y por átar con vínculos más recios esa concordia entre los hombres, Dios no sólo produjo al hombre inerme, sino también desvalido, desapoderado de sí y de ayuda ajena menesteroso. Los restantes animales, ya en el instante de su nacimiento o muy poco tiempo después, se sienten en plena posesión de sus fuerzas y hacen uso de ellas y reciben como de golpe todo cuanto un día han de tener; el andar, el nadar, la ligereza en el correr, el pasto, el infalible instinto que les hace apetecer lo que ha de aprovecharles y evitar lo que les ha de ser nocivo, fenómenos son que vemos todos los días en aquellos animales que entre nosotros nacen y crecen: en polluelos de gallina y ánade, en corderillos, en cabritillos. El hombre, en cambio, nace de tal manera, que en él no podemos presumir nada de lo que después vemos con el tiempo. Inicialmente es un simple animalaje, estúpido, y como muy discretamente dijo Plinio, atado de pies y manos, meón continuo, llorón perpetuo, de forma que si no interviniese una cierta compasión, nadie quisiera levantar un tronco tan inútil y tan enfadoso: le mantiene la piedad de padres y de nodrizas, críase con auxilio ajeno y con ajeno auxilio crece; nada suyo trajo; todo lo que tiene es de otro y recibido a título precario. ¿Con qué mayor humildad

podía suplicar todo cuanto necesita, sino con aquellas lágrimas y con aquellos vagidos? Esto es para que sepa que a otro debe el beneficio de vivir, el de saber, el de poder, el de la existencia simplemente, para que muestre agradecimiento a sus bienhechores y, en la medida de sus fuerzas, les corresponda. Y también para que no olvide nunca de qué principios creció y aprenda a alargar la mano y dar asistencia y socorro a la ajena indigencia.

Añade a esto los trances y lances azarosos que tan fuerte influencia ejercen en cualquiera: al varón más robusto y más valiente derríbale una fiebre, por manera que se ve obligado a implorar en tono de súplica el auxilio de muchos; de los cuidados de una flaca mujerzuela, necesita aquel bravo león; aquella torre humana abatida por la calentura. Y aun al individuo sano, ¡cuántos servicios y cuán trabajosos no se le han de prestar para sus necesidades cotidianas!. Servicios del labrador, del pastor, del tejedor, del albañil, del marinero, del carretero y aun de muchos otros, según fuere su oficio y manera de vida. Y si creciere en poder y en dignidad, en ese caso, cuanto más arriba la fortuna le encaramase, tanto mayor es la servidumbre que le impone y la necesidad de ayuda de todos aquellos a quienes dejó muy por debajo de sí, por manera que parece que los hombres no se encumbran por otra cosa sino porque desde su elevado asiento vean mejor a todos aquellos de quienes necesitan y sin los cuales no podrían vivir ni sostenerse en aquella jerarquía.

Y no es sólo entre los hombres donde se impone esta necesidad tan aguda del socorro mutuo, sino en las mismas tierras entregadas al cul-

tivo y al provecho humano, puesto que unas carecen de unos productos de que abundan las otras. Y esto con el fin de que esta comunicación y comercio del género humano no quede roto y limitado por fronteras políticas ni por fronteras naturales, ni por cursos de ríos ni por cadenas de montañas, ni por bosques ni por arenas, ni por espaciosas y vacías soledades. Para superar todas estas dificultades halláronse los remedios oportunos, de modo que no hay nada ya que estorbe viaje alguno. El recuerdo de los beneficios para con aquellos que lo merecieron, el sentimiento de compasión para con los desvalidos y para con todos en general, la consideración de cuán flaca es la Naturaleza, que nos obliga a necesitar de muchos, fortalecen más y más esta concordia obligada del linaje humano. No hay nadie en absoluto que ya no nos haya hecho algún bien, o a nosotros personalmente o a aquellos cuyos intereses nosotros consideramos como nuestros o que no pueda hacérselo en su día, si la ocasión se presentase.

¿Por qué voy yo a encarecer ahora la antipatía, la aversión que el hombre siente por la soledad? Para él es como la muerte. ¿Y por qué he de ponderar cuánta es su afición a la sociedad, al trato de la conversación, que se concierta sin la más leve finalidad utilitaria, sin más que por un impulso e inclinación natural? Hasta aquellos mismos enemigos del género humano que llámanse *misántropos*, con un vocablo griego que en castellano suena: *aborrecedores del hombre*, como leemos que lo fué en Atenas un tal Timón, en tiempo de las guerras del Peloponeso, a pesar de todo, evitan la soledad, y mientras dicen odiar a todos los hombres, buscan a los

hombres para vivir con ellos, para hablar con ellos; condenados a morir muy pronto si no dieran con algunos hombres.

Estas voces de la Naturaleza, tan claras y tan fáciles de oír, pero que nuestras maldades enturbian porque no puedan ser entendidas de nosotros, ayudólas y robusteciólas el Restaurador de la Naturaleza, lesionada por nuestra culpa, ilustrando y esclareciendo lo que nosotros habíamos oscurecido; y colocándose más cerca de nuestros oídos, hizo que nadie pudiera excusarse con que no había oído. Ese Maestro de celestial sabiduría colocó el fundamento, el edificio, el techo, el principio y el fin de todos sus mandamientos en sola la caridad, exhortando a los hombres al amor, a la concordia, a la amistad, dando testimonio de que así serían ellos con quererse mutuamente, esto es: que así serían cristianos, a saber: hombres de naturaleza pura e incorrupta. ¿Qué otra cosa es el cristiano sino el hombre vuelto a su naturaleza y como restituído a su nacimiento, del cual le derribó el diablo, luego de cautivarle con la victoria de la maldad? Presentado nos fué el hombre por la Naturaleza misma, es decir, por Dios, Padre y Autor de todo, hecho, acondicionado, provisto, proporcionado para la paz, la quietud, la concordia, el amor, la amistad; y a todo esto, enseañado por el Hijo de Dios y por Dios mismo.

¿De dónde, pues, tantas disensiones en todo el humano linaje y tantas discordias y enemistades y odios como nó las hay entre los seres que por su naturaleza y por su genio son antagonicos entre sí; hasta el punto que ni una nación a otra nación, ni un pueblo a otro pueblo, ni en la misma ciudad un ciudadano a

su conciudadano, ni un compadre a su compadre, ni entre las paredes de una misma casa un hermano a su hermano ni el hijo a su padre, ni la esposa a su marido quiere bien? Se odian, se roban, se despojan, se engañan, se defraudan, se matan, se quitan todo cuanto pueden el uno al otro, y en estas violencias alternas no ponen tasa ni se dan punto de reposo. ¿Qué otra cosa hemos de pensar sino que el hombre degeneró de su naturaleza? Así es fuerza que haya sucedido; pues a quien viviere conforme a la ley de su naturaleza no le dominaría de tal modo la discordia enemiga de la Naturaleza. Menester es que el hombre haya dimitido toda humanidad cuando así se despojó del amor y de la concordia. ¿Para qué disimulos y tapujos? Se impone la confesión clara y rotunda. No se contentó el hombre con su humanidad; ambicionó la divinidad, y por eso perdió la humanidad que dejaba y no consiguió la divinidad que apetecía. ¿Quién sabe si por ventura, y en una u otra proporción, hubiera llegado a ella si, conociéndose a sí mismo y desconfiando de sus fuerzas, hubiera concebido la esperanza de alcanzarla por gracia y beneficio de Dios, de cuya bondad tenía ya tan prolija experiencia? Pero no se llegó a conocer a sí mismo, y soliviantado por el lisonjero engaño del demonio astuto, subió a una altura tan ambiciosa, que de ella no le fué posible apearse sin una caída gravísima. Pero lo más triste de ese derrumbamiento es que la memoria quedó lesionada por el gran fracaso, y nos quedan todavía muchos resabios de la presunción añeja. Por desgracia, nos hemos olvidado de la caída, a pesar de que todos los días la sentimos con tan grande daño nues-

tro; pero nos complacemos en imaginar otros pretextos y en excusarnos a nosotros, que somos sus autores, echando toda la responsabilidad sobre la Naturaleza, es decir, sobre el mismo Dios, si osáramos hablar claro. Fija como un clavo quedó en nuestro pecho la soberbia, daño grave, y tiranía la más cruel, que jamás se considera asaz segura si está sola y anda siempre rodeada de una muy fea y muy nutrida escolta de crímenes y de maldades.

¿Qué no apetecerá quien ambicionó la igualdad con Dios? Insondable e infinito es el deseo que late en nosotros de descollar, y no en uno que otro aspecto, sino en toda cuanta cosa vemos que tiene alguna estima, sea ella la que fuere, mientras agrade, mientras merezca aprobaciones. Queremos distinguirnos mediante la religión y el culto divino, como si fuésemos amigos más estrechos y más acercados a Dios, aun cuando no ignoremos, con innumerables y ejemplares escarmientos, que tanto más lejos nos apartamos de aquella santa Naturaleza cuanto más cerca nos hace creer o alardear la arrogancia en que estamos. ¿Pero qué importa la distancia a que nos hallamos de ella? Queremos que se nos crea próximos; a eso se va; éste es el premio del trabajo, éste es el salario que colma todas nuestras apetencias. ¡Cuántas penalidades no se arrostran no más que por oír aquella delgada y blanda voz de la lisonja: *Vaya saber de hombre!* Por esta obstinada pretensión junta días y noches, abstiénese de los placeres lícitos, malgasta la salud para que, por lo común, diga el que nada entiende; *¡Es todo un sabio!* Si tuvieras que comprar dos huevos, rehusarías el consejo de quien no conociera los huevos. Y, en cambio, abrazas el

parecer de un indocto que juzga de tu doctrina, y no solamente te saboreas con él, sino que te engríes, sino que te ensoberbeces y tomas altos vuelos. Hay quienes no niegan su ignorancia porque su erudición no les proporciona ningún cuerpo de doctrina de que hacer alarde; pero quieren dar a entender que en agudeza y penetración de ingenio no ceden a los más doctos. Todos, incluso los más necios, se sienten satisfechos de su competencia. Así que el que es de tal ruindad física que no lo pueda disimular ni afeitarse, se precia de su prestancia intelectual y moral, en la que puede ser igualado, pero no vencido. Aun al más deforme plácele su deformidad y con el artificio trata de enmendar el defecto de la Naturaleza.

¿Y qué no diré del aboengo? A pesar de que debiera ser lo postremo en alabanza, es lo primero de que se blasona, hasta un punto que más valor atribuimos a la virtud ajena que a la propia. Y ese aboengo, ¿de qué calidad pensamos que es? Registrar en el árbol genealógico antepasados que fueron bravos ladrones o zotes estupidísimos y tenerlo como un timbre de gloria. Y no faltan quienes, en su ejecutoria de nobleza, remonten su ascendencia al oso, a la sirena, a la serpiente, al cisne o a una bruja cualquiera.

Autoridad e influencia tanta se vincularon en las riquezas por la admiración que ocasionan, que ya llegó a ser insaciable la avaricia, al ver los hombres que se concede tanto honor a la sola posesión de las riquezas, prescindiendo totalmente de su uso, y cómo adoran al rico aquellos que antes debieran darle que recibir de él. Y de ahí cuánta ostentación, cuánto viento, en la

servidumbre numerosa, en el arreo demasiado, en el lujo; para que se crea que tenemos posibilidades; y los que no las tienen, por no parecer que carecen de ellas, luego de haberse excedido de sus medios, llevan una vida misérrima, avanzando hacia el dinero por aquel camino en el cual con las mayores dificultades apenas se sostienen. Atormetados y vejados día y noche por aquel afán y por el ansia aquella, topan con los agobios cotidianos que se renuevan y nacen con el sol.

Pero nos llama la honra. ¡Mágica palabra! La humana soberbia y esa pasión, por aventajarse y descollar, granjearon alabanza y admiración de toda cosa, no ya solamente de aquellas que parecían tener algún viso de virtud y de bondad, sino de las llamadas neutras e indiferentes, de las frívolas e ineptas, de las nocivas, de las que causan rubor; de los propios vicios; queremos que el estar sentado, estar en pie, estar echado, andar y cualquier otro movimiento corporal se haga con tal mesura y dignidad que, no contentándonos con haber evitado ofender la vista de los espectadores, procuramos con ello motivos de distinción. Nada dejamos que sea natural; a todo hemos de aplicar el arte de agradar y recabar honra. Si uno se da cuenta de que se ha de hacer notar por comer frutas crudas que le han de dañar, las devora con avidez y las toma de dondequiera sin apetito y con peligro. ¿Juega uno? Querría echar los dados de una manera que no fuere la común, o mezclar y distribuir y echar las cartas encima de la mesa, de un modo distinto de los otros: tan vivo es el prurito de distinguirse del vulgo y señalarse por alguna singularidad. *Diómelo la Naturaleza*—dice el Tráson de la comedia famosa—*a eso de*

querer agradar con todo cuanto ha-go. ¿Qué cosa hay más para provocar la vergüenza que, a despecho de ser el hombre el más noble de los animales, como cualquier otro animal ruin, no puede alargar su vida un solo día sin comer y sin beber? ¿Y que no se pueda defender de la intemperie del cielo sin abrigo y sin vestido? Harto sabemos que todos estos recursos nos fueron dados para remedio del mal que nos ocasionó el pecado. Y en todo esto, ¿qué gloria se ambiciona? La gloria de una mesa opípara, aderezada con peregrinos y exquisitos manjares, pagados a muy alto precio; los vestidos preciosos, traídos de las cuatro partes del mundo; los edificios muy altos, y muy suntuosos. ¿A qué viene todo esto? ¿Búscase honra en la deshonra? ¿Es que, por ventura, ya dejaron de ser vicios el jugar, el frecuentar balnearios, el holgazanear, el no hacer nada, el tratarse con bufones y con locos? ¿Y cuántos son los que por este camino quieren ennoblecerse!.

¿Qué cosa más abominable que los latrocinios, que las muertes, que los adulterios, que los engaños, que las imposturas? Pues esas maldades recibieron su galardón, y los que las perpetraron, créenlas dignas de que con voz pregonera las celebre la fama, y piensan transmitir a la posteridad una gloria que aureole su nombre y cante esas fechorías como envidiable tema de alabanzas de sus mayores. Hasta ese punto es verdad que no hay cosa alguna que, quien la hace, no quiera que parezca hermosa y que lo que parece hermoso no tenga seguidores: extremos estos dos, uno y otro, que nacen del mismo manantial de la soberbia, que entre los mortales fluye caudalósísimo y continuo. La soberbia no solamente busca la ala-

banza en todo, sino que, a manera del fuego, se yergue y levanta su cresta flamígera por pujar encima de todos los demás, de manera que todo cuanto haga resulte bello y admirable, sumo y singular.

Y siendo esto así, ¿nos extrañamos de que quede entre nosotros algo quieto y tranquilo, cuando tantos vuelos ha tomado la técnica de la soberbia, que lo invadió todo y que con sólo su contacto puso en todo su baba y su mancilla?

Ataca la soberbia con dos armas arrojadizas: la envidia y la ira. Si algún rival se le aventaja en alguna de las cualidades que son consideradas como bellas y honrosas, la soberbia inmediatamente le dispara el dardo enherbolado de la envidia, que afee la hermosa y que manche la limpieza; y sintiendo mal e interpretando peor, ninguna acción respete, dejándola en su sinceridad y rectitud originales, marcándolas a todas bien con nota clarísima de infamia, bien envolviéndolas en nubes de humo de sospechas, cuando otra cosa no puede hacer. Por el contrario, si tiene la intención de detraernos, esa su reacción llámase injuria, y entonces la venganza se encomienda a la ira. Ambas a dos, la envidia y la ira, ármalas la voluntad de hacer mal. Esa mala voluntad, cuando se hizo crónica, se convierte en odio como el vino se convierte en vinagre. Pero es más avinagrado el odio que nace de la envidia que el que nace de la injuria. La injuria puede, a veces, recabar satisfacción; pero la envidia jamás puede tenerla. Es como el fuego prendido en el alquitrán, que, rociado con agua, aviva más sus ardores. En esa pasión calamitosa acontece, como por milagro, lo que dijo el Cómico en una de sus comedias: *El agua alimenta el incendio, y con*

lo que más debiera cohibirle, el fuego se encona más. Así es que paralelamente la envidia se irrita con los beneficios y arde con mayor brava si intenta alguien apagarlo, si ya no es que sustrae al incendio el combustible, quiero decir, la virtud o la gloria que lo originaron. Hasta ese punto vivimos como en sociedad perruna, que no solamente concita y exaspera a la envidia la excelencia de lo bueno, como la erudición, la donosura, la dignidad, el poder, la riqueza, sino también la de lo liviano, como la novedad en el atavío, la apostura en el andar, el birrete lindo, la espada vistosa.

«Los hay que carecen en absoluto de motivo, pero no pueden vivir sin enemigo», como de los antiguos hispanos escribió Trogo Pompeyo. Mal es éste que se nos hizo común con muchas otras naciones, de modo que si alguno estudiare muy de asiento cómo la discordia se introdujo, llegará a la conclusión de que ello hubo lugar no tanto por el insano deseo de venganza como por odio congénito de la concordia. Hombres hay que provocan a la lucha y a la espada al rival apuesto y gallardo para probar sus fuerzas; otros, al robusto y valiente para explorar su coraje; los hay que provocan al extranjero, por saber entre qué gentes anda; otros, al germano, o al español, o al helvético, por la fama guerrera de estas naciones, como perros a quienes basta para trabajar pelear pasar por delante de su puerta. Los que en estado de embriaguez se sienten pendencieros, más lo hacen aconsejados por el vino que por su carácter o animosidad. Yo hablo aquí de la embriaguez de los abstemios. Es cosa que da grima pensar a lo que cada uno da el nombre de injuria y cómo, duro e inexorable para las pasiones

ajenas, cede a una punible indulgencia para con las propias.

Antes que todo, las semillas de la soberbia persuadieron a cada cual que sintiera magníficamente de sí. Si acaso preguntares, no ya a todo un hombre a quien la malicia, por su edad y por su experiencia, enseñó todo lo que tenía por enseñarle, sino a un niño que apenas puede articular palabras y que carece en absoluto de todo conocimiento de las cosas, ¿qué tal sea?, te responderá que es el mejor y el más perfecto de todos. Y no tanto se afanaron por convencerse a sí mismos de esta realidad como porque los otros así lo creyesen. Y así es que no faltan muchos que pretenden que en los otros arraigó la persuasión más profunda e inmovible de unas cualidades que ellos mismos saben muy bien que no tienen. Como si no más que con disimulos pudieran engañar tantos ojos, tantos oídos, tantos juicios o coaccionar con la violencia la libertad del pensamiento ajeno. Hay quien pretende de los otros que no duden ser verdadero lo que ellos ven que es diametralmente falso. A otros la soberbia los arrebató a tal vértigo de demencia, que esperan de los otros que van a dar más fe a la palabra de ellos que a sus propios ojos, y que tienen la pretensión de que lo mismo que ellos tienen por muy averiguado que saben, hagan de ignorarlo en obsequio suyo. Y así es que el ignorante sueña con la nombradía del erudito, y el cobarde con la gloria del valiente, y el avaro con el renombre del generoso. Y lo que es el colmo de la ridiculidad, quiere que se le crea hermoso el que todos ven que es feo, que se le tenga por robusto el que a duras penas anda por sus pies y difícilmente en ellos se sustenta;

que se le tenga por gigante al enano que se yerga encima de sus pies y alarga el cuello; el patiuerto quiere parecer derecho, quiere parecer blanco el atezado y aquel cuya humildad y bajeza de cuna y la ignominia de cuyo linaje es harto conocida; hace ostensión de su origen noble aun delante de sus vecinos y en presencia de aquellos entre quienes nació y fué criado. Quien apenas acierta a balbucir quiere pasar por Cicerón o Demóstenes; el mendigo y andrajoso desea que se le tenga por acaudalado y, por que se le conceptúe tal, consume su caudal frágil en una cena fementida.

¿Y qué diré de aquel bandido que quiere alcanzar loor y fama de caballero porque en pleno bosque, mientras despoja y hiere al caminante incauto, le deja la túnica o el gorro que le podía quitar, o la vida que le pudo arrebatar impunemente? ¿Y qué diré de aquella meretriz que en plena mancebía quiere desempeñar el papel de Penélope o de Lucrecia? ¿Y qué del rufián que aparenta ser un Sócrates o un Lelio? Esas actitudes, que ya son intolerables por sí mismas, quedan rezagadas en indignidad; no tanto por el hecho de que quiere que para los otros sea esa creencia objeto de muy profunda persuasión, como porque algunas veces ellos mismos se persuadieron de su verdad y para la atrocidad de sus crímenes fabrican algunos pretextos que atenúen la fechoría ante sus propios ojos y aligeren su gravedad, bien apartando de sí toda culpabilidad o, mediante una cómoda comparación, descargándola sobre los otros; no se excusan del pecado y de su más grande odiosidad, por manera que parece que su esfuerzo mayor tiende no tanto a convencer a los otros

como a persuadirse a sí mismos de que ellos hacen tal, bien obligados por la necesidad o impelidos por alguna indignación justa, o empujados por injuria ajena; que aquellos que por todos son tenidos como buenos, con harta frecuencia incurren en más graves faltas, aun cuando quedan ocultas o las encubre y cohonesta el buen nombre de que disfrutan; y ellos, en cambio, por pequeño que sea el peccadillo, como se les tiene en mal concepto, sienten el agobio de la odiosidad, que no tiene proporción con el hecho; y lo que en otros fuera una falta baladí, en ellos se hace delito capital, como reza el apólogo que lo dijo el lobo viendo a un cuervo posado sobre un asno cubierto de llagas.

Tampoco falta jamás a cualquier suerte de hombres aquella peste común del humano linaje, la adulación, que aprueba cualesquiera opiniones, por inicuas o absurdas que sean. Los unos van a la adulación y al aplauso de los vicios, deslumbrados por el brillo del dinero; los otros van guiados por una indiscreta y ciega benevolencia; los otros van a ella conducidos por la complicidad en los vicios comunes, y otros por el miedo, y los últimos, en fin, por el ansia de gozar. Todo esto hace que ni al rico ni al pobre, ni al ladrón ni al ruñán, falte jamás el lagotero, puesto caso que no hay nadie tan abyecto y tan inútil que por uno u otro lado no pueda perjudicar o dar alas y vuelo a nuestras esperanzas; a entrambos lisonjearnos: a ése porque nos favorezca, a aquél porque no nos estorbe. Y siendo esto así, ¿quién hay, como se pregunta Séneca, que ose decirse a sí mismo la verdad? ¿Quién, puesto en medio de esas pjaras de halagadores y de lisonjeros, no se aduló copiosamente a sí mismo? Por esto,

si alguno declarase no creer aquello que queremos que para todos sea verdad averiguada e indiscutible, nos persuadimos que nos irrogó una injuria tal, como si nos arrebatará lo que nosotros nos apropiamos por el hecho de la posesión y el prolongado usufructo. Y así se llegó a la paradoja de que la mentira sea injuria porque es falsa y la verdad sea injuria porque es amarga, de modo que ya con harta dificultad pueda uno hablar de otro sin mentira o sin ultraje, llegada la cosa a tal sutileza y delgadez, que lo más cuerdo sea, por lo que toca a los otros, encerrarse en el más hermético de los mutismos. Así lo cuentan de Felipe, príncipe de Borgoña, cuando de riguroso incógnito y trocado su vestido, andaba inquiriendo el concepto en que se le tenía, y en una taberna aconsejó a un compadre que con él tomaba unas copas que nunca hablase de los principios, pues si los alababa, mentía, y si los criticaba, corría peligro. Estas enfermedades morales, en las que cada cual, al poner su mano, es tan áspero e injusto para con los otros, mientras a sí mismo se halaga con blandura tan cariñosa, han conseguido que el hombre, concentrando en sus adentros todo amor, se ame a sí con la más egoísta de las ternuras.

Y así como vemos acontecer en los cuerpos, que cuando el calor se recoge en el corazón y en los órganos vitales, se enfrían y hielan las extremidades, como en el miedo, en el enojo, en el punto álgido de la fiebre; así también, cuando todo el afecto se refugia en el interior y prende fuego en las entrañas, ni una centella sale afuera y todo lo exterior está frío. Todas las veces que el hombre convierte a sí la amorosa llama y la encierra y la

cohibe en el santuario de su pecho que se ame a sí con mucha preferencia; allí dentro, en aquella apartada esquividad, la violencia del amor queda comprimida y no se comunica a otro. Quien a sí se ama con una tal intensidad, no se ama más que a sí mismo. Este es aquel amor exagerado de sí mismo, de quien, lamentándose, dijeron los sabios antiguos, ilustrados de sola su sabiduría humana, ser la fuente de los mayores males. Nuestro San Agustín dice que el amor de sí mismo es el padre de todas las maldades. Y tan es así, que los divinos mandamientos ninguna otra cosa preceptúan sino el amor de Dios y del prójimo, al paso que prohíben el amor de sí mismo. Aquel amor, justo y recto, es el cumplimiento de todos los preceptos divinos; estotra amor, injusto y torcido, es la violación de todos ellos. Por más que quien lo considerare con alguna detención hallará que ese nombre no tiene demasiada congruencia con la realidad y que aquellos de quienes se cree que de este modo se aman, no se aman propiamente a sí, sino a sus cosas, que muchas veces les son ajenas por completo: aman las posesiones que desean tener en propiedad; aman la reputación de los hombres de quien son esclavos, que se afanan sobre manera por conservar y por acrecentar; aman su cuerpo, a cuyo servicio se pusieron, anteponiéndolo a todo; más al alma, que constituye ella sola la casi totalidad del hombre y por la cual especialísimamente el hombre es considerado tal hombre, tiénela descuidada, y la aman y la consideran en cuanto proporciona vida al cuerpo y le proporciona el sentido con que se ahita de placeres y de caprichos. Ningún cuidado se toman por exornar y act-

calar su espíritu con la prudencia, con la erudición ni con ningún género de virtudes que lo hermosearían grandemente, y que constituyese su única salud y vida, su único pasto, más sabroso que cualquier manjar, sin el cual, no injuriosamente dijo Salustio que el alma era pura pesadumbre y el cuerpo esclavo del placer. Sabiamente, en Platón, Sócrates enseña a Alcibiades *que no es cuidado privativo del hombre el que se pone en aquellos bienes que posee el hombre, sino el que se aplica al mismo hombre.* A boca llena todos nosotros podemos decir *nuestra alma, nuestro cuerpo; pero la fortuna, las posesiones, nos son cosas ajenas y desligadas.* No ama a Alcibiades el que quiere bien a su cuerpo, sino a su alma: el que cuida su cuerpo, cuida cosa suya; mas quien cuida sus riquezas, no se cuida a sí ni a lo suyo, sino otras cosas que le están muy alejadas. A nadie se le prohíbe amarse a sí mismo; pero son muchos los que fea y criminalmente se engañan acerca de lo que son ellos mismos. ¿Acaso no sería un bochorno que frisara con la locura si, queriendo alguno catar cortesía a la persona del rey, dijese al rey a voz en grito que él no era el rey, sino que lo era su atuendo, su doméstico ajuar, su dinero y toda aquella brillante exterioridad de que a los ojos de los espectadores está rodeada la jerarquía?

Así es en hecho de verdad. Todos enloquecimos; nadie se entiende; cada cual se cree ser, no él mismo, sino lo que posee. Cuán grave verdad fue: la que expresó Epicteto, filósofo estoico: *No es congruente —dijo— este razonamiento: Yo soy más rico que tú, por ende, mejor; yo soy más instruido que tú, y tanto mejor por esto. Mucho más con-*

gruente es estoto: Yo soy más rico que tú; mejor es, pues, mi hacienda que la tuya; yo más que tú soy sabio; más instructivo, por tanto, es mi plática; pero tú ni eres la hacienda ni el discurso. ¡Adelante! ¿Y qué? Si alguno, con sólo que posea un adarme de cordura, examina eso que son los hombres, sumidos en tan espesa cerrazón, en esta ceguera e ignorancia tamaña y cuán baladíos son los puntillos por los que con harta queja se consideran lesionados, jurará no haber persona alguna sana. ¿Ves tú ese animal tan soberbio, tan engreído, tan altanero? No hay ser más enteco ni más flaco que él, pues así como queda destituido y privado de una gran parte del inicial auxilio divino, que él, por su pecado, apartó y alejó, así para fortalecer y apoyar esa flaqueza desprovista de tan recio baluarte, expuesta de todos lados a la injuria, acarreo defensas innumerables en el alma, en el cuerpo y más aún exteriormente. La defensa y tutela divina no solamente suplían en él todos aquellos elementos que hubo de sustituir, sino todo cuanto podía pensar y desear el espíritu humano. Retirada aquella parte del auxilio divino que dije, fueronle necesarios éstos otros casi infinitos adminículos que tenían que hacer las veces como de frágiles bastones, en vez de la columna desmoronada y acostada en el suelo, por manera que todos ellos juntos no pueden eximirle de la injuria, a cuya violencia están sujetos y por la cual está a la continua combatida y atacada. Y por esto fué que a la soberbia, para su confusión y sonrojo, se le dió de añadidura la bajeza y la flojedad, porque más claramente se le reprenda de culpa, porque siendo su necesidad tanta y estando sumido en tales sordideces,

se engrió cuando lo pertinente era que, concedor de sí, se abajase y humillase. A la soberbia y a la flaqueza se le adjuntó la ignorancia. Ello hace que, ignorante u olvidado de su verdadero y auténtico fin, dé el nombre de bienes a todas aquellas cosas de que necesita para ir pasando esa vida, y se persuada que son tales bienes y tenga por injuria el que alguno viole o ponga mano en los que él piensa que son bienes suyos. Recorramos algunos de ellos, pero brevemente y a, volapié, como se dice.

Los apóstoles piden al Maestro *que les aumente su fe*. El mismo Señor en persona promete la potestad de obrar milagros *a quien tuviere fe, aun cuando no fuera mayor que un grano de mostaza*. Ahora, si a alguno le echares en rostro que no tiene suficiente confianza en Dios, hácesle una injuria por la cual debiera tu lengua ser traspasada con un clavo. Luego de haber explicado los preceptos de la ley de gracia, Nuestro Señor añade: *Cuando a todo esto hubiereis dado cumplimiento, decid: «Somos siervos inútiles.»* Si uno oye decir de sí que es indigno del nombre de cristiano o del premio celestial, se indigna no de otra manera que si se le arrebatara una cosa y otra. Y en hecho de verdad, ¿qué es lo que se le arrebatara con aquella palabreja mortificante? No su efectividad de cristiano; no la recompensa celestial, sino algo mucho más bajo y terrestre: la opinión. Y porque es esto lo que buscamos exclusivamente, concebimos tan vivo enfado como si sufriendamos una decepción o una estafa. Nunca reinó mayor desconsideración en el mundo cristiano; nunca nadie tuvo tan buen concepto de sí mismo y tan malo del prójimo. El reproche de impiedad es mutuo:

unos hombres echan en cara a otros hombres; unos pueblos, a otros pueblos, su poca cristiandad, como si quien así baldona estuviera limpio de este baldón. ¿Cuál es el motivo? En el reproche no se engañan, por desgracia; en lo que se engañan es en el concepto hiperbólico que tienen de sí. Todos son irreligiosos por un igual; pero ciegos para sí, ven lo ajeno o, mejor dicho, no lo ven, sino que la pasión los trae alucinados. No faltan quienes en el calor de un altercado se la piden con estos dicerios: *Soy más cristiano que tú. El más cristiano soy yo.* Requieren el hierro, se acuchillan fieramente para ir a parar ambos contentientes a un lugar donde se les dará a entender que se pelearon por un sentimiento que estaba muy lejos de uno y de otro. Habiendo perdido el nombre y casi la sombra de la cristiandad, cada cual certifica la cristiandad del otro, y le inquiera, y le acusa, y pronuncia el veredicto inapelable, y establece la pena correlativa. ¿Cómo se atreven a juzgar de una cosa que no vieron jamás ni aun en sueños? ¿Es que se tomaron a sí mismos como regla, de modo que lo que no se ajusta a esa norma personal tenga que ser reprobado, hasta el punto que los vicios sean los reguladores de la vida? Esto ha de saberse porque, siendo única la virtud y los vicios diferenciados hasta el infinito, ves que unos y otros, en una misma causa, son absueltos y condenados y que un vicio condena a otro vicio, como incompatible consigo, bien así como el temerario condena al tímido y el manirroto condería al guardoso y económico. ¿Y cuál de nosotros puede recordar sin rubor el origen de las polémicas reñidas entre personas doctas y cómo se escandecen y se ponen al

rojo y en qué tragedias y cosas lamentables degeneran?

La ignorancia primero, y luego la pertinacia y el no querer rendirse a quien razona mejor, han dividido y han despedazado todas las disciplinas y toda suerte de ciencia, primeramente en opiniones cerradas; y después en sectas cerriles, de manera que ya son muy contados entre los eruditos los puntos admitidos por unánime consentimiento. Disidencias hay cerca de la pronunciación de las letras, de la ortografía; de los cánones gramaticales, del uso del lenguaje, de la poesía, de la crítica, de la filosofía moral, de la Naturaleza, de la astronomía, de la teología, de la religión. No hay materia que se haya quedado en su ser original; nada se dejó sin contróvertir. Tanta fué la ignorancia que engendró la pereza intelectual, y tanto el apasionamiento que introdujo la soberbia en mantener las opiniones recibidas, que a cada cual le pareció ser imposible que otro pensase o sintiese mejor que él. Tiene el hombre un ingenio, de suyo limitado y angosto, y por el pecado, oscurecido: grande y tenebrosa es la noche que se espesa y se condensa en los pechos humanos. Con todo nuestro juicio, con toda nuestra experiencia, con toda nuestra prudencia, podemos harto poco: todo en la vida humana está lleno de ignorancias y de yerros, por manera que nada parece más propio del hombre que desbarrar, errar, equivocarnos. *¿No adviertes—dice aquel personaje de la comedia—que yo soy hombre?* Y Plinio se excusa por todos los que andan errados con decir que son hombres.

A pesar de todo; si de nosotros, a quien la soberbia se esforzó por encaramarnos por encima del hombre cuando en hecho de verdad nos

dejó muy por debajo del hombre, se dice que nos equivocamos, que nos engañamos, que sufrimos alucinación o eclipse de juicio, lo tomamos a insulto. Aun el *no me entendiste bien*, muchos lo interpretan como un baldón, como si con ello se reprehendiese nuestra tardanza en comprender, y nuestra respuesta inmediata es ésta: *¡Mejor que tú!*, como si no pudiera dejar de entender por deficiencia de expresión o por una distracción cualquiera.

Los antiguos, luego de haber buscado por mucho tiempo y con diligencia grande al *sabio*, al final de la jornada apenas dieron con un semisabio tolerable. Ahora, si de alguno dices que no es sabio, hácesle una ofensa mortal. ¡Oh miserables hombres primitivos que andaban a la busca del sabio, cuando no había ninguno! Si la Naturaleza les hubiera reservado para esta edad nuestra, para topar con un necio tendrían que poner la misma diligencia que pusieron entonces por encontrar un sabio. Y en el caso que tuvieran la temeridad de decir que fulano no era sabio, no podrían expiar el desacato con menos que con perder la vida.

Y no es menor ultraje decir lo que está a vista de todos; llamar cojo al cojo; bizco, al bizco; giboso al que tiene giba, como si el verbo no fuese injuria, pero sí el decirlo. ¿Sabré acaso más lo que oí que lo que vi? Nada de eso; pero es tal nuestra majadería, que nos hacemos la ilusión de que se podrá recatar lo que está expuesto a los ojos del público. Por eso es que cuando se nos dice lo llevamos con desabrimiento, como si la opinión nos engañase o nos defraudase la esperanza, al convencernos de que ello no se ignora.

No hay gloria más tenue y frágil

que la del abolengo. El que hayas nacido de padre bueno, te impone el deber de serle semejante, que es la única manera de evitar el reproche de degeneración. Todo lo que consiguen quienes se decoran con esta apetecible distinción es que, cuanto menos, se parecen a sus ascendientes; por tanto, peores se los tenga. Y no obstante, como la necesidad general impuso la creencia de que es cosa que ilustra el ser engendrado de abuelos ilustres, maravilla la locura afanosa con que esta honra es, a porfía, por todos ambicionada: por zapateros, por cocineros, por esclavos etíopes, criados para todo, quienes, reconociendo su miserable condición, dicen que fué la Fortuna injusta quien los obligó a ocuparse en tan viles ministerios, pero que, por lo demás, nacieron de honrada sangre. ¡Sangre de puerco sería, que de todas es la más útil!

Y los hay quienes cifran aquella decantada bondad de su linaje en los latrocinios de los suyos: que hubo no sé qué bisabuelo suyo que a la vera de un camino real construyó no sé qué castillo, porque nadie *¡!* diese pasar por allá, so pena de ser desvalijado. ¡Oh lustre y prez singular! Haber cometido impunemente unos desafueros que otros expiaron con la horca. Y aun esta afortunada exención no se la deben a sí mismos, sino a su buena estrella, que alejó de su cuello la sogá justiciera. ¡Cuán desafortunado ultraje es llamar aldeano a alguno o, como ahora se dice, llamarle villano. Y eso cunde como mancha de aceite, y no solamente es el más grave de los vituperios tocar los padres o los abuelos de quienquiera, sino los tíos, los consobrinos, los afines más remotos. Con cuán desdenoso melindre y con cuánto asco miran a los otros aquellos cuyos

padres no profesaron arte buena, pues ello constituye una buena parte de la nobleza. Y con cuánto remilgo y con cuánto repulgo se sacuden todos la tacha de oscuridad de linaje. ¡Oh espíritus atollados en el cieno! ¿No hay siquiera uno que recuerde no haber posible humildad de linaje para quien tiene a Dios por padre? ¿Osas tú poner manchilla en un abolongo que bajó del cielo? ¿O indagas con ansiedad la alcurmia de unos hombres cuyo padre es Dios y cuyos hermanos son los ángeles? El mismo que tiene tu ascendencia en desdén, quiere que no, se compone de los mismos principios y elementos que tú y tiene el mismo padre que tú, y no tiene cosa de que con más sano orgullo se pueda jactar que de vuestro padre común, si ya no es que por una total subversión del buen criterio tenga en mayor estima ese cuerpo corruptible engendrado por un hombrecillo ruin, que el alma divina, que lo fué por Dios eterno, todopoderoso y monarca universal.

Los deleites de tal manera quitan el juicio a los hombres, a los mozos especialmente, que se vuelven ásperos y hostiles para con sus preceptores y educadores; para con sus parientes; para con sus padres mismos; para con las leyes y los magistrados; para con la patria, en fin; para con todos aquellos que les dan los más sensatos avisos y para con quienes no les consienten ahitarse a su sabor de los deleites apetecidos. Así que los consiguieron o corren todavía a sus alcances, los celos y los recelos, porque ningún otro los disfrute, ¡con qué aguijones acucian su espíritu!, ¡a cuántos bien avenidos amigos amaron para el mutuo exterminio!

Las competencias en torno de determinadas dignidades han concita-

do en la República grandes alborotos civiles que descuajaron la patria común, como ocurrió entre César y Pompeyo, y lanzaron unos contra otros a pueblos pujantes y príncipes que se enzarzaron en guerras inacabables, calamitosas para entrambos, no por ansia de vengar, sino por ambición de figurar. De este linaje fueron las guerras guerrreadas con Pirro y Aníbal. Este origen tuvieron las guerras de los tiempos míticos y las de los siglos históricos. Esta es la semilla y el comienzo de cosa tan detestable y canibalesca, como es la guerra: la miserable sed de mando, de dominio, de predominio. Más que no se narran se nombran las guerras más antiguas, de Vexor de Egipto y Tanais y los reyes escitas emprendidas por jactancia pendenciera, por amor de la gloria y del mando, no por motivo alguno vital. ¡Tan de temprano amaneció la soberbia como la razón y el discurso, por manera que en la rudeza inicial del mundo, cuando no se había revelado arte alguna ni invento alguno de provecho para la vida; cuando no existía conciencia del valor, ni de la sabiduría, ni del arte, ya el honor y la gloria eran objeto de conquista. Error fué de las humanas mentes ese de esperar honra y prez de la matanza de hombres. Mas, como fuese que las edades posteriores o cambiaron casi todos los descubrimientos de la antigüedad o los condenaron por groseros y sin aliño, aquel error inicial se asentó con tal firmeza en el espíritu de los hombres, que fué recibido y aprobado. Es de saber que la soberbia confirma lo suyo en su entereza y valía. No puede tanto en establecer la firmeza de lo suyo la flaca Naturalaleza. Unos hombres que nada veían con los ojos de su espíritu,

con los ojos corporales, admiraron la robustez y consistencia de los músculos, siendo así que sus espíritus eran pura invalidez. Con este motivo encarecieron sobre manera las monstruosas fechorías y las gigantescas y sangrientas fraudes, bien porque los beneficiaban, bien por miedo. Por este camino vinieron a parar en sus manos soberanías, dignidades, gobierno sobre los demás, donde el derecho se regulaba por la violencia y todo estaba permitido a la fuerza, a la astucia y aun a la crueldad.

Tan pronto como la pasión se apoderó totalmente de los espíritus, el más violento arrebató la tiranía. Y así aconteció que no fuese el mejor el que por amor a la virtud granjeó mayor estima, sino el más pronto y decidido a hacer mal, puesto que todos tenían por aquellas cosas que apreciaban en mayor grado que la virtud. En consecuencia, en parte porque no veían lo interno y sólo por lo externo tenían admiración, en parte porque se sentían ayudados, en parte por la adulación hacia la cual se inclina el vulgo cuando se trata de los poderosos, todo género de honra, de distinción, de alabanza, de gloria se cifró en las hazañas militares. Se les dió el nombre de virtud, y sus protagonistas fueron llamados adalides, héroes, vengadores de la patria, domadores de las naciones; se los elevó al cielo y se les dió culto a par de dioses, como a Hércules y a Dionisio de Tebas; compusieronse poemas en su loor y fueron celebrados con cánticos en plazas públicas y en conciertos, a la manera que Homero introduce a Femio en el banquete de los pretendientes, cantando las guerras troyanas. Y esta costumbre se prolongó hasta el pueblo romano, cuando, adulto ya, era se-

ñor de toda Italia. Dato es éste que registró Marco Catón en sus *Orígenes*. Escandieronse epopeyas y escribiéronse historias; levantáronse arcos triunfales, erigiéronse estatuas en los sitios más concurridos de las ciudades con inscripciones encomiásticas, y de ahí claro renombre, y de ahí nobleza que pasó a hijos y a nietos. ¿Quién hay de temperamento tan apático para quien no fuesen espuela estos galardones, o tan reacio de la matanza y de la sangre; es decir, de la inhumanidad, y tan amigo de la quietud y de la concordia que no se sintiera espoleado a la proeza y al belicismo por unánime consentimiento, que con premio tan grande exhortaba a la maldad ensangrentada? Si a la más detestable de las cosas no se hubiera propuesto tan brillante galardón, acaso tendríamos menos príncipes belicosos. Pero la divinidad que se dió por añadidura a Júpiter, a Marte, a Hércules, a Liber y a otro cécolas, por haber llevado a término feliz guerras hazañosas, estimuló a los que vinieron detrás de ellos para que se los admitiera a la participación de tan inmensas honras; a los griegos, primeramente, en cuyos ingenios excelentes, como en un campo feracísimo, porque no había en ellos siembra buena, crecieron muchas viciosas y nocivas hierbas y tomó pujanza y brío la ambición del honor. De ahí las guerras tebanas, argivas, áticas, del Peloponeso; de ahí, la expedición a Troya y aquella obstinada pertinacia en el mal desabrido y difícil, como nunca la pusieron en empresas de placer. Enalteció Homero en un poema elegantísimo aquellas gestas; fueron celebradas en toda la Grecia y, gracias al poema de Homero, fueron conocidos los pregoneros y los auri-

gas, y los tersites, y los más abyectos y rezagados peones de aquella campaña. Aquiles relumbraba como el sol, entre aquellos héroes legendarios.

Eran los más quienes preferían el nombre de Aquiles al de Néstor. De aquí, sin pretexto alguno, esparcieron arreo, chispas y semillas de guerras, por manera que el ingenio inquieto, conocido de pocos en la paz, por las malas artes dióse a conocer en la guerra. Sin número son los aventureros de esa laya en todas las naciones, como en Atenas, Alcibiades, que no consintió que su pueblo, cascado por guerras tan continuadas o que iban a reposar por fin y a tomar respiro, estuviese por más tiempo en paz y con el más punible de los ardides desencadenó la guerra del Peloponeso. La emulación de Aquiles empujó al macedón Alejandro y le precipitó en aquellos famosos furores bélicos. Conducía su ejército por Asia. El ejército seguía a Alejandro y Alejandro seguía a ciegas su ambición, porque pudiera escribir en los linderos del mundo: *Hasta aquí llegó Alejandro en son de guerra* (que vale) *en son de latrocinio*. La brillante aventura de Alejandro arrastró a muchos: Pompeyo Magno, Julio César, de quien se cuenta que en Cádiz lloró delante de una estatua de Alejandro porque, llegado a una edad en que Alejandro había sojuzgado el Asia, él no había hecho cosa alguna merecedora de especial recordación. Y así fué que vuelto a Roma se empeñó en que se le confiase la dirección de una guerra grande, rica de episodios y de peligros, en la que hiciera explosión aquella latente sevicia suya, cohibida por la paz. Y en nuestros tiempos la admiración de las proezas de Alejandro obligó a Carlos,

duque de Borgoña, a enredarse en aquellos lances bélicos en los que él pereció y llevó al borde de la catástrofe a toda la Bélgica, que quedó amputada de la Borgoña, y Luis, rey de Francia, se la quitó a María, heredera legítima. Tan poderoso fué el aliciente o, por mejor decir, la rabiosa atracción de esa estúpida fama que obligó a las mujeres, olvidadas de su sexo y de su natural, a tomar las armas, al estilo hombruno, y a azuzar a los varones a la lucha. Las Amazonas, salidas de la Escitia, ocuparon el río Termodonte y toda aquella ribera del Ponto. De ahí, sojuzgada por las armas toda aquella vecindad o por las armas fatigada, porque, como escribe Lisias, habían oído muchos loores de la fuerza y ardor guerrero de los atenienses, pasaron hasta allá para hacer experiencia de su marcialidad tan decantada, con el fin de que su renombre se extendiese más y más. Pretexto para esta gloria es la dilatación de las fronteras y del Imperio. Esta fué la causa de casi todas las guerras de los griegos, de los romanos, de los cartagineses. No podían gobernar su propia casa con tantos conflictos, disensiones, escisiones, alborotos, facciones, guerras civiles y buscaban gente ajena a quien tener bajo su mano aquellos mismos que no sabían mandarse a sí. Achaque es éste que se da con harta frecuencia en los reyes, quienes, a guisa de muchachos o de mozos sin ciencia y sin experiencia o de viejos verdes, jugadores, fatuos, no siendo capaces de ordenar una casa, desean organizar el mundo y tener sujetas más naciones, aun aquellas de las que no se sabe el nombre.

¿Qué otra cosa fué el Imperio para las naciones poderosas sino causa de los mayores vicios, que quedaron

en la impunidad, y, en último término, causa de guerras civiles o exteriores, a cuyos embates sucumbieron miserablemente, extirpados de raíz o reducidos a fea servidumbre, los que poco antes fueron amos y dueños de tantos pueblos? Y para cada uno de los príncipes, ¿qué otra cosa es un Imperio espacioso, más que una pesadilla asidua y un gravísimo cuidado si cumplen con su deber o una celada peligrosa si no lo cumplen? ¿Cuán a las claras la malicia torva corrompió la integridad de la Naturaleza y la depravada opinión arrebató la entereza y sanidad del juicio! ¿Qué otra cosa es regir y gobernar, sino mirar por el bien de los gobernados y cuidarlos con la misma amorosa vigilancia con que un padre cuida a sus hijos? Por esto, el príncipe es llamado *Padre de la patria*. ¿Y qué cosa hay menos congruente que el que tú te empeñes en mirar por el bien de aquellos que te rehusan y mediante amaños reprobables atraer a ti a los que tú dices quererles hacer bien? ¿Consiste el gobierno, por ventura, en matar, en destruir, en incendiar? ¿Es mirar por el bien del gobernado oprimirle por el terror? Guárdate que no se te conozca, que tú no tanto deseas regir como dominar. No es el gobierno lo que deseas, sino la tiranía, cuando quieres que muchos obedezcan tus órdenes, no porque vivan en una próspera libertad, sino porque te teman y cumplan servilmente tus mandatos.

Ni siquiera el origen y causa de las guerras se encierran en los límites del honor. Todó lo que no satisface al príncipe o al pueblo, arma las manos y entre poderosos la que-rella engendra la guerra inevitablemente. Córrese a las armas por una mujerzuela, que es cosa de rufianes, no de príncipes, hasta el punto de

que, según la brutal expresión de Horacio: *Cunnius, teterrima belli causa?* ¿Qué obscenidad más procaz puede decirse? ¿Por el más innoble y vergonzoso de los órganos de la anatomía femenina!

Esta fué la ocasión de muchas guerras, como la de Pélope, la de los lepitás, la de Eneas y Turno, la de los hijos de Tíndaro con Ida y Linceo, la de los Enríques, padre e hijo, de Inglaterra y, por fin, la de aquella guerra tan decantada de los griegos y de Troya. ¿Cuánto mejor buen sentido y cordura que la Grecia, madre de los ingenios, tuvo, a pesar de ser tracio y ser bárbaro, aquel que, solicitado porque les ayudase, por ambas huestes beligerantes, por griegos y por frigios, luego de haber conocido el motivo de la guerra, condenó el juicio de ambos, diciéndoles que él no veía la razón de recurrir a las armas por aquella causa, puesto que lo más sensato y más justo era que Paris devolviese a Menelao su mujer, Helena, y que él, por su cuenta, enviaría a Paris, si tan furiosa loca era su afición a las mujeres, hasta diez doncellas bellísimas, la flor y gala de su reino. Y este mismo fétido motivo azuza a los particulares, los unos contra los otros, como toros, en celo o con perruna lubricidad, cuando algunos canes van en pos de una misma hembra.

Y no es menos ocasión de vergüenza y corrimiento que securdes el antojo de una mujer o te doblegues a su capricho declarando una guerra. No son pocos los ejemplos de ello, como el de Pericles, ateniense, quien por Aspasia, su manceba de Mileto, movió guerra a los sarmios, que infestaban el país de la amiga. César, siendo dictador, eliminó a Tolomeo por complacer a Cleopatra. Carlos, rey de Francia, insti-

gado por el boato y la necesidad de su mujer, causó la casi total destrucción de la Flandria, agotada por el máximo esfuerzo bélico. Alejandro, el macedón, incendió a Persépolis por sugerencia de Tais; una putañuela. ¡Oh mengua, oh baldón! Que todos unos hombres sirvan a unas mujerzuelas con tan abyecto servilismo que dan a entender que son no hombres, sino bestias lascivas esclavas del placer, engolosinadas del más engañoso de los celos!

Y pasando a otra cosa, ¿qué es eso de que todo un gobernante de tantos pueblos y tantas gentes, en quienes ninguna otra cosa parece tan bien como la gravedad y la severidad, por el pique de una palabra o por una expresioncilla tomada a mala parte, se encolerice hasta el punto que exponga a tan extremo peligro tantas vidas como las que están confiadas a su custodia y a su fidelidad?

¿Y qué más? Todo cuanto poseemos—casas, campos, siervos, ajuar, vestidos, dinero—no solamente lo hicimos nuestro, sino que lo hemos identificado con nosotros mismos, haciéndolo sustancia nuestra. Ayúdanos en esta tarea los viejos aforismos, dictados por la ignorancia del vulgo o valorados por los poetas que se dejaron guiar del sentido grosero y de la opinión generalizada de que el dinero hace para cada uno las veces de vida. Hartó se persuadieron de ello los que por un miserable salario mensual ofrecen cada instante su cabeza a peligros mortales. Y si acontece que alguno toque nuestro dinero o nuestra hacienda, dolémonos con lamentos tan agudos como de un cauterio o de una amputación. Es *sustancia* nuestra lo que se nos quita, según inveterada opinión: *El dinero per-*

dido—dice Juvenal—*llórase con lágrimas de verdad.*

¡Con qué boato y con qué énfasis se pronuncian las palabras *mío, tuyo!* ¡De cuántos ultrajes, de cuántos pleitos, de cuántas controversias, riñas, pugnas y muertes estos dos pronombres son autores! ¡Cuántas tragedias producen en la Humanidad estas dos palabras y tanto mayores cuanto más se yerguen, confiadas y apoyadas en más robusto poderío! ¡Oh voces de mal agüero para el linaje humano, cuando con rumor queruloso las pronuncia y las repite un príncipe temido o una nación pujante! No sólo se reclama la propiedad cuando la usurpación es reciente y fresca, sino que en las antiguas escrituras ya se descubren aquel *mío* y aquel *tuyo*, en papeles ya roídos, en letras ya desvanecidas casi, donde la ignorante multitud o el príncipe caldeado por un mal aconsejado patriotismo, armado de poder grande, constituyéndose en juez y en parte, conoce y sentencia su propio derecho. Este expeditivo sistema de reclamación hace que ninguna cosa sea ya propiedad firme de uno: ¿qué territorio, qué bienes hay que no hayan estado sujetos a otra soberanía o a otros dueños? Pero el caso es que se dice que lo público no puede prescindir y que, por ende, no se puede mermar en un ápice el derecho de los reyes o de los pueblos. Y si la prolongada posesión no determina la propiedad de los bienes públicos, será cierto que ni rey alguno ni pueblo alguno puede apropiarse lo que pertenece al linaje, lo que es un bien privativo de Dios o, en lenguaje de los antiguos, de la fortuna, manera de hablar que dura todavía. ¡Oh mentecatez, llamámonos nuestro a aquello que nosotros confesamos ser de la Fortuna y de

cimos ser nuestro el dinero, precisamente nosotros, que ni tenemos nuestra alma y los cuerpos mucho menos!

Y por este procedimiento no solamente se tiende a recobrar provincias espaciosas, sino que una porción de terreno insignificante, o una fortaleza, o un castillo, o una acequia mantuvo enzarzados en guerra prolongada estados contiguos y aun a grandes reyes, que a bufones y a aduladores con larga mano y a manera de propina entregan animosamente ciudades y comarcas enteras y tiénelo como timbre de gloria. Y aquellos reyes que premian tercerías y lagoterías abyectas con una parte no pequeña de su reino, no quieren ceder a otro rey, que acaso en otro tiempo fué amigo suyo y mereció su gratitud, un campichuelo reducido, con la común conveniencia e interés de uno y otro reino. ¿Y qué diré si aquel mismo territorio que ocasionó tantas muertes y tantas calamidades, luego de haberlo ocupado y comprado con tantos y tantos bienes, con tanta y tanta sangre, con tanto y tanto heroísmo, luego al punto lo dan a cualquiera de sus adulatorcillos para quienes, en fin de cuentas, sienten una tan complaciente benignidad?

¡Excelente motivo de guerra! Para enriquecer a un bribón, indigno del aire que respira, no vacilas en privar a tantos buenos de su hacienda, de sus hijos, de su vida! Y porque un rufianejo o un ladronzuelo tenga que devorar graves y excelentes personajes, significados y de relieve en el cortejo de tus amigos, si no por la privanza, al menos por la dignidad y los merecimientos, serán los primeros en ser lanzados a la sevicia de la guerra y a un más que probable peligro mortal!

Endurece nuestras entrañas ese afán de poseer, nos torna inmisericordiosos, montesinos, salvajes, expulsa de nosotros todos aquellos sentimientos de humanidad y mansedumbre; lo pretendemos todo contra todos con el más exigente e inicuo de los derechos y no solamente no socorremos a los menesterosos con tantos y tan colmados montones de riquezas, sino que despojamos a los que no tienen que ponerse encima de sus carnes. De ahí el tan crecido número de mendigos como se ven en la Iglesia de Dios. El dinero vuelve de avaro bronce nuestra mano, y somos inexorables para con los hermanos, los parientes, nuestro mismo padre, que nos engendró; nuestra madre, que tantas molestias y hastíos soportó en su preñado y tantos peligros en su alumbramiento. Y al paso que para hacer bien y compartir nuestra abundancia con los otros encerramos nuestra acción en términos de angustiosa estrechez, los ensanchamos abusivamente para hacer mal. Tomamos por hechas a nosotros las injusticias que se hicieron a nuestros padres, hijos, hermanos y aun a nuestros abuelos y a nuestros bisabuelos; resucitamos cuentas ya muertas y enterradas y traemos a la memoria ultrajes que borró ya el olvido, con mayor desdoro nuestro que de aquellos que los infirieron o los soportaron, y, al intentar vengarlos, agravamos más su ofensa, pues con ello no conseguimos más que se enteren de la ignominia aquellos que la ignoraban. Y aun la profunda corrupción de nuestras opiniones llegó a tal extremo, que aquello mismo que aconteció a cualquier pariente nuestro o a cualquier afín, por más lejano que sea, nos creemos obligados a tenerlo por nuestro, puesto

que hay quienes con supina majadería echan en rostro a los otros, cual si fuera un baldón, el azar desgraciado o la Fortuna adversa de un afín o un deudo tan lejano que casi ya no tiene nexo alguno con la familia. Y recibimos en nuestros brazos como nuestros clientes, pupilos, amigos, criados, servidores, inquilinos, colonos, jornaleros, vecinos, conocidos de vista por nosotros y aun a los conocidos, vecinos, jornaleros de nuestros afines y amigos. Unos amparan a los ciudadanos contra los extraños, porque el ciudadano debe asistir al ciudadano, como el hermano al hermano; otros amparan al extraño contra el ciudadano, porque no debe inferirse injuria al huésped y oprimir al débil no por auxiliar al humilde, sino por dañar al ciudadano.

Y así es como los príncipes y los estados poderosos extienden tan ampliamente como pueden sus alianzas a manera de redes, y admiten en su confederación y clientela a muchísimos más. Hacen esto con toda diligencia, no tanto por defender a aquellos que agregaron a su política, cuanto, valiéndose de su ayuda, para invadir a los otros. Y así es que persiguen a quien lesionó al amigo no tanto por salir en defensa del amigo, como por despojar al agresor, si pudieren, como el cuestor que va a los alcances del pillastre no por devolver la bolsa a su dueño, sino para aplicarla a su fisco. Y mientras ellos conciertan asociaciones, alianzas, tratados de amistad con quienes les da la gana, con todo no soportan los consorcios ajenos, las amistades tradicionales, los lazos de la sangre; tómanlos como un desacato personal y truéncanos en pretexto para declarar una guerra. No fué otra la causa por la que el pueblo romano tomó las ar-

mas contra muchos pueblos de Italia, a saber: porque algunos de ellos habían figurado en el ejército de los enemigos. Esta misma fué la razón por que hizo guerra a los numantinos, y la misma por la que hizo guerra a los britanos, siendo así que ello no se hizo con la intención de perjudicar a los romanos, sino, como es caso frecuente, por razones de buena vecindad, como los britanos corrieron en ayuda de los galos, como que eran de la misma raza, y los numantinos acudieron a socorrer a los sedingenses. En ninguna otra tarea puso más cuidado el diablo que en esparcir por doquiera las semillas cizañosas de la discordia y en fomentarlas porque rindiesen ubérrima cosecha. Y con tino satánico, por cierto. No hay cosa más propia de su carácter que el odio, la discordia, ni nada que nos aparte tanto de la meditación y consideración de aquella sociedad celestial para la cual fué creado el hombre como sucedáneo. La concordia recíproca de los hombres es la imagen más eficaz y expresiva de aquella soberana ciudad de Dios. La discordia es el regocijo del infierno. Por esto fué que el demonio sembró odios políticos entre las naciones, que fueron correspondidos con odios políticos: el francés y el escocés odiaron al inglés; el español al francés, y al helvético el germano. Estos odios nacen de alguna derrota antigua o de alguna otra calamidad, cuyo recuerdo escocedor no puede posteriormente borrarse ni mitigarse por ulteriores servicios o conveniencias mutuas. Efémera es la memoria del beneficio; imperecedera, la del ultraje. Y así es que como herencia nefasta, las enemistades se transmiten de padres a hijos; los unos las exponen y las hincan en el corazón de

los otros; en el pecho de la nodriza las bebe el niño con la leche, y con las primeras letras el maestro las confirma; recógelas de boca del pueblo en himnos llamados patrióticos y los juegos con sus iguales las estimulan y azuzan. ¡Oh, cuán solícito profesor de su arte es el diablo! ¡Con cuánto desvelo vigila su juego! ¡Cómo está presente en todas partes y no omite oportunidad ninguna de enseñar su diabólica asignatura! En determinados casos, para el estallido violento de mortales enemistades entre las naciones hasta con que una persona particular se conceptúe afectada por una injusticia de otra o desabrida por un denuesto que le cruzó el rostro como un latigazo. De retorno en su patria esparce el maligno rumor de que a todos sus conterráneos aquella nación les profesa un odio mortal, que busca pretextos para declararles la guerra, que maquina no sé qué sañudas atrocidades y otros infundios de ese jaez, que impresionan dolorosamente el ánimo de sus paisanos. De labios de un conciudadano, de un compatriota, con crédula oreja, las oye la turba irreflexiva; los esparce a su vez, la especie cunde, y lo que fué vaga sospecha de unos pocos conviértese en firmísimo convencimiento de muchos. De todo se echa mano para propagar la disensión. La separación del lugar hace que no exista entre aquellos hombres cosa santa ni justa y que un hombre no sea para el otro ni siquiera hombre.

Y dado caso que no exista mutua comprensión, veráslo con qué suerte de horror esquivan todo coloquio y reunión, se confinan dentro de sí mismos, evitan verse y tratarse, como si un dragón hubiere visto a un elefante o un oso a un león y no un hombre a otro hombre, es decir,

la más mansa especie animal a un ejemplar reproducido de su propio linaje. Quién sabe si de ahí nace aquella actitud que los hombres de nuestro hemisferio observaron en el Nuevo Mundo que há poco se descubrió para con aquellos indios a quienes no tuvieron por hombres. Fué ello una iniquidad de la que tengo ya el lugar señalado para hablar en otra obra. Menelao, en una disertación que se halla entre las de Libanio, da a entender que entre asiáticos y europeos existió, naturalmente, un estado de guerra permanente, porque estaban separados por el mar. ¿Puede decirse mayor monstruosidad? Antiguamente, para el griego, todas las restantes naciones eran bárbaras, es decir, hombres a medias, y eso mismo son para el italiano de nuestros días, con injuria de la naturaleza, de quien piensan que para derramar sus dones escogió determinados límites de montes, de ríos o de mar, como si el poder de Dios estuviese condicionado por la topografía y no en dondequiera naciesen hombres, y allí sólo estuviesen los productos que el género humano recibió de la benignidad de Dios y no de la fertilidad de la comarca.

Ni aun la misma contigüidad salva de la discordia a las ciudades vecinas; al contrario, su proximidad misma exacerba y agría sus disensiones, que son tanto más vivas cuanto más cercanas. Nunca hay paz entre ellas; nunca hay armonía. Nacenles entre los pies todos los días mil motivos de querrela: el campillo, el derecho de agua, el hito, la paliza propinada al ladrón sorprendido en flagrante hurto, el juego de unos corros de mozuolos, las romerías y excursiones, un mote insultante, un rumor sin paternidad, un bulo, un sueño. En la misma nación,

entre poblaciones vecinas, si en algún punto la una perjudicó a la otra, queda indeleble la memoria del daño. Y si ésta no quiso o no pudo ayudar a la otra en un apuro, nace un odio público irreconciliable. Y para terminar de una vez, basta ya para odiarse que no sean la misma ciudad las dos, porque no hay acto de uno u otro lado que no se interprete mal y se considera lícito cuando se tiene el favor del pueblo divulgar las torcidas interpretaciones.

Los hay quienes echan la responsabilidad y, por ende, la culpabilidad de las guerras sobre las anchas espaldas de los príncipes. Dicen que son ellos quienes perturban el concierto del mundo contra la voluntad y la negativa expresa y clamorosa del pueblo. Pluguiera a Dios que esas quejas fuesen totalmente vanas e injustificadas. Pero es el caso que nosotros, con nuestros odios, avivamos aquellos furros y ellos abusan de nuestros apasionamientos para dar soltura y ensanches a sus veleidades guerreras. Cierto es que arde en deseos de guerra o su soberbia o su avaricia; pero nosotros cebamos esta pasión suya poniendo a su disposición caudales, aparejos, provisiones, brazos y vidas, con una alegre prontitud para una guerra que debe ser llevada contra aquella nación que no podemos ver. Y se da el caso paradójico de que, mientras parece que obedecemos la orden del príncipe, obedecemos inconscientemente los morbosos impulsos de nuestro ánimo. Y somos los mismos que nos manifestamos reacios e indóciles si el príncipe se empeña en abolir una mala costumbre admitida y sustituirla por otra mejor.

Pero, mal que mal, se dirá, vivir en el recinto de unas mismas murallas, tener ciudadanía en una misma ciudad, participar en una mis-

ma ritualidad sagrada y profana; todo eso defiende de la discordia. Pues ocurre todo lo contrario precisamente; esa convivencia da pie a discordias más frecuentes y más enconadas entre aquellos que no pertenecen al mismo distrito y a la misma jurisdicción, como en determinadas ciudades donde no es uno solo el juez, ni el tribunal es uno y el mismo. Entre iniciados y profanos, si se les pregunta qué es lo que aborrecen, dirán que la diversidad de profesiones. Pues si ello es así, la identidad de profesión será una eficaz aglutinante de la concordia. ¡No y no! No hay envidia más enconada y activa que la que existe entre los que practican la misma artesanía: esa identidad engendra odio. El alfarero envidia al alfarero, según el viejo aforismo, y el poeta envidia al poeta.

Y esta envidia ubicua no solamente invadió los gremios de un mismo oficio, sino todo el organismo de la ciudad, de modo que más llevaderamente soportan los ciudadanos que entre ellos descuella un extraño que un paisano suyo. Promulgóse en Corinto una ley para que ningún ciudadano se destacase de los otros; que si alguno se significaba por alguna prenda moral o física, saliese de la ciudad a pompear entre los otros. En Atenas introdujose el ostracismo, suerte de destierro, para lo cual se requerían los sufragios del pueblo, con el fin de que en la ciudad no hubiese ciudadano que se señalase por su consejo, por su virtud o por la grandeza de su gloria.

A esa envidia cívica se refiere Nuestro Señor en el Evangelio, cuando dice: *Ningún profeta tuvo aceptación en su patria*. Hay todo un hervidero de facciones en la misma aldea, en la misma calle, a las cuales se van afiliando los unos

y los otros, sin razón, sin selección, sin juicio. Si se les pregunta el motivo de la preferencia, no tendrán ninguno que dar. Y para más clara demostración de que ellos, con el instinto de las alimañas monteses, se mueven por ímpetu ciego, sin dejarse guiar por norma alguna racional, así como las fieras bravas se irritan hasta el furor por alguna voz o por algún color, como se dice que los toros se encarnizan contra el rojo y los perros de presa se azuzan con ciertos gritos, así éstos también, excitados por algún color o alguna consigna, corren a empuñar las armas, no favorecen a los hombres, no se dejan guiar de los hombres, un grito se apodera de ellos por el oído, un color los impresiona por los ojos, ni más ni menos como a las bestias. Que ese grito o ese color proceda de otro lado y se declararán por aquellos a quienes mataban hasta aquel momento.

Y ni aun el mismo hogar ni la vivienda común es un aglutinante de concordia, y no hay juramento que valga, ni contrato por sagrado que sea: *El marido amenaza con la muerte a la esposa—dice un poeta—, y la esposa, al marido; el suegro no está seguro del yerno, ni el huésped, del huésped.* Entre hermanos y hermanas existe odio capital porque se cree que uno es más querido del padre que otro, o le sobrepaja en dignidad, o fué objeto de una preferencia por una heredad insignificante, por una palabrilla, por una sospecha baladí. ¿Qué nos defenderá, pues, del odio y de la discordia? El apartamiento no vale, la proximidad no ayuda; no nos exige la nación, ni la ciudad, ni el orden, ni la profesión, ni la mesa, ni el lecho común, ni la común cuna, ni los padres comunes. Hemos lle-

gado ya a un punto, que entre los mismos cristianos, por ser tantos y tan repetidos los motivos de discordia y tan frecuente el choque de rivalidades, parece ser el mejor aquel que a nadie odia, que no lama a nadie, que ni por nada ni por nadie se interesa, sino que se recluye dentro de sí mismo como en su concha un caracol, y hace lo suyo, completamente despreocupado de los otros. Todos éstos, a guisa no de hombres, sino de fieras, precipítanse sobre el pienso colocado en medio y se pelean, se muerden, se embravecen el uno contra el otro y cada pasión tiene el cebo que mejor le sabe. El soberbio, de quien mana la principal y más nutrida materia de discordias, con la boca abierta corre en pos del honor, que es manjar peculiar y propio. Este es su pasto más sabroso y con él solo se mantiene. Cuando no lo tiene a mano lo busca con afán, y una vez que lo ha conseguido salta de júbilo; si se le defrauda de él se duele y se encoleriza, y se enoja con aquel que se lo estorbó, y cree el caso digno de venganza. Esta es la causa de que las discordias y enemistades no se acaben nunca. En todas partes, a muchas cosas se les ha puesto el nombre y la estima del honor. Comienzan los hombres por tornarse orgullosos y ambiciosos y, a seguida, litigiosos, vengentes, enojadizos, deseosos de venganza. No es posible que quien ambicionó lo más alto consiga tanto cuanto ambicionó; y así es que, frustrado en sus deseos, alborota la tranquilidad de los otros que está persuadido que pusieron estorbo en la realización de sus ideales. Es indecible a cuántos cristianos trae a mal traer todos los días ese afán de renombre, ese espejismo del honor. Lo que quieren es el honor; no les preocupa un pun-

to—dicen—dónde está el dinero, ni la vida les importa un bledo si el honor está en lugar seguro. Al honor posponen la buena conciencia, al honor, la religión y al mismo Dios, como aquel que teniendo que morir preguntó al sacerdote cómo quería que muriese: con humildad de cristiano o con gallardía de valiente caballero. Ello equivalía a pedir si daría satisfacción a Cristo o la daría al honor.

¿Qué es este culto fanático del honor? ¿Qué es eso de hacer tanto caso de una palabreja de elogio, de un saludo de cortesía o de un pensamiento callado, que no dura más que un instante, de uno que otro necio que juzga neciamente? Aparecerá no ser necedad si declarásemos en qué consiste eso que llaman honor. Honor, para ellos, es la cifra y el compendio de todo cuanto se considera un bien en lo que toca a las prendas morales o físicas, o en aquellos dones que caen bajo la jurisdicción de la Fortuna o en todas aquellas cosas a las que puso algún precio la estimación humana. Como si la más alta recompensa de la virtud y de los bienes todos consistiera en ser conocido de los otros. Todo lo que no fuere esto consideráse como ignominia. Así que no ya solamente en las palabras expresivas de alabanza o de vituperio sitúase la honra o el desdén, sino en todas las expresiones o gestos en los que la humana suspicacia interpretó que encerraba alguna demostración de ese género. Eso de decir a las barbas de uno *Mientes*, es una tan grande ofensa, que no puede pagarse sino con la vida o con alguna penalidad muy grave. Si dijeres esto mismo, pero con otras palabras, evitaste el estallido del enojo, como si hubieras dicho: *Con perdón*. Por donde se ve que lo que nos impresiona y

afecta no es la realidad, sino el sonido, el murmullo leve. En tiempos pasados, la segunda persona era el pronombre *tú*, en singular, y en el plural, *vos*. En la actualidad, en lengua toscana y castellana, más trabajo se pone en la busca de epítetos que en toda la restante invención. Existe ya quien tiene el tratamiento de vos; existe ya quien tiene señorío, prestantia, excelencia, sabiduría, alteza, majestad y, dentro de poco, a mi ver, también divinidad. La lengua francesa comienza a ser atacada de esta misma enfermedad, contagiada de sus vecinas. Si alguno hablase de otra manera, violó la majestad del camarada, le hizo objeto de desdén; la ira le aconseja venganza. El descubrirse la cabeza, el sentarse, el levantarse, el ceder el paso, el detenerse, el doblar la rodilla, el mover el pie, el levantar la mano, el fruncir el ceño, el mirar, en pasando dos veces por delante de la puerta; el torcer el rostro, el tender la mano, el extender el dedo, el enseñar la uña mediana, el mirar a quien se cayó, dónde, cuándo, cuánto tiempo, cómo, todas estas nimiedades sufren un severo examen en el tribunal de la ira por si entrañan acatamiento o desdén. Todas estas livianísimas pequeñeces y nonadas pueden quebrar concordias muy firmes consagradas por el tiempo y por una larga correspondencia de finos servicios y obsequios y trocar una amistad cordial por una capital enemistad. ¡Oh ruin linaje humano! ¿Quién fué aquel enemigo tuyo tan cruel que te enseñó todas esas vanidades huecas omitiendo otras muchas grandes y provechosas y sustanciales enseñanzas, necesarias para la vida, que ignoras tercamente? Todavía no conoces el curso del cielo y de los astros, la naturaleza de

plantas y animales, lo que aprovecha a tu organismo y lo que le daña la razón de la virtud y la honestidad, todavía no habías aprendido el fin para que naciste y ya tenías holgura y vocación para dedicarte a tan dañinas averiguaciones.

La soberbia ocasionó que a nosotros nos parecíamos los mejores y deseásemos que los otros nos tuviesen por tales. De ahí, esa blanda indulgencia y esa delicadeza que siempre tuvimos con nosotros mismos, como si en realidad fuésemos mercedores de ese trato. Los regalos nos amollentaron y enflaquecieron hasta tal punto, que la más chica ofensa se nos antojó insostenible, como vemos que acontece con los niños mimados, que están enfadados siempre y no nos detenemos a considerar si es merecida o es injusta. Nos enojamos con el maestro, con el ayo, con el amo, con el magistrado, con el príncipe, con nuestro padre con la patria misma, con las leyes, con la justicia cuando castigan nuestras faltas, y si estuviere en nuestro poder, nos vengaríamos; y en hecho de verdad, se vengan todos los que pueden, como diré luego. Y así resulta que como los enfermos, no tenemos otra preocupación sino que nada nos dañe, y ello hace que temamos no solamente las ofensas, sino todas las apariencias, sombras y señales de ofensas. ¿Qué miserable dolencia moral es ésta! Y porque sepamos que ello ocurre por nuestra necedad y no porque así sea en efecto, más fácilmente sufrimos las injurias que la sombra de las injurias. El joven alumno prefiere una azotaina del maestro a una viva reprensión; el esclavo prefiere un bofetón a un denuesto grave. Uno de los preceptos que se enseñan en la escuela del diablo es ser injuria menor una cuchillada

que un puñetazo, y ultraje más liviano una lesión peligrosa con una aparatosa cicatriz, que una bastonada con un palo o con una simple caña. En ocasión de cierta pendencia, uno de los contendientes amagó al otro con un bastonazo y el otro le dijo que lo daba por recibido, y determinó vengar con toda suerte de crueldad el golpe que había descargado en el aire y no en él. ¿Y qué decir de aquel otro que en una baraja a puñetazo limpio recibió primeramente un bofetón y luego algunas lesiones graves en pecho y costados, de las cuales murió poco después, y mientras le curaban y le vendaban las heridas aplicándole el remedio de urgencia que el caso requería, decía: «No es esto lo que me habéis de curar, sino esta mejilla.» Con lo cual daba a entender que más le dolía la carrillada que las heridas que le ocasionaban la muerte. Con cuánta mayor cordura y prudencia hubiera podido decir: «Curad primero, ¡oh médicos!, si podéis, esta locura mía, y las heridas, después.»

¿Por ventura no hemos demostrado abastanza que nosotros tenemos cuerpos robustos y espíritu muy flaco, dado caso que el cuerpo puede sufrir una herida grave y el espíritu no puede soportar una palabrilla insignificante? ¿Una palabrilla dije? Ni siquiera un ademán cuya significación nadie diría a punto fijo ni en qué sentido debe interpretarse, como extender o arrugar los labios, o guiñar el ojo, o mirar con ahinco a modo de muchachos que se enfadan con los gestos ridículos de los otros y rompen en lágrimas y llanto. ¿Y qué diremos si también nosotros, personas graves y de edad madura, si así lo quiere el Cielo, intervenimos en los pucheros de los chicos y en las riñas de las mujeres,

cargados de prudencia y de experiencia y de reputación, y nuestros enojos sustituyen a otros enojos que una mosca podría inflamar hasta el incendio con sólo el viento de sus alas? ¿Quién es capaz de puntualizar una por una todas aquellas cosas que el humano desatino convirtió en injuria, en insulto, en deshonra? Algunas las hay que son comunes a todas las naciones en general, y otras, particulares de otras, y otras, por fin, privativas de ciertos pueblos o de determinados hombres, cuando a lo que sucede por casualidad se le atribuye intención, como el que una teja, al caer, dañe a alguno, o que un caballo le lesione con una coza, o que un azor le manche a uno el vestido con su excremento, el empujón que uno recibe en un tropel de gente: todas estas contingencias desdeñables júzganse merecedoras de venganza. La razón de la virtud es única y son innumerables las razones del vicio. La naturaleza del hombre es única y simple. Si la siguiéramos, como dice Cicerón, no hay cosa que fuera más semejante a sí misma que lo seríamos un hombre del otro y todos de todos. Pero tan pronto como nos fuimos apartando de la Naturaleza, nadie ya fué semejante al otro ni siquiera a sí mismo. Admirable es la variedad de razones; de proceder, de ideas. La modalidad de la concordia es una y las de la discordia son infinitas, extensas, profunda y anchamente diferenciadas entre sí. Y aún no es bastante que cada uno traiga consigo para la discordia una espuela muy aguda, sino que también para los otros somos espejo o estímulo. Aquello en que no reparó uno o no supo que se le tenía por injuria, o creyó ser lo más cuerdo disimularlo, no faltan quienes luego al punto le den a entender que

es injuria hecha y derecha y opinen que no debe ser sufrida, que lo empujen a la venganza y le enseñen cómo puede y debe vengarse, convencidos de que es puro celo de la amistad convertir a un amigo de hombre bueno en revolverdo y malvado; quiero decir, semejante a ellos. Y no faltan quienes, por su grande autoridad, a la discordia encendida añaden leña seca. Los poetas atribuyen a Júpiter la ira, no templada ni mediocre, sino muy ardiente e impetuosa, por la cual derriba del cielo a su hijo y castiga a su esposa colgándola de una cadena y sacude el cielo, y destruye ciudades y reinos. Fingen también que la ira levanta a los hombres a la categoría de héroes, como son los reyes homéricos. Una de las escuelas filosóficas es la peripatética, que llama a la ira la piedra afilada de la fortaleza, que inspiró aquel aforismo: *El ánimo generoso no tolera el ultraje*. Esta escuela concilia lo más antagonico, la fiereza de la ira con la templanza de la razón, por manera que a la razón se la lleva arrebatada en carrera sin freno o se sirve del más contumaz de los esclavos, que no ejecuta lo que le manda su dueña y señora la razón, sino lo que le sugiere su compañera, la pasión. Muy agudamente dijo Séneca: *Las pasiones son tan malas criadas como dueñas*.

Muy campanudamente los teólogos llaman magnánimos a aquellos que no pueden sufrir las injurias más livianas y toman venganza sea como sea, movidos por la autoridad de Aristóteles, entendida de cualquier manera y a quien con escaso tino atribuyen más valer que a Cristo. En realidad, si al quisquilloso de marras le decoran con el título de magnánimo, nunca había existido mayor pusilánime que Cristo y

sus discípulos y todos aquellos que religiosa y santamente llevan su vida a tenor de los mandamientos de Cristo. ¡Con cuánta mayor cristianidad dijo Séneca: *Aquella no es grandeza de alma, es hipertrofia e hinchazón. La ira no tiene donde asentarse, ni tiene un principio macizo y permanente, sino que, como el viento, es veleidosa y vana, y anda tan lejos de la grandeza de alma como la osadía de la fortaleza, la insolencia de la confianza, la tristeza de la austeridad y de la severidad la sevicia.*

Mas cuando a la ira, que ya es de suyo asaz osada y expeditiva, se le acercan tales consejeros y animadores con aquella gravedad y aquel entono, cuántas alas no pone a su celeridad instintiva y cómo se espolea a sí misma y con avidez mayor desea la venganza, que ve tan exenta y limpia de toda tacha de vicio, que hasta se la hermosea con el nombre de aquella generosa y excelente virtud; y que si de la venganza prescindiere, le espera el vilipendio y la afrenta.

¿Qué esperanza nos queda ya, cuando hasta ese extremo nos sentimos blandos e indulgentes con los vicios, de poder dar la señal o el inequívoco distintivo de ánimo elevado y generoso? De tal manera se volvieron sabrosas las discordias a los hombres, que muchos no pueden sufrir el concierto de los amigos bien avenidos y excogitan día y noche materia de disensión. Para la generalidad no hay espectáculo más grato que las luchas y antagonismos reales o imaginarios; con visible contento y con boca de risa muchos

contemplan a los pendencieros venidos a las manos y, encima, suministran furtivamente más abundante materia de insultos y riña, azuzando ora al uno, ora al otro, declarándose por el vencido, porque dure más la pelea.

¿Quién hay que pueda con los pagnéricos por más elegantes y primorosos que sean, mientras no fueren brevísimos? Nunca nos hartamos de escuchar insultos y dictorios venenosos. Con razón se queja Demóstenes porque Esquines tomó en una competición oratoria la parte más favorable y más plausible, a saber: la de la acusación, mientras que a él le había tocado la más difícil y la que menos atienden los oyentes, a saber: la del elogio, y, lo que es peor, la del elogio de sí mismo. Ya los simulacros de luchas en los espectáculos son los que causan placer más vivo. Antiguamente fueron los gladiadores en la arena, la montería, la batalla naval, los atletas. Ahora son las maniobras militares, los certámenes poéticos u oratorios, las disputas en las escuelas, en las que intervienen unos hombres ayunos de toda suerte de letras y juran que se divierten en todo esto enormemente; es decir, en la apariencia de la lucha, porque de lo que se dice allí no entienden jota. En este punto, hacen muy mal los hombres instruídos que se ofrecen a los analfabetos como un número de pasatiempo y admítienlos en sus certámenes, con perdón sea dicho, no solamente como espectadores, sino como árbitros y jueces. La incompetencia no puede cobrar mayor auge y crecimiento.

LIBRO SEGUNDO

DE LA INHUMANIDAD CON QUE LOS HOMBRES
EJECUTAN SUS DISCORDIAS

Admitimos las discordias, las unas con astucia y con malicia; las más, necia y puerilmente; pero todas sin excepción las traducimos a la práctica con suma inhumanidad y arte diabólica. Dos son, como más arriba dijimos, las fuentes del odio: la envidia y la ira. La envidia es degenerada, cobarde, villanesca; no se atreve a sacar su cabeza y, no deseando menos que la ira hacer daño, no obstante tiene tan apocado concepto de sí misma, que huuye de la vista de los hombres, como ignominiosa que es y digna de todas las abominaciones. Nada hay que oculte el envidioso tan cuidadosamente como la envidia, porque el envidiar es tenido por cosa de vergüenza y confusión.

Y así es en hecho de verdad. Quien envidia a otro, confiesa tácitamente su superioridad y la escasa confianza que tiene en sus propias dotes. Como juiciosamente dice Cicerón, quien confía en sus propios bienes nunca envidia los ajenos. A pesar de todo, y haga lo que haga, la envidia, por más cuidado que ponga en ocultarse, roe de tal manera las entrañas y contamina de tal manera todo el cuerpo, que el semblante la denuncia por una harto visible lividez, color del cual tomó el nombre latino *livor*. La envidia ejecuta en sí misma la venganza. En esto sólo es justa, siendo para lo restante mala y feroz.

Por más generosa es tenida la ira, porque se cree que no tiene otro móvil que la indignación y que, a

una, es vengadora de los malos y criada e instrumento de Némesis, aquella diosa mitológica, que los antiguos fingieron, perseguidora y vengadora implacable de todo lo indigno. Y por esto es por lo que con razón algunos la figuraron plásticamente con no demasiada fealdad.

La envidia, cuando se persuade que encontró buena sazón para dañar, se manifiesta bajo la especie y con los atributos de la ira; tunde y veja la bondad, simulando que, afectada por alguna acción indigna, no hace más que ceder a una irritación sobrado justificada. Este mal es en lo humano lo que es la oruga en las mieses, o como el bruco, que roe lo más fructuoso y lo mejor, o, como en los cuerpos animados, el acónito que ataca directamente los órganos vitales y los mata. No tiene más propósito sino que entre los hombres y aun los mismos ángeles no exista bien alguno, pues los demonios, así como acuciados por la envidia causaron a los hombres daño irremediable, así lo causarían a los ángeles si les fuere permitido. De tal manera se muestra auxiliar de la envidia, que la envidia, con dañar, consigue tanto cuanto es el poder y la fuerza de la ira.

Los que gobiernan y rigen urbes y colectividades humanas, viendo que no hay disolvente más activo ni más eficaz de toda forma de sociedad que las injurias, la ira, la venganza, en una palabra, la discordia, y sabiendo por su experiencia que

así solía ser; y sabiendo, en cambio, que las estrechan más y las conservan la concordia y el buen concierto, pensaron que lo mejor era, promulgando leyes y estableciendo tribunales, entender en el mutuo desconcierto humano, a fin de apartar, mediante el castigo, a los más de hacer injuria y mediante la justicia sustraer toda venganza de los irritados, que debían tener entendido que les estaba aparejada, según derecho y equidad, y que les era lícito perseguir la reparación de las injusticias que sufrieren primeramente con toda seguridad y luego con ligero quebranto de su fortuna y su tranquilidad y con la esperanza de ganarse un honroso concepto de ciudadano moderado y bueno. Y para frenar los impulsos de la impaciencia desapoderada, señalaron el peligro a quienes no según derecho ni ley se tomaban la justicia por su mano. Así como la corrompida disposición de nuestro cuerpo hizo que la medicina que en otro caso no hubiera atendido más que a la conservación de la salud y a la mayor prolongación posible de la vida se consagrara casi exclusivamente a la expulsión y prevención de las enfermedades que nacen unas de las otras y se propagan con una alarmante fertilidad y mucho y aun demasiado tenga que hacer en este empeño deslucido, así también la ley y el derecho que en la hipótesis de que la Naturaleza se conservara en su integridad, hubieran sido amos y señores y a manera de indicadores que mostraran el camino para conseguir y mantener la concordia, ahora no pueden desembarazarse de la discordia, hasta un punto que casi desesperan de alcanzar la concordia, persuadidos de que harta buena cosecha acarrearán si consiguen poner frenos y bridas al desconcierto des-

bordado y rapaz. Y por ese lamentable estado de cosas verás cómo el magistrado, el juez, el príncipe, que es figura del soberano Rector del mundo en la mayor y más hermosa de sus funciones, hurgan y hozan en la hez y lía de los asuntos: *Fulano me quitó lo mío o, mejor, no dejó de ser mío aun cuando me lo quitase*. Sentencia la ley: *Es de aquel cuya avaricia es más justa*. ¿Te dió un bofetón, te llamó bellaco, te amenazó, te roció de orina? La ley, en su severidad, obliga a sentarse, bien entre dos niños, bien entre dos bobos a quien pretende ultrajar con esto y a quien toma esto por ultraje, no de otra manera que los grandes orfebres en épocas de penuria confeccionan buhonerías y baratijas de materia vil, cuando sus obras primorosas y ricas no tienen compradores.

Admirábanse antiguamente Séneca y otros maestros de la filosofía moral de que tres plazas apenas eran bastantes para la ciudad de Roma; y eso que ellos eran paganos y era muy grande la ciudad, cabeza de! Imperio de todo el orbe. Y en nuestros días, ¿qué aldehuela tan atcrida hay en ningún rincón del mundo cristiano a quien basten dos? Yo vivo en Brujas, ciudad no más rica ni concurrida que muchas otras, con una población de muy apacible carácter y de muy exquisita urbanidad, y con todo hay aquí cinco plazas y no en absoluto desiertas y silenciosas.

Y no bastó que se promulgasen leyes contenciosas, para los gentiles en la antigüedad y ahora para las personas laicas. También pleitean los ordenados *in sacris* y las personas religiosas, y tienen su fuero y sus fórmulas, y sus acusaciones, y sus testigos, y su juez, y su bedel, y su cárcel, y su verdugo, y su espa-

da, y su fuego, y su veneno los sacerdotes de aquel Cristo que teniendo el señorío de toda la creación y siendo Juez de vivos y de muertos, con todo, a uno que le pedía que mandase a su hermano la partición de su hacienda con él, le respondió: «¡Oh hombre! ¿Quién me puso de juez entre vosotros?» Pero ni todas esas leyes, ni todos esos fueros, ni todos esos jueces juntos tienen suficiente energía para extirpar dolencia tan arraigada y crónica. Lo más que consiguen a fuerza de presión es que no se manifieste con estallido ruidoso. El veredicto no zurce la concordia ni elimina la discordia, sino que sólo cohibe las manos y la ira, porque no se desboque y campee licenciosa y suelta; y está tan lejos de apaciguar los odios, que hartas veces los exaspera y los ceba momentáneamente. Quien salió vencido en juicio, sale de la sala del tribunal no convencido de su sinrazón jurídica, sino enojado contra el pleiteante, contra el juez y contra la ley que le condenó injusta y fraudulentamente. Mi ideal, en este punto, sería que leyes, jueces, costumbres de ciudades y de pueblos no tuviesen otra incumbencia que la de reducir a templanza a los espíritus litigiosos y que se limitasen a enseñar cuán indigno es de un hombre hacer injuria a otro y que éste se apresurase por devolverla. No se espere que haya concordia jamás mientras uno de los dos contendientes se saliere con la suya, postergando al otro. Más rápidamente se establecería y consolidaría la concordia si uno y otro de los contrincantes, cediendo en su respectiva pretensión en bien de la caridad y de la benevolencia, desvirtuara las causas de la mutua ojeriza, por manera que el que perjudicó se duela de haber faltado a la amistad y el

perjudicado perdone al amigo fácilmente.

Este es el atajo más expedito para la concordia que nos enseñó el Hijo de Dios, maestro de la verdadera sabiduría. Cuando la pasión rechaza a la pasión, recátase el despecho, bien intimidado por el miedo, bien mitigado por la esperanza, y se establece una ficción de paz a la cual Séneca llamó paz infiel, la paz mentida de las pasiones. Por otra parte, cuando el despecho es más activo e impaciente y no puede aguardar el socorro y la resolución de la ley, o los contendientes se creen superiores a las leyes y a los magistrados, entonces entra el coraje en ebullición y se encrespa como un mar embravecido. No es absurda la semejanza de la ira con una borrasca, ora se atienda a su origen, ora a sus efectos. La tempestad marina es una suerte de eferescencia. Los filósofos definieron la ira diciendo que era el hervor de la sangre en los alrededores del corazón. Instantáneamente así que la galerna se levanta truécase el semblante del cielo en una tétrica foscura pavorosa de mirar. No otro es el aspecto del hombre a quien la ira enardece, y como decimos que el hombre está sañudo, así decimos también que el cielo está sañudo. ¡Cómo está el rostro de desencajado y tumefacto! ¡Y cuán torvo el semblante! Los ojos están preñados de centellas, como Homero dice de Agamenón: *En el arrebatado de su ira, los ojos le centelleaban a manera de fuego*. Los truenos son un cierto murmullo inarticulado, y así como el mar se agita, así también el cuerpo todo se revuelve y no puede estarse quieto en un ningún punto. Rayos son los denuestos y las expresiones brutales, hartas veces más nocivos y peligrosos que el rayo

físico. Los hay a quienes el despecho les da facundia a borbotones, como Suetonio Tranquilo lo escribe de Calígula: «Arroja boca afuera lo que debe y lo que no debe. Mientras, la ira, como un lobo con su propia cola, se azuza a sí misma con las propias atrocidades que echa y con ellas cierra toda posibilidad de avenencia y para su propio castigo acaba por tragarlas la garganta misma que las expectoró.» Los hay quienes, con los bríos que la ira cobra, ofúscase el entendimiento para toda reflexión y se traba la lengua para toda habla, y las palabras salen roncadas y dudosas y el lenguaje incoherente y sin sentido, todo lo cual demuestra cuán profundamente está afectada el alma. A algunos se les corta la voz y mascullen no sé qué rugido absurdo e inarticulado. Otros, de coraje más combativo y con más bravo instinto de fiera, no se entretienen en echar palabras, sino que expeditivamente pasan a las obras. A estos tales, muchos son los que les llaman corajudos, es decir, menos hombres y más bestias, cuyas iras son ciegas y precipitadas, y el ímpetu en ellos sustituye el habla y las querellas. De arma sirve la misma mano, o el pie, o el codo, o el salivazo, o, en una palabra, lo que más está a su alcance. *La furia*—como dice el poeta—*suministra armas*.

En los siglos rudos, servía de arma la mano contraída en puño; de ahí, la voz *pugna*. Más tarde, la ira convirtió en arma cualquier objeto arrojadizo o con el cual se pudiera herir y matar al hombre: el libro, el candelabro, el pan, el plato, el tizón, la piedra, el palo. No había cosa que no pudiera lesionar al hombre, animal delicado y blando. Luego, con el ardor del tiempo, la ira cobró robustez y buscó más re-

cias herramientas; sacóse el hierro de las minas que la Naturaleza escondiera en abstrusas profundidades, se fabricó la espada que con un golpe podía acabar con un hombre.

Dos son los géneros de venganza: bestial el uno, diabólico el otro, pues ninguno de los dos es humano. Las bestias, enfurecidas, atacan en arremetida impetuosa, satisfaciendo cuanto sus fuerzas se lo consienten aquella brusquedad inmediata. Así que se desvaneció su acaloramamiento, abandonan simultáneamente el recuerdo de la injuria y la avidez de la venganza. Mas el hombre, por declararse no sólo peor que el hombre, sino que la misma bestia, no contento con abandonarse a su pasión exaltada, se acuerda de la ofensa, y del ofensor, y de sus amigos, y de sus allegados, y no por un día, o un mes, o un año, sino por muchos años y aun generaciones. La ira, como reza el viejo aforismo, es la pasión que más tarda en envejecer, y con la herencia transmite las enemistades a hijos y a nietos y lega la venganza, y en ello aviva y ejercita todas las fuerzas y todos los recursos de la razón, del juicio, del consejo, por hallar el camino de la vindicta, hasta un grado que parece no haber recibido aquellos dones eminentes con que se aventaja a las bestias, sino para que, gracias a esos dones con que a las bestias se aventaja, se vuelva peor que las bestias. Y tanto es ello así que pudo parecer a algunos que aquel Cota de los diálogos ciceronianos tuvo razón en calumniarla por instrumento de la maldad, de los crímenes, de los delitos todos, aun cuando podría haberle avisado de su yerro la consideración de que la naturaleza humana se había apartado de su entereza inicial.

¿Y qué más? ¿Qué voy a decir sino que la venganza no se ciñe y concreta a quien hizo la injuria, antes se extiende y se amplía más y más? Quien dañó fué uno, y son muchos los que sufren el castigo. Determinados pueblos, que por otra parte parecen estar abundantemente dotados para vivir humanamente, viven en un ambiente de la más cruel inhumanidad. Para la reparación de una injuria, buscan no solamente al autor directo, sino a sus padres, hermanos, hijos, abuelos, bisabuelos, nietos, bisnietos, tíos, consobrinos, deudos, todos, afines, allegados, cualquiera sea su salud, su condición, su edad, su sexo. Y aún se les antoja que ha cumplido lindamente con su función de vengador quien mató a un niño de pecho en los brazos de la nodriza, por ser pariente propincuo de aquel de quien recibió la ofensa. Y así como hacemos extensivas a tantos y a tantas las injurias recibidas, perseguimos no sólo las nuestras, sino las de todos aquellos que son nuestros consanguíneos o afines o afines de los afines, amigos, clientes, cofrades, conocidos, amigos de los amigos, conocidos de los amigos. Y todo esto no por impedir que no se infiera la ofensa o, puesto que se infirió, limitarla a un círculo estrecho, cosa que tendría alguna justificación, sino para renovarla y vengarla cuando está hecha y casi olvidada, no para con la nueva ofensa remediar la primera, puesto que ello es ya irremediable, sino para exacerbar la primera y enconar más la segunda.

Mas a aquellos cuyas ofensas veremos que parezca que vengamos, aun a trueque de algún peligro en nuestra hacienda o en nuestra vida, y, sin duda, con una pérdida grande de nuestra tranquilidad, no les ayu-

daríamos a cambio de una molestia por pequeña que fuese o con un exiguo socorro pecuniario. ¡Tan cobardes y avaros en la ayuda; tan prontos y tan generosos en el daño! Y aun en el caso de que con el más rendido y amistoso de los sentimientos, alguno nos pide para una finalidad honesta y útil nuestra prestación personal o el uso de nuestro dinero, nos es lícito denegárselo sin mengua de honor por nuestra parte. Y si uno a quien conocemos muy ligeramente pide nuestro concurso para dañar a un tercero, creemos que el excusarlo es el mayor de los desdoros; y aun de buena gana y con resolución y brío tenemos que acudir a esa suerte de obras hazñasas. Para las cosas santas estamos siempre ocupados. Para las cosas torpes estamos siempre libres y dispuestos.

Aquella casi divina sutileza del humano ingenio, puso un desvelo especial, como si fuese su misión propia (tan grande fué el cuidado con que sopesó y estudió el calibre de las ofensas) en determinar la proporción entre la injuria y su castigo: ésta, pena de muerte; aquélla, de azotes; la tercera, un golpe de caña, una bofetada, una herida en el rostro, una multa pecuniaria o un ataque en la dignidad. Todo esto está pesado y calibrado con suma diligencia y exactitud; pero yo quisiera oír de boca de esos pesadores tan exigentes: ¿Y qué sanciones divinas corresponden a esas humanas sanciones? Yo les voy a explicar unas pocas: andan revueltas las espirituales con las corporales, las leves con las graves y ásperas, las temporales con las eternas. Por fuerza, todo debe ponerse al servicio de la discordia, no solamente lo de dentro, sino también lo de fuera; convertimos la palabra, las lágrimas, las

amistades que habíamos recibido de la munificencia de Dios para el mutuo auxilio en la mutua perdición; el amigo implora la cooperación del amigo; el hermano, del hermano; el vecino, del vecino; el ciudadano, del ciudadano, no para el provecho común, sino para el común perjuicio; hácese una liga de hombres conformes en la venganza de un acto que ellos conceptúan injurioso, bien porque favorecen su propia causa, o simplemente favorecen a un hombre, o porque cada cual va en pos de sus respectivos designios; toman las armas, créase la facción, y puesto caso que no se teme a las leyes ni a un poder más fuerte, declárase la guerra, que ora es civil dentro del ámbito de unas mismas murallas y entre los conciudadanos, ora es exterior entre dos pueblos y naciones y aquel delito para el cual, bajo el imperio de las leyes, está aparejada la cruz, y otro género de suplicios, por encima de las leyes no solamente se queda impune, sino honroso y glorioso. La voz *bellum* (guerra) viene de *bellua* (fiera), según el testimonio de Festo, autor de buena latinidad, por ser cosa más propia de fieras salvajes que de seres humanos. La Naturaleza formó al hombre para la Humanidad y la mansedumbre, y formó las fieras para la ferocidad y la arremetida; pero por nuestros pecados, aquei mal que parecía convenir más a las bestias, ellas no lo hacen y lo hacemos nosotros, a pesar de que es sumamente ajeno a nuestro natural y hacia él sentimos la aversión y la abominación más instintivas y más vivas.

¿Dices que la guerra es cosa de bestias? En ningún animal como en el hombre, dígolo con la autoridad de Plinio, el pánico crea más confusión ni la rabia más encen-

dimiento. Los restantes animales en su género respectivo viven en concierto y paz; vémoslos cómo se agrupan en solidaridad contra sus desemejantes. No combate entre sí la braveza de los leones; la mordedura de las víboras no va contra las víboras; las bestias marinas y los peces no se ensañan sino en especies diversas. Sólo el hombre, a quien menos que a nada convenía, es beligerante, para que se demuestre que todos los otros animales permanecieron en su ser y que sólo el hombre se apartó del suyo para otro peor, como las semillas, que jamás degeneran para mejorarse.

Fácilmente entenderá ir la guerra contra la naturaleza del hombre todo aquel que parare mientes en las causas que la producen. Parece ser natural apaciguar el hambre y la sed, por las cuales algunas veces las fieras rabian; rechazar la violencia y la molestia del frío, del calor, de las lluvias, de la nieve rigurosa, de las inclemencias del cielo; dar satisfacción a los deseos naturales. Por ninguna de estas cosas se guerrea. Los galos, en la antigüedad, con un poderoso ejército, remontaron los Alpes y entraron en Italia; los helvéticos entraron en la Galia; los cimbros, en Italia; los godos, en Europa. Ninguno iba allá por alimentos; ninguno obedecía los deseos naturales: todos iban en busca del regalo: unos, del vino; otros, del aceite; otros, de la bondad del clima y la amenidad del sitio. Hace siete años que en determinadas comarcas de Europa hubo una gran escasez de cereales, que en Andalucía, de España, alcanzó una gravedad especial, por manera que por las vías públicas y en los domicilios privados, echados por tierra y muertos de hambre, yacía una gran multitud de hombres; perecieron

todas las bestias de carga y de tiro, hasta el punto que al año siguiente, para arar la tierra, los hombres tuvieron que arrastrar el arado. En aquellas circunstancias afflictivas, ¿quién salió de casa? ¿Quién tomó las armas para escapar de necesidad tan dura? Una palabreja, la ambición, la avaricia, arman ejércitos y empujan a la guerra a pueblos y a naciones. Más fácilmente soportamos lo que molesta a la Naturaleza que a la soberbia. Esta fué la causa por la que desertamos de aquélla. Morimos dentro de las murallas cuando, si saliéramos, podríamos alargar la vida y por odio al trabajo sufrimos la más fea de las muertes, que es la muerte por hambre. La soberbia o la necedad nos trae al redopelo y por la melena por tantos lances, por tantos peligros, por mares espaciosos, por bosques profundísimos, por arenas inhospitalarias, vírgenes de cultivo humano; por parajes insalubres, por gentes feroces, más semejantes a bestias que a hombres de la patria; de los dulces penates, del amor de la lumbre, del abrazo de nuestras esposas, de los besos de nuestros hijos. Y esa ansia y esa inquietud no atacan a uno que otro hombre, sino a pueblos y naciones enteras, arrancándolos de sus naturales y originales asientos. Y ésta fué la causa por la que hundidos y abrumados por varios y calamitosos azares ofrecieron al género humano nuevos, admirables, horrorosos escarmentos. De los jefes que acaudillaban esos éxodos inmensos, los unos véronse obligados a volverse atrás muy feamente y con grande ignominia y daño, como Cambises y Marco Antonio; otros quedaron aplastados en el mismo feliz desarrollo de sus planes o arrebataados por un torbellino se despeñaron ro-

dando de la cumbre del poder al suelo, hechos pedazos como Ciro, Demetrio, Pirro, Aníbal, Craso, Pompeyo y los caudillos romanos, cuyo número no tiene fin. Y de las naciones, las unas fueron dispersadas y aventadas lastimosamente de todo el mundo y las otras fueron raídas tan radicalmente, que no quedó ni siquiera un mensajero que trajese a la patria el anuncio de su total destrucción, como los helvéticos, los cimbrós, los senones de la Galia lionesa.

Una vez que saltaron los cerrojos de la concordia y del pundonor, la fiereza ya no tiene límite con el entendimiento a ciegas, para ninguna memoria o consideración de humanidad; no existe respeto alguno para la sangre, la amistad o el merecimiento; antes se encarniza más la crueldad para con aquellos que la razón y la Naturaleza nos mandan tener por especialmente recomendados: hermanos, amigos queridos como hermanos, los nombres más caros y entrañables. Es uno de los preceptos de la soberbia que la injuria es tanto mayor cuanto más estrecho sea el deudo de quien la infiere. Como si para la concordia no importara un ardite la consideración del parentesco y de la sangre, el recuerdo de la dulce convivencia, la memoria de los servicios y de los beneficios. Demasiada verdad tiene aquello: *Aquel a quien escuece, recuerda; aquel a quien place, olvida.* Caín, el primer hermano, mató a su hermano Abel porque éste era más agradable a Dios, como si a Dios debiera Caín ser más acepto, gracias a la ofensa. ¿Qué pensamos que hubiera hecho a Dios, si pudiera, quien mataba a su hermano, porque le parecía ser de El más querido? Harto lo demuestran los que odian a los príncipes porque con ellos tenga al-

guno mayor valimiento y privanza y piensan ser injusticia lo que no es daño propio, sino beneficio ajeno. Los más cautos disimulan que con quien están enojados es con Dios, y los más imprudentes lo descubren, y no los príncipes solamente, a quienes arrebató a tal grado de insolencia el constante favor de la Fortuna, sino también los hombrecillos privados y aun los plebeyos, a quienes puso en evidencia la impotencia de la pasión. Cayo Calígula enojábase con Júpiter y le provocaba a combate y le amenazaba frecuentemente con reexpedirle a Grecia. Rufianes, ladrones, soldadesca y toda ralea de hombres impuros y facinerosos, a la primera desazón echan de su boca blasfemias horribles contra Dios y sus santos. dispuestos a pasar a la obra, si pudieran. ¡Oh innata clemencia del Príncipe! Este lo oye y lo soporta todo y manda que amanezca el sol y que avance el curso del año y que la tierra dé sus frutos para alimentar unas lenguas sucias y alargar una mala vida. Rómulo mató a Remo por eliminar a un rival en el poder, y cuando se creía bien seguro y libre de su hermano, no pudo escapar de Tacio, y quien no soportó a su hermano mellizo tuvo que sufrir a un villano de la Sabina.

Pero ¿a qué revolver viejas tragedias familiares y mentar Polinices y Eteocles, Atreos y Tiestes, Demetrios y Persas, Yugurtas y Adherbales, Nerones y Británicos y otros antiguos nombres fraternales? El Príncipe de los turcos inaugura su reinado con el asesinato de sus hermanos; autorizada y solemne ritualidad que ya tuvieron los reyes de los persas. Los tiempos de nuestros padres y aun nuestro tiempo han visto a hermanos enzarzados en riñas con hermanos, a hijos de hermanos y

hermanas muertos por tíos propios, hermanos asesinados por hermanos no solamente entre príncipes cristianos, sino también en el mismo pueblo bajo. Y aquí en Brujas (yo puedo dar de ello testimonio), dos hermanos fueron muertos por sus hermanos, el uno por una heredad miserable, y el otro por una palabrilla molesta. ¡Y cuántas veces no leemos que un hijo armó la mano contra su padre y, cosa más insólita y extraordinaria aún, que un padre agredió a su hijo! Ni en tiempos de nuestros padres faltaron ejemplos, ni faltan en estos tiempos nuestros, pero puesto que se ejecutan en personas oscuras tienen menos resonancia. Y siendo así que la furia humana no abstiene su mano del mismo padre que engendró eso que vemos, eso que tocamos, ¿qué voy a añadir en lo que se refiere a los amos, a los preceptores, a los ayos, a los magistrados, a las leyes, a la patria, poderes todos éstos que para cada uno de nosotros fuera pecado que no tuviesen el respeto y la majestad del padre? Aun cuando yo no sé si estos padres de nuestras almas con mejor derecho reivindicar para sí la veneración y la piedad. Aquéllos procrearon los cuerpos; éstos, las almas, y nada pudo decirse con mayor exactitud que lo que dice el apóstol San Pablo de los que él instruyó en la fe al proclamar haberlos engendrado en Cristo y que de rudos e ignorantes y como solamente principitados que eran, los iba gestando y pariendo hasta que Cristo en ellos se formase. Nuestros padres físicos hacen que seamos animales; los padres del espíritu nos hacen ser hombres. Y, en efecto, ¿qué cosa hubiera más ajena de la razón y del juicio humano, qué cosa más selvática que el hombre, sin crianza, sin amonestaciones, sin consejos, sin disciplina?

¿Y qué cosa puede excogitarse más noble y más sacrosanta que ese beneficio grandioso, que tan próximo está de los celestiales y divinos? Y con todo esto, son muchos los que se muestran desabridos y desalmados contra el preceptor, contra el buen mentor, contra el que aliñó y pulió su ruda muchachez, contra quien enmendó sus yerros, contra quien frenó los bestiales impulsos de sus pasiones y en la medida de sus posibilidades les formó a la rectitud y a la humanidad, y toman ese beneficio tan grande como una injuria gravísima y un ultraje intolerable, merecedor de castigo. Si los que tan buenos avisos recibieron han resultado bestias tales, tan fieras, tan sin entrañas, ¿cuáles no serían abandonados a ellos mismos, jamás adoctrinados por aquellos a quienes en justa correspondencia pagan el más grande de los méritos con tan peregrino reconocimiento?

Hércules, aquel insigne majadero, apuñaló a Lino, su ayo, porque le reprendía con alguna aspereza. ¿Cuántos mozuelos, azotados por alguna falta para que, advertidos de los golpes, fueran en lo venidero más precavidos, los unos cuando aún les escocía el trallazo y los otros con absoluta sangre fría y muchos años después, pagaron el bien que les había hecho el bastón, enderezándoles para la virtud, con herir y matar a quienes se habían ganado tan grandes motivos de reconocimiento? Tan adeudados con ellos estaban que no satisficieran la deuda, aun cuando hubieran ofrecido sus cuerpos y sus vidas por la salud y el bien de ellos. ¡Oh hombre! ¿Así pagas a aquellos que te hacen hombre, que te impiden degenerar en bestia?

Alcibiades y Coriolano hicieron guerra a la patria; Cayo César, a la patria y a la libertad. ¿Es que hay

alguno que no vea muy a las claras, que constituye una enorme aberración y salida de camino que precisamente aquello que más debía servir para el perdón y para la concordia sea lo más eficaz para la discordia y el odio, a saber: la sagrada idea de patria y el recuerdo de la piedad que le debemos? Cierto es que la Naturaleza nos otorgó estos dones preciosos: la memoria, la razón, el criterio; pero la soberbia nos los quitó. Una vez entrados en la discordia, la crueldad se hostiga y se irrita tanto a sí misma, que, invadido el pecho todo, a nada cierra tan enérgicamente la entrada como a todo sentimiento y resabio de concordia y reconciliación: créela estúpida, inoportuna, ridícula.

Estando en todo su hervor la guerra civil de Vitelio y Vespasiano, habiendo Vitelio enviado a Antonio y al ejército de Vespasiano una legación para los primeros tanteos de la paz, cuenta Tácito que con los legados se mezcló Musonio Rufo, del orden ecuestre, dado al estudio de la filosofía, que, celoso seguidor de las doctrinas de los estoicos y deslizado de incógnito en las filas de los combatientes, disertaba acerca de los riesgos y ventajas de la paz y de la guerra y dictaba sus deberes a aquella soldadesca armada. Esta suerte de predicación ocasionaba el ludibrio de los unos y la indignación de los otros y no faltaban quienes empujándole le derribaban al suelo y le pisoteaban hasta que por el cuerdo aviso de alguno y por la amenaza de los más, dejó de predicar aquella filosofía intempestiva.

Los hay quienes se indignan consigo mismos porque no se indignan suficientemente, como aquel personaje de la tragedia de Séneca: *No es asaz grande el furor en que mi pecho arde; quiero que lo llene un*

más fiero monstruo. En el arrebato de la ira, considérase cosa vergonzosa desarrugar el ceño o dar al rostro una expresión risueña, con motivo de una palabrita amable o de un obsequio cualquiera, y se atribuye a inconstancia, por el prejuicio que tiene la locura de que es locura desprenderse de la locura, y que es cosa de necio y de demente volver de la condición de fiera a la condición de hombre. Hallarás determinadas naciones que se persuadieron de que la no reparación de la injusticia o su perdón es el mayor de los vilipendios, y a quien tal hiciere, los parientes reniegan de él y consideran como un desdoro llamarse consanguíneo suyo. ¿Puede haber mayor barbarie, siendo así que consta por la filosofía humana y la sabiduría divina ser propio de ánimo elevado y generoso, y muy semejante de la naturaleza divina, no hacer caudal de las injurias?

Si las fuerzas que entran en juego en un combate tuvieren la equivalencia de los odios que lo provocan, del hombre no quedaría nada; no quisieran que la muerte fuese el fin de la victoria, sino que quisieran mil muertes, mil penalidades y hasta con el alma acabarían si pudieran. En la segunda guerra púnica, estando bajo las armas los dos pueblos más poderosos de la tierra, el romano y el cartaginés, que arrastraron la guerra por Europa y Africa, con tantas tropas, con tantos recursos, con tantos choques, con tanta sangre, con tanta matanza de ganados y de hombres, con tanta devastación de campos y tanto asolamiento de ciudades, con todo eso, Tito Livio afirma que se luchó con más saña que poder. ¡Cuán grandes tuvieron por fuerza que ser aquellos odios! Durante estos años trágicos, en Italia los enemigos devo-

rabán las vísceras de los enemigos y llegóse a beber la sangre para calmar la sed de crueldad. Si un león despedazase a un hijo y el padre inmediatamente echase mano del león, no tomara venganza del león con el encono que un hombre la tomara de un hombre y un cristiano de otro cristiano. Índices inequívocos y crueles del odio son las armas que la antigüedad excogió para ofender y que en la actualidad parecen mansas e inocuas, comparadas con las que halló el espíritu de invención de las edades subsiguientes: espada, pica, balista, escorpión, el cual, a poco de haberse exportado de Sicilia, es fama que hizo exclamar a Arquidamo, hijo de Agesilao, en su nativo dialecto dórico: *Está hecho del valor individual.* Estos inventos son para las batallas campales. Para demoler los muros de las ciudades sitiadas, inventáronse la tortuga, el ariete y la restante tormentaria. Los cristianos más duchos e ingeniosos para la invención, hemos superado la ruda antigüedad. Hemos hallado las bombardas de bronce y no de un solo tamaño: las hay grandes y más pequeñas y muy chicas; las hay que diez bueyes no pueden moverlas de su sitio, y otras de más fácil manejo, y otras, en fin, que un hombre solo las lleva con la misma holgura que una simple lanza; las hay que disparan una bala sola y las hay que disparan muchas. ¡Oh dioses inmortales! ¿Quién fué el enemigo del linaje humano que descubrió cosa tan destructora, tan abominable, tan funesta? ¿No será esto la ira de Dios, que quiera ya raer del haz de la tierra el nombre cristiano y que llegue la fin del mundo? No fué de los paganos este invento ni de los moros; es invención cristiana. ¿Quién nos alumbró para ese fatal

descubrimiento? ¿Quién había de ser sino el Espíritu Santo, que, para simbolizar la mansedumbre, se mostró en figura de paloma?

Cuenta y canta la fabulosa antigüedad que hubo un tiempo en Grecia un jayán, Salmoneo de nombre, que porque con el son del bronce y el pisar de los cornípedos caballos quiso remedar el estallido de los truenos de Júpiter y el rayo no imitable, fué alampado por Júpiter y expía en el infierno suplicios graves. ¡Lástima de rayo para tan diabólico inventor! ¿Qué suplicios habrá proporcionados a tamaña maldad, puesto que no sólo remedó el trueno, sino que le venció con un estruendo más empavorecedor? ¡Ojalá no tuviera la bombardarda más fuerza destructora que la del rayo, y cada una de ellas no fuese más dañosa que todos los rayos juntos del verano! Un rayo solo mata un hombre solo. Una sola bombardarda mata a todos cuantos hombres halla la bala en su trayectoria, y es tanta su violencia que aun los flancos no están seguros; pues quedan muertos también todos aquellos a quienes alcanzan los cascós del artefacto que hizo reventar la explosión. Aquel rey de Grecia que, a la vista del escorpión, se lamentó de que había fenecido el valor personal, porque el más fuerte de los guerreros podía ser muerto por una saeta antes de llegar a las manos, ¿qué diría ahora si muchos valientes pueden volar en pedazos por un solo disparo?

Así es que ya ni las fuerzas ni el valor de nadie se pueden distinguir, pues el más fuerte cae entre los primeros antes de entrar en combate, y no hay lugar suficientemente protegido. Escribe Cicerón que Diccario, filósofo, peripatético, varón docto y peritísimo en toda ciencia de la antigüedad, hizo una recopilación

de todos los géneros de calamidades que afligieron en cualesquiera tiempos al humano linaje: pestilencias, hambres, inundaciones, ataques de fieras, terremotos; todo eso de un lado, y de otro lado puso las injurias y violencias de las guerras. Y demuestra que las guerras aniquilaron más hombres que todas las otras plagas restantes. Y eso que en los tiempos de Diccario no había habido tantas guerras, ni tan continuadas, ni en tantos lugares, ni conducidas con tanto furor como lo fueron después de él. Todavía no se había descubierto la bombardarda, invento de Satanás. Lucio Anneo Séneca, al explicar la rabia de los odios, describe «los campamentos en donde se combaten los de un mismo bando: los padres y los hijos ligados por juramentos contrarios, el incendio puesto a la patria por mano del ciudadano, los escuadrones de los caballeros enemigos jineteando afanosamente en busca de las madrigueras de los proscritos, las fuentes envenenadas, la peste propagada por mano del hombre, la huesa cavada en derredor de los padres sitiados, las cárceles atestadas, las llamas devorando ciudades enteras, las funestas tiranías, las conjuras clandestinas para derribar reinos y estados, el gloriarse de aquellos manejos que cuando se consigue reprimirlos son delitos, los raptos y los estupro; el no vedar la boca misma a la torpeza. Añade a esto los perjucios públicos de los pueblos, el rompimiento de las alianzas y la presa del más fuerte y el apañar con todo lo que no resistía...»

Así se expresa Séneca con tanto vigor plástico. Esta dramática descripción refiérese a los tiempos de Sila ó de Pompeyo o de aquel interregno de los triunviros. Pero ¿es que desaprendieron estas atroces

lecciones los siglos sucesivos o hubo una edad amada de Dios con una predilección tan singular que no haya visto multiplicada y engrandecida esa horrorosa barbarie? ¡Espanta sólo el pensarlo! No ha existido invento útil al género humano que, en gran parte por apatía y olvido de los hombres, no haya caído en desuso. Y, en cambio, inventos bélicos, ardides, estratagemas, engaños, crueldad, todo eso queda aumentado por el ingenio de los hombres y aún, si cabe, mejorado, que quiere decir empeorado. Para otros menesteres, cesó el genio inventivo y en muchos aspectos hemos degenerado de la diligencia primitiva. En tratándose de guerra, siempre estuvo despierto el genio del mal en perpetua lucubración y experimentación insana. Los más indolentes de los hombres, y que de hombres parecían no tener más que la cara, de pensamiento perezoso, de pecho inerte y sin entusiasmo, no más que en esta arte maldita aventajaban a todos los demás. ¡Pluguiera al Cielo que esos progresos se hicieran en la ciencia o en un arte cualquiera de provecho para la vida! También todas las otras artes tienen sus experimentos, sus altas y sus bajas, su edad de oro en que están en plena y gloriosa valencia y que luego, mermado el aprecio y la estima en que los hombres la tenían, pasan por una crisis de descaecimiento y sucumben; pero, más pronto o más tarde, se recobran y vuelven al antiguo honor. La guerra no tiene vacaciones, ha dicho alguien en son de queja. Aun las cosas más placenteras: el dinero, el deleite, conocen algún momento de saciedad; la guerra no conoce ninguno. Si alguno se permite una excursión por la Historia desde los tiempos de Nino, rey de Babilonia, hasta nuestros días,

hallará que las guerras no han tenido solución alguna de continuidad, sino en el espacio de unos pocos años, al tiempo del nacimiento de Cristo. Concretándonos a solo la ciudad de Roma, en setecientos años no más que dos veces cerró el templo de Jano, indicador de la guerra y de la paz: una vez, en el reinado de Numa, y, por segunda vez, a poco de terminada la primera guerra púnica y sólo por unos pocos días.

Nosotros, generación cristiana, lo hicimos todavía mucho peor, puesto que en todo este milenio no hemos tenido punto de reposo, empeñados en guerras continuas nacidas unas de las otras, por manera que la primera parece ser el semillero de la que vino después, trabadas tan estrechamente entre sí como los eslabones en un collar. Y si algún espíritu curioso observa desde este ángulo, en el que está contraído y como estrechado el nombre cristiano, la situación en que se debate en la actualidad hallará que hay combustible amontonado para seis mil años de guerra, si los príncipes, responsables de la paz del mundo, mantienen, como hasta ahora lo hicieron, el lenguaje, las ofensas, los convenios y ligas; y se ponen tercios en defender con las uñas y los dientes sus herencias, sus derechos, en una palabra. Aquí parece que el diablo tiene armada su ballesta para introducir y propagar la discordia; aquí precisamente, donde con más encajecimiento se recomendaba e imponía la concordia, es de donde puede venir el estallido. En son de lamento pudo San Pablo decir que la maldad halló ocasión por medio de la ley; y el pecado que antes de la promulgación del mandato andaba por los suelos, al momento, oída la voz del mandato, se irguió para reunir fuerzas enfrente de lo vedado.

Admirábanse antiguamente los gentiles de que en Asia hubiera una nación, los carios, que por la paga hacía guerras ajenas. Por esto, de llevar su vida de acá para allá, puesta a sueldo, se les tuvo en menosprecio tal, que si había que hacer algo cuya experiencia encerrase peligro, decían que ello se hiciese en Caria. Ahora, todas las naciones cristianas, que, ¡oh mengua!, son bien pocas y pueden contarse con los dedos, todas, por la soldada, son llevadas a la guerra no solamente por los cristianos, cosa que apenas podría sufrirse, sino que se alistan por el salario bajo las banderas del Turco, aun contra sus hermanos, los cristianos. ¿Hemos, por ventura, oído nunca ni por pura casualidad que el musulmán se ponga a las órdenes de los caudillos cristianos y milite contra sus hermanos de raza y de creencias? Y nosotros, en cambio, nos revolvementos contra nuestros hermanos con una furia tan frenética, que les llamamos a que nos ayuden en nuestras luchas fratricidas y participamos en sus campañas, en aquellas mismas guerras con que amagan raer de la faz de la tierra el nombre cristiano. Tan ciego es y tan rabioso nuestro odio, que no vacilamos en perder un ojo con tal que al enemigo se le saquen los dos. Y aun a veces nos resignamos de buena gana a perder nosotros los dos a cambio de que el enemigo pierda no más que uno. Y así es que no nos pesa demasiado perder lo que ninguna falta nos hace:

Desplómese sobre mí la poderosa mansión del ínclito Pélope, mientras se desplome también encima de mi hermano, como Atreo lo pide en tremenda imprecación.

Preguntará alguno: ¿Cómo es eso? ¿Cosa tan sabrosa es la guerra, que los hombres la hagan de es-

ta manera, sin templanza y sin fin? No, no lo es, en redondo; al contrario, no hay cosa tan desabrida, como diré luego. Pero es el caso que el mundo físico tiene sus límites, pero el orgullo, no; artes, estudio, ejercicios, vida regalada, todo ello tiene sus oportunidades y su término fijo, más allá del cual se detienen y emprenden el camino del retorno. Por esto es que vemos alternativas en el curso del año, en la edad del hombre, en el alma, en el cuerpo, en el cielo, en los elementos. Mas la soberbia está en perpetua combustión y en ardor continuo; no conoce fin y de ella se dice en el sagrado libro de los Salmos: *La soberbia de aquellos que te odian, siempre va en aumento*. Si no halla obstáculos en su camino, se desborda; si algo se le opone, se encoleriza, y toma fuegos y bríos, por arrollar el estorbo con ímpetu multiplicado. El soberbio no se acuerda ya de que es hombre y que está emplazado por la muerte en fecha breve y de que ha de dar cuenta estrecha y puntual al Juez todopoderoso, no solamente de sus dichos y de sus hechos, sino hasta de sus pensamientos más íntimos

Olvidado, pues, de todas estas grandes realidades, con el sentido exasperado que tiene de las injurias y molestias recibidas, piensa que de ello deben afectarse no solamente los hombres, sino los animales irracionales y las piedras insensibles y el cielo y los elementos todos, como si el afectado fuese alguna divinidad en cuya salud anduviese involucrada la salud de todo el mundo. Y por esto es también que no hay príncipe alguno que no quiera ver todo el género humano estremecido de sus propias pasiones, y hasta el límite de sus posibilidades se esfuerza por confundirlo todo en su propia personalidad elefantisíaca, y hasta

donde es factible, no deja en paz tierras ni mares; quiere que el alboroto exterior sea un reflejo de su interior alboroto, enemigo enconado y sistemático de la quietud. ¿Qué haces, soberbia? ¿Adónde vas a precipitarte de cabeza? ¿Adónde subes trepando? ¿A qué aspiras? ¿Es de alguna manera tolerable para Dios, para los ángeles, para los hombres que estén tiosos del cerebro, que un simple homúnculo, por un afecto suyo, por un odio suyo personal, por enemistades suyas particulares, cierre los mares a la navegación, arranque los panes, descuaje los árboles, devaste los campos, asuele y acueste en el suelo aldeas, villas y ciudades y, lo que es la exageración de la indignidad, que mueran tantos millares de hombres, porque así le pareció a él, porque así lo quiere, porque así lo decretó su antojo? No se ventila aquí su vida y su salud, sino su dominio, su dignidad o, más propiamente, de una porción desdeñable de su dominio o de un puntito de su dignidad, y hartas veces de una palabreja irreflexiva echada al vuelo. ¿Lo íbamos a soportar si un caballo tuviera tal poder sobre los caballos, o un perro sobre los perros, o un ángel sobre los ángeles y estuviera persuadido de que aquella extralimitación le estaba permitida? ¿Y qué hombrecillo tan ruin es el que pide que se le conceda todo esto! ¡Cuán temporal! ¡Cuán poco duradero! ¡Cuán efímero! ¡Cuán momentáneo! Y en ese punto fugacísimo de su vida asienta y amontona planes y proyectos que bastaran a ejercitar diez edades humanas consecutivas en la más mísera y molesta de las tareas. Y hartas veces él, mientras urde la tela, queda muerto.

¿Y qué decir, si hasta en el terreno privado esto quiere, esto pide,

esto porfia cada cual? A saber: que todos sean enemigos de aquellos a quienes aborrece, aun cuando alguno de ellos acarree ventajas a los más y su utilización y familiaridad sea muy conveniente, y aun a veces necesaria.

Empínase más arriba la soberbia desapidada, y no contenta con inquietar a los hombres, inquietaría a Dios mismo, si pudiera. Mientras el príncipe soberbio pueda vengar las que él llama injurias y obedece a los dictados de su espíritu cruel, está dispuesto a arrastrar al más extremo peligro la ley y la religión divina, llamando al servicio de su crueldad a quienes no retrocedan a la idea de conculcar y profanar todo lo sagrado. Demás de que es tanta nuestra congénita flaqueza, que se necesitan fuerzas muy poderosas para ayudarla y fuerzas muy endebles para dañarla, puesto que ella misma se daña con su propia invalidez, aun cuando faltare algún agente externo. Por esto, quien hace injuria, automáticamente la recibe, bien porque le daña la reacción ajena, bien porque se perjudica con su propio conato; ni más ni menos que los niños mimados a quienes desazona la más leve contrariedad y cuando pegan, más daño se hacen a sí que a aquellos a quienes golpean. No tienen fin las discordias y las guerras, porque no lo tienen tampoco las injurias, puesto que cada cual piensa ser injuria la que él recibió pero no la que él mismo se causó a sí, en su deseo de dañar a otro. ¿Y qué más, si el ánimo se saborea tanto con la golosina de la soberbia que muchos toman a injuria que se les hizo no haber podido obrar a su sabor? No de otra manera, el profesor irascible se enfada con el discípulo porque no recibió la azotaina quieto y contento, y otros mu-

chos porque se escabulló aquel a quien querían azotar.

Cayo Fimbria, hombre de partido, revolvedor y facineroso, había hecho la resolución de atentar en los funerales de Cayo Mario contra el pontífice Escévola, que era la integridad personificada. Y fuese que el venerable anciano hurtó su cuerpo a tiempo, fuese que la concurrencia imponente retardó e impidió el golpe, que no causó la herida que Fimbria hubiera querido, emplazó a Escévola ante los tribunales. Toda Roma se hacía cruces de cuál sería la acusación contra aquel varón irreprochable para quien nadie tenía palabras suficientes de consideración y elogio, como él las merecía. *Yo le acuso*—dijo Fimbria—*de que no admitió, quieto, el hierro en su cuerpo.* ¿Por ventura no hemos nosotros conocido príncipes que tomasen pie para una guerra feroz por haber sido los suyos rechazados del saqueo y del robo? Si ya es injuria no haber hecho injuria de la magnitud que uno hubiera querido, no hay que maravillarse de que sea tan fértil la materia de las disensiones.

Así ejercita sus antipatías y sus rivalidades la gente ignorante no pulida por las letras de humanidad ni formada para un recto criterio. ¿Y cómo las ejercitan aquellos otros a quienes los preceptos de la sabiduría, luego de haberlos nutrido en sanidad de juicio, les separaron de las opiniones del vulgo, y que por su grandeza de ánimo y por su templanza y por su modestia y comedimiento descuellan sobre los demás, granjeándose su admiración respetuosa? Vergüenza he de decir, y quisiera muy vivamente poderlo pasar por alto, porque no parezca que he dicho algo injurioso contra la intelectualidad a que yo me hon-

ro de pertenecer; pero la cosa es demasiado conocida para que pueda disimularse. Así es que voy a tocar esta materia delicada, bien porque los otros entiendan que no faltan entre nosotros quienes conozcan nuestros defectos y los reprendan, bien para la crítica severa de los de mi gremio. Ellos, los que hacen gala y profesión de moderar sus pasiones, faltan muy gravemente, encolerizándose con tanta viveza, al mismo tiempo que con la autoridad que les dan su talento y su doctrina sirven a los otros de ejemplo y de estímulo de las más rabiosas disensiones. Si acusan alguna discrepancia acerca de un vocablo o siquiera de una letra, le dan una interpretación tan exorbitante e hiperbólica como si de aquella triste letra dependiese un juicio total inapelable. ¿En un cuerpo bellísimo no puede lamentarse la presencia de un lunar que no daña en nada la admiración del hermosísimo conjunto? Sentimos veneración profunda por Platón, Aristóteles, Hipócrates, Cicerón, Séneca, Quintiliano, Plinio, San Jerónimo, San Agustín y otros autores de esa categoría como padres de la literatura y de las artes, y sus escritos son por nosotros tenidos como oráculos; y con todo, ¡cuántas cosas hay en ellos que nosotros leemos con relativa conformidad y cuántas que rechazamos con instantánea energía! ¡Y, a pesar de ello, no es menor la autoridad ni es menor el crédito de sus escritos en nuestro espíritu. Reconocemos sin restricción alguna mental que fueron grandes hombres, pero hombres: al fin, que, sabiendo muchísimas cosas, ignoraron alguna y contra su voluntad pudieron engañar y pudieron engañarse.

Nosotros, bien al revés, no nos resignamos a que se nos tenga por pu-

ros hombres, y aquella atenuante que muchas veces aplicamos a los yerros ajenos con una fácil benevolencia, con diabólico y enfático orgullo la rechazamos cuando de nosotras se trata. Y así es, efectivamente, pero con un sentido muy otro. No, no es hombre, sino que es simple bestia, aquel hombre que por hombre no quiere ser tenido.

Y aun en aquella misma filosofía, moderadora de las pasiones y componedora de las costumbres, de la cual se dice con justo elogio que Sócrates la apeó del cielo y la introdujo en la sociedad humana y en las urbanas agrupaciones, ¡cuántas disensiones no existen! Diríase que ei hallazgo de esa filosofía, cuya misión es la de apaciguar y serenar todas las perturbaciones del espíritu, no sirvió más que para exacerbarlas y soltarlas el freno. ¿Trátase de la compostura y del comedimiento? El tono no puede ser más agrio y descomedido. ¿Trátase de la fortaleza y del desdén de todo lo contingente y fortuito? La discusión se lleva con furia por un tiquismiquis o por un mote que a uno se le escapó por inadvertencia. El punto en que con mayor afán pretenden granjear gloria es al legislar acerca de la renuncia y del repudio de la gloria. Los mismos teólogos pugnan entre sí sobre puntos de teología con brutalidad de gladiadores y con odios enconados sobre los quilates y finezas de la caridad. En todas estas disensiones la soberbia fatiga sus propias ijadas, se azuza a sí misma, enciéndese la bilis, se solivianta el coraje. Lo primero que se saca a relucir es la vida, condición, fortuna, linaje, talento, erudición, dichos, hechos, sospechas, mala fama del contraopinante, y se le echan en cara insultos atroces, que unas veces responden a la realidad, si halló

mancha en él, pues lo más grave es lo que sale primero y lo que cierra ulteriormente todo camino a la reconciliación, y otras veces, pues la verdad se ignora, son puras falsedades, que apuntan no ya a la fama, sino a la fortuna y a la misma vida, porque se le tenga por bien enterado, con lo cual aumente su crédito, en detrimento de la autoridad del contrincante, creándole un peligro real, bien de parte del príncipe o del magistrado, que puedan perseguirle según ley, o del público ignorante y falático dispuesto a tomarse la justicia por su mano. Esta es la templanza que aprendieron en el código de Sócrates, y ésa es la humanidad sacada de los estudios de las humanidades. ¿Y qué diré de aquellas interjecciones broncas e incoherentes: *¡Bestia!* *¡Idiota!* y otras por el estilo, dictadas por una indignación ridícula y pueril?

Comenzó el torneo. Los eruditos toman posiciones. Solicítase el favor de la plebe para determinar quién debe actuar de árbitro, porque los doctos todos sin excepción son sospechosos de partidismo: vuelan, como dardos herbolados o como tizones humosos, inactivas acusaciones, recriminaciones, epigramas, apoloías, diatribas, epístolas, diálogos; recurrese a los arsenales de la retórica, ármanse los arietes de la elocuencia, como en una causa capital. Magnífica ocasión para ejercitar las lenguas elocuentes. Doy de lado lo que pasaba antiguamente, y ni aun diré lo que vi yo mismo; callo lo primero en gracia de la antigüedad y callo lo segundo en gracia de los que viven; cosas ambas muy tristes y desmoralizadoras. ¡Cuán indecorosas, en tiempos de nuestros padres, hemos oído que fueron las polémicas de los doctos, del Poggio con Lorenzo Valla y con Filelfo, de Angel Po-

liziano con los Scalas y los Mérulas, sobre pequeñeces filológicas, sobre sentencias livianísimas, obscenas muchas veces, sobre versillos, sobre letrillas, sobre bagatelas de bagatelas y vanidades de vanidades! No luchan los reyes con más saña por extensas regiones y por ricas provincias ni los hombres intemperantes por el objeto de su pasión. Si alguno oyera los insultos con que se rociaban y el ardimiento que ponían en la discusión, creyera que bien valía la pena de no comparecer a un emplazamiento, para conocer discrepancia de tanta monta; creyera que entre aquellos doctos, que así y todo eran hombres, y de tan sólida reputación, que en la empeñada porfía se ventilaba privadamente la vida de uno u otro, o la de ambos a la vez, o públicamente, intereses vitales de la ciudad. Mas así que se hubiera percatado que lo que tan revueltos les traía eran quisquillas desdeñables, presa de indignación dijera a voz en grito que eran unos espíritus ruines, que por quisquicosas baladías, no ya siquiera por lana de cabra, sino por una vil arista, por un vilano volador, armaran tan terca pelamesa, y de modo que nunca tuvo mejor aplicación aquel viejo dicho de que las bagatelas mínimas se tratan con el empuje máximo.

Y no siempre entre literatos estaba la disidencia por cosas de literatura. Hartas veces la provoca una cuestión de dinerillos o la sustracción de un discípulo, es decir, materia de lucro o de relumbrón. Ni en todas las ocasiones la controversia se limita a insultos orales como Minerva lo advirtió a Aquiles, según Homero, sino que se traduce en conflicto de orden público, sustituyendo las razones por pedradas, por garrotazos, por cuchilladas, y cansada ya la lengua y la pluma, se recurre al

puño y a la espada para que, como Apio dijo gráficamente, sea verdaderamente canina la elocuencia, y a los ladridos sigan los mordiscos. Implórase el brazo de los poderosos o de los feroces a fin de que la violencia y el hierro ocupen el lugar del saber y de la elocuencia.

¿Y cuáles son los odios que les dividen? Pudo el pueblo romano, después de Cannas y del Trasimeno y la ciudad empujada al peligro más extremo, aplacarse con Aníbal; pero la gente del pueblo es ignorante y voltiza; pueden los reyes aplacarse con los reyes después de grandes crisis y de calamidades gravísimas; no es extraño, porque son hombres no instruídos y de minerva crasa. Empero, el gramático disertó, el orador facundo, el agudo dialéctico, el filósofo estudiantoso y morigerado, el teólogo grave y pío, no puede ni debe en manera alguna reconciliarse con aquel por quien una vez se sintió ofendido, por disentir en una cuestión que acaso ni uno ni otro conocían suficientemente. No deben estos doctores conducirse como los no instruídos. La terquedad caracteriza enérgicamente la erudición. Son de poca dura las animosidades de la gente indocta; y son tenaces y firmes las de las personas instruídas, como una pared ciega que no tiene ventanas por donde penetre la luz ni puerta por donde entre la comprensión. Con harta poca gravedad dijo aquel personaje: *Odia como si algún día hubieses de amar*. Debiera decir mejor: *Odia como si hubieras de odiar siempre*.

Jamás mediante la buena fe se vuelve a la amistad anterior, sin que el odio deje huellas inequívocas y firmes, que durarán no sólo largos años, sino hasta eternidades. El que se considera vencedor, ¡qué epinicios no entona, qué vítores! ¡Y qué

trofeos no reporta del vencido! En determinadas ocasiones, los contendientes se separan con resultado dudoso. y tiénese por vencedor el que rotundamente no reconoció la victoria del otro. Si uno de los dos se reconoce vencido, abatido, quebrantado, ¡pobre de él! ¡Más le valiera haber sucumbido en Cannas! El vencido intenta reponerse del bochorno de la derrota, con derecho o sin él, justamente o injustamente; y el vencedor, perpetuar sus laureles en todo su vigor y lozanía. ¡Oh, cuán vergonzosas son estas cosas en unos hombres que profesan el magisterio de la sabiduría y que se jactan de ser médicos de las almas; y ellos, de pecho tan enfermo, jamás se aplican el venal remedio que pasean de ciudad en ciudad! ¿No aparece con esto bien claro que ellos no aprendieron aquellas ilustres y soberanas verdades para vivir conformes a ellas (mérito éste que Cicerón pone entre los principales loores de Catón), sino para granjearse fama y renombre claro de erudición o por procurarse medios holgados de vivir en un ocio lleno de dignidad? Aquellos en quienes punciones tan ligeras producen tal impresión, éstos jamás ejercitaron su espíritu a la reciedumbre de la virtud, a la paciencia y al menosprecio de aquellas cosas de que los unos huyeron con horror y otros persiguen con ansia. Por culpa de esos tales profesores de virtud tienen en muchos mala fama las letras todas y las disciplinas, que merecen toda suerte de respetos. Si las artes se han de juzgar por sus maestros, se hacen aborrecibles y deshonrosas; brincan de gozo los que las odian y se glorían de estar vacíos de ellas en absoluto. Y mientras tanto, a ninguno de los nuestros se le vienen a las mientes aquellos versos celebradísimos que Homero

pone en boca de un anciano lleno de experiencia y sabiduría (1).

Con ello se consigue que todos cuantos avances realizaron las doctrinas gracias a la concordia se truequen en retrocesos al ser rechazadas hacia atrás por la discordia como por el fuego de una batería. Harto dije de los intelectuales. ¿Y qué diré de las personas iniciadas en el santo sacramento del Orden? Aun cuando muchos de estos hombres pertenecen a la clase de los letrados, deben ser tratados en particular, porque es bajo otro aspecto que se debe mirar en ellos. Estos ya ni en número ceden a los príncipes laicos, animados de espíritu militar, ni en la conducción de las guerras, al más pintado de los capitanes históricos ni en pleitear acérrimamente por cualquier ventaja material a los charlatanes y sicofantes atenienses o romanos. No es lícita la compra de un beneficio eclesiástico, es decir, entregar, según convenio, a quien lo posea, una cantidad determinada de dinero porque lo ceda; pero arrebatarlo sí que está permitido, con procedimientos litigiosos y enojosos, con fraude, con saña, con insultos, soborno de procuradores, abogados y jueces, con violencia, con hierro, con latrocinio, como si esto no fuera mucho peor que pagar por él dinero simplemente. Yo no apruebo esto. ¿Qué hombre lo aprobará, estando en su cabal juicio? Pero si con tanta energía condenamos y abominamos de ese abuso, que para los tales es una fruslería, ¿qué hemos de pensar de todo lo otro, aun cuando juzguemos que se hace según derecho y costumbre, pero no aquello de la compra simoníaca que fuera tanto más tolerable? Quienes andan metidos en estos andurria-

(1) *Iliada*, I, 254.

les no tienen tiempo para estudiar ni enseñar al pueblo ni contestar consultas, sino solamente para ir de un lado para otro, meditar su pleito, halagar al juez, imaginar ardidés y fraudes conducentes al triunfo. Así es que, cosa digna de la más plañidera lamentación, los sacerdotes de Cristo degeneraron grandemente de aquella auténtica formación y entereza de vida, y por culpa de ellos también el pueblo degeneró de la piedad verdadera e incorrupta. ¿Y qué diré de aquellos que no se contentan con esa práctica vulgar de los deberes religiosos, sino que profesan, digámoslo así, una vida de perfección absoluta, por lo cual se dice de ellos haber renunciado a todos los bienes y regalos de esta vida? ¿No sienten ellos quizá las dentelladas de la discordia, del odio, de la envidia? No convenía ello ciertamente a los que más se acercaron a las normas de la vida apostólica, a los más expeditos imitadores de la mansedumbre de Cristo, a quienes con un enérgico ademán de renunciación habían sacudido de sí todo aquello que suele engendrar odios y envidias. Y a pesar de todo esto, los diferentes institutos religiosos andan empeñados entre sí en implacables antagonismos, y aun los de una misma nación y de idéntico orden pugnan los unos contra los otros, por no sé qué risibles discrepancias de hábito o de vida conventual. Y aun en cada monasterio, y dentro de las mismas paredes, pulula todo un hervidero de enemistades capitales y de espíritu de facción por motivos pueriles, ni más ni menos que en todo un imperio. Y por si acaso el odio frailesco es de puertas afuera, son muchos los que participan de él, aun cuando los conventuales entre sí anden en disidencias y discordia.

Aúnan entre sí, no la benevolencia ni la caridad, sino la capacidad de hacer daño, en perjuicio de aquel a quien alguno de ellos aborrece; contra él disparan dardos de gran poder maléfico, pues todo cuanto no es del gusto, no diré ya del más instruido y del más sesudo de todos ellos, cosa que cualquiera toleraría en negocio de tanta monta, sino que hartas veces lo que no merece la aprobación del hermano cocinero o del hermano portero o de alguno de aquellos frailes analfabetos que no vieron sombra de letras ni aun en sueño, ni se distingue por el buen criterio o por su prudencia, aquello se da por no leído, por no oído, por no visto, aun cuando protesten contra esa anulación los más letrados y los más juiciosos; y son muchos los que lo califican de impío, blasfemo, escandaloso, herético. ¿Y con esa virulencia atacan por ventura a un cabello? Atacan las solas tres cosas que tenemos: la vida, la fama, la fortuna. Viven de la bondad del pueblo y con todo huélganse de que se les tema y se jactan de causar terror en aquellos de quienes reciben asistencia y socorro, y de que pueden ocasionar gran daño. ¡Locos de atar, pues abrigan tales sentimientos!

¿Ignoran, por ventura, cuán flaco sea el poder que en el miedo se afianza? ¿No saben cuánto más sólido y duradero sería si en el amor se apoyara? San Pablo, porque se conducía como era razón que lo hiciera un apóstol de Cristo, de tal manera era de todos amado y venerado de todos, que cualquiera de ellos de muy buena gana le diera ambos ojos si el apóstol se los pidiera.

Así como en las filas de los doctos los hay quienes se percatan de los defectos de los miembros de su co-

fradía y los lamentan, así también entre los religiosos los hay que ven los vicios de sus hermanos, los reconocen, los reprueban y los evitan hasta donde les es posible. No obstante, si los eruditos descreditan y causan daño con su animosidad cerril y con su mal ejemplo y sus apasionamientos les ganan unas veces odio y otras desdén; mucho más eficaz es el mal ejemplo del sacerdote para la corrupción de la multitud. Cada uno de nosotros, a todas horas, como quien dice, se acerca a ellos y le confiesa sus pecados y le consulta sus dudas, y con la reverencia y atención debidas, le escucha los sermones y les oye, con piedad, la santa misa. Por eso son, como dijo el Señor, la sal de la tierra, la cual, si se infatuare. ¿cómo podrá salvar la restante multitud de gente cristiana? Aquellas disensiones y aquellos odios, así en general para todos el estado eclesiástico, como para determinados institutos religiosos de harto provecho, crean odios y, lo que es todavía mucho peor, quitan fe y autoridad a la palabra de Dios. ¿Para qué he de recordar aquí la mengua que durante estos últimos años sufrió la religión cristiana, asaltada, azotada y encallada en los arrecifes de altercados, de riñas, de pleitos, motivados unas veces por móviles de mucha importancia, y muchas más por causas baladíes; y aun a veces por cosas de ambos contendientes ignoradas, pero que ambos contendientes afirmaban con una inmovible terquedad, en parte porque estaban convencidos de que favorecía su interés mantener aquella creencia, en parte porque ya de muy atrás estaban imbuidos en aquella opinión que habían acabado por abrazar con firmeza, y en parte, por antipatía irreconciliable para con quienes sen-

tían lo contrario? Y así fué como unos y otros dieron lo más endeble por lo mejor asentado, lo incierto y no verificado por lo mejor probado y averiguado; y admitidos esos axiomas, fueron recibidos con los más entusiastas aplausos de los respectivos adheridos. Aquéllos llevan a mal y persiguen sañudamente a éstos porque no abandonan sus inveteradas convicciones, con las cuales tantos años ha están familiarizados por otras opiniones, que no es éste el lugar de discutir, pero que, a buen seguro, como algunas están diametralmente distanciadas, así muchas otras son tales que, explicadas debidamente, no dicen más las unas que las otras. Toman gusto en determinada manera de expresarse por odio contra los adversarios, no más porque la otra manera tiene más aceptación entre ellos, avezados como están a ella de largos años y por la aprobación que les merece no quieren abandonarla. Es la misma puerilidad que experimentamos en los muchachos, quienes, por contradecir a quien disputa con ellos, si acaso dijo: *Es un pelo de león*, ellos aseguran lo mismo con palabras diferentes: *No, que es un pelo leonino*. Los unos no ceden a los otros en animosidad ni braveza; no quieren explicar el sentido; aférranse a las palabras y a las sílabas con tanto riesgo y quebranto de la caridad y se empeñan en que ha sido admitido e impuesto por el magisterio de la Iglesia lo que no es más que opinión particular de unos cuantos que de ello están persuadidos.

Muy grande es preciso que sea la trascendencia de los mandatos y estatutos de la Iglesia reunida en concilio. De no ser así, todo estaría flotante y navegaría a la deriva y provocaría un enorme confusio-

mo en las cosas de la religión. En cambio, las opiniones particulares no deben ejercer un ascendiente sobre todos tan poderoso que se tomen como artículos de fe, con la repulsa y la disconformidad de aquellos que no las aprueban, pues nada hay tan contrario a la religión cristiana como esta discordia. De aquí nace la mutua desautorización y la mutua incriminación de herejía y el odio, correspondido ciertamente por manera que el uno para con el otro no está en lugar de cristiano. No habiendo cosa más atroz que marcar la frente de uno con el hierro candente de hereje, con todo es el mote más socorrido y es la flecha inficionada con hierba de ballettero que más a mano tienen aparejada para disparar. ¿Inspiran este celo amargo la mansedumbre y caridad cristianas que uno y otro contendientes hacen resonar continua y enfáticamente, y las alaban y las inculcan y las ahincan, siendo así que son sus antípodas más remotos? Contienen unos y otros con odios cordiales y con todas cuantas fuerzas pueden, con fuego y con hierro, si viene a mano, y si a mano no viene, con ánimo malévolo y con lengua viperina. Y lo donoso es que ambos afirman hacerlo a imitación de aquel espejo y dechado de toda mansedumbre que fué Cristo, que, cuando era golpeado, El no golpeaba ni amenazaba, siendo Señor del cielo y de la tierra, que con una sola palabra de su boca podría extirparlos a todos radicalmente, como también disolver este mundo actual y crear otro nuevo. Pues bien: ese Cristo, acribillado de denuestos, o bien calló o, en respuesta a la calumnia, prefirió desenmascarar el ultraje. Nosotros, en cambio, luchamos, no ya con la herejía, sino con el hombre. Más quisiéramos la

perdición del hereje que su conversión, si ya no es que alguno espera de ella gloria y renombre, como de un triunfo sonado y glorioso...

¿Y cómo lo hacen para atraerse a sí simpatías y convicciones? No con los muy eficaces razonamientos de la Sagrada Escritura o con argumentos sacados de la misma naturaleza, como lo hicieron en su tiempo los Ambrosios, los Jerónimos, los Agustinos, los Ireneos, los Atanasios, los Crisóstomos; no con el ejemplo apodíctico de su vida, como los mártires, sino con una que otra demostración fría, corroborada por la violencia, la amenaza, el terror, la crueldad, recursos los más eficaces y coactivos que dicen tener aparejados para quien no está dispuesto a cantar la palinodia. Unos y otros lo que agarraron una vez, aun amputadas sus manos, retiénelo y defiéndelo con los dientes, según se cuenta de Cinegiro, el inmortal ateniense en la batalla de Maratón. Como si la creencia cuya sede está en el alma pudiera ser confirmada o debilitada por el miedo o por las armas. Aun cuando unos y otros disputen bravamente de la cárcel y de los hierros en que nuestra alma cautiva se debate, es cosa cierta que ellos experimentan en sí mismos una tan invicta libertad espiritual que, aun ante la perspectiva del terror, cada uno en su interior piensa y siente lo que le da la gana a él y no al terrorista. Coaccionados y aterrorizados, quizá cambiarán de manera de hablar, pero no de sentir.

Mas, por lo que toca a los que se ven así oprimidos por los que hacen gala de profesar la fe y la caridad perfectas y tan cruelmente las experimentan en sí mismos, la rabia les empuja a tal exceso de desesparación, que sueñan con una catás-

trofe y subversión total y siéntense ferozmente revolucionarios por sacudirse aquel yugo y tiranía, pensando que, cualquiera que fuese el cambio operado, peor no podrían estar. Y por esto es que no maldicen el nombre del Turco, antes no se recatan de manifestar en público serles preferible vivir bajo un Turco no disimulado que bajo toda aquella taifa de turcos disfrazados de cristianos.

Como poco más arriba dije ya, cualquiera que disintiera de aquellas opiniones que profesan los unos o los otros, para los unos o los otros no está en lugar de cristiano. Párecenos cosa baladí esa tan grande ajenación y ruptura de los espíritus en lo que afecta al nombre cristiano, y con ella jugamos con una tranquilidad muy peligrosa; mas si un hombre cuerdo y reflexivo pone en ella mayor atención y lo mira más de hito en hito, calando hasta el fondo, hallará ser principio de los males más grandes. ¿Cuál ha de ser el Anticristo, aun cuando reinare cien años, más nefasto, más pestífero, más fatal que el árabe Mahoma? Pues éste era soldado

cristiano en la guerra pérsica, bajo Heraclio y los árabes, a quienes ganó para su opinión; eran cristianos, en su mayor parte. Pero los árabes, por odio a Heraclio y a los griegos y a los latinos que militaban bajo sus banderas, no vacilaron en separarse en religión de aquellos de quienes se habían separado previamente en adhesión y voluntad, y luego, físicamente, desertando con armas y bagajes, después de haber elegido a Mahoma como caudillo de la hueste desertora, a la cual habían de obedecer con rendimiento castrense unos soldados perdidos y en situación desesperada, sino también en tenor de vida e instituciones, y, por fin, en todo lo demás, sin excepción alguna. ¿Acaso las diez tribus de Israel que habían seguido a Jeroboam por haber abandonado sus sacrificios, su templo y sus levitas no se separaron también de aquella tan antigua y entre ellos tan confirmada religión de sus abuelos? Que Cristo, compadeciéndose de su pueblo, aparte lejos, muy lejos de nosotros, todo cuanto pueda tener de sombrío augurio ese trágico paralelismo.

LIBRO TERCERO

DE LOS BIENES DE LA CONCORDIA Y LOS MALES DE LA DISCORDIA

Esa nuestra vida, durante cuyo discurso el alma humana inmortal permanece encerrada en ese cuerpo putrefacto y caduco, a quien por eso algunos filósofos de la antigüedad llamaron cárcel, y otros muerte, y los nuestros, con mayor acierto, peregrinación y destierro; esa vida—digo—llámese la como se

la llame, es el camino forzoso de la eternidad esperada, si se la dispone para ella de una manera conveniente. El solo viático de esta jornada es la virtud; todas las cosas restantes, o bien son administrados o instrumentos suyos o son ayudas y asistencias que toman denominación del nombre de la que las

inspira y realiza, por manera que son muchos los que les distinguen con el apelativo de bienes. Yo, por lo que toca al nombre, no voy a indisponerme con nadie: sean enhorabuena ventajas, si así alguno lo quisiere, o sean oportunidades, si le pluguiere a alguno. Nosotros usaremos de un vocablo latino y muy recibido, que comprende todo lo expuesto y declarado. Así, pues, llámense *bienes*, y sus contrarios llámense *males*.

Expliqué en el primer libro la naturaleza y los orígenes de la concordia y de la discordia, y con cuánto poderío y eficacia la discordia desvió nuestra voluntad del camino derecho, quedó explanado en el libro segundo. Ahora enseñaremos cuáles son sus operaciones respectivas para que quede muy claramente sentado que por sus comienzos y orígenes no son sus obras desemejantes. Así como la concordia es hija de Dios, padre y autor de todos los bienes, y la discordia es engendro y aborto del diablo, príncipe y causante de todos los males, asimismo no hay linaje de bien que no provenga de la concordia ni suerte de mal que de la discordia no se derive.

Yo voy a comenzar por los últimos de los bienes, los cuales, sin embargo, por una aberración de juicio, son tenidos por muchos como los primeros. Los bienes terrenos o bien consisten en propiedades fijas, como fincas rústicas o urbanas, o en cosas susceptibles de traslado, como metales, joyas, atuendo, ajuar, servidumbre, ganado. La guerra, a manera de tempestad violentísima, derriba todo cuanto se opone a su paso y no deja cosa entera o en pie; todo lo troncha y lo abate a fuer de segador, armado de dos hoces, a saber: el hierro y el fuego.

Desparránase el ganado y puestos en fuga los guardianes, las manadas van empujadas al degolladero. No hay labrador que se aventure a romper el suelo para la siembra ni a las otras labores que requiere la labranza. Y si se diere el caso de que las faenas agrícolas estén ya hechas antes de que el soldado irrumpa en la comarca, asuela el campo el temporal bravo o antes de su madurez siéganse los panes, pues tales son las trazas de ese linaje de latrocinio, vivir a la hora, sin previsión alguna de lo que pueda venir, con descuido total de las propias conveniencias. Lo que no puede sujetar la espada, el hambre lo domeña con desalmada y salvaje ferocidad.

Cuentan que en la Insubría y en la Galia que rodea el Po, donde tantos años ha que Europa mantiene una guerra continua, hay grandísimas extensiones de terreno fertilísimo, en el cual no queda accidente alguno que estorbe ningún movimiento militar; todo está igualado con el suelo; no hay granja que se mantenga en pie, ni pared ni árbol donde solían verse pazos muy amenos, y fundos fertilísimos, y selvas y bosques para recreación y regalo, por manera que en todo el mundo no había sitio que con él pudiera compararse. Es de creer que la soldadesca abstiene su rapacidad de las cosechas ya recogidas y ensiladas, pero no; en hecho de verdad, no es así. Lo que no pueden tener en poder suyo, afánanse por echarlo a perder, sea como fuere; prodigan y despilfarran aquello de que echaron mano; presa que tienen que soltar, procuran que a nadie aproveche. Fácilmente podrá colegir cuál sea la dilapidación y el destrozo si tienen de qué de todo cuanto es útil a la vida que la guerra trae consigo, quien considere qué

linaje de hombres son los soldados. Consume más vituallas y vestuario un ejército de veinte mil hombres que cien mil ciudadanos pacíficos. Celebranse en Lyon, de Francia, y en Amberes, de Bélgica, y en Medina del Campo, de España, ferias bienales concurridísimas de mercaderes (en Lyon cada cuatro años). Los precios de las subsistencias no sufren alteración sensible con tan enorme aglomeración. Pues bien: pase por un lugar determinado una columna de diez mil hombres, y allí dejan la estela lamentable de un hambre prolongada y una pronunciada carestía que durará mucho tiempo. De ello puede dar testimonio Flandes, con grave daño suyo, aun después de dieciséis años. Entre un ejército en tiempo de paz o en tiempo de guerra no hay más diferencia que un ejército en campaña piensa que le es lícita la rapiña declarada y está persuadido que es cosa bella y marcial no usar, sino abusar y echar a perder, mientras que un ejército en paz pide claramente, pero roba a escondidas; sabe que no le está permitido ni el incendio ni el saqueo, pero sí el despilfarro y el destrozo, aun cuando no haya asomo alguno de hostilidad y en esa faena triste los soldados se conducen con más insolencia y con mayor abuso que en territorio hostil, como en Italia, donde el ejército, acuartelado durante el invierno y aun a veces bien entrado el verano, déjase al *prudente criterio* de cualquier jefe militar qué conviene requisar del país que les hospeda y por cuánto tiempo. Esto se llama *discreción*, con un término castrense.

Cualquiera puede imaginar lo que van a hacer los encargados de esa *discreción* que obedecen a un criterio avieso y criminal. Sería necesari-

rio un libro entero, recio de veras, si me propusiese explicar una parte muy pequeña de los desafueros de esta donosa *discreción* que se permite tanta malicia, tanta fechoría, tanta improbidad, tanta insolencia y tanto crimen. En los estados donde prendieron las teas de la guerra, los ladrones saltean las comunicaciones terrestres y los piratas infestan los caminos del mar, imposibilitando entre los pueblos todo comercio que dondequiera es una fuente de riqueza. Casi nadie se atreve a salir ni ya de su propia nación o reino, pero muchas veces ni siquiera de su ciudad, y aun diré que ni de la misma casa. Como acontece que determinadas leñas al arder echan sus chispas lejos, así también la guerra destaca adondequiera los ladrones, que ejercitan sus rapacidades por soledades y desiertos, por caminos reales y ceban su voracidad en las mismas entrañas de las ciudades. Y no son solos enemigos quienes son interceptados por los enemigos, sino que el soldado armado no respeta al neutral ni al mismo simpatizante ni al mismo paisano, aun cuando no traigan armas, no para despojarle, como fué costumbre de los bandoleros, sino para vejarse y desollarle públicamente cual si fuese enemigo declarado. Durante esa guerra nefasta que afligió durante tanto tiempo la Europa por el choque de los dos poderosísimos príncipes, el emperador Carlos y Francisco, rey de Francia, los portugueses mantuvieron su neutralidad, mas no por esto los franceses abstuvieron sus manos de ellos. Recientemente, con la prisión y saco de Roma, el lansquenet alemán no perdonó al paisano alemán ni perdonó al español el tercio de España. ¿Qué cosa puede haber segura, una vez expulsada la justicia,

que es la única que ampara y garantiza la debilidad de las insolencias de la fuerza? Ni en tiempo de guerra se salva la mutua lealtad cuando cualquier bandido y cualquier pródigo puede acogerse a la profesión militar como a un asilo; ni tienen vigencia el derecho ni las leyes, y están enajenadas las conciencias absorbidas por las preocupaciones bélicas y desentendidas de la administración civil, acogotadas por el terror.

¿Y qué más, si nadie comercia de buena gana con el enemigo aborrecible, o si comercia con él lo hace con harto poca sinceridad y con muy mucha mala fe, deseando engañarle o en el género o en el precio? Jamás entre enemigos existe lealtad entera, que, puesto que es la primera que debe reinar entre los contratantes, faltando ella es fácil colegir cómo queda el contrato. Y no es el campo solamente con los frutos que él produce, que son los más considerables, y que son la base principal y casi exclusiva del mantenimiento humano, que, afectado por tan grande calamidad, se queda mustio y asolado y ensilvecido, sino también las ciudades históricas tan bien construídas y dotadas de tan ejemplares instituciones las que, levantadas por la paz, quedan convulsionadas radicalmente por la guerra. Diríase que entre la concordia y la discordia hay la misma distancia que entre la vida y la muerte. Todo nace, todo se sostiene, todo vive con la paz y todo se derrumba y fenece con la discordia.

Los hay que dicen ser un muy apacible espectáculo ver cómo arden los edificios. ¿Serán esos hombres aquellos para quienes la crueldad les es pasatiempo y regalo? Deslumbrarse por el esplendor del fuego, ¿qué cosa más pueril? Regoci-

jarse con la pérdida y daños del enemigo, ¿qué cosa más inhumana? Divertirse con el derrumbamiento de lo que estaba sólidamente en pie, ¿qué mayor locura, si puede venir el día en que sea tuyo lo que ves caer o que tal vez, el día de mañana, podrá ser te un grande reparo y abrigo contra el enemigo?

Hubo entre los ilergetes un príncipe que estando en guerra contra una región comarcana echó al suelo dos muy fuertes y bien pertrechados castillos que tomó con un golpe de mano afortunado; más tarde, apoderóse por entero de aquella región. Poco después moviéronle guerra a él los laletanos, quienes, con suma facilidad, ocuparon la comarca vencida, privada de la defensa de los dos castillos, y luego acabaron por ocupar todo su reino. Harto fácil le hubiera sido conservar su conquista y su reino si él no hubiera derribado aquellos dos castillos, que abatió su ceguera furiosa. Yo no llego a comprender aquella rabiosa vesania que lleva a dos reyes que se hacen la guerra a pillar, destruir, vejar, devastar y descuajar aquel mismo dominio por cuya posesión combaten. ¿Es esto quererlo regir? ¿Es el amor que le tienen y que les hace decir que es suyo y que han de liberarle del poseedor inicuo (¡linda y donosa manera de reclamar una propiedad!) el que les lleva a destruir lo que se esfuerzan por recuperar? Claramente das a entender que no es tuyo lo que tratas de tal manera. ¡Con cuánta mayor verdad y cordura dice Yocasta, la reina de Tebas, en la tragedia de Séneca:

¿Qué locura se apoderó de tu espíritu? ¿Revindicas la patria y la pierdes, y porque sea tuya la aniquilas? Perjudica tu propia causa el hecho de devastar tú este suelo;

con el insano hierro arrasas e incendias los panes y por el campo todo desparramas la huida. Nadie asuela así lo que es suyo; lo que ordenas que lo devore el fuego, que la espada lo siegue lo crees cosa ajena. Rey sea cualquiera de los dos (Polinice o Eteocles, hijos suyos), decididlo, pero que el reino se mantenga.

¿Y qué más si aun cuando tú no hubieras nunca de ser dueño de aquellos bienes es razonable que pienses que puedan algún día pasar a ser propiedad de tu hijo o de tu heredero? Aquel rey famoso del Epiro acostumbraba maldecir la memoria de su padre por haber asolado la Caonia, que luego recibió él en concepto de dote de su mujer. Y no solamente ha de hacerlo la esperanza de un posible heredero futuro, sino la de aquellos que un día serán sus amigos y que en todo caso no dejarán de ser hombres. Enrique VIII, rey de Inglaterra, quitó a los franceses Morin, a quien la soldadesca prendió fuego. Aquel mismo año, el mismo rey de Inglaterra concedió la mano de su hermana María a Luis, rey de Francia; concertóse la paz con visibles muestras de amistad de uno y otro pueblo; los reyes no se profesaban odio personal; devolvióse al francés Morin; es decir, el cadáver, el espectro de Morin. ¡Cuánto más hubiera preferido el monarca inglés conservar para sí Morin intacto, o devolverlo entero y sin daño al amigo y al cuñado! ¡Con cuánto mayor gusto lo hiciera, dejándole obligado con fineza tan grande, como cuando devolvió Tournai a Francisco! Contaba Sila como una de sus mayores felicidades el haber salvado a Atenas de la destrucción que estuvo en su mano. Muchas son las fechorías que perpetró Alejandro, el ma-

cedón, por aquel demasiado hervor de su juventud y por la insolencia ocasionada por el favor excesivo de la Fortuna, encariñada con él, de las cuales se cuenta que muy luego se arrepintió; pero ninguna más famosa y condenable que la destrucción de la capital de Persia, fuese el motivo el hecho de que por la hermosura y magnificencia de la ciudad era la injuria que más había de doler a unos persas, a saber: a los que todavía sentían animosidad para con él, ora porque creyese que de otros le granjearía mayor respeto y majestad viendo a Alejandro sentado en el solio de tantos reyes, imponiendo su señorío a los pueblos del Asia. ¿Y no ha de haber, por fin, diferencia alguna entre la bestia y el hombre? Y así como la fiera obedece al móvil de su pasión inmediata, sin atender a lo venidero, ¿ha de obrar también así el hombre? Y, a decir verdad, las mismas fieras irritadas y heridas por nosotros, ¿no vengarán contra nosotros a sí y a su sangre con la misma ferocidad con que el hombre ceba su venganza en el hombre? El poeta Lucano, deplorando las guerras civiles de los romanos, entre muchas otras cosas, dice como con un acento solemne de vaticinio:

Esas diestras harán lo que no podrá suplir ninguna edad y lo que no podrá reparar el linaje humano en todos los años, aun cuando eche el hierro lejos de sí. Esta guerra matará en germen las generaciones futuras y arrebatará consigo los pueblos que están por venir al mundo, quitándoles el día de su nacimiento. Entonces el nombre latino será pura fábula; unas ruinas cubiertas de polvo podrán apenas mostrar el viejo asiento de Gabias, Veves, Cora, de los lares de Alba, de los penates de Laurente: campos de

soledad que sólo habita, en la espesa negrura de la noche, un senador forzado y quejoso de que Numa hiciera tal ordenamiento. Estas destrucciones no son la obra lenta del tiempo mordedor y no fué él quien resolvió en polvo esos monumentos del pasado. Es un crimen civil colectivo lo que vemos en tantas ciudades desoladas. ¿A qué se redujo la masa del linaje humano? Nosotros, los pueblos que nacemos por la faz triste y espaciosa del mundo, no podemos llenar de hombres, baluartes y campos a la vez: cabemos todos en una ciudad sola. Un labriego atado a una cadena cultiva las mieses de Hesperia. Apenas se mantiene en pie la casa solariega, y cuando cayere no van a sepultar a nadie sus escombros.

Muchos otros lamentos exhala el poeta sobre aquella nefasta guerra fratricida. Grandes fueron los estragos que vejaron y afligieron a Italia mientras duró aquella pelea; sudó copiosa sangre, se quedó agotada y casi agotada y borrada. Mas es el caso que nuestra edad cree que es motivo de vergüenza ser superada en maldad por nuestros mayores. ¿Qué cosa puede imaginarse más afligida, más destrozada, más perdida, más desfigurada de lo que ahora lo está Italia, que fué reina de naciones? Tantas quintas, tantas aldeas, tantos pueblos, tantas ciudades que yacen tendidas en el suelo: tanta opulencia saqueada, tantas damas y doncellas violadas; holladas las leyes, expulsadas las letras de humanidad de aquel su propio domicilio; templos profanados; vejados, torturados, asesinados ancianos, niños, mujeres; tantos mortales pasados a cuchillo sin respeto por su linaje, por su condición, por el sexo ni por la edad. Paréceme tener ante mis ojos aquella serpien-

te monstruosa que para la devastación de Italia dicen los escritores de historia que se presentó en sueños a Aníbal y que con estruendo fragoroso derribaba todo cuanto se mantenía en pie. Todos estos últimos nueve años ha estado Italia sintiendo en toda su pavorosa realidad aquel simbólico y espantable dragón soñado por Aníbal. En Italia, dócil materia de encarnizada crueldad, la han ejecutado alemanes, franceses, españoles. Y lo peor es que los mismos hijos de Italia no la tratan con mayor blandura ni ceden en sevicia a las naciones extranjeras; ellos son los que azuzan contra sus entrañas a aquellas jaurías de verdugos; ellos les llaman, ellos les guían por la mano, ellos les muestran dónde herir por acabar con ella. Ellos mismos, con su propio hierro, con sus propias manos, la despedazan más cruelmente que los mismos extranjeros, como siempre acostumbraron ser más sañudos las enemistades contra los familiares que contra los extranjerios y los desconocidos.

Veo que son muchos los que se maravillan de que haya después de la guerra menos dinero; otros se espantan más aún de que la guerra haya tragado tanto dinero, que después de la guerra ya no se le vuelve a ver más, pues aun cuando no nieguen que los edificios fueron destruidos, incendiados los panes, perdidas las mieses, degollada la ganadería, saben con todo que oro, plata, piedras preciosas son indestructibles, a voz en grito lo reclaman y no se les puede convencer de que se ha perdido irreparablemente.

Estos tales se asombran porque no saben que la riqueza no consiste en metales o en piedras solamente. Constituye riqueza también aquello de que poco ha hice mención, a

saber: edificios, vestidos, subsistencias, ganado, ajuar doméstico. Cuando todo esto abunda, todo cuanto dinero hay está somero y visible y por lo mismo se calcula cuantioso, puesto que parece que no esté destinado a cubrir la necesidad, sino a hacer alarde de lujo. Por esto, son muchos los que teniendo abundancia de todo cuanto necesitamos para el consumo cotidiano de la vida, aun cuando tengan poco dinero, son tenidos por ricos y lo son en realidad. Empero así que el uso consumió aquellos artículos cuyo instrumento obligado de adquisición es el dinero, para reparar su pérdida, todos se dan a buscarlo con el mayor afán, apelando a todas las trazas y a todos los ardidés imaginables. Ese rebusco ansioso hace que el dinero, que antes estaba en manos de unos pocos en gran cuantía, porque los otros no tenían necesidad de él, ahora, sacado de los cofres y repartido y derramado entre los más, parece ser muy poco, y engullido por las anchas e insaciabíles tragaderas de la necesidad se deja ver raramente. De esta manera resulta que después de una guerra son pura pobreza mil escudos, cuando antes de ella sólo cien hacían rico a un hombre. No es por la simple posesión como se mide la riqueza, sino por su empleo y por su necesidad. Con la guerra, en efecto, no sólo se acrecientan las necesidades, sino que disminuye el dinero. Una vez que estalló el furor bélico y el terror encogió los ánimos sabiéndose que lo que se busca principalmente es el botín, se esconden bajo tierra el oro, la plata, las joyas y otros objetos de valor por los cuales el soldado con intrepidez se lanza a la muerte. Sigue de ahí que, o bien por muerte de los que escondieron el precioso me-

tal o por huida o por apartamiento motivado por cualquier otra causa, queda enterrado aquel oro y no vuelve a la luz porque no queda nadie que sepa el lugar del escondite. Los hay quienes para librarse con toda la celeridad posible del peligro, métense ellos y todo lo suyo en una nave, y como los aparejos para la navegación se hacen precipitadamente, por la gran urgencia, no siempre se previene todo cuanto se requiere para el embarque. De ello, con una frecuencia lamentable, se sigue naufragio, bien por defecto de los arrees náuticos o porque en aquella crisis de pánico prefieren aventurarse a los contrarios vientos o al mar bravío o a los crudos escollos, a exponerse al ciego e inhumano furor de los enemigos. Y no es menor el riesgo que corren los piratas para irse con aquella presa codiciosa a puerto seguro donde desean gozarla. Y así como a ellos es el miedo atolondrado el que los lanza a la braveza de la tempestad y a la rabiosa locura de los vientos, así también a los soldados les arrempuja su individual codicia. Por todo este conjunto de causas, hombres y metales son tragados a una por el mar sorbedor y las arenas avarientas. Y en la destrucción e incendio de ciudades, ¿quién sabe los metales preciosos que desaparecen? Los vasos de Corinto, que antiguamente tuvieron tanta fama y estimación entre los romanos, dícese que fueron labrados con diversos metales que fundió la conflagración de Corinto, a quien prendió fuego Mumio Acaico, capitán de Roma. Y aun en el combate mismo, mucha es la riqueza que se entierra con los cadáveres, puesto que el soldado, que acostumbra ser pobre y como tal receloso, esconde todo cuanto dinero tiene en bolsillos

puestos en sitios inverosímiles, que desdeñe escudriñar el enemigo, especialmente si anda ocupado en apañar botín más cuantioso.

Esto explica que en muchos campos donde antiguamente trabáronse las famosas batallas entre muy poderosas huestes, la larga evolución de los años saca y muestra a la luz monedas de toda clase de metal. Todo cuanto relieve y desperdicio quedó en las ciudades o en los campamentos la soldadesca lo arrebataría. Y así es que ricos en la guerra y por la guerra gastan a tontas y a locas lo que con sus artimañas sutiles garbearon. Y por escasos que sean los dinerillos que se tienen, en las turbias circunstancias que la guerra crea, ¿qué otra cosa son sino materia de preocupación y peligro? Todas las celadas, en tiempo de guerra y de discordia, se encaminan al dinero. Los pobres, con la postración de las artes, con el cierre de los intercambios y cegada la fuente de la bondad, no tienen con qué mantener su ruin vida; los ricos encogen sus bolsas y sufren lo indecible por evitar todo gasto, porque todo está mucho más caro que en la paz y no hay ocasión de lucro; despiden parte de la servidumbre y la reducen al número indispensable para que sea menos costoso su sostenimiento; nada dan, porque no les falte a ellos; no prestan por el maligno recelo que abrigan contra todos; no compran, pues consideran superfluo todo cuanto no sea necesario para el consumo cotidiano y sin lo cual no es posible pasar un solo día. ¿Qué recurso les queda a los pobres que se mantenían del trabajo de sus manos, sino el de la mendicidad, útiles o inválidos, o el de arrastrar una vida durísima y perruna, pues el hambre les obliga a injerir unos alimentos

que en otras circunstancias no tocaran ni siquiera mirarían sin náusea? A los otros pobres con malos instintos, que tienen para ello arreos suficientes, échales el hambre a la vida airada y al bandolerismo, llevándolos al extremo de ensangrentar sus manos, punto a que llegán hartas veces muchos que sienten horror de los delitos de sangre, bien por la ingénita lenidad de su carácter, bien por su crianza y sus costumbres. Y en estas circunstancias, en esé público y general empobrecimiento o, mejor, penuria, sólo engordan y se enriquecen unos pocos que más merecen la horca que la vida o el dinero. Hay que decir que no disfrutan de esas riquezas execrables por mucho tiempo. ¿Qué se hizo del botín, del reciente saco de Roma, que dicen haber sido cuantioso, inmenso, fantástico? No pudieran hoy días mostrarse reunidos cincuenta mil escudos, fruto del incalculable latrocinio. Lo que sí puedes ver es a los soldados que asistieron al sacrílego asalto y que hundieron sus manos hasta los codos en aquellos montones alucinantes, míseros, andrajosos, menesterosos por no desmentir el añejo proverbio: *Los bienes mal adquiridos se van de mala manera.*

Muy de prisa a esos frutos de la rapiña los devoran el juego, las ramerías, el lujo desenfundado, el vestido suntuoso, los intemperantes comeres y beberes. Para estos usos buscó dinero el soldado con pérdida de su sangre, con inminente peligro de su vida. El que quiera vivir en templanza y sobriedad, no ha de abrazar la profesión de las armas. El gasto inmoderado y chorreante arma las manos de capitanes y soldados; pero con aquellos sumideros insaciables del despilfarro y del lujo, ¿qué cosa les va a bastar? A esos

tales, no les bastan el botín de las ciudades que toman ni lo que roban cada día del enemigo y del paisano inerme; ni las pagas y gratificaciones de los príncipes. Con esos dos capítulos, salario y recompensas, necesitase una cantidad increíble de dinero para sostener un ejército mediano. Marco Craso, a quien mataron los partos, acostumbraba decir que nadie debía llamarse rico sino quien, con sus propios recursos, podía mantener un ejército, con lo cual daba a entender que el dinero que para ello se necesitaba no tenía cuenta. El pueblo romano, con tantos pechos, apenas puede con ellos. Por lo demás, no es necesario ponderar a los príncipes de nuestros días qué Caribdis tan voraz sea el ejército o, mejor, qué insondable océano. Al contrario, son ellos los que pudieran explicar esta asignatura, avalorando su enseñanza con la experiencia personal adquirida a trueque de enojos infinitos. Yo no acabo de maravillarme de cuán cordial y entrañable es su odio, puesto que antes de meterse en guerra no apelan a cualquier recurso y conciertan una paz cualquiera. Hoy solos dos príncipes poseen unos dominios que no hace un siglo poseyeron veinte, que construyeron obras magníficas y decoraron edificios sagrados y profanos y dotaron con larga mano escuelas de artes y oficios y hermandades, y mantuvieron servidumbres numerosísimas y favorecieron a muchos con generosas donaciones, y se contentaron con módicos impuestos, y jamás pensaron en contribuciones extraordinarias y, al fin y al cabo, vivieron en abundancia y holgura, alegremente abastecidos de todo, venturosos ellos y sus pueblos venturosos.

Establece ahora tú mismo la comparación entre esos príncipes de

tan extensos dominios con aquellos reyezuelos. Ellos no construyen, sino que destruyen; no enriquecen las corporaciones, sino que las despojan; alimentan a unos pocos en gran parte inútiles, por excusar un adjetivo peor; quitan a todos y no dan a nadie sino con tacañería y sordidez, de manera que acostumbraron dar más oro aquellos reyezuelos que plata esos príncipes opulentos; son agobiadores los tributos; pagos extraordinarios y mudanzas unas sobre otras; es cosa de nunca acabar; siempre hurraños, siempre quejosos, siempre famélicos, a pesar de comer tanto, y con sed inextinguible, aun cuando bebán continuamente, por manera que no con desacato se les puede decir lo que a Alejandro dijeron aquellos escitas: *¿Qué necesidad tienes de riquezas que acucian tu hambre más y más? Tú fuiste el primero que con tus hartazgos te aparejaste el apetito, de modo que cuanto más tenías, con deseo más agudo apetecieras lo que no tienes.*

¿Y cuál diremos que es la causa de esa tan desconcertante semejanza? ¿Cuál sino que estando quietos aquellos reyezuelos patriarcales, manteniéndose en concordia todo les bastaba porque todo lo concretaban a sus sanos y naturales deseos? La guerra es una hidropesía en que la hebida exaspera la sed. ¿Qué grande o ilustre ganancia se consigué con la guerra que, granjeada por este procedimiento, no resulte ruinosamente cara? Y si es poco lo que con la guerra se busca o, como muchas veces acontece, no se busca nada, simplemente no hay riquezas, por crecidas y fabulosas que sean, que no las engulla una guerra que dure unos pocos años. ¿Y qué pasa si se pierden algunas pulgadas de dominio? Esto ya no

es pescar con anzuelo de oro, como decía Augusto, sino que es, tras de haber perdido muchos anzuelos, no pescar nada y perder los dedos y las manos, pues ¿qué otra cosa son las ciudades y pueblos del reino, sino miembros de la cabeza que es el rey?

Todos los males que de la discordia se dijeron, otros tantos bienes contrarios suyos han de predicarse de la concordia. Los villanos, en sus aldeas y en sus campos se dedican tranquilamente a su labranza, según las estaciones: aran, siembran, siegan, recogen los productos del año, lá ensilan, la acarrean a la ciudad. Y como los gastos son módicos, lo poco es ya bastante. Mientras haya moderación y orden, no hay ingreso tan flaco que no baste, y si el orden y la moderación faltaren, no hay fortuna, por brillante y cuantiosa que sea, que no se quede corta. Y si, por ventura, existiera falta de cosas necesarias para el consumo, el comercio las proporciona y se importan de otras naciones con toda seguridad, porque las comunicaciones terrestres y marítimas, limpias de piratas y salteadores, están abiertas y libres, y también con gusto, porque el intercambio verificase entre amigos y, asimismo, lealmente, como entre pueblos que bien se quieren. Y así es que de Inglaterra y de Flandes y aun a veces desde la Cimbra y la Dacia reciben socorro de trigo Venecia y Sicilia, pues aun cuando Sicilia es la ubérrima nodriza de Italia y su granero, lleno de riquezas cereales, ocasiones hay en que tiene que ser mantenida por el septentrión. Y esto realizase con suma facilidad cuando están las armas enfundadas. Cuando ellas se requieren y se blanden, no solamente Inglaterra no puede socorrer a Anda-

luía y Vasconia, regiones de España, amigas y aliadas suyas, ni aun a Flandes, que está tan cerca, ni Flandes, a su vez, puede ayudar a Inglaterra. Embellécense las comarcas con villas y ciudades, y las ciudades con nobles edificios; los campos, con granjas y caseríos; con árboles, los bosques; con mieses, los barbechos; los prados, con una linda y risueña variedad de flores. Permanecen en pie gallardamente las obras de la mano del hombre, apacibles y gratas de ver y cómodas de utilizar, por manera que su utilidad no se limita a sus propietarios, sino que de ella participan quienes las ven. Lo que cada uno poseyere, lo tiene tranquila y seguramente, no ya el oro, la plata, las joyas, los vestidos que guarda en sus cofres, sino también los créditos en su haber, pues la fe, tutelada por las leyes, tiene toda su fuerza y su vigor. El dinero, en la paz, es mucho, porque es suficiente, porque es limitado el precio de las cosas útiles y constantes y seguros la honra y el aprecio de todas las profesiones. Los haraganes y maliciosos o pasan hambre o apuran castigo o, en último término (cosa que para ellos equivale a la muerte), se convierten a mejor seso. Este es aquel fruto de la paz, de la cual habla el Señor por boca de Isaías: *Y se sentará mi pueblo en hermosura de paz y en tabernáculos de confianza, y en reposo opulento.*

¿Y qué pasa en las discordias privadas? ¿Por ventura no pasa lo mismo que en las públicas? Excitados los ánimos, poseídos de ira y de odio o aplicados a precaver sus propias celadas o a urdir las para los demás, están imposibilitados de consagrar el interés debido a aquellas artes y profesiones que les proporcionan recursos para vivir y po-

ner la debida diligencia en la administración de la hacienda y en el cumplimiento de los deberes de padre de familia, templado y grave. La ganancia cesa; lo que se tenía reservado para otros tiempos se gasta temeraria y pródigamente, pues para que nos ayuden en la insana satisfacción de los sentimientos de enemistad, contratamos el concurso de hombres perdidos, manirrotos, trapaperras ambulantes, Escilas y Caribdis de lujo y de placeres, que fácilmente sorberían todo el Océano. Los amigos buenos y moderados, si afortunadamente los tenemos, nos exhortan a la concordia y ni quieren ni pueden dedicar a las rencillas y enemistades sus cuidados asiduos. Y mientras tanto, ¿cuántas ocasiones se les escurren de las manos de acrecentar su hacienda? Por esto es que los mercaderes, cuya profesión y cuya obsesión es hacer dinero, y en este arte son maestros consumados, muy rarísimas veces y, muy mal de su grado, contraen enemistades y las llevan con la mayor ligereza posible y con la rapidez más expeditiva se desentienden de ellas. Persuádense que quien no tenga esa disposición y quien no acomoda su proceder a ese convencimiento, es poco idóneo para practicar la mercadería. Esos hombres sutiles y finos para las cosas de su profesión intuyen que no hay cosa que más entorpezca el enriquecimiento que la discordia, y ninguna que lo favorezca más que la concordia, que la tolerancia de aquellas molestias a quien el vulgo da el nombre de injurias. No es ningún absurdo decir que la paciencia es la madre de la Fortuna, no sólo en el comercio y las artes del cotidiano lucro, sino también en la corte, entre nobles, entre plebeyos, entre soldados, entre piratas y ladrones.

A las riquezas sùmanse los amigos, *posesión sabrosísima* según el adagio antiguo, de la cual, en la discordia, atenzado nuestro espíritu por el miedo y la congoja, no podemos disfrutar. Quiero decir que no podemos gozar de la amistad con el ánimo distraído y separado de aquello que constituye su más regalada dulzura y que no puede desplegar toda su fuerza, si el pensamiento no está muy avivado y embebecido en lo que hace. Y es el caso que todo el pensamiento de la discordia, por la vehemencia de la pasión, llama a sí el alma toda, quiera o no quiera, y la obliga a hacer lo que él le manda. ¿Y qué más, si los exponemos a muchos peligros porque nos defiendan o por vengarnos de los enemigos, según aquel dicho griego: *Perezcan los amigos, mientras a una perezcan los enemigos!* Este dicho lo dijo un hombre inhumano, al cabo de la desesperación, con cuánta mayor humanidad y cordura se expresó Escipión el Africano, diciendo que *prefería salvar a un ciudadano que matar a diez enemigos*. Pero, puesto caso que en la discordia tenemos tanta necesidad de amigos y experimentamos la gran eficacia de su ayuda, de aquello mismo en que se beneficiarían comienzan a tenernos por sospechosos, de que más que amigos tenemos amos. Y a veces así es en hecho de verdad, que los amigos, conocidas nuestras necesidades y la insistencia con que miramos sus manos, se crecen y se insolentan, y de día en día se nos hace menos dispuestos y obsequiosos. Otras veces, flotan delante de la vista de nuestro espíritu ciertas huecas alucinaciones que nos hacen creer que lo que jamás se les ocurrió, se les ocurrió realmente. Poco importa lo que haya de verdad; pero, con todo,

nuestras sospechas merman mucho la autoridad, la bienquerencia, lo apacible de la amistad y comenzamos a no tener bastante confianza en los amigos, como era conveniente. Mas, puesto que nos hemos imaginado que los amamos menos que antes y teniendo de ellos la misma necesidad, ya no los tratamos con sencillez y franqueza, sino que todo lo encubrimos y coloramos, y a la fe sencilla suceden la benevolencia afeitada y la pringosa adulación. Y a aquellos amigos a quienes en la concordia tratamos con una perfecta igualdad, y por esta misma causa nos son agradables en sumo grado (pues no hay en la vida cosa más dulce que los amigos iguales) en la discordia nos los sometemos. La amistad ya no puede conservar su nombre, quitado todo aquello en que descansan, principalmente, el amor, la igualdad, la simplicidad, la confianza. Y así es que poco a poco vamos bebiendo profundamente el aborrecimiento de los amigos, y ellos, con esos pensamientos nuestros que no pueden mantenerse encubiertos y solapados con tan desvelada diligencia que no se exterioricen y traicionen, apártanse también poco a poco, al ver que se ha perdido en ellos la confianza, que a cada uno de nosotros es tan grata, y, en consecuencia, o se separan del todo, o si, con el amor resfriado todavía nos atienden, acaban por volver a aquello que sospechábamos: de amigos que eran, se convierten en amos y señores.

Mas los mercenarios, y también algunas veces los esclavos, piensan haber alcanzado la ocasión de dominar a sus dueños, y en la discordia les oprimen tanto como piensan que ellos les oprimieron en tiempos de paz. Esto, unos lo hacen con deliberada malicia, otros por mala in-

dole instintiva. Ello ocasiona que el derecho señorial o el prestigio de la magistratura o el poder y atributos del príncipe, que son en la paz grandes y efectivos; en la discordia, quitado el respeto a los padres, quedan reducidos a la nada, porque tenemos que valernos de funcionarios y súbditos insolentes, es decir, de dueños malos. Augusto César organizó en Roma un ejército pretoriano para la guardia del príncipe, dispuesto igualmente para los casos imprevistos que pudieran presentarse en Italia. Ninguna de las creaciones de aquel príncipe fué tan fatal para la República como aquel cuerpo armado. A estas cohortes (eran treinta) feamente se sometieron los príncipes posteriores, y esos soldados que fueron iniciadores y promotores de los más grandes alborotos del Imperio no respondieron a la idea de su creación, pues no guardaron el Imperio, sino que lo saquearon y lo despedazaron.

Atinadamente dice Plutarco de Queronea que las mudanzas de príncipes, después de la muerte de Nerón, menudearon con tanta frecuencia (en seis años hubo nada menos que cuatro emperadores) que deben atribuirse no tanto a la sed de mando de los príncipes cuanto a las pasiones y al capricho de la soldadesca. No hubo en el mundo reino alguno, ni dominación alguna, ni oligarquía, ni democracia de tanta inestabilidad como la monarquía romana, con el asesinato, el mismo año, el mismo mes, de unos Césares, perpetrado por los mismos soldados que les eligieran, que llegaron a sacar a licitación pública el Imperio, como un vestido, como un anillo, dispuestos a entregarlo a quien ofreciese más recia suma.

¿Y qué más, si hasta obligaban a esos príncipes, hechura suya, a trá-

tar inhumanamente a sus pueblos y con escarnio de toda juridicidad y toda ley, y menosprecio de toda jerarquía a hacer vida de campamento para bienquistarse con los soldados y serles gratos con aquella camaradería, sabedores de que, procediendo de otro modo, no iban a conservar el Imperio por mucho tiempo? Y en estas guerras nuestras, tan cercanas, ¿con cuánto servilismo el francés se sometió al helvético y Carlos a la hez más rota y pérdida de Alemania y de España! Y ambos contendientes, que, siendo príncipes de la mayor nobleza y nombradía, no quisieron, en obsequio el uno del otro, ceder con un leve desvío del costado, se vieron obligados a aguantar con todo su cuerpo a unos dueños que eran la flor, nata y espuma de la bellaquería y a adular por necesidades de la guerra a quienes, sin guerra, nadie duda sino que los ahorcaran. Más aún: la misma coacción tremenda de la guerra les obliga, prescindiendo de las personas graves y prudentes, y aun de sus propios amigos, a favorecer con hartos despecho suyo a aquellos mismos a quienes odian. Por este procedimiento Cayo César introdujo en la corte a malsines sin reputación ni honra; quien hubiera querido él tenerlos mejores, pero decía que gracias a aquéllos había recobrado su dignidad. Con ello daba a entender cuán de mala gana lo hacía, pero que no podía excusarse ni dejar de hacerlo. A esto se allega que esos individuos displicentes, exigentes y de una avidez insaciable, ponen a sus servicios un precio tan oneroso, que no se consideran compensados ni siquiera con la mitad de los bienes de la Corona. Y no solamente lo que hacen, sino que también lo que no hacen, pónenlo en la cuenta de lo hecho. Vitelio halló en los arma-

rios o guardapapeles del emperador Otón ciento veinte instancias de otros tantos pretendientes al premio del asesinato de Galba, que no tuvo más que un asesino. Vitelio, una vez que asumió el mando, mandó buscarlos a todos, según refieren Tácito y Plutarco, y dió orden que los matasen. Alejandro deseaba que hubiese muchos mundos, porque cada uno de sus generales no se contentaba con un mundo entero para él solo. Infinita era la codicia de Alejandro y de los suyos, y la de cada uno de éstos no era menor que la suya propia. ¿Y qué se reservó Julio César de un Imperio tan inmenso como el de que no ha mucho hice mención, fuera del prestigio y renombre de la victoria? Pues bien; ese Julio César fué asesinado por los suyos, cuyas ilimitadas esperanzas no había colmado con haberles hecho las dádivas mayores y más numerosas.

Y no menos insaciables que los soldados se muestran los vasallos para con los príncipes y los particulares para con los funcionarios, en tiempo de guerra y disensiones, ora sea exterior el enemigo, ora hierva de puertas adentro el alboroto. Ni los unos ni los otros se atreven a contrariar al sujeto más rahez y facineroso y faccioso. Cuando los aires y las aguas están contaminados por alguna infección pestilencial, difícilmente se conserva incorrupto y sano el cuerpo, que no puede menos de vivir y moverse en aquel medio. Mas, cuando el contagio pegadizo se adhirió a huesos y meollos y la virulencia pestilencial se apoderó de todo el organismo, acaso pueda aplicarse algún remedio exterior; mas, en los adentros, no hay nadie que mire, turbio como está, el espíritu, y turbios todos los sentidos corporales con la grande y tumultuosa excitación de la enferme-

dad. Se me antoja que ésta es una imagen aproximada de la discordia exterior y de la discordia intestinal.

Vínculo de las agrupaciones humanas son la justicia y las leyes dictadas por la justicia y de ellas derivadas, que vienen a ser como el alma de la ciudad. Gracias a ellas, los magistrados tienen en sus manos la república y los reyes el cetro; pero siendo tan grande la irritación de los espíritus, para las leyes no hay ni miramientos ni reverencia. *La cordura*, dice Ennio, *expulsada desaparece y un negocio atropella el otro*. Y ni los magistrados, que son las leyes parlantes, pueden amparar su derecho ni mantener la majestad de las leyes y la justicia, preocupada y absorbida la atención de los otros por el recelo de un posible mal mayor. Esta flojedad de los magistrados franquea a malvados y a bellacos una brecha muy amplia para el mal; la escasez crea urgencias aun a los que no son malos. Así es como se registran todos los días delitos y crímenes, tantos que no es posible sancionarlos uno por uno, ni es conveniente, porque los malos no se enteren de que una tan acentuada mayoría de ciudadanos conspiró para el mal. Eliminado el acatamiento de las leyes y la unanimidad de la obediencia, ¿qué otra cosa es el magistrado o el príncipe, aunque grande, sino un sujeto ni más fuerte ni más noble que otro? Cuando existe concordia entre los magistrados, los ciudadanos obedecen las ordenanzas y los soldados a los jefes; mas, cuando los escinde la discordia, regocíjense de haber hallado pretexto para la desobediencia, inclinada como está la multitud al libertinaje de los peores, sabiendo que va a resultar grato a ésta aquello mismo que repugnará a aquél. Cuando veremos el desprestigio de un colega

enemigo o cuando, movidos por la suspicacia, interpretamos torcidamente sus palabras o sus actos, somos nosotros mismos quienes nos exponemos, desarmados y desnudos de autoridad, al ultraje de aquellos que acechan la coyuntura de dañarnos.

Suprimido el emperador Maximino, sujeto de una crueldad que alcanzó el vértice de la barbarie, el Senado decretó que fuesen dos los emperadores, Máximo y Balbino, ancianos graves avenidos a los comienzos, pero discordes luego por el disolvente de las sospechas. Los pretorianos, que por ellos eran tratados con una relativa severidad, tomaron la determinación de suprimirlos y tomaron pie de sus desavenencias: en tropel irrumpen en su palacio, y eso en pleno día. Como el primer atacado fué Máximo, llamó en su ayuda a los soldados germanos, que no lejos hacían la guardia. Pensando Balbino que su colega requería aquel socorro contra su propia persona, les prohibió acudir. De esta manera y por este recelo mutuo, privados aquellos menguados emperadorzuelos de toda defensa, fueron cogidos vivos y arrastrados con desacato y burla al destacamento más cercano, y antes que la guardia germana, enterada del caso, los pudiera defender, fueron cruelmente sacrificados.

Ni tampoco, sin concordia ciudadana, podemos demostrar a la patria el amor y la piedad que le debemos. Los unos, en la ceguera del odio, prefieren la subversión y catástrofe total a un buen gobierno ejercido bajo el auspicio y la dirección y consejo de aquellos a quienes aborrecen entrañablemente. Y así como son muchos los que, aun cuando tienen conciencia clara y cierta de su propia perdición, no vacilan en arre-

meter a aquellos contra quienes están enojados, resueltos a perecer mientras causen daño, así, por esa misma pasión desapoderada, sacian sus odios a trueque de la caída y ruina de su patria y toman venganza de sus enemigos. Por este deslizadero, omítese, antes que nada, lo que es saludable a la República; inmediatamente después, el mirar por su bien, atrayéndose a su campo todos los partidos a la República y pasándosela de unas manos a otras, maltratada y despedazada, cosa que aconteció en Roma con las guerras civiles y ocurre todos los días en cualquier ciudad donde haya disensiones y partidismos.

Nunca será encomiada suficientemente la moderación de aquellos príncipes que huían toda ocasión de enemistades, por temor de que sus desavenencias causasen a la República algún perjuicio. Típico y ejemplar es el caso de Escipión *Africano*, el Mayor, que se alejó voluntariamente de Roma para que sus diferencias con el tribuno de la plebe no redundaran en daño grave de las leves o de las libertades públicas o creasen en la ciudad discordias banderizas. También el tebano Epaminondas sufrió con paciencia ejemplar las injusticias de sus conciudadanos por no conjugar su venganza personal con el más ligero quebranto de su patria. En la paz y concordia, tienen toda su vigencia las leyes cuyo aliento, vida, movimiento y acción es la obediencia a los que mandan, ayúdanse los unos a los otros con el mismo fervor diligente que a sí mismos, porque entienden que navegan en una misma nave, por manera que con cualquier aparejo sea la nave ayudada, es fuerza que redunde en beneficio común. Y al revés en la discordia, está cada uno tan lejos de prestar su concurso

a la ayuda de la patria, que cuando sus fuerzas no son asaz poderosas para su daño, las solicita más robustas. El frenesí de nuestra rabia ha logrado estos últimos años que para ello no necesitemos ejemplos traídos de lejos. Nosotros mismos somos una viva demostración en el mundo cristiano, esto es, en esa república ecuménica y patria universal. Todos aquellos que hicimos renuncia de aquel viejo padre nuestro Adán, y hemos sido lavados y purificados de la mancuella antigua en la sangre de Cristo, reconocemos por único Padre a Cristo, que, aun siendo hombre celestial según Dios, fué formado a semejanza de la carne de pecado, por manera que ya no somos ciudadanos de la única ciudad de la Iglesia, sino atados por un más recio y sabroso vínculo, a saber: el de hijos de un solo Padre de todos, y miembros de la misma cabeza y cuerpo, de arte que no puede la mano causar daño al pie, en interés y provecho suyo, ni el ojo puede causarlo a la oreja. Y es una triste realidad que nosotros, olvidados de esta conexión y como armonía, no sólo nos ensañamos los unos contra los otros con toda cuanta fuerza podemos, sino que damos entrada al enemigo común con la intención de la pérdida del enemigo, que luego al punto se ampliará con nuestra propia inclusión, pues le dimos paso y franquía.

¿De qué nos aprovecha la doctrina del Hijo de Dios y la elevación de nuestros corazones al Padre que está en los cielos, si con todo esto nos aventajan en bondad de vida, de costumbres, de criterio y aun en piedad, aquéllos que siguieron la pura Naturaleza desprovista de toda sobrenaturalidad? En una junta de próceres consulta Cneo Pompeyo adónde irá, después de la rota far-

sálica, a reagrupar y reorganizar sus fuerzas; cuéntales la famosa fuga en la guerra de los partos, porque éstos, enemigos tradicionales de los romanos, prestarían su gustosa ayuda a cualquier caudillo romano, contra la potencia de Roma. ¿Con cuánta piedad patriótica creéis que fué desechado aquel parecer por la asamblea de aquellos nobles? Dijerais que en aquella sesión tomaban asiento cesarianos y no pompeyanos. Léntulo se levantó para exponer su opinión, que en versos elocuentes puso después Lucano: Dijo que *él no se avendría a que en las disensiones entre ciudadanos romanos se inmiscuyese gente peregrina y bárbara ni sufriría que el hierro pártico derramara ilustrísima sangre romana. No se recató de decir que él era pompeyano y vencido; que odiaba a César, su enemigo vencedor; pero que la pasión no le arrastraba a tal grado de ceguedad y locura que deseara la muerte de César a mano de los partos. Añadió que si la batalla farsálica hubiese decidido la guerra civil, y que si, agotadas las fuerzas del otro partido, los dioses hubiesen colocado a César en segundo lugar, él, vencedor, iría a combatir a los partos. Y añadió con énfasis solemne: Yo deseo ver a César vencido, acusado, afrentado, defendiéndose en la cárcel con las manos esposadas, y aun espero verle así de la bondad del Cielo. Pero es igualmente cierto que con la más viva alegría le vería triunfador de los partos. Así habló Léntulo, y toda la asamblea asintió con sus aplausos y sus votos. ¿Quién no se maravillará que unos hombres vencidos, de tan arriba despedidos, entristecidos, perdidos, mantuvieran tal serenidad y cordura para ver dónde estaba la verdad y la honradez y un tal dominio de su*

propio despecho, para ponerse de su parte? Es que la grandeza de sus almas se imponía a todo apasionamiento y el patriotismo más puro lo vencía. ¡Oh próceres romanos! Esa vuestra encendidísima piedad para con la patria con cuánta razón mereció lo que al cabo llegó a conseguir: imponer a todo el mundo la hegemonía de vuestra patria.

¿Y qué diré de Otón? ¿Cómo habla en Plutarco Queronense? Después de la batalla hebriacense entre él y Vitelio, cuando todavía le quedaban fuerzas para llevar la guerra adelante; con todo, determinó retirarse ante Vitelio y darse la muerte, con estas palabras: *Esa contienda, soldados, en que andamos empeñados no es con Aníbal, ni con Pirro, ni con los cimbras por Italia, sino que es una guerra con romanos. Uno y otro, yo y Vitelio, hacemos injuria a la patria, vencedores y vencidos, puesto que lo que al vencedor es conveniente, es dañoso a la patria. Creedme en esto, soldados: más gloriosamente puedo morir que reinar. Yo no veo en qué, siendo yo vencedor, puedo prestar mayor servicio al pueblo romano, como votando mi persona y mi vida a la concordia y a la paz, porque Italia no vea otro día semejante a este día. ¡Oh palabras hermosísimas! ¿Quién es ese que habla así? ¿Algún Decio, por ventura, o algún Fabio, o un Emilio, o un Marcelo o algún otro personaje de aquella vieja República, cuando el bien obrar era una segunda Naturaleza? Ninguno de éstos es, sino que es Otón, en unos tiempos en que no diré ya los hechos, sino las palabras, apenas tenían el mismo valor que antes; es Otón, hombre regalado y muelle; pero no le costó mucho ver esto tan pronto como pudo apartar los ojos de los placeres y volverlos*

a la reciedumbre de la verdad y de la rectitud. ¿Y qué Astiages, rey de los medos? Como por culpa de la traición de Harpago fuese vencido por Ciro, hijo de su hija, y conducido a la presencia del nieto victorioso, viese a Harpago que le reprochaba su crueldad, le pidió si era él quien sugirió a Ciro la idea de la guerra y entre los medos metió la sangrienta división, y habiéndolo Harpago afirmado con alguna jactancia: *No parecen bien en ti—le dijo el anciano—ni la bobería ni la impiedad: la bobería, porque preferiste que otro que no tú fuera rey; la impiedad, porque a los medos, tus compatriotas, que no te habían hecho ningún mal, luego de haberles privado del reino y de la libertad, les sujetaste a la servidumbre de los persas.* Nosotros, en cambio, somos de ánimo tan chico, que no damos ninguna espera a la ira; y tan liviano y encendido que nos inflama en un ardor súbito la más ligera chispa de odio y ni con nuestro carácter ni con nuestra educación nos hemos impuesto ninguna templanza ni comedimiento. Ciegos y locos, nos despeñamos en la ruina mutua. Auxilio pediríamos al mismo demonio si nos le diera, y no ya al Turco, a quien nosotros mismos, viéndolo y queriéndolo, hacemos poderosísimo en contra nuestra, y disminuyendo nuestro poderío. Cuando las guerras del Peloponeso, que por espacio de tantos años ocasionaron a Grecia tamañas calamidades, contendiendo entre sí los dos pueblos más potentes de aquella nación, el ático y el lacedemonio, vencido el primero cabe el Egos, río de Atenas, y presionada fuertemente la ciudad por el hambre y el asedio y reducida a la capitulación y a la aceptación de las condiciones que le dictaran los vencedores, los tebanos y otros au-

xiliarios de los lacedemonios, exigían con porfiado encarecimiento que Atenas fuese demolida. Negáronse enérgicamente los lacedemonios a *arrancar aquel segundo ojo de Grecia y a asolar a Atenas, de la que, en la guerra pérsica, había recibido fuerte ayuda la Grecia en momentos de extrema crisis. Y así, pareciales pura impiedad dejar a Grecia, la patria común, huérfana de tan eficaz asistencia.*

Pero ¿cuántas veces las naciones y las provincias cristianas se auxiliaron las unas a las otras en azares súbitos y en riesgos graves? Todavía se erguirían contra el enemigo común, si tanta discordia no las escindiera o, mejor, no las entregara al Turco. Y así fué que no solamente nosotros las perdimos, sino que nos privamos de una grande e inmediata ayuda. Próximos están al incendio y al peligro los que tienen sus fronteras comunes con el Turco y sus dominios cercanos; los cristianos más apartados están seguros gracias a aquellos que por la común salvación montan la guardia en el límite mismo, como los alemanes lo están por los húngaros y los franceses por los italianos. Arrollados los primeros, si algunos de los pueblos que están más adentro se imagina estar en seguridad, ése no conoce la naturaleza del incendio o ignora o no recuerda la historia no ya antigua, sino contemporánea, por manera que parece peregrino en su patria, desarraigado de la vida y ajeno a los problemas de su tiempo. ¿Con qué fronteras se ha contentado el Turco de doscientos años a esta parte? ¿Se contentó acaso con aquellas que señalaron las cancillerías? ¿O con aquellas otras que la geografía delimitó? No detuvo su galope el curso de los grandes ríos, ni lo retardaron las sierras em-

pinadas ni aun el mismo mar le impuso un freno. Su sed de mando devoradora venció, superó, arrolló las más arduas dificultades, franqueándoles el camino las rivalidades armadas y los odios de los cristianos, y mientras ninguno tiene cuenta consigo, a trueque de asestar un golpe al adversario, omite su propio reparo y defensa, y por satisfacer su encono personal deja y traiciona la causa común. Tenemos desde Cádiz hasta el Danubio inferior, en todo el espacio que cierran ambos mares, a la muy fuerte y muy pujante Europa. Si la concordia reinase en ella no sólo nos igualaríamos a los turcos, sino que en toda el Asia les seríamos superiores, como lo dan a entender el genio y el espíritu de sus moradores y lo persuaden los monumentos de su historia. Jamás el Asia aguantó el empuje de fuerzas europeas mediocres, como en otra parte, en una obra especial, traté más de asiento. Pero como nosotros sigamos por ese camino que emprendimos, van a ser muchos los que se verán obligados a exclamar con Melibeo, el pastor de Virgilio: *¡He aquí adónde llevó la discordia a los míseros ciudadanos!*, y con muy grande daño nuestro demostraremos la irrefragable e impercedera verdad de aquel aforismo viejo: *Con la discordia se desmoronan los más grandes Imperios.*

Todas las situaciones humanas, como también la fuerza de los hombres y los mismos hombres, son de suyo flacas y descaecidas. A pesar de todo, si son muchos los que concuerdan en la determinación de ayudarlas y fortalecerlas, reciben vigor y acrecentamiento; mas si sustraen sus manos a la tarea y excusan su colaboración, vuelven por su impulso e inclinación a la fla-

queza de antes. No de otra manera los remeros, que con gran esfuerzo de sus músculos conducen un navío contra la corriente, si aflojan sus brazos algún poco, el raudal, como Virgilio dice, se los lleva corriente abajo, presurosamente.

Es fama que Esciluro, que fué rey de los escitas, estando muy al cabo de la enfermedad de que murió, como exhortase a la concordia a los ochenta hijos que dejaba, amén de otras trazas, mandó que le trajesen un haz de flechas y, que uno tras uno lo dió a todos porque lo quebrase. Como ninguno de ellos lo pudo conseguir, les entregó separadamente flecha tras flecha, que todos, sin ninguna dificultad, rompieron. Y dicen que entonces dijo el padre *que la concordia entre los hermanos era como el haz apretado, mas la discordia era como cada una de las flechas sueltas. Así la concordia les haría invencibles; y la discordia, quebradizos y expuestos a la ofensa.*

Anécdota parecida cuenta la fábula de un tal Agrícola, ya anciano y en trance de morir. Quinto Sertorio, para demostrar el poder de la concordia, ordenó a un mozo muy robusto arrancar de una vez la cola de un rocín flaco y macilento. No lo pudo él acabar por más esfuerzo que puso en ello; mientras que un viejo desvalido, cerda tras cerda, peló la cola de un caballo generoso. Esto mismo viene a decir el sabio hebreo: *La cuerda triple difícil es de romper.* Y él mismo, en otro lugar: *El hermano que es ayudado por el hermano, es como una ciudad amurallada.* Y Antístenes, el filósofo, adscrito a la secta de los cínicos, tenía costumbre de decir: *La unión de hermanos concordes es más fuerte que cualquier muro.*

Acaso parecerá ser pura super-

fluidad reproducir aquí aquellas alocuciones que muchos padres dirigieron a sus hijos, exhortándolos a la concordia, como la de Ciro, que se lee en Jenofonte: la de Filipo, en Tito Livio; la de Micipsa, en Salustio. Algunas de ellas rebosan tanta gravedad y cordura, que pueden calificarse más de vaticinios que de opiniones autorizadas, pues, más tarde, aquellos mismos hermanos a quienes iba enderezada la exhortación disintieron, incurriendo en odios mortales y la discordia fué su perdición. Pero no hay nadie que por experiencia de los hombres y de la vida no haya aprendido a fuerza de escarmientos cuán divino sea aquel oráculo: *Crecen con la concordia los pequeños estados, y con la discordia se desmoronan los mayores*. Corroboran la verdad de este aforismo las casas particulares, las ciudades, los pueblos, las agrupaciones, los colegios, las academias, los gremios, las disciplinas todas, los grandes reinos, los Imperios. Todos ellos fueron elevados a aquella grandeza por la concordia y empujados por la discordia a su decadencia y ruina lastimosa. Así los asirios, los medos, los persas, los griegos y, finalmente, los romanos se levantaron y se encaramaron a la cumbre de su empinación; así, con el andar del tiempo, se despeñaron de aquella altura envidiable.

Creció Roma mientras el celo del bien público venció los intereses privados, y los hombres, discordes en todo lo demás, y enemistados entre sí, de tal manera ejercían el señorío de sus propias pasiones, que el amor de la República apaciguaba todo alboroto pasional y su patriotismo serenaba aquellas borrascas morales. Innumerables e ilustrísimos personajes declararon esta verdad: los Brutos, Publícolas, Cami-

los, Fabricios, Fabios, Escipiones, Lépidos, Flacos, Salinadores, Neronés, Sempronios. Todos estos pusieron sus diferencias privadas a los intereses públicos, porque no ignoraban que no podían sostenerse en medio de tantas naciones vencidas sino mediante la unión en aras del amor a la República y que perderían sin remisión el día en que surgieran desacuerdos públicos irreducibles y que los intereses supremos de la patria fuesen bastardeados por las pasiones privadas. Con tales varones fué acrecentada y felizmente administrada la República, la cual, sacudida y quebrantada por los Silas, Marios, Césares, Pompeyos y Antonios estuvo al borde del hundimiento y desaparición, porque explotaban sus personales antipatías a cambio de los más extremados riesgos de la patria. Ese trágico final de la ciudad de Roma y aun de toda nación y estado, fácilmente previsible por los síntomas que descubría, lo predijo Salustio, dirigiéndose a Cayo César: *Mi parecer es éste—dijo—. Puesto que todo lo que nace perece por una ley fatal, será llegada la sazón en que el hado fijará la destrucción final de Roma cuando los ciudadanos se trabarán en contienda con los ciudadanos. Así, agotados y exangües, serán presa fácil de cualquier rey o de una nación cualquiera. No siendo así, ni el universo mundo ni el conglomerado de todos los pueblos podrán conmovier o batir ese Imperio.*

Los historiadores han consignado que la isla de Creta, antiguamente, fué belicosa sobre modo; que con frecuencia fué atacada por enemigos exteriores, invadida por otros pueblos y sacudida por odios domésticos y civiles disensiones; pero que aquellos bravos isleños estuvie-

ron en toda ocasión dotados de una prudencia tan alertada y sagaz que, aun cuando estuviesen en todo su hervor las rivalidades intestinas, al primer y lejano asomo de armas exteriores corrían en masa, como un solo hombre, a defender y preservar de extranjera huella el suelo común. De ahí nació la voz añeja de *sincretismo*, aplicable a quienes para repeler un mal externo quitan su atención de uno interno. Esto refiere que hicieron los gudracos y los malos Quinto Curcio en su relato de las proezas de Alejandro Magno, y hace constar que fueron los cretenses quienes ofrecieron a los otros pueblos el dechado de esta conducta ejemplar. Al opulento poderío de Grecia redujolo la discordia a la servidumbre y yugo de los macedonios, y a la más valerosa de las naciones se impuso el reino macedónico, deslucido y oscuro, que originariamente fué un pequeño rincón de la Grecia y por decirlo así, un modesto apéndice. Los atenienses vencedores agregaron a su Imperio una gran parte de la Grecia; éstos, a su vez, fueron vencidos por los lacedemonios; a los lacedemonios los vencieron los tebanos. Los focenses, a su vez, a quienes los tebanos, no contentos con las calamidades que con la guerra les infligieran, les impusieron una multa tan crecida, que estaba muy por encima de su capacidad de solvencia, fueron por la desesperación azuzados a una guerra que envolvió la Grecia toda. Filipo, mezclándose con esa guerra, halló ocasión de imponer el yugo infamante a aquel pueblo generoso, cuyas guerras anteriores habían sido todas por la libertad.

Nosotros, sordos no sólo a esos ejemplos, cosa difícilmente perdonable, sino totalmente ciegos para la previsión de nuestros males, nos

obstinamos en perecer por el gusto de destruir a un tercero. Y aun sin ninguna dificultad lo conseguimos, puesto que el dañar es cosa muy obvia y muy factible. Yo no conozco camino más expedito ni certero para perder el mundo cristiano como el que cada uno, desentendiéndose del otro y en discordia con él, viva egoístamente para sí, vaya a lo suyo, descuidado de lo ajeno o, cosa que es mucho más inhumana, ataque al prójimo y le empuje a la perdición. ¡Qué rabia y con cuánta astucia enciende el diablo entre los príncipes cristianos! ¿Qué otra cosa sino esta mutua animosidad fué, en tiempo de nuestros padres, y aun en el nuestro, dejando a un lado los antiguos desastres, la que nos quitó como quien arranca los miembros vitales de un organismo la Tracia, el Ponto, las islas del mar Egeo, la Eubea, toda la Grecia, Macedonia, Bulgaria, Rodas; es decir, el florón más grande y más hermoso de la cristiandad?

A todo esto se añade que, así como en la concordia todo lo ajeno es nuestro, en la discordia es todo al revés: ni aun lo nuestro es nuestro en realidad. De las cosas, ¿qué puede decirse que nos pertenece sino el simple uso? ¿O qué es lo que hace que ese objeto se llame mío y aquél se llame tuyo, sino su utilización? No somos hasta tal punto dueños de las cosas que ellas a nuestro antojo nos obedezcan y nos sirvan. Dueño así, con esta totalidad de dominio, en toda la creación, solamente lo es Dios; nosotros somos meros usufructuarios. Con la concordia, tierras y mares están abiertos a todos, y dondequiera hay seguridad y todo el mundo cristiano constituye una como ciudad y patria común. La discordia, al revés, nos excluye de las propias

nuestras. Dos veces estuvo Carlos en Inglaterra; una vez Enrique en Flandes, sin ejército, sin guardia, sin séquito, inermes ambos, y puede decirse que solos, tan sencilla, tan incautamente, en dominio ajeno como en el propio, sin darse cuenta de si estaban en su reino o fuera de él, pues Inglaterra era tanto de Carlos como era de Enrique Bélgica y España, y si uno y otro deseaban que se hiciera algo en el reino no suyo, aquello se hacía no más que expresando ese deseo por carta o por mandato. ¿Qué era esto para el uno y el otro sino reinar en un dominio indistinto? Ahora, por un funesto azar de las cosas humanas, enturbiada la situación, ninguno de los dos se atrevería, no ya a ir, sino ni siquiera a mirar la jurisdicción ajena. La concordia allana y franquea todos los caminos; la discordia los obstruye y los cierra todos. No hay cosa más flaca que el poder, sea el que sea, en la discordia. En ningún otro sitio juega más fuerte la Fortuna.

Ciro, con tan grandes huestes, y tras una deslumbrante carrera de triunfos, fué vencido y muerto por una mujer. Ni a Marcelo le valió su constante buena suerte para que no muriese a manos de Aníbal; él, que fué el primero en enseñar que podía ser vencido, ni al mismo Aníbal le salvó su ejército vencedor de Italia, ni a Pirro sus huestes agueridas y su pericia en el arte militar. Demetrio, rey de Macedonia, que a sí mismo se apodó *Poliorce*tes (lindo apodo y linda arte, dice

Séneca, esa que él profesó de destructor de ciudades), al fin fué hecho prisionero por Seleuco, y acabó muriendo en la cárcel de melancolía. Capturado fué el cartaginés Asdrúbal y arrancado violentamente de sus propios reales por un golpe de mano de los siracusanos, a quienes tenía sitiados. Tomado por los ingleses fué Juan, rey de Francia, quien por la enorme superioridad numérica de sus efectivos había desdeñado la exigüidad de sus fuerzas, hasta el punto que rechazó determinadas proposiciones de rendición. La Historia está llena de tales ejemplos. Y por no traer exclusivamente ejemplos antiguos, ni a Francisco de Francia lo tuteló su poderoso ejército, ni al Papa Clemente toda Roma ni el nombre sacrosanto de su dignidad, para que nadie crea reunir tanta potencia militar que no tenga que recelar la mudanza de la Fortuna. Por esto a Marte llamarónle *Mavorte* (que suena voltizo), porque repentinamente trabucaba las grandezas humanas.

¿Y qué más, si en tiempos de guerra ni aun el rey mismo está seguro en su propio reino, sino rodeado y como sitiado por sus propias armas, que hacen las veces de cárcel, de manera que una y otra cosa está designada con el nombre de guardia (*custodia*)? Teme celadas de los extranjeros y de los suyos, ora sea éste el terror moral que ocasiona la discordia, ora tenga motivos especiales de recelo, presupuesta la turbación de los tiempos. Los nobles, en la paz, son dóciles, porque el pueblo está al lado del príncipe y le es fácil, si cometieren algún desafuero, interrogarles a tenor de las leyes y costumbres, y no fácilmente reciben el apoyo de sus amigos; mas en la guerra vengán sus enojos, porque todo el mundo tiene

su atención puesta en otros menesteres, y más que ningún otro el príncipe, el cual, quiera o no quiera, tiene que hacer como que no ve muchas cosas. En esa ocasión esos nobles revolvedores tienen a donde acogerse si en aquella tierra no se encuentran asaz seguros, y los mismos soldados, que tienen la misión de defender y guardar el reino y rechazar y alejar los enemigos de las fronteras en virtud de su juramento, ejercitan la insolencia militar en la perdición del reino y del rey, que es su caudillo natural, en cuyo nombre juraron. ¿Cuántas veces los soldados pretorianos, cuántas veces las provincias apartadas, y aun aquellas mismas que estaban bajo el mando directo del caudillo, aquellas mismas armas que juraron emplear para defensa de los intereses y de la vida del mismo caudillo no las volvieron contra él? Muerto por los suyos fué Cayo Cecina, por embarcar el ejército que había de acaudillar contra Sila; fué quemado vivo L. Fimbria, por reprobar su escasa mercialidad; fueron asesinados Galba, Pertinax, Alejandro Severo, Maximino, Magno, Balbino y otros innumerables capitanes, no por alguna culpa suya, sino por la fachen- da y loca veleidad de la soldadesca.

¿Por qué voy a referir las traiciones y las defecciones de ejércitos enteros comprados por un vil puñado de dinero que vió esta nuestra edad? ¿Qué no tendrán venal los soldados, que tienen la vida venal? ¿Y quieres tú que no te vendan a ti por el mismo precio por el que se vendieron a sí mismos? Pero es el caso que alguna que otra vez permanecen fieles; no comercian la defección y la fuga. Cierto; pero es que no se atreven a ello, porque les retrae un miedo mayor, o, de otro lado, no esperan más de lo que

tienen de ti en su actual situación. Vimos hace poco en Francia crear un rey por un grupo enloquecido de soldados que no cobraban sus haberes, a quien ellos, con un mote soldadesco, llamaron *azul*, creo yo que por el color de su uniforme, con grande terror y no con pequeño peligro de aquel reino.

Pero ni el rey tiene el reino en su poder ni (cosa que afecta en su grado máximo a su propia dignidad de rey) puede acudir en ayuda de las leyes y de la equidad; antes al contrario, contra su propio querer, y lamentándolo vivamente, en tiempo de guerra se encuentra forzado a sufrir muchos desafueros contra las leyes y contra todo derecho y justicia, por no poder castigarlos, y tiene que consentir que sus propios soldados, sin los cuales no podría defender ni conservar la dignidad ni aun el propio nombre de rey, incendien, saqueen, destruyan, maten y perpetren un sinnfin de vejámenes e impiedades contra los bienes y la vida de sus propios vasallos. Quien ambicionaba la monarquía del pueblo romano, lo primero que hacía era procurar atraerse la guardia pretoriana y las restantes legiones, garantizándoles la impunidad de todos sus criminales excesos; quien no lo hacía sabía por anticipado que no iba a encanecer en el trono. ¿Qué apocamiento hay mayor que este indigno, no ya de un rey, pero ni siquiera de un hombre libre, estar sujeto a una servidumbre tan infecta y a esas escurriduras de hombres.

Por todos estos abusos hacen las personas civiles contra el rey, causa de todos esos males, abundante acopio de agravios y de odiosidad, aumentados por los impuestos y exacciones con que raspa y enjuga, y deja al pueblo en la propia arma-

dura para subvenir a los gastos infinitos que la guerra ocasiona. Con ello, se enajenan del príncipe los espíritus, y como es razón, no le aman y le veneran como a padre común, sino que le aborrecen como tirano y como enemigo le execran, de modo que por vengarse de él no les falta sino la ocasión; duélnense de sus buenos sucesos y se gozan con sus reveses, y no esperan noticia más alegre que la que les comunicará haber sido quitada de en medio aquella calamidad pública y aquella peste del reino.

Estas situaciones, unos príncipes, los más cautos y avisados, las entienden y las disimulan, y los más distraídos, ni las advierten ellos por sí mismos, puesto que siempre viven encerrados en sus palacios y separados de todo contacto con el pueblo y sus cambios de opinión, ni tienen quienes se los adviertan, estrechados cada día más en el círculo de sus aduladores, que, aun al rey que acapare mayores cantidades de animosidad y de ojeriza, le convencen de que cada uno de sus súbditos le quiere más que a sus propios hijos, más que a su vida. Cuando esas grandes y sombrías concentraciones de abominación popular toman expresión pública y tan clamorosa que bien pudiera llegar a sus oídos, dícnles que son aclamaciones y vítores y votos de bienandanza que por él hacen las masas.

Un príncipe así ocupado y sitiado así no tiene nunca un momento para recogerse en sí mismo y pensar maduramente cómo debe hacer esto o aquello, cómo debe vivir, cómo debe gobernar a los suyos y cuál es el concepto en que le tienen sus vasallos. ¿Es esto reino? ¿Es esto poder? ¿No es, con mayor razón, una mazmorra llena de sabandijas

y tinieblas, puesto que no se fía de lugar ni de hombre alguno, o una miserable ignorancia llevada al extremo, la cual, imprevisora y ciega, se revuelca en un lodazal apesta-do? ¿Aduciré yo aquí el aleccionador ejemplo de aquellos que liquidaron una robusta opulencia fundada en la permanencia del poder mediante unos motines insignificantes, provocados por el odio y la malquerencia de los suyos? Referiré uno solo que valdrá por todos, y lo contaré con los mismos términos de Emilio Probo. Dice:

Dión, confiado, no tanto en sus propias posibilidades como en el odio que se tenía al tirano Dionisio, con valentía grande, partiendo con dos buques de carga a expugnar un Imperio de cincuenta años, afianzado en quinientas naves largas, en diez mil jinetes y en cien mil peones, cosa que a todas las gentes sensatas parecía la más loca temeridad, le abatió tan fácilmente, que a los tres días de haber abordado a Sicilia entró en Siracusa vencedor.

Este hecho da a entender que ningún Imperio se mantiene en seguridad sin el apoyo de la benevolencia del pueblo. Este mismo Dión, que expulsó al tirano, como pareciese conducirse con cierta insolente altanería, no halló quien en los momentos de peligro y de lucha con sus enemigos le socorriese, impidiendo que se le asesinara. Lo que halló fué uno de sus vasallos, el cual, por una ventana, le arrojó la espada con que Dión fué descabezado.

Y no son de mejor condición los ciudadanos en discordia que andan por la ciudad y se pasan la vida en el encerramiento receloso de las paredes de su casa con la misma alarma y sobresalto que en un bosque solitario infestado de bandidos. En concordia, los criados nos están

adictos y sujetos; en discordia, nos son sospechosos de miedo que nos traicionen. Esposa, hijos, padres, casa, familia, propiedades, vestidos, riquezas, que en la concordia son gratas sobre manera y nos reportan los mayores provechos para la vida, en la discordia se nos hacen pesados, aborrecibles, angustiosos, porque cada una de estas cosas multiplica nuestro miedo, y adondequiera se vuelva nuestro espíritu nada se le presenta que no sea materia de temor, pues uno solo teme por tantos y para tantos. En paz y concordia, es puro contentamiento engendrar hijos y darles crianza. Y en la discordia, esto mismo, ¿qué es sino triste y agobiante causa de sobresalto? Dice en Virgilio, Eneas, aquel héroe fuerte y piadoso:

Y a mí, a quien antes ningún temor me hacían los agresivos dardos ni el vivo muro de griegos apretados enfrente de mí, ahora me intimida cualquier rumor de viento; un ruido cualquiera me alarma; me pasmo y tiemblo a la vez por quien me acompaña y por quien llevo en hombros.

Cuéntanse en el número de bienes la honra y la gloria en cuyo deseo es mortal el yerro de los hombres. La honra verdadera y genuina es la que acompaña a la virtud como la sombra al cuerpo. La honra no viene a ser más que un cierto homenaje a la virtud, prestado por quienes de la virtud juzgan con criterio recto. No obstante, los necios creenla merecedora de cualquier loa de cualesquiera hombres, por manera que se consideran honrados con que les alaben el zapatero o el cochero. ¡Error grande! ¿Quién hay que no lo vea? ¡Pero cuánto más pernicioso es aquel otro error por el cual buscamos y captamos con tan afanosa solícitud aquella ala-

banza como cosa hermosa y codiciadero! Los juicios de los hombres rudos y vulgares nacen de la pasión, no de la serena contemplación de la verdad. Así es que el favor amigable, por lo común, comporta honra, y la enemistad comporta ignominia, pues cada cual habla según siente en sus adentros; el espíritu de partido y facción es ciego, es tajante y exclusivo. Para el español, todo lo de España es aceptable; para el francés, todo lo de Francia. Treinta años mortales ha que España mantiene con Francia una guerra casi continua, muy perniciosa para el nombre cristiano. El español ha tomado al francés Nápoles, Milán, Navarra, el Rosellón; le ha infligido severos desastres, le cercó y aniquiló ejércitos poderosos y acabó por prender a su rey. Pues bien: con todos estos reveses serios, el galo gallea y gallardea en su casa y se presenta como victorioso ante su nación y las otras naciones, testigos oculares de su derrota, y habla con tal desenfado y escribe con tal énfasis, como si hubiera hollado con recios pasos de vencedor toda la espaciosa España, desde las canas y nevadas cumbres pirenaicas hasta el seno gaditano. No canto yo aquí el encomio de España. Haré lo más quisiera yo verla enaltecida con otra suerte de encomios que no con estos de sus armas y de sus victorias, que son pura piratería y crueldad. A España no la tuviera yo por peor si hubiere resultado vencida, ni por mejor a Francia si hubiese salido vencedora. En toda esta obra mía, ¿qué otra cosa hago yo sino abominar estos furores, y si estuviera en mi mano. ¡plugiera al Cielo otorgarme tal ventura!, los raería y los arrancaría de raíz del ánimo de los hombres, o al menos los mitigaría y disminuiría. Y no

va mucha distancia de alabar a un hombre por sus campañas a alabar-lo por su inhumanidad, o de recomendar a un cristiano por sus victorias y efusión de sangre o de su paso de Cristo al demonio. ¡Oh, si Cristo hiciera que yo viese algún día con estos tristes ojos míos empañada en empresas más nobles y más cristianas a esa entrañable España que me engendró y a esa dulce Francia que me crió, en flor y en auge y en liza más honrosa! No en porfía de crueldades y odios, y de cuál de las dos ocasionará a la otra mayores daños y males, contienda no propia de estados cristianos y vecinos, que por espacio de tan largos años mantuvieron finas y afectuosas relaciones de buena vecindad. Compitan enhorabuena en cuál será más ilustrada, cuál más prudente y humana, cuál más santa y más devota. ¡Oh, si viera yo este espectáculo consolador antes que salga de esta vida, en cuán feliz oportunidad consideraría haber tenido la dicha de nacer!

Todo cuanto he dicho hasta aquí tiende a demostrar cuán ruin celebridad y qué gloria tan tétrica alcanzan con la discordia los vencedores para con la nación vencida. Y a las otras, ¿qué les importa ese triunfo? Por ventura tienen ellas un criterio más sensato. Acaso están poseídas de más cerriles apasionamientos que las mismas que combatieron, como suele acontecer en las competiciones deportivas, en las que los espectadores, luego al punto y como movidos por un impulso instintivo, otorgan a uno o a otro bando su favor y su simpatía. Me abstendré de citar ejemplos, por no irritar más aún la discordia que anhelo ver apagada, y sin rescoldo ni resurrección posible.

Y no será más sincero el juicio

de la posteridad, porque estas pasiones y fanatismos pasan con la herencia de padres a hijos, como de mano en mano. Los ambiguos y neutrales achacan el vencimiento a mala suerte, y la victoria, a crueldad. De tal modo la Naturaleza nos hizo y nos formó, que en parte compadecemos al perdidoso y en parte le despreciamos conforme son nuestro carácter y nuestras costumbres, algún tanto hostiles al ganancioso, aun admirándole.

Está bien. Ahora imagínate que un pueblo que todavía ha de nacer alumbrará a algunos historiadores, que juzgarán tus hechos de armas con un criterio de rectitud insobornable. Sí; pero esto acaecerá cuando ello no pertenecerá más a tu persona que a alguna insensible estatua tuya. Sumido estarás en gozos harto mayores o en tormentos demasiado agobiantes para que llegue a ti el sentido o el gusto de todo este coro de voces lisonjeras. Y figúrate, por fin, que tú estás tan ganso de propagar tu renombre, que triunfas en la más sonada de las guerras: ¿qué dirá de ti la posteridad? No todas las naciones aprueban la guerra, como las hay muchas en Asia y Africa y tienen de ella el concepto justo: es cosa inhumana, feroz, cruel, apenas conveniente a fieras, cuanto menos a hombres. Tales pueblos, guiados por la Naturaleza sin malicia, llegaron a una clarividencia que no hemos nosotros alcanzado conducidos por la Naturaleza e ilustrados por la filosofía y a pesar del directo magisterio de Cristo, por culpa de nuestra malicia.

Y aun en aquellas mismas naciones para quienes las victorias bélicas son gloriosas, ¿qué muchos son los que por su natural penetración o por la ilustración adquirida o por

algún lustre de iluminación del cielo abominan de la victoria como cosa nefanda y execrable? Los artesanos y las masas obreras, que constituyen la mayor parte del humano linaje, o bien no hablan de guerra, ocupados tan intensamente en sus cosas que no les queda tiempo para consagrarse a las ajenas, o la detestan como una calamidad para ellos dañosa y mortal. Añádase a esto que existen comarcas tan alejadas, que hasta ellas, si no tardíamente y con mucha dificultad, puede la fama hacer llegar un ligerísimo susurro del ensordecedor estruendo bélico. Esto lo escribe Cicerón de la región caucásica y del río Eufrates, allende los cuales no pudo trascender la fama ni las increíbles hazañas de los romanos.

Pero en nuestros mismos tiempos y en estos años mismos que vivimos, con cuánto retraso y con cuánta indiferencia oímos decir que el sultán, príncipe poderoso, había sido capturado y despojado por el rey de los turcos; y con ser ese acontecimiento rancio ya de diez años, aún no todos lo saben. ¿Y qué extrañeza puede tener esto, si en esta misma Europa y en las costas mediterráneas de España y en la apartada Galicia el rey de Francia estaba ya en libertad cuando llegó la primera noticia de su captura, y ese sensacional acontecimiento fué oído con la misma impasibilidad con que se hubieran enterado de un aguacero copioso o de una intensa nevada, caídos en Valencia o en Sevilla? Y los que hablan de esas hazañas ruidosas, con cuánta frecuencia mezclan realidades con mentiras, puesto que es mendaz la fama pregonera, y por cuán poco tiempo. Y ello ocurre en parte porque la admiración de los hechos primeros la borra la mayor admiración de los sucesos

posteriores, como una ola borra otra ola o un clavo saca otro clavo; o bien porque, con el sosiego de las pasiones, pierden interés y languidecen la maravilla del hecho y el agrado de la narración.

Otros hay que, según el sabio consejo de Horacio, tienen por norma no admirarse de nada ni encarecer cosa ninguna. Otros también a quienes parece absurdo y trasnochado narrar hechos no frescos. Y así acontece que todo aquel tumulto de voces exaltadas en torno de la victoria, buscada con tanto y tan trabajoso afán, con tan caudalosos dispendios, con tanta pérdida de bienes infinitamente más valiosos, y por la cual expusimos nuestras personas y nuestros bienes, y la religión y casi todo el género humano a muy críticos peligros, bien se le oiga con negligencia por quienes tienen otras preocupaciones, o que no se propague extensamente o que en muy breve tiempo acabe por callar, perdida la gracia de la novedad. Y eso que hablo ahora de guerras famosas y de victorias sonoras, pues aquellas discordias municipales y aquellas pasiones banderizas que bullen y pululan en las ciudades, aun cuando no comenzadas con rabia menor ni conducidas con menor saña, se quedan en una oscuridad total, desconocidas no solamente más allá de los muros de la ciudad, sino de la misma localidad en que se producen. Y con todo, aquellos bravos ciudadanos se abalanzan a la lucha por un huero y ficticio color de honra, con un tan sañoso ardor, como si fueran unos gladiadores que combatesen en el anfiteatro a los ojos de todo el mundo. Harto difícil te será discernir si es más risible y pueril la locura que les hizo dar tanta importancia a asuntos vanos, merecedores de absoluto desdén, o

si es más deplorable, puesto que a sí mismos se defraudaron del conocimiento y del fruto de lo que más valor tiene en la vida. Con un muy equivocado criterio desean la gloria miserable que les deparen estas luchas, pensando que en ellas se ventila la fama universal suya y de los suyos. Convencidos de que van a perderla con la mansedumbre y a retenerla con la crueldad, cuán cierto es que promueven tempestades en un vaso con pueril empeño, pero con ánimo maligno, no menos que los reyes poderosos y crueles. ¡Oh, qué vergüenza tan grande es hacer tanto caudal del juicio de un mozo de cuerda, y hacer tan poco caso del testimonio de nuestra conciencia dando la preferencia a un individuo de la ínfima capa social, más que a ti mismo, que por ventura eres noble o ilustrado o persona de calidad. Y si concedemos tanto al juicio de un hombre solo, ¡cuánto más hemos de conceder a los ángeles, que nos ven, y al mismo soberano y sapientísimo Dios, que preside y gobierna el mundo y que lee en nuestra más íntima intimidad secretos que nosotros mismos desconocemos!

Pero examinemos ya, aquilatemos esa palabra mágica que otorga la gloria: *Venciste*. ¿Qué gloria es ésta, en resolución, que la puedas tú recabar con derecho exclusivo? ¿La gloria de haber tú, con el concurso de treinta mil hombres armados hasta los dientes, ahuyentado y desparcido un rebaño inermes, haber incendiado mieses, haber derrocado villas, haber asolado comarcas, haber tomado, tras un largo asedio, una ciudad o una aldea, abrumándolas, agobiándolas de hambre y de sed y triturándolas con vejaciones infinitas? Añade a esto, si te place, en un choque de ejércitos,

haber vencido a otros treinta millares de hombres. Si ello es gloria, ¿por qué no se admite a su participación a toda la hueste? ¿Acaso no existió nunca un soldado raso que, de buenas a primeras, no contribuyese al triunfo con un concurso decisivo? ¿Por qué tú, príncipe, por qué tú solo te arrogas y usurpas un éxito que es de muchos? No sin motivo justificado, aquel Clitón a quien Alejandro apuñaló en una cena tristemente famosa, condenó la costumbre de los griegos y la ordenanza en que se basaba de grabar en los trofeos, no los nombres de los soldados, sino únicamente el nombre del adalid. Acaso esta exclusividad fuera más tolerable que la atribución total a quien, valiéndose de sus generales, permaneciendo quieto él en medio de toda suerte de regalos, lejos no solamente del alcance, sino aun de todo el ruido de la guerra, sembró el campo de cadáveres enemigos, cuando la realidad fué que ya estaban enterrados y podridos cuando llegó a él el mensajero que le traía la noticia a marchas forzadas, y el suceso era viejo ya y casi olvidado en el lugar donde se produjo. ¿Y qué diré si el hecho fuere que triunfaron de legiones poderosas, no las picas ni los brazos de los soldados, sino que fué un ingenio mecánico o accidente casual, como cuando una pesada bombardera destroza y hace volar por los aires a muchos hombres, determinando con ella una victoria que con esta alabanza se celebra? ¿Cuya es la gloria y la distinción militar? ¿No es de la bombardera? ¿No es a ella a quien debiera erigirse el trofeo y no al capitán? ¿No es de aquel que le puso fuego y la disparó, cosa que pudiera hacer un niño? ¿No es de aquel a quien pertenecía la bombardera, que puede ser perfectamente

de una mujer: o del hombre más cobarde? ¿Acaso no parece con este procedimiento que se recomienda y glorifica al vencedor de una batalla en la misma forma que en la antigua Grecia era celebrado con hiperbólicos loores aquel cuyos caballos o cuyas cuadrigas hubieran conquistado laureles olímpicos, mientras para ese propietario, que a veces era una buena mujer o un anciano, cascado de enfermedades, molido y encadenado por la artritis, que no podía menearse en su lecho, allá en Siracusa, o en Asia, mientras el pregonero amontonaba alabanzas de todo género ponderando la celeridad o la gallardía de aquel anciano cojo y de salud desesperada, con gran énfasis y boato, no sin la burla de quienes conocían al desmedrado sujeto de tan subidos encomios? De esta misma manera vence el ejército, la armada, la maquinaria bélica, o de una mujer, o de un niño de teta, o de un muchacho que no piensa más que en sus juegos, o de un mozo, o de un joven, o de un anciano sepultado en sus placeres, o más probablemente distraído por otros negocios en la paz de su casa. Este proclamase vencedor y a él vuelan los vítores porque tiene el título de poseedor. ¿No coliges ya cuán ficticia, cuán hueca, cuán mendaz, cuán basada en juicios injustos y bobos está esa apoteosis que se tributa, y que a quien no realizó el hecho le atribuye la recompensa del hecho y adjudica el galardón a quien no hizo para ello ningún mérito?

¿Y qué pasa cuando el triunfo es por pura casualidad? Fabio Máximo derrotó fuerzas muy poderosas de los samnitas por un grave error suyo, porque en el ejército corrieron voces de que estaba a punto de llegar por la espalda de los samnitas su colega P. Decio: El sol y el vien-

to, que los romanos tuvieron de frente, contribuyeron muy mucho a la victoria de Anibal. ¿Cuántas veces contagió a legiones enteras el pánico, ocasionado por la fuga de un solo hombre, que arrastró consigo los soldados más aguerridos y la fuerza toda del ejército! La caída de un caballo desbarató todo un cuerpo de caballería; una lanza echada de través contra las lanzas de los enemigos produjo trastorno en toda la formación. ¿Cúya será esta gloria? ¿A quién se erigirá este trofeo? No al ejército fuerte, sino a la fortuna fuerte. ¿Y qué, cuando el hambre o la sed, o la peste o cualquier otra enfermedad, acaban con poderosas fuerzas militares y obligan a parar en manos de los enemigos muy valerosas guarniciones? Una borrasca quebrantó una flota numerosa y fuerte. Un desmoronamiento abatió una ciudadela. Una chispa casual caía en el polvorín voló la plaza con toda su guarnición. ¿Cúya será esta fama? ¿Quién usurpará los vítores de ese triunfo? Con todo esto, los que fueron ocasionalmente afortunados arrímanse a sí mismos la alabanza como si hubiera vencido por valor consciente quien venció por mero capricho del azar. El caso es que en todas las situaciones análogas cada cual se atribuye la gloria y el honor, siendo así que lo más corriente es que la suerte y la casualidad acostumbren orear con el soplo más benigno y cariñoso las sienes del más cobarde y del peor. ¿Quién, en este punto, podrá con énfasis suficiente encarecer la necesidad reinante, que, a pesar de todo, es inhumana y bestial? No raras veces ambos contendientes se atribuyen la victoria y la explotación y cada cual, en su comarca respectiva, se decreta y se erige trofeos en mengua del otro, como en las gue-

rras del Peloponeso hicieron atenienses y lacedemonios. Estos emblemas de victoria consagrados a la perduración es indecible cuánto incitan los ánimos de unos y otros y refrescan y exacerban las viejas y ya casi borradas enemistades. Hay constancia de muchas guerras antiguas y modernas cuya reviviscencia no reconoce otra causa. Yo creo que ésa fué la razón por que las añejas leyes militares prohibieron la renovación y restauración de los trofeos caídos, con el designio evidente de que no durasen más tiempo esos testimonios excitantes, que irritan y encienden la combatividad. Ahora no quedan más trofeos que los estandartes militares colgados en los templos, en homenaje de los santos. ¡Oh, cuán grande es tu ruindad, puesto que piensas que el fruto de tantos sudores y peligros se limita a unos cuantos palmos de lienzo, que es la cosa más poco durable y que más presto se gasta y se pudre. ¿Do están tantos miles de trofeos de los griegos y tantos miles de los romanos y tantos arcos y tantos obeliscos, y otros signos de victoria, sagrados para los mismos dioses, y a los cuales el derecho de gentes confirió una cuasi inviolabilidad? ¡Cuán pronto se rasgan aquellas telas! ¡Cuán pocos son los que en ellas ponen sus ojos, y cuán contados los que reparan en ellas o averiguan su motivo! Ocurre hartas veces que abundan tanto en la nación vencida como en la vencedora. Y constituye una enormidad y una aberración, no ya propiamente humana, sino salvajina y bestial, por torpeza o por escasa atención o diabólica por impiedad y malicia colgar en honor de Cristo y de los mártires las insignias de nuestra crueldad, demostración irrefragable y clarísima de que no prestamos

ninguna atención a los mandamientos de Dios y a los ejemplos de los mártires. Los antiguos, en los pasados siglos, ofrendaban a Marte, dios de la guerra, y a Júpiter, en cuyas manos creían estar depositada la victoria, las banderas de algún paso honroso o de un lance afortunado, demostrativas de gratitud, como quien les devuelve aquello mismo que creen haber recibido por favorable intervención suya. ¡Cuán desatinado fuera quien ofreciese las armas tomadas al enemigo a Venus o a las Gracias o a las Ninfas, diosas mansas y de la guerra muy ajenas. ¿Y qué, si hubieran tenido a un Dios que siempre les hubiese exhortado al amor, a la paz, a la concordia, a la paciencia, y con sus doctrinas hubiese apartado a los hombres de la discordia, de las guerras y matanzas? ¡Cómo tuvieran por desalmado y sin entrañas a aquel capitán o aquel soldado que ofreciese el botín al mismo dios de las guerras y los propios pontífices le aconsejaran sobre la manera como convendría expiar aquella incongruencia! Nosotros, en cambio, ofrecemos a Cristo y a los mártires testimonios de unas luchas en que ellos prefirieron ser vencidos a luchar y que con su vida y sus palabras no enseñaron otra cosa sino el profundo desagrado que les producían tales disensiones y que no era aquél el camino para llegar a Dios, Padre de la concordia y de la mansedumbre, sino al diablo, cabeza y príncipe de la desunión, del odio, de la lucha, de la mortandad. Harto distinto es el género de fuego, de hierro, de pugnas que aquel Maestro celestial, Hijo único de Dios por su naturaleza, bajó del cielo para introducir en el mundo, provocando incendios amorosos y que el marido se separase de su mujer, y el

padre del hijo, y el hijo del padre por seguir a Cristo, porque compitiesen en piedad para con Dios y en recíproca benevolencia. Esta es la lucha espiritual y amorosa del cristiano y la más perfecta en que el hombre puede empeñarse. Propio de todo hombre, mientras fuere hombre de veras es contender denodadamente con su ingenio, prudencia, juicio, moderación y templanza en esa campaña, por no ser en ella por nadie superado. Así Sócrates luchó armado con solas las armas de la Naturaleza; así luchó Catón, de quien Salustio escribe: *Catón no tenía más afán que el de la modestia, del decoro y, especialmente, de la austeridad. No pugnaba con el rico por riquezas, ni por espíritu de facción con el faccioso, sino con el aguerrido en esfuerzo, con el modesto en reserva, con el insobornable en abstinencia e integridad.*

Esta es, en resumen, la positiva victoria del vencedor. En otro orden de contiendas es menester que tú, a tu vez, seas vencido por la ira, por la acometividad bestial antes de que venzas al enemigo; que antes te reconozcas inferior y que estuviste a sus pies cuando te dañaba, pues a quien permanece en un plano superior, nunca le alcanza el daño, colocado, como una suerte de Dios, más allá de las injurias y ultrajes que los hombres puedan inferirle. Pero ¿qué necesidad tenemos de ejemplos extraños nosotros, que los tenemos tan abundantes y domésticos de Cristo, en primer lugar, y de los mártires, luego? Si admiramos y celebramos sus gloriosísimas y eficaces victorias, también es razón que imitemos, que admiremos sus combates para ser admitidos a la participación de sus honores y triunfos. Dime, por favor: ¿Por ventura el Hijo de Dios, que es la misma Ver-

dad, alardeó jamás de haber vencido? Y con todo, no fué un castillo roquero lo que rindió, ni fué un burgo sin defensa, no una hueste de hombres mortales, desvalidos, destinados a perecer dentro de breve tiempo: Yo—dice—*vencí el mundo.* ¡Qué gran motivo esta victoria universal de confianza y orgullo legítimo! Al mando de ese Caudillo hemos de hacer el aprendizaje militar; a su voz de mando aprenderemos no a ser vencidos jamás, sino a vencer, puesto que solo El venció al mundo. Y si El solo desbarató, derrotó, derribó al suelo tantas huestes y tan poderosas, ¿qué pensamos que van a hacer sus soldados y sus ejércitos, animados y entusiasmados por su presencia? *Presente estará, y nos ayudará en el combate; loará nuestra victoria, coronará a sus vencedores,* como dice San Cipriano, héroe laureado de estas campañas, y *El, a su vez, será coronado por ellos.* Estos son los combates de los hombres; éstas, las pugnas de los cristianos, y con estos enemigos, precisamente. Esta es, en verdad, la entereza varonil, pues sus fuerzas físicas, aun aumentada hasta la exageración, no llegarán a la robusta solidez de las del toro o del elefante; ni la seguridad de su pecho podrá compararse con la majestuosa del pecho del león, si ya no fuere que el ser humano degenerare de su natural masedumbre en alguna extremada y rabiosa ferocidad. ¿Y qué más, si se tiene en cuenta que las fuerzas físicas son parcialmente una brutal y vilísima animosidad aposentada en aquella parte del ánimo, que en nada se diferencia de las bestias, por manera que la alabanza que con la victoria de estas partes se recaba es perfectamente intercambiable con las bestias? ¿Por ventura no atestiguan

esto todas las semejanzas y todas las analogías de la fortaleza militar y de la corpulencia física, que todas se toman indefectiblemente de las bestias o de otras cosas privadas en absoluto de juicio? Compáranse los hombres de temperamento combativo con leones; compáranse con jabalíes, con osos; su ímpetu es comparado al huracán, al oleaje bravo, a las tempestades, al rayo. Llenos están de estas asimilaciones Homero, Virgilio, Píndaro y otros que con tanto aliento, ardor y facundia cantaron las guerras y combates. ¿Cuánto mejor hicieran si hubieran cantado la mansedumbre, la humanidad y otros temas provechosos para la vida, porque el género humano debiera agradecimiento infinito a quienes ahora les es deudor de harto poca gratitud y de servicios harto débiles. ¿Qué se deduce de todo esto que dije? Que la victoria merecedora de auténtica alabanza humana es aquella por la cual vencemos en ingenio, en cordura, en entendimiento, en consejo, en sabiduría, en virtud, cualidades propiamente humanas y con las bestias no comunes. ¿Habremos de señalar entre los tímbrs de gloria el que la Humanidad haya pagado las victorias de César con dos millones de vidas, *ese inmenso ultraje*, como dice Plinio, *inferido al linaje humano*? Séneca llama al macedonio Alejandro *furioso loco joven*: Lucano, al mismo Alejandro, le inflige ustorios calificativos como éstos: *fatal azote de las tierras, rayo forjado para herir a la vez todos los pueblos del mundo, astro aciago a todas las gentes*.

No pueden los vencidos alabar a quien los acosó con tamañas vejaciones, ni tus admirados vencedores pueden alabar a quien los dejó exhaustos. Y así es que por esa

gran esperanza de victoria, ya devorada y digerida en tus adentros, no has hecho más que cosechar maldiciones o quejas aliñadas y adobadas de malevolencia e inquina. Dime: ¿quién, sin reserva mental y con sinceridad absoluta, puede respetar a aquel al cual ve excitado y casi furioso, de cuya actitud colige inequívocos indicios de lo torcido de su corazón, de su impresionabilidad, vaciedad, imprudencia? Si por imprudencia vino a dar en enemistades, es ello indicio de temeridad. Si adrede las apetece y las contrajo, ello acusa genio agrio e inmisericorde. Húyenle los amigos: sus allegados, con horror y abominación, evitan cuidadosamente la enconada sevicia de su pecho. como si fueran espinas muy agudas o sabandijas venenosas. De éstas no hay especie más ponzoñosa, virulenta y activa que la del hombre pendenciero e inclinado a la discordia. Añade a esto la deformidad de su rostro y el torpe tropel de sus palabras. *hasta el punto que no sabes*—dice Séneca—*si este vicio es más odioso o más deforme*. Este vicio, para los unos es pueril y para los otros es cruel y temerario. Aquellos que de él pueden recibir daño se atemorizan y se hurtan al peligro tanto como pueden. Aquellos otros que no están en la esfera de su influencia dañina, ésos se rien de sus barrumbadas y de sus fieros como de los vanos bramidos de una fiera enjaulada o de un actor trágico que con boato pavoroso echa bravezas grandilocuentes representando a Hércules o a Ajax. ¿Qué cosa hay más risible que el ánimo fiero y exaltado, pero sin fuerzas? Lo que yo más admiro es que exista un hombre ilustrado y prudente que sabe todo esto muy bien, que antes que nada no consiga de sí mismo,

cueste lo que cueste, y que a sí mismo no se imponga, sacando fuerzas de flaqueza, la suficiente serenidad y dominio de sí por no enojarse ni ser desposeído de su imperturbable quietud espiritual, por haber dado en su pecho entrada a la enemistad y a la discordia activa, la cual, siendo fea y malquistada en cualquier hombre, en las personas ilustradas y que están en concepto de cuerdas, es indecorosa de todo punto. Ella despoja a la autoridad de todo su peso y deja estériles y hueros los preceptos de la sabiduría y desautoriza a quienes la profesan, pues que todo el mundo ve cuán ajena es su vida de aquella profesión y de sus predicaciones magníficas. Pierde mucho en nuestra estima anterior aquel a quien vemos metido en riñas y pendenencias. Mientras baldona, él recibe baldón y queda con él mancillado. De la liza salen por un igual negros y sucios de polvo vencedores y vencidos. Y esto es tanto más cierto cuanto que no hay riña ni contienda alguna en la que el adversario no saque a relucir algo que le favorezca y que te perjudique a ti, rociándote con algunas salpicaduras de sospecha, pues no hay persona alguna tan íntegra e irreprochable que no pueda pegársele el lodo de algún dicho ultrajante.

¿Y qué diremos si no hay individuo tan abyecto, tan vil y que polarice tan general odiosidad, que no tenga quenenes por pasión le favorezcan, sin calibrar razones ni motivos? Y ello es tan cierto que a aquel mismo Vatino, cuyo aborrecimiento dió origen a una expresión hiperbólica y a un adjetivo introducido por el poeta Catulo, a saber: el odio vatiniiano, no faltaron quienes le favoreciesen y le ayudasen y le elevasen a los más altos honores del

pueblo romano, puesto que fué tribuno de la plebe, amén de pretor. Y, al revés, no hay absolutamente ninguna persona tan popular y querida, que no tenga malquerientes y enemigos que se gocen y saboreen con oír decir mal de él y que den crédito a todo cuanto contra él se diga, aun cuando quien lo diga sea un malsín o un bellaco, la flor y espuma de la bellaquería, como los que echaban los brazos a Clodio por odio a Cicerón o por odio a Mario Catón tendían la mano a Vatino. Es increíble la facilidad con que se truecan las voluntades de los hombres, a la más liviana e inconsistente verosimilitud de acusación, y cuán breve es el paso que va de la honra a la ignominia, de la gloria a la infamia. ¡Con cuánta rapidez se dispara una palabra maligna y cuánta fuerza y autoridad cobra en un momento! ¡Cuán pegadiza es y cuán tardía y difícilmente se lava y se limpia!

Hay algunos que, aun a sabiendas de la inconsistencia y suma vaciedad de una injuria, toda vez que la oyeron, la almacenan en la memoria y con una insigne malicia, cuando se presenta la oportunidad, la utilizan abusivamente, cuando les viene gana de molestar a aquellos contra quienes se lanzó. Entre las filas de los intelectuales de tan elevado prestigio literario, con desdén y vilipendio de la majestad de la sabiduría originados por sus antagonismos, atrévase los inductos a infiltrarse en aquel terreno que les está vedado, mezclándose en las pugnas de los sabios, hacen de ámbitos en la contienda y de medianeros de paz, con gran desdoro y mengua de las artes y de las disciplinas todas. En París, en unas elecciones rectorales, porque no había avenencia en la facultad de Filoso-

ffia, tras de haberse llegado a las manos y a los palos, yo ví, y no una vez sola, a un magistrado profano que tenía la misión de dirigir aquellos comicios turbulentos, hombre a lo que entonces me pareció no lerdo ni ayuno de letras, que hacía burla de la desfachatez de los maestros en la captura de votos y de su necedad en sus arengas electorales. La cordura impuso que los que no se sabían gobernar fuesen gobernados por aquellos que por naturaleza, y por derecho, y por ley, y por razón, y por su dignidad profesional debían tenerlos subordinados. Hay algunos que mientras con la vindicación de la injuria pretenden satisfacer ese necio prurito del honor, revuélcanse en mayor vilipendio y deshonra, como los pajarillos prisioneros, que mientras se esfuerzan con sus azorados movimientos por evadirse de las redes y lazos del parancero, se enredan y aprisionan más estrechamente; como aquel caso donoso ocurrido a un español que, habiéndole el enemigo enseñado un palo, se convenció de que había recibido un intenso vapuleo. ¡En qué lances se vió metido, por querer vengar una azotaina que no recibió! Muy grande y muy grave verdad formuló Séneca al decir que *muchos atollaron más profundamente en las injurias por querer vengarlas.*

¡Cuánto mayores fueron la agudeza y la prudencia de aquel que, habiendo recibido un bofetón, fingió que él lo había dado disimuladamente y así, mientras uno y otro porfiaban que era él quien lo había dado y era el otro quien lo había recibido, la cosa acabó entre una carcajada general. El que lo dió contentóse con saberlo él solo; el que lo recibió se satisfizo con disimularlo. El denuesto, si se le recibe

pacientemente, no se pega: si la razón lo borra sin resquemor, pierde toda su virulencia; mas la ira tórmase como demostración de que era merecido. Quien a hierro vengare una ofensa, daña tanto a su propio honor como al enemigo de quien se venga, pues deja en el ánimo de cada cual un fondo de cualquiera clase de sospechas; así que, ni da satisfacción a nadie, ni aun a sí mismo, cuando piensa esto. La verdadera y maciza honra del cristiano se funda en el testimonio de la propia conciencia y en la aprobación de Dios, soberano Anagoteta, espectador y árbitro de nuestros actos y de nuestros pensamientos. *No el que se alaba a sí mismo, luego al punto es aprobado, mas aquel a quien Dios alaba. Gran cosa es—según el proverbio viejo—que el atleta haya contentado a Hércules.* No habrá en la arena mozo tan ambicioso o tan embebecido, captador del aura popular, que no prefiera merecer la aprobación de sólo Hércules que de toda la concurrencia, por más numerosa que fuere. Y si en el ejercicio de nuestra profesión o de nuestra especialidad damos tanto valor a la aprobación ocular de quien en aquel arte es una autoridad, como para el orador Cicerón o Demóstenes, para el pintor Apelles, para el médico Galeno, ¿en qué estima no debemos tener a Dios, Espectador nuestro? Con cuánto esmero debemos enderezar a su voluntad y aprobación todo lo que decimos, todo lo que hacemos o pensamos, puesto que a todas las cosas está presente aquella su majestad santa y todopoderosa, para que no se desvíen un punto de su blanco. Allí arriba tiene su firme asiento la honra del cristiano, y no en las habillitas necias, inciertas, sin consistencia de uno u otro hombre.

En seguimiento de esa virtud irá indefectiblemente la honra. aun cuando tú no la busques, aun cuando tú la declines o la rechaces con energía, puesto que la honra es la sombra de la virtud. Muy cuerda-mente Sócrates enseñaba a sus discípulos que el atajo más abreviado para la honra y la gloria sólida e incorruptible era la virtud, dado caso que procurase cada uno ser efectivamente tal, cual quería ser conceptuado. El que quiere agarrarse a una sombra, no es ella la que coge, sino el cuerpo que la proyecta. ¡Cuánto respeto no sienten los espectadores por el alma tranquila y asegurada en su propia paz, que ha trascendido las cumbres de la existencia, y desde aquella altura soberana contempla, debajo de sus pies, lo que nosotros miramos y admiramos sobre nuestras cabezas!

Recójense en un haz todas las guerras de todos los caudillos habidos y por haber, antiguos y modernos: no es unánime ni igual la alabanza que los hombres les tributan ni todos los espíritus las acogen con la misma complacencia benévola con que oyen los actos de clemencia, de mansedumbre, de humanidad que hicieron por ventura. Estos rasgos generosos despiertan sentimientos de gratitud afectuosa para con aquellos que tanto tiempo ha salieron de esta vida; esta actitud les granjea aplausos y favor y avivan gratamente su memoria; con frecuencia y gusto evocamos el recuerdo de aquellos a quienes tenemos por los más semejantes a Dios, no por sus victorias ni por sus matanzas, sino por su templanza suma en el sumo poder, pues hizo su mansedumbre que se tomasen tan tasada una licencia que les otorgaban sin límites su opulencia y su poderío. ¡Con cuánto entusias-

mo y con cuán subido y general encomio es celebrada aquella alabanza singular. *No quiso hacer daño pudiéndolo hacer.* Y con cuánta indignación y repulsa, aun aquellos a quienes ningún daño alcanzó, oímos que se dice: *Causó daño.* Jamás perjudicó a nadie la virtud. Y, en cambio, aun desaparecida de los ojos, prorroga su influencia bienhechora, y supérstite, irradia su eficacia desde el mismo sepulcro. ¿Acaso el macedonio Alejandro alcanzó gloria mayor o se le da más cariñoso acogimiento en el ánimo de los lectores, cuando vence a Darío, a Poro y sojuzga toda el Asia, o cuando se conduce con la más fina clemencia y con la más delicada humanidad para con la madre, la esposa y los hijos de Darío? ¿Cuándo con su mansedumbre consigue que aquella anciana Sisigambis pueda seguir viviendo después de haber perdido el hijo, la nuera, riquezas tan cuantiosas, y no pudiera seguir viviendo después de Alejandro? Aun ahora, precisamente por esta causa, no queda excluído del número de los príncipes buenos entre los cuales se le pone no más que por sus victorias, como Lisandro, o Aníbal, o Severo.

Aun en los particulares, en la modesta esfera de su actuación, la firme constancia de una vida y su no torcida rectitud dan a entender que esa paz que encomiamos no fué engendrada por la cobardía o la apatía de su espíritu, sino que es hija del recio propósito de su vida y de la soberanía de su alma. Y ese renombre de la virtud, a guisa del resplandor que emana del sol amanecido, no queda encerrado en las paredes de una casa o en el recinto amurallado de una ciudad, sino que esparce su lumbré en todas direcciones y penetra en lo más recóndi-

to y escondido. ¡Cuánta mayor extensión de fama y cuánta más firme y verdadera gloria alcanzaron muchos hombres modestos y pobres por su constancia en la paz y en la virtud, que muchos grandes y famosos reyes, con sus vastas carnicerías de hombres y sus victorias deshonradas por la sangre!

Si se convocase al género humano como para una revista o, mejor, para un juicio final, ¡qué muchedumbre de filósofos enviarían los gentiles; qué procesiones de profetas, los judíos; y el cristianismo, cuántas y cuán nutridas huestes de santos! No hay por qué maravillarse de que en el ejercicio de la virtud sea alabado el hombre, y en el de la guerra, la bestia. La gloria militar se basa en la opinión; la gloria de la virtud, en la Naturaleza. Así es que verás ser alabados y celebrados por muy pocos aquellos beligeros varones que se llamaron Aníbal, Alejandro, César; y que, en cambio, los Sócrates, los Platones, los Sénecas, los Pablos, los Pedros, los Agustinos, los Ambrosios merecen respeto y reverencia religiosa aun de los ladrones mismos. Explica esta diferencia el hecho de que las armas y genio militar de los primeros dañaron a los buenos, mientras que los estudios y las obras de los segundos son de provecho universal, a los buenos los mejoran, a los malos los refrenan y aun a veces, con su mismo ejemplo y con sus exhortaciones, les retraen de su camino avieso y les enderezan a la virtud. En los grandes caudillos, los hombres admiran unos reflejos como de hoguera, aquel fuego con alas que dijo el poeta; mas nosotros, en los sabios y en los santos, aquella suerte de divinidad que hizo morada en sus pechos. ¡Cuánta veneración no infunde en nues-

tra alma el encuentro con un ser de tan acentuada superioridad, que no se nos antoja sacrilegio ni impiedad prestarle obediencia como a un dios bajado del cielo, hasta el punto de conseguir de nosotros lo que no consiguieron las leyes ciudadanas y las penas amenazadoras, que las respaldan, ni el poderío de los príncipes armado de hierro y de muerte inmediata. Caían aquellas asambleas tumultuosas, que no pudieron apaciguar ni las voces de los heraldos imponiendo silencio, ni los lictores y las haces de los magistrados, ni los magistrados mismos, ni las amenazas de cárcel, ni el soldado que penetró en la sala llena de gritos, como elegantemente Virgilio cantó:

Si acaso ven un varón grave, respetable y pío, callan de súbito y páranse y atienden con las orejas arrechas y él, con sus razones, se enseñaorea de los ánimos y amansa la fiera de los pechos.

Con este símil, el divino poeta nos enseña que es más imperioso y arrollador el señorío del ánimo sosegado y tranquilo que el del espíritu impetuoso y turbulento:

La fuerza tranquila—canta Claudiano—hace lo que no puede la fuerza violenta, y la calma en el mando urge los mandatos más imperativamente.

¿Por qué he de hablar de su duración? Esfuérganse por aliviar el recuerdo humano de las grandes victorias, de las grandes catástrofes, de las fieras venganzas no sólo los que las padecieron, porque piensan que andan unidas con alguna ignominia suya, sino que los mismos que las perpetraron desean la desaparición de aquellas manchas y que las borre el olvido, bien para suprimir la sospecha de su crueldad, bien para consolidar la amistad recosida y re-

conciliada, y porque no queden las huellas de tan crueles y encarnizados enconos.

Por otra parte, aun sin la colaboración del hombre, el tiempo lo consume todo. Razonable y harto motivada es esta abolición. Mas los ejemplos de mansedumbre, de paciencia, de templanza, de comedimiento, cómo deseamos todos que se extiendan y propaguen, y los consignamos en monumentos literarios, y les damos expresión gráfica en pinturas, y los contamos los unos a los otros. Y porque lo hacen con gusto, con frecuencia los refieren los padres a los hijos, los maestros a sus discípulos para su fecunda imitación. Con esta continuidad, forzosamente tiene que ser impercedera la memoria de tales hechos; y que lo sea es cosa conveniente al linaje humano.

Yo querría que me dijese los que buscan falsas grandezas por medio de guerras y de discordias si existe en el mundo grandeza alguna comparable a la grandeza de acercarse lo más posible a la santidad y a la majestad de Dios. Pues a ello se llega con la mansedumbre, la clemencia y la paz. No hay cosa más apacible que la Divinidad. El humano entendimiento no concibe la fuerza y la corpulencia de su poderío, y con todo sabemos que lo que le hace admirable por manera especial es la clemencia. ¿Qué insana ferocidad es esta de pensar que es propio de un espíritu abyecto y degenerado hacer alto en la matanza y pedir la paz? ¿Será, por ende, vil y degenerado Dios que, ofendido por nosotros con tan obstinada contumacia y tras la violación de sus santas leyes, nos llama a la paz y a la amistad? *Convertíos a mí—dice a voz en grito—, y yo me convertiré a vosotros.* ¿Por ventura, entre

los mismos hombres de cuanto más elevado espíritu es uno, más inclinado le conocemos al perdón y menos vengador de las ofensas? Y eso mismo vemos que acontece en las fieras generosas: como leones, osos, elefantes, que son menos sensibles a las injurias y las castigan menos, siendo así que las bestias medrosas y cobardes se encarnizan en la vindicta y se ceban en el enemigo caído? ¿Será cosa de que el ser más humano sea tenido por el de menor honra y de que la cordura deba correr parejas con la necedad? Claramente damos a entender que nosotros, a fuer de aprovechados discípulos del diablo, sólo hacemos caudal de aquello que le ocasiona el mayor gusto.

Cuentan nuestros navegantes que en la India existen algunos pueblos que, entre los bienes de esta vida, ponen la concordia con carácter exclusivo y que en el caso de que entre dos estalle la enemistad, por tan honrado se tiene al que primero insinúa proporciones de paz, como entre nosotros ese mismo se considera vilipendiado y menguado. ¡Cuánto más sabios son ellos, adocotrados por sólo el magisterio de la Naturaleza, que nosotros, ahitados y regoldando letras y libros y haciendo aplicación abusiva y sacrilega al mal de la filosofía bajada del cielo! ¿Será que a aquellos indios los hizo la Naturaleza más semejantes a Dios que a nosotros la formación cristiana? ¿Existe, por ventura, ser alguno que con tanto poder sea benéfico como Dios, que jamás hace alarde de sus infinitas posibilidades para el mal, sino que siempre, ayudándonos y beneficiándonos, nos demuestra ser inmenso su poderío? Y al contrario, nuestros hombrecillos, promovidos al principado y al gobierno, quieren no más que hacien-

do mal demostrar el alcance de su poder. Empresa ésta nada gloriosa y difícil, puesto que, aun para el ser más inválido, no hay cosa más hacedera que causar daño. Los beneficios son los que dan la medida justa del poder verdadero. En resolución, el poder no es otra cosa sino el beneficiar.

Cuando llegó a Lacedemonia la noticia de que la ciudad de Olinto había sido destruída por Filipo, Egesípols, hijo de Cleombroto, comentó la noticia con estas sabias palabras: *Jamás construirá él una ciudad como esta que asoló.* Con ese comentario inspirado y repentino daba a entender que Filipo no debía, por sola esta hazaña, ser conceptuado grande y poderoso por haber asolado a Olinto, ciudad única en belleza y sitio; pero que sí lo sería si edificaba otra ciudad semejante a la destruída en construcciones materiales y dotándola, como a la pobre Olinto, de sabias ordenanzas. Subvertir el estado de una ciudad e igualarla con el suelo es faena que puede cumplirla cualquier sedicioso: un simple panadero, un marinero sórdido de la hez del vulgo, como se demostró en los recientes motines de España; mas fundar, levantar, establecer y consolidar, ésta es empresa de un varón grande y generoso.

Todo esto que dijimos hasta aquí púsole la Naturaleza fuera del hombre; aproximémonos más a él. Hay dos partes en el hombre: el cuerpo y el alma. El cuerpo, enfermizo como es, no puede vivir sin medicación continua. Cerrados los caminos de tierra y mar y no pudiéndose importar lo que nos es necesario, y asolados y devastados los campos en nuestra patria, no podemos disponer de aquellas sustancias alimenticias necesarias a la salud corporal.

¿Y qué pasa si estamos sitiados y mantenemos el tenaz y deliberado propósito de no capitular, sino llegados al cabo de la desesperación? En ese trance ingerimos alimentos nauseabundos, cuyo solo nombre suscita instantánea repulsión. ¿Cuántas veces hemos leído que los cercados con tan estrecho cerco se mantuvieron de caballos, de perros, de gatos? ¿Cuántas, de ratas y ratones? Sitiada Atenas por Demetrio que a sí mismo se decoraba con el feroz epíteto de *Poliorcestes* (que en romance castellano suena *Demolador de ciudades*), fué el hambre tan fiera, que por un ratón, por casualidad caído de un techo, muerto ya, un padre y un hijo requirieron la espada, y eso que hacían profesión de vida filosófica. Recientemente en Cataluña, cuando las guerras con los franceses, se alimentaron de ratones, para cuya caza se derribaban las viviendas.

No hay procedimiento más cómodo para los sitiadores, luego de asolado el campo, hollados los panes aún en hierba, corrompidas las cosechas, cerrada la comarca por las armas enemigas o cuando se hallan de guarnición en territorio enemigo y los sitiadores sufren el odio de las tierras comarcanas. En campaña la vida es tal que no la soportan los mismos perros ni aun atados, o, mejor, esforzándose por romper todos los estorbos que se oponen a su huída. Hay que pasar hambre un día sí y otro también o sostenerse con un racionamiento exiguo y repugnante, que nadie sufrirá con la nariz destapada y del cual sentiría asco el cerdo más hambriento, y todo esto en un sitio donde si fueran exquisitos y muy delicados los manjares, no podrían ser saludables al organismo: en el cieno, entre pus y gangrena, entre cadáveres. A Carlos,

duque de Borgoña, aquella misma noche de su victoria cabe al monte Erico, temblante todavía de la emoción y no del todo confiado en la victoria, se le aderezó una mesa en el suelo, después de retirar tres o cuatro cadáveres, para que el príncipe vencedor tuviera sitio donde sentarse, encima de unos cuantos haces de paja que se tendieron. Allí, cansado del esfuerzo bélico, herido, nada seguro, tomó una cena como cada uno puede figurarse que se le preparó en aquel lugar y en aquel tiempo y en aquellas movidas circunstancias. Harta veces no es manjar lo que comemos, sino que llamamos comida a cualquier cosa injerida en el estómago, como cuando Julio César, en Durazzo, tenía sitiado a Cneo Pompeyo, y por falta de avituallamiento, los soldados de César tomaron como alimento todo cuanto hallaban salido de la tierra. En la campaña que el triunviro Marco Antonio acaudillaba contra los partos, consumido todo el trigo que tenían y comprados a peso de oro panes ruines de cebada, se apoderó del ejército un hambre tan fiera, que todo cuanto hallaban que tuviera raíces en el suelo, arrancábanlo y se lo llevaban a la boca. Dieron con una hierba que mataba a los que la comían, luego de haber echado la bilis y haberles quitado el seso. Esta planta fatal ocasionó muchísimas bajas. ¿Cuántas veces no se llegó a comer correas reblandidas por la cocción? ¿Cuántas veces no se llegó a la horrenda antropofagia, sorteando uno de cada diez hombres, como en el ejército que Cambises condujo a Etiopía? En la guerra que Belisario, capitán de Justiniano, hizo en Italia a los ostrogodos, fué tanta la escasez de vituallas, que se vieron forzados a alimentarse de carne humana.

Y no es la penuria de subsistencias el único mal, sino que también la sed es un rabioso tormento, como en los relieves y desperdicios del ejército de Pompeyo que Catón, a través de los arenales africanos, condujo al reino de Juba. Navegando el hambre y la sed son todavía más atroces porque más rápidamente las vituallas se descomponen y no hay salvación para los engolfados en alta mar ni fuga posible por escapar del apremio inmediato agobiador. ¿Y a estos hombres tan bien comidos, pregunto yo, se les ahorra todo trabajo y son tratados con alguna delicadeza unos cuerpos con tal ruindad alimentados? Muy al revés: tienen que sufrir de los centuriones y otros jefes las barrumbadas insolentísimas y los latigazos más escocedores; tienen que acostarse en el suelo, a la intemperie, a veces de día, a veces de noche; en el bochorno del calor, bajo la lluvia, con frecuencia en una trinchera llena de agua; tienen que pasar a nado ríos bravos y arremolinados; tienen que abatir bosques corpulentos; tienen que luchar con matorrales y breñas espesísimas, y con la selvaticidad de los parajes; tienen que acarrear piedras o arena, construir, derribar y, con mucho de sudor y de fatiga y de peligro entre fieros enjambres de saetas, entre las balas y las explosiones de las bombardas, llevar a cuestras la impedimenta, como las acémilas, y no carecen del apodo que merecen: se los llama *mulos marianos*, por el cuerpo de ellos que creó Cayo Mario. Y tienen que pechar con todo esto aquellos que se acogieron a la profesión militar como a un asilo, como a un remanso de ocio y de quietud, por horror a todo trabajo y a toda artesanía manual; y así es como alcanzaron el premio justísi-

mo de su holgazanería. Dejo a un lado las inclemencias del cielo: calores, lluvias, hielos, temporales en el mar, que hartas veces dieron buena cuenta de armadas poderosísimas, dispersadas y quebradas contra las bravas rompientes. Ello me hace recordar un muy pertinente pasaje de Séneca en su *Cuestiones naturales*, que, por la gravedad de sus sentencias y por la gracia de su estilo, me complazco en reproducir:

«¿Qué suerte de locura es esa que nos agita y nos predispone a un recíproco exterminio? ¿Damos los vientos a las velas con ganas de pelea y desafiamos peligros por correr otros peligros? Afrontamos las incertidumbres de la Fortuna, la braveza de las tempestades no superables por ningún poder humano, la muerte sin esperanza de sepultura. La misma cosa nos resultaría cara si navegásemos en su busca a través de tantas penalidades. Y ahora, cuando hubiéramos salido en bien de tantos escollos ocultos y de tantas celadas y falacias del mar; cuando hubiéramos escapado de tantas montañas como amasan tempestades en su cumbre y de donde se abalanza el viento precipitado sobre los navegantes, de los días arrebozados en nieblas, de las noches espantables de truenos y centellas, de los navíos que el viento despedazó, ¿cuál será el fruto de estos trabajos y estos miedos; qué puerto nos acogerá, vejados de tantos males? Será la guerra; será el enemigo alerta, que nos aguarda en la orilla; serán los pueblos que habrá que degollar y que llevarán consigo a barrisco a una gran parte de la hueste vencedora; serán las ciudades antiguas dadas en pasto de las llamas.

»¿Por qué llamamos a las armas a poblaciones enteras? ¿Por qué alistamos ejércitos que combatirán

en medio de las ondas? ¿Por qué inquietamos los mares? Es que la tierra no tiene espacio suficiente para nuestras mortandades. La Fortuna nos mima con delicadeza sobrada; nos dió cuerpos demasiado duros; nos dió salud y robustez; no nos destruyen los accidentes; cada cual puede medir los años que le prestó el Destino y llegar a la vejez con toda calma. Vámonos, pues, al mar y concitemos en contra nuestra los hados perezosos. ¡Miserables de vosotros! ¿Por qué salís al camino de una muerte que se halla a cada paso? Será la muerte quien irá por vosotros en vuestra propia cama: ¡Hálleos en ella inocentes! Os asaltará en nuestra propia casa. Plegue al Cielo que os sorprenda no maquinando ninguna suerte de mal.»

Todo esto dice Séneca. Por todo esto, al régimen alimenticio de la vida castrense, le está aparejada una pestilencia que no puede faltar. No hay por qué desenterrar ejemplos antiguos. Nunca se llevó a cabo la disolución y licenciamiento de un ejército numeroso sin alguna enfermedad grave y pestilencial para quien los griegos forjaron un vocablo inaudito y nuevo que en castellano suena: enfermedad detrás del hambre. No es posible que la salud no quede afectada y resentida con tanta inedia y con tales alimentos y que, atacados los cuerpos por la enfermedad, no transmitan el contagio a todo cuanto les está próximo. Y como son insólitos aquellos alimentos y repugnan a nuestro organismo, así también aquellas dolencias son feas, aborrecibles y nunca de antes conocidas. O bien, por la dieta tan prolongada, la vuelta al régimen alimenticio acostumbrado engendra la enfermedad y con muchísima frecuencia ocasiona una muerte rápida, como aconteció en

Perpiñán, una vez levantado el sitio, cuando ya en libertad sus moradores, salidos al campo al comer y beber con el frenesí del prolijo ayuno, morían repentinamente los más por compresión de las vísceras vitales. Y tuviera mucho más largo alcance aquella plaga, si los médicos no acudieran a su remedio con una dieta prudente. Pero apartémoslos un poco de guerra y de campamentos.

En el mismo sagrado de los hogares, en los días sabrosos de la paz, aquel hervor de la ira, aquel oleaje turbio del corazón hambriento de venganza sacude almas y cuerpos como una máquina bélica. Mientras en esa cárcel y en esos hierros corporales están metidas y detenidas nuestras almas, mantienen una muy estrecha conexión y una tan trabada alianza con los cuerpos, que impulsos y emociones fuertes no solamente afectan a aquella parte en la cual se reproducen, sino que repercuten en la otra, y ambas a dos se estremecen y resuenan del mismo golpe. De ahí es que pasiones infinitas, dimanadas de la disposición física, se comunican al alma; y los afectos del alma sobre el cuerpo se traducen en enfermedades que puedan ocasionar la muerte. Así murió L. Sila en Puozolo, en un arrebató de indignación contra un tal Granio, que era de allá. Innumerables son los casos similares ocurridos en momentos de alegría, de tristeza, de miedo; y no son menos numerosos los de ira. Ni tenemos cuidado del cuerpo, mientras en el paroxismo de la ira nos olvidamos de nosotros mismos, nos olvidamos o no respiramos más que deseos de venganza, o el miedo encoge nuestros pechos:

Olvidóse de sí mismo Ulises de Itaca en tan crítico lance, dice Virgilio. En tal estado de nuestra alma

ni nos fiamos de lugar, ni de hombre, ni de manjar alguno. En tamaño perturbación anímica, ¿qué cosa puede haber saludable o gustosa? La vida misma, la libertad, la salud siempre están amenazadas, así en los campamentos como en la ciudad, porque para el enemigo, a uno y otro lado siempre está tendido un anzuelo, al acecho de su ocasión, y unos y otros se embisten a palos, piedras, hierros, honda, ballesta, escorpión, bombardas, mina, veneno. A todo esto se añaden tantas estratagemas, astucias y celadas. En campaña, en medio del granizo de los proyectiles o las grandes explosiones de las bombardas, no es posible con un simple cambio de lugar esquivar la muerte ubicua. Hay que caer sin remedio, o por un casco de metralla o por mano de un enemigo a quien tú, a tu vez, con tu ataque, has de conducir al mismo fin. Y fuera del combate, ¿quién, con una vigilancia asaz atenta, evitará tanta maquinaria de hacer mal, tanto más peligrosa cuanto más cercana? Son puestos a contribución todos los recursos del ingenio y de la mecánica; se planean ardides, se inventan procedimientos para dañar. ¿Cuánta gratitud se granjearía del linaje humano si se aplicasen a las artes de la paz cuidado tan intenso y labor tan infatigable. Han aprendido ya los hombres, con la continua práctica y con el odio, de día en día recrudescido, a tener en aprecio tan vil la vida humana, que quien recibió daño de un perro y de un hombre dudará más seriamente si matará al perro o si matará al hombre.

¿Para qué encarecer la furibunda y ciega acometividad de aquellos que al recibir la instrucción militar solicitan de sus jefes el honor singular de ser colocados en vanguar-

dia para ser los primeros en desafiar la muerte? Esta distinción es para ellos sobrada recompensa de sus méritos y servicios. Esto no es fortaleza: esto es anhelo irreflexivo de gloria necia. ¡Miserable! ¿Qué alabarán en él? ¿Su cadáver, ya insensible? ¿Qué más da que te alabe a ti o a tu caballo? ¿Y quiénes serán los que te alabarán? Aquellos mismos que tú no ignoras que son la personificación de la estupidez y de la ignorancia, que no pueden dar testimonio de la virtud auténtica porque no tienen juicio, y si lo tienen, no tienen palabras para expresarlo, y aun esos mismos acaso no tendrán oportunidad para alabarte a ti, ocupados como estarán en faena más dañosa; o algún otro hecho que haya contribuido más eficazmente a la victoria, eclipsará tu proeza anterior y la antorcha apagará el candil; o no quedarán quienes te alaben, con el total exterminio del ejército, o con la desaparición de los conocedores de tu virtud. Me veo precisado a usar de esa voz que pertenece al vocabulario de aquellos que llaman hombre bueno al irascible, al altanero, al cruel; y a la sevicia la decoran con el título de energía. Pero yo quiero que sí, que hablen de ti. ¿Cuánto tiempo hablarán? Pasados dos días ya no se acordarán, que harto tienen que hacer con sus amigos y sus juegos.

¡Cuán al revés acontece todo en la concordia! Hay abundancia de todo, que es una bendición de Dios; así de los productos del propio suelo como de los que se tienen que importar de tierras peregrinas, los cuales, siendo ya saludables de suyo, lo son más aún, así por parte del cielo, puro de todo contagio, como por la tranquilidad y sabrosa quietud espiritual. Es de ver la magrez y la lividez de los envidiosos y de los ren-

corosos cuyos corazones se recuecen enfermos de despecho o deseosos de venganza. ¡Cómo se acusa por defuera su pasión e imprime sus notas características en el semblante y en el cuerpo todo! Contrariamente, en aquellos que por de dentro tienen paz, el contento asoma en su cara visiblemente y es de ellos de quienes dice el sabio en el sagrado libro: *Mejor es un bocado de pan seco con gozo, que una casa llena de víctimas, con pendencia. El corazón alegre hace la edad florida y el espíritu triste seca los huesos.* No es menos brava la tempestad que la discordia levanta en el espíritu que aquella que describe el poeta, de los vientos que con la furia de un suelto escuadrón lánzanse por la puerta abierta y soplan por la tierra en torbellino. *Abátense de consuno sobre el mar el Euro y el Noto y el Abrego y lo remueven todo desde sus infimos asientos y empujan rodando vastas olas a la orilla.*

No puedo con una más exacta semejanza proponer ante los ojos los alborotos que en el ánimo produce la discordia. Así, a una, todas las tempestades y perturbaciones excitadas en parte por la soberbia mientras se apresta a dañar, en parte por el recelo, que trata de evitar y precaver que no se le dañe como los vientos mitológicos en las estrecheces de su caverna, que en tropel se lanzan por la puerta franca. No otra cosa hemos de pensar que es aquel cetro agudo con que Eolo derribó a un lado el hueco monte que el tizón agudo de la discordia. Si a esa monstruosa y carnífera pasión se le suelta la rienda y se le dan ensanches y soltura, entonces ocurre lo que en otro lugar canta el mismo poeta:

Y el mismo padre Júpiter, en el centro del nubo temeroso, lanza ra-

jos con diestra coruscante, con que la tierra treme y las almañas huyen y abatidos de pavor descaecen los mortales corazones.

No hay afecto alguno en el fondo del alma que al anuncio de que la discordia estalló se quede quieto y sosegado. Paréceme ver aquel linaje de motín que los romanos llamaban *gálico* o *itálico*, en el cual no había jubilaciones ni exenciones del servicio que valieran ni retiros ni méritos de guerra, ni edad, ni categoría, puesto que aun los mismos varones consulares se alzaban en armas. Anticipase a salir la ira, que, a veces, es tan concentrada y voluminosa, que de ella al furor exaltado no hay más que un paso muy fácil y muy breve, como en Hércules y en Ajax. Y no sin razón dijo Ennio ser la ira el comienzo de la locura; y luego aparece la envidia, pasión rabiosa y ceñuda; luego, la tristeza, la esperanza, la alegría, el miedo, puesto que *es fuerza que a muchos tema aquel a quien temen muchos*, como dice el Cómico. Cuáles sean los miedos y terrores que experimentan los tiranos, declaráronlo ellos mismos. Uno de ellos fué Dionisio de Siracusa, monarca ilustrado e ingenioso, quien para dar a un amigo suyo lisonjero que encarecía sus riquezas, su buena suerte y su dignidad, un pequeño barrunto de su cuitada vida, mandó colocar encima del lecho de mesa en que estaba recostado, en un convite de un aderezo y magnificencia verdaderamente regios, suspendida del artesonado, sobre su misma cabeza, una espada muy aguda colgada de él con una cerda de cola de caballo. Y aun cuando no a todos la Fortuna los hace tiranos o reyes, no obstante, todos los que de la enemistad hacen una profesión y por ello causan miedo, no se eximen de él y son sus pobres víctimas. No fué sólo este

Dionisio, que tenía recelo de su propias hijas, ni sólo Alejandro Ferece, que recelaba de su mujer. Bajo cualquier techo, por más humilde que sea, y en cualquier fortuna, aun la menos envidiable, tiene que temblar, tiene que temer, tiene que sentir pavor el amante de la discordia. Y así como no nos fiamos de amigos, ni de conocidos, ni de allegados, así tampoco nos consideramos seguros de los seres que más unidos están con nosotros o que con nosotros están identificados, verbigracia, los hijos, la esposa, no ignorantes de cuántos maridos fueron por sus mujeres traicionados y entregados, y de cuántos padres lo fueron por sus hijos puestos al servicio de su ira y de sus sentimientos de discordia personal o alquilando sus manos a la discordia ajena. No hay paz ni sosiego alguno en el alma, sino inquietudes acuciantes y solicitud ansiosa. Toda ella está poblada de alboroto y estremecida de terrores pánicos. Así como a los que miran a través de una niebla todos los objetos les parecen mayores de lo que son en realidad, así los que juzgan por el prisma de su ira o de su miedo o de su discordia, todo lo juzgan más sombrío y truculento de lo que es en hecho de verdad: palabras, hechos, ademanes: todo lo interpretan en peor, picada como está su mente por el tábano del odio y de las pendencias.

Y por todo esto, con oído ávido y lleno de recelos, ansiosos y suspensos, captan todas las voces y todos los sonidos, el ruido de la puerta, el maullido del gato, el roer del ratón: sobresáltanse creyendo ser el impetu del enemigo que embiste; las sombras de los árboles se les antojan adversarios armados y huyen no de sus enemigos, sino del propio miedo que les fabrica su conciencia

atemorizada. En el silencio de la noche no hay rumor o sonido tan fúviano que no rompa su sueño desasosgado y quebradizo. No solamente su vigilia es inquieta, sino que el mismo sueño pierde para él el sentido que tiene para todos de descanso apacible. No puede mentarse la muerte que ellos mismos no se sientan muertos. El solo nombre de espada, veneno, ballesta, bombardas despierta en él la aprensión de que le amenazan muy de cerca y que cuegan sobre su propia cabeza. Esta obsesión los absorbe por completo y no pueden prestar atención a otra cosa. Así que ni el abril florido y risueño, ni la primaveral amenidad del campo, ni la jocunda algarabía de los pájaros cantores, ni ninguna otra suerte de música regalada, ni banquete alguno, ni el platicar sabroso con amigos tiene gusto para él, porque está emponzoñada el alma, que es la fuente de toda alegría y contentamiento. A sí mismo se priva de todos los placeres, puesto que las calamidades le tienen todo poseído en su interior y todo manjar no puede dejar de serle desabrido, porque está estragado su paladar de fiebre y de humor bilioso. ¿Es esto vivir, o es atormentarse con torturas que no tienen fin? Estas son aquellas Furias e intemperies del espíritu que los poetas, no tanto fingiendo como demostrando gráficamente con una imagen eficaz los padecimientos, dijeron acosar con teas ardientes la conciencia de los malvados. Y no son desemejantes los suplicios de los delitos y malas obras que sufren los pecitios.

Mas, cuando reina la concordia, no hay cosa que no sea apetitosa y dulce, con ese aliño sabroso que sazona todos los manjares. Y aún son llevaderas las borrascas hibernizas, porque en sus adentros hizo su mo-

rada la serenidad que aleja y repele del alma aquella tempestad bravía; y pueden soportarse fácilmente los sonos descompuestos y desgarrados, porque el armonioso concierto interior hace que no se sientan aquellos desconciertos y desafinaciones; y aún se pueden tolerar las conversaciones y pláticas con quienes nos profesan aborrecimiento, porque el amor, señor absoluto del alma, funde el odio como el fuego liquida la cera. Eso vió claramente aquel varón discretísimo que, en un pleito en que se ventilaban diez mil ducados, los renunció a favor del adversario diciendo que el dinero y, sobre todo en tal cuantía, se buscaba no más que para el regalo, y que él se iba a regalar más con aquella cesión y renuncia del pieito, que con el dinero efectivo, en caso de salir adelante con su pretensión. *Yo no soy tan enemigo*—dijo—, *ni mío ni del contrario que con la esperanza de aquel dinero fabrique a ambos una vida tan dura y tan amarga.* El dinero es medio e instrumento de la vida; mas, los pobres cuitados que se meten en litigios, antes mueren que viven, y puesto que la vida en lo sucesivo sea incierta, ellos la compran y la pagan con una muerte cierta y actual. Y, finalmente, como la discordia es la más viva y expresiva imagen del infierno, así la concordia lo es de la vida del cielo, y como una degustación anticipada de la eterna bienaventuranza.

En la discordia no puede dejar de ser nulo el cultivo de los espíritus. Es fuerza también que el trabajo mecánico de obradores y talleres ande por los suelos, sin el aliciente del lucro, que es su honor y es su premio, con el cierre de los comercios, puesto que no se compra ni se estima sino aquello que sirve las necesidades inmediatas e inexcusables.

No hay quien practique ni enseñe la artesanía, ni aun las artes que se llaman bellas, sumidos como están todos los espíritus en la guerra, embargados por la preocupación bélica y la angustiosa expectación de su desenlace. No tienen de dónde mantenerse, ni quien profesa la erudición, ni quien la recibe en la pública indigencia, o, al menos, en la obligada parsimonia y restricción impuesta por las circunstancias, pues nunca la riqueza es tanta que alcance a las necesidades de la guerra más modesta. Sea la que fuere la discordia que se enseñoree de los espíritus de guerra exterior, de disensión civil, de inermes y privadas rivalidades, ni permite al preceptor que enseñe ni al alumno que aprenda, ni que el padre se preocupe y pida consejo sobre la formación de su hijo. *¿Cómo voy a filosofar*—dijo aquel griego—*si pesa como el plomo sobre mí el miedo de la esclavitud, de la pobreza, de la muerte?* Ni es posible que sea oída exteriormente la voz del sabio, cuando el fragor de las armas lo ensordece todo y todo está lleno de estruendo y de son ronco de trompas y de cajas. *Nuestro canto entre las armas fieras*—dijo el poeta—*vale, Lícidas, tan poco como es fama que valen las palomas caonias en la presencia súbita del águila.* Ni interiormente tampoco puede oírse ni entenderse cosa alguna, puesto que es más brava la tempestad que en el alma ruga y un más vasto criterio lleva a todas partes su confusión, y el tumultuoso bullicio de la discordia en que la conciencia se debate impide oír palabra alguna de rectitud, de serenidad, de sabiduría. *¡Que muchos son los que, dotados de excelente y poderoso ingenio, pudieran hacer en artes y en ciencias largos avances, si no les retrasaran las discordias y la atención a*

las enemistades, ya pública, ya privadamente! Múltiples son los ejemplos de uno y otro retraimiento, pero más conocido el que ocasionaron las disidencias públicas aun en aquellos grandes hombres de gobierno Alcibiades, Alejandro, Julio César, Germánico, hijo de Druso. Allende de esto, así como todo acaba por acomodarse a las costumbres del vencedor, y la voluntad del gobernante vale por ley y su conducta por ejemplo; así también, cuando la locura marcial se apoderó de todo, no solamente se lo apropia, sino que persuade que la sabiduría, la templanza, la moderación son cosa risible y pura mentecatez. Despreciada, pues, y desdeñada toda sabiduría y todo cultivo intelectual, hollados los libros, y tenidos por nonada, como una presa vil o como una carga inútil, los despedaza el hierro o el fuego los consume. De ese menoscabo vino la destrucción de tantas bibliotecas y la desaparición de tantas obras de grandes autores, con cuya pérdida es incalculable la grandeza del daño que sufrieron los estudios y las artes, como en las guerras de los godos, de los alanos, de los moros. Y aún es de creer que no han sido pocos los libros sacrificados ahora recientemente con el saco de Roma.

Para el pulimento de los ingenios y la robusta valencia de las artes son necesarias la paz, la quietud, la concordia. *El reposo*—dice Aristóteles—*acarrea saber*; no las alteraciones ni las perturbaciones del alma, de la misma manera que en el agua turbia nada se ve, mientras que el agua sesga y transparente muestra los lindos peces y las pequeñas guijas. En el pueblo romano, mientras estuvo sacudido por guerras de vecindad y estremecido de terror próximo, faltó en absoluto el cultivo de

las letras, a saber: hasta el fin de la segunda guerra púnica. Libre ya con la liquidación de las guerras cercanas, su espíritu respiró y tuvo tiempo y holgura para volver su atención a las letras de humanidades, esto es, al único pasto suyo. Toda cuanta literatura hubo en aquella nación floreció desde la destrucción de Cartago hasta los Antoninos. Y ahora mismo, las renacientes letras de Italia, que en cierta manera volvían a su hogar tras una larga ausencia, se han visto obligadas a retirarse y esconderse, por tantas guerras de naciones extrañas que han ido a pelearse y a destruirse en su suelo. Mi muy cara España, dividida desde su origen en tantas porciones como eran sus reyes chicos, y luego con el discurso del tiempo despedazada por guerras tan continuas, ruda y agreste careció de literatura y casi de todo cultivo de humanidad. Conquistada por los romanos para España la paz, y unificando y reduciendo a cuerpo político aquellos trozos desparcidos, fué tanta su cultura y erudición que pudo rivalizar con la misma Roma, así por los conocimientos adquiridos como por la agudeza de sus ingenios, como harto suficientemente demuestran los monumentos literarios, escritos por españoles antes de la venida de los godos. Después de los godos y los musulmanes, España ya no dió paz a su mano, meneando el hierro; por eso su erudición se enareció tanto que casi desapareció del todo, y si alguna hubo, era herumbrosa y de baja ley. Mas, por desgracia, ahora que había dado buena cuenta de sus enemigos tradicionales que por espacio de casi ochocientos años, como un cáncer gravísimo, se cebaron en sus entrañas, ahora, precisamente ahora, digo, vuelve sus armas contra las na-

ciones extrañas. Cuando, por fin, ganó alguna quietud en su suelo, comienza a aspirar de nuevo a sus viejas glorias y a resucitar el antiguo prestigio de su cultura, por tan largo tiempo eclipsada, mediante bien orientadas y sólidas disciplinas. Esto mismo acontece en Francia, esto mismo en Alemania y en las restantes naciones y provincias. No hay arte ni disciplina alguna noble, de aquellas que, radicando en el espíritu, las ponen en ejercicio la fuerza y la actividad del espíritu, que se pueda percibir, como es razón, o comunicarse a los otros, si están trabadas o impedidas la luz y la penetración del alma, que es su principio vital. Y ni aun aquellas artes, más modestas, que requieren la intervención de nuestras manos, podemos ejercitar, con las manos atadas y con los sentidos o extintos o viciados. ¿Qué es lo que sucede si una dolencia reumática ataca y encadena las manos del pintor, del escultor, del labrador y no puede gobernar las articulaciones de los dedos? Si la sordez obtura las orejas del músico, ¿cómo podrá desempeñar aquel arte que profesa? Esto mismo acontece en las bellas artes y en los estudios de la filosofía. Si aquella fuerza y aquel que viene a ser el ojo del alma están enlóbreguados por la polvareda y la niebla del odio y de la ira a tal punto que no puedan alcanzar la clarividencia de lo que es recto y de lo que es verdadero, tampoco podrás percibir ni, por ende, enseñarlas, las sutiles invenciones descubiertas por los mayores ingenios. Por esto precisamente vemos todos los días que los talentos más preclaros, cuando se consagran al descubrimiento de alguna verdad profunda y abstrusa, buscan los parajes más reposados y apartados de todo estruendo y de todo tropel, eli-

gen la tranquilidad y el inalterable silencio de la noche.

Pero ¿de qué servirá que esté en paz todo lo lejano, si el vecino de pared por medio, si tu mismo camarada, en estado de embriaguez, llega, a altas horas de la noche, vociferando, y con gritos descompuestos y absurdos todo lo aturde y lo alborota, si te desvelan las cuitas, si la ira te acucia, te punza, te solicita; si el odio te trabaja y te envenena? Haga el que quiera mentalmente un repaso por las artes y por las disciplinas todas y hallará que cada una de ellas exige el sosiego del alma, sin el cual no puede cumplir su misión. Por lo que toca a la disciplina gramatical, conocimiento de los objetos y de las voces que los expresan, la averiguación e inteligencia de los pasajes recónditos y difíciles en los poetas, oradores, historiadores, requieren un espíritu limpio de otras preocupaciones. ¿Y qué decir, si lo que se quiere componer es un poema? ¿Por ventura las musas no envían a los poetas a quienes inspira el divino soplo al esquivo apartamiento de los bosques, poblados de silencio y de religiosa soledad, donde ellas tienen su morada sacrosanta? *Los cantos*—dice Ovidio—*nacen en un espíritu sereno: los cantos buscan la tranquilidad y el retiro.* Quéjase Horacio de que en el tráfago y ruido de la ciudad de los rumores innumerables, como en Roma, no está en disposición de meditar versos canoros. Por esto los poetas que van a confiar a la palabra escrita algún grande y soberano pensamiento, desean alejar de sí el asalto de los cuidados enojosos y librarse de la turbia polvareda de la tierra. La dialéctica pide exactitud y tersura de juicio, no torcido ni oscurecido por la pasión. Aristóteles enseña que nada perju-

dica tanto a los dialécticos como el encendimiento y arrebató de la ira. El orador, embravecido de odio o inflamado de ira, ¿qué va a decir digno del ingenio y de los oídos eruditos? Se desahogará en aspavientos y en gritos roncos de furor y lo henchirá todo de manotadas y ruido. Y como no hay arte que más necesite del soporte de la prudencia, como el arte oratoria, a ninguna otra más que a ella conviene estar muy alejada de la pasión, del odio, de las enemistades, de la rabiosa efervescencia de la ira. Si estos afectos se posesionan de tu espíritu, ahuyentarán de él toda prudencia, sin la cual la oratoria es insana palabrería y no un arte de la mayor autoridad y excelencia.

Las artes matemáticas recógense en la sacrosanta soledad del alma y en su silencio, venerando con un tan intenso ensimismamiento y con una tal potencia de abstracción, que aun en el fragor y tumulto del combate y en la expugnación de la plaza fuerte, cuando ya el enemigo escalo los muros y se adueño de las puertas de la ciudad y prende fuego a los edificios, la paz y la quietud moran en el alma del matemático como leemos haber acontecido a Arquímedes cuando ocurrió el asalto de Siracusa por Marcelo. ¿Qué más? La filosofía, ora se ocupe en la contemplación de la Naturaleza o en el estudio y mejoría de las costumbres, ¿puede ser percibida y retenida por los espíritus sacudidos y azotados de la pasión? Quienes se consagraron a las curiosidades de la filosofía natural, no solamente renunciaban a todos los negocios, así públicos como privados, sino al cuidado de su propio cuerpo, hasta el punto que no sentían, no ya el vano ataque de ninguna ofensa, pero ni aun las enfermedades ni las moles-

tías que las acompañan, ni siquiera los dolores más agudos. Dijérase que se habían despojado de toda sensibilidad física al lanzarse a la exploración de la Naturaleza en viaje osado por los cielos y los elementos. Así Tales, así Pitágoras, así Demócrito y otros vivieron su vida, y a esas investigaciones consagraron sus talentos y la magnífica serenidad de sus espíritus.

¿Y qué diré de la filosofía moral, que pone la más armoniosa de las composturas en las costumbres y en el espíritu humano? Enderezada toda ella a la conquista de la paz interior y del contentamiento inalterable, ¿cómo podrá establecer su mansión en un pecho agitado y perturbado por las enemistades? ¿Y quién fué el primero que consiguió y enseñó esta filosofía en los pueblos de la Grecia, sino Sócrates, que por esta causa fué llamado y tenido por el más sabio de los hombres? En su espíritu asentábase la más augusta serenidad para el desdén de toda injuria, y era tan profunda y tan imperturbable su quietud, que acostumbró entrar en casa con la misma expresión de rostro con que de ella había salido y se impuso con un señorío tal a todas sus pasiones, que se llegó a creer que carecía de ellas en absoluto.

La ciencia del derecho es hija de la filosofía moral. ¿Qué otra cosa son los jurisconsultos sino, como dice Ulpiano, tomándolo de Celso, que sacerdotes del bien y de la equidad, y pontífices de la justicia? Si esa norma que conviene que sea de una inflexible rectitud sufre una torcedura, si esa fuente de la concordia se emponzoña, si ellos mismos, personalmente, se dejan influir por sentimientos de enemistad y odios; ellos, que son los garantes de la benevolencia y de la paz, ¿qué

esperanza va a quedar a los míseros ciudadanos, una vez perdido ese que es en las tempestades puerto único de la justicia y de la quietud, así pública como privada, si aquellos mismos que hacen profesión y promesa de repeler y castigar las injurias tienen el ánimo dispuesto para hacerlas? ¿Cómo medirá y discernirá lo que es recto, la vara torcida y viciada? Será como la regla lesbia, de plomo y flexible, buena, no para el prudente y templado gobierno con vistas al bien común, sino para la insana satisfacción del apetito y para servir a la propia pasión, perversidad e iniquidad las más grandes que puedan imaginarse.

Y si es menester que sean tales y tan desapasionados los maestros y los candidatos a estotras artes, todas las cuales son humanas, ¿cuál es preciso que sea el profesor o, atenuando el título, el ministro (pues profesor puede parecer un verbo demasiado ambicioso) de la sabiduría divina, aquel que San Pablo denominó *dispensador de los misterios de Dios*? Ello equivale a decir imitador de Cristo y semejante a los apóstoles. Lámpara de Cristo lucidísima es la paz, cuya lumbre guía nuestros pasos a aquel santuario sacrosanto, en cuya intimidad no penetraremos nunca sino con el socorro y con la ayuda de aquel divino Espíritu de mansedumbre, por cuya mediación llegaron a él los apóstoles: *El Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, El os lo enseñará todo y os recordará todo cuanto yo os hubiere dicho*. Superfluo resultaría tan gran beneficio divino y huera esta dádiva singular si las fuerzas humanas pudieran alcanzar por sí mismas lo que prometía el Espíritu Divino. Ciertamente es que las otras artes humanas están al al-

cance del espíritu humano purificado y esclarecido por la eficacia de la luz natural. Mas esta arte divina no lo está sin el Espíritu de Dios. Cada cual en su arte es maestro y es su más celoso conservador. El hombre defenderá lo humano; Dios defenderá lo divino. El curso natural de las cosas nos condujo a la religión; esto es, a lo más subido de la felicidad humana; y es la religión, como grandes autorés han sentido, la única cosa que nos separa de la condición de fieras. Y así es, en hecho de verdad; sin la piedad y religión para con la Divinidad, ¿qué fuera el hombre sino una bestia montesina, con la cabeza derribada al suelo, incapaz de levantar los ojos a su patria, a su remontado origen, entregado a sus apetitos, esclavo de los deleites? La religión es la que le levanta y sube su mente tan arriba, como la Naturaleza, en la constitución y apostura del cuerpo, fabricó su cabeza empuñada y alta. Sólo la religión comunica el retorno a la bienaventuranza. No fué poseída por los filósofos de la antigüedad, y por esto, al lanzarse en busca de esa bienaventuranza, formularon tantos y tan varios absurdos, que en tales autores no fueron herejías, sino simples opiniones erradas propias de escritores y de dialécticos. Único es el blanco puesto en el límite del campo; fuera de él hay un espacio vasto, infinito. Y no solamente hace bienaventurados a quienes consumaron ya la jornada de esa vida terrena, sino que también a los que están detenidos en esa mazmorra de grandes prendas y garantías firmes de ella. Por eso en la Sagrada Escritura los hombres piadosos llámense ya bienaventurados: *Bienaventurados los que en el camino no contrajeron mancilla y caminan en la ley del*

Señor; bienaventurados los que escudriñan sus testimonios y con todo su corazón le buscan. Y dice Nuestro Señor en su Evangelio: *Bienaventurados seréis cuando los hombres os odiaen por Mi; bienaventurados los pacíficos, bienaventurados los mansos; bienaventurados los que padecen persecución por la justicia.*

La verdadera y santa religión cristiana está en cierto modo comprendida en dos capítulos, y éstos son capítulos de amor, de caridad, de paz, de concordia, amor del prójimo, visible, y amor de Dios, invisible. Sábetese que en estos dos capítulos están contenidos y encerrados la ley y todos los profetas. Y quien lo afirma así es la Verdad sustancial: *La plenitud de la ley*, dice San Pablo, a saber: la guarda y observancia de la ley, *es el amor*. Y el mismo San Pablo así habla del amor de los hombres: *Quien ama al prójimo cumplió la ley, pues no adulterarás, no matarás, no levantarás falso testimonio, no codiciarás, y si todavía hay algún otro mandamiento, enciérrese en esta cláusula: amarás al prójimo como a ti mismo. El amor del prójimo no obra el mal.*

¿Y qué amor del prójimo puede haber en la discordia, pues que le aborreces y, rindiéndote a tu pasión, rechazas todos aquellos sentimientos que, nacidos del amor, por el amor son conservados? Estos sentimientos son la humanidad, la mansedumbre, la clemencia y aquel lazo de la sociedad humana que es la justicia. Despojas a quienes no lo merecen, no ya a los enemigos, digo, a los súbditos de tu enemigo, sino a tus enemigos personales, cuando aun a tu enemigo mismo, a quien sabes que eres odioso y aborrecible, la religión te manda socorrerle y vestir al desnudo y dar de comer al

hambriento. Y al revés: la discordia saquea, destruye, incendia, oprime, viola doncellas, estupra matronas; un soldado mercenario degüella a quienes jamás le ofendieron ni dañaron, a quienes nunca había visto ni siquiera de oídas conocía su nombre. ¿Qué necesidad hay de recordar los casos antiguos, que no tienen cuento ni fin, cuando los hay recientes y tan abundantes con tan amargo duelo nuestro? Muévanos aquello que contemplamos cada día con nuestros propios ojos. En esa Bélgica de nuestros amores vemos a muchos hidalgos que en tiempos fueron ricos, ir de puerta en puerta pordioseando, acompañados de sus esposas, cargados de hijos, a quienes él rayo de la guerra derrocó de su floreciente estado antiguo, vestidos con unos harapos, que antes no hubieran querido por estropajos de cocina o para fregar los suelos, tragando un pan y una bazoña cuya vista antes no sostuvieran sin la protesta e incontinencia del estómago. De estos mendigos también en Francia los hay muchos; y en Italia es precisamente todo lo que se ve en las ciudades, en las aldeas, en los caminos, en el campo, en los lugares deshabitados. Las mujeres, así las casadas como las solteras, con cuánto corrimiento y vergüenza mendigan un bocado que llevarse a la boca. Esa vergüenza sana se estraga poco a poco y desaparece de todo punto. Viven de prostituir su cuerpo muchachas de la nobleza, educadas bajo la vigilancia de sus padres, que eran los principales personajes del lugar, con toda honestidad y religión, echadas a ese oprobio por el golpe de la guerra. Yo no sé cómo hay hombre alguno, tan de roca o de diamante, que pueda reprimir sus lágrimas. ¿Quién

hay que pueda creer que, contadas a los reyes esas calamidades, persistirían ellos en su furia? Yo no puedo llegar a convencerme que sean ellos tan sin humanidad.

En el combate y en la victoria, por lo común, sólo se tienen consideraciones y miramientos por quien ocasionó la guerra y originó sus males. Quien paga las consecuencias son los inocentes que en nada pecaron. César Octavio, hostigado por la importunidad de L. Antonio, como quería él que pareciese, tomó las armas no de mala gana: encerró a Antonio en Perusa y, estrechándole muy de cerca, asedio y hambre obligáronle a capitular. César Augusto perdonó a la fuente y autor de la discordia, incluyendo en el indulto a sus soldados perfectos bellacos y malhechores; pero asoló la ciudad; muchos de aquellos míseros e inocentes ciudadanos, acosados por las fieras dentelladas del hambre, fueron muertos, y a los otros, desposeídos de todos sus bienes, lanzóles a la indigencia y a toda suerte y crudeza de males. ¿Cómo proviene de la crasísima estolidez de ciertos reyes aquello que, según se lee en Libanio, dice Menelao, reclamando a Helena en una asamblea de troyanos: *Hasta aquí—dice—la culpa del hecho se limita a solo Paris; mas, después de esa asamblea, si Helena no es devuelta, claramente daréis a entender que vosotros compartís la culpabilidad de su fechoría y a unos y a otros el delito será imputable, y por lo mismo nosotros nos vengaremos del autor directo del crimen y de vosotros que lo aprobáis.* ¿Como si ese recurso estuviera en manos del pueblo, todas las veces que quiere oponer resistencia a las desacertadas determinaciones de los príncipes! Si dijeran esto unos simples particulares, sin

ninguna experiencia de la vida, y disputasen en teoría acerca de la posibilidad de que tantos pudieran resistir a uno solo, con sólo querer, porque no tienen idea de que es la facultad lo que les falta, y no la voluntad, mi asombro fuera menor; pero ¿a quién no causará estupefacción que eso digan y eso afirmen príncipes y consejeros de príncipes, personajes dotados, de creer, de aquel ingenio, de aquella ilustración y de aquella experiencia que cabe suponer en quien tiene el oficio de aconsejar a quien gobierna pueblos y naciones, y que éste sea su sentir y su convicción sólida? ¿Quién lo sufrirá? ¿Por ventura no pueden conjeturarlo de sí mismos? ¿Acaso el pueblo sopesa sus voluntades; o, en caso que les apruebe sus gastos, puede impedir la ejecución de sus disposiciones y decretos? ¿Cuántas y cuántas cosas ignora el pueblo! Y otras cosas que conoce y reprueba; con todo, las calla o las critica a sovoz; y aun cuando atisba el peligro que encima se cierne, viéndolo y sabiéndolo, lo sufre y se deja arrebatar como por los remolinos impetuosos de un torrente hacia la pendiente donde se inclina la voluntad del príncipe, no la suya, por no ir a dar en el mal peor de la rebelión amotinada y de la guerra civil. Si los príncipes no se volvieren locos, ¿considerarían a esos hombres merecedores de que se los empujara como a las bestias, que se los despojara, que se los pillara, se los oprimiera, se los llevara al degolladero?

Se exculpan con decir que no pueden llegar al enemigo sino mediante ellos. ¿Qué cosa piensan ser más justa: afligir a inocentes por castigar a un culpable, o perdonar al culpable por no dañar a quienes no lo merecen? Llamados a consulta la

Humanidad, la equidad, la razón, la Naturaleza, Dios, se declararán por el segundo extremo. Pero como en las consultas de los príncipes se repudia el acceso de estos consejeros tan sesudos, los príncipes que no llaman más que a la crueldad, al furor, malos espíritus, votan por el primer extremo. En la antigüedad, Augusto perdonó a los alejandrinos en interés de Arrio, muy su amigo: por uno solo el perdón alcanzó a tantos. Esto hacen los grandes hombres cuerdos, aun cuando su enemigo tenga que permanecer salvo y seguro. Y estos otros, crueles y desalmados por la perdición y muerte de muchos miles, buscan a uno solo sin la seguridad de que sufrirá la pena quien la mereció, mientras infaliblemente son castigados los inocentes que no lo merecieron. Yo no atino con la disculpa que pueden tener tales determinaciones y tales obras. Parte no exigua de la equidad y no la peor es que cada cual cumpla con su cometido. Pues bien: no hay nadie que pueda cumplirlo normalmente, que tenga que obedecer a los dictados de su odio, que tenga que dar cebo a sus enemistades, que tenga que maquinar venganza, ora sea un simple particular o sea un funcionario público. Ni el mismo rey, ocupado y sorbido por el sumidero de la guerra, puede cumplir con sus deberes de rey, que monta tanto como decir con sus obligaciones de padre. No le queda tiempo para oír a sus vasallos, uno por uno, ni para entender en las causas, ni para atender a las quejas que de todos lados se elevan a él, como a padre común, ni para interesarse y socorrer a las ciudades mismas que le imploran auxilio. No chocheaba, no, aquella mujer anciana, que habiéndole respondido el emperador Adriano que no tenía espacio

para oírlo. le replicó con viveza: Tampoco debieras tenerlo para reinar. Desairada la justicia, que todo el mundo sabe ser el vínculo de la solidaridad humana, de rechazo, por simultaneidad instantánea, sucumbe aquello que en la sociedad anda unido estrechamente a la misma justicia. la libertad, quiero decir, que hace que un hombre sea por el otro considerado como hombre y no como bestia. No puede un río nacer de una fuente cegada ni hay ley posible sin el resguardo de la justicia: *Callan las leyes entre las armas*, dice el viejo Ennio, *ni dejan que se las espere*. Como Cayo Mario, después de su victoria, concediese a alguna ciudadanía romana contra las leyes, haciéndoselo constar así después del hecho, respondió que *el ruido de las armas no le había permitido oír su voz*.

Puesto caso que las leyes dan a los buenos tutela y seguridad, y conminan a los malos con penas y suplicios que les infunden miedo, la discordia, trocados los papeles, produce pavor en los buenos y a los malos les garantiza impunidad y seguridad:

Entonces a los odios fué dada toda licencia, y la ira, libre del freno de las leyes, se dió a sí misma curso libre. No se dió todo a uno sólo, sino que cada cual se creó su propia maldad. El vencedor dió órdenes una vez por todas.

Esto dice Lucano; y poco más arriba había dicho:

Suelta las manadas de esclavos, y las ergástulas donde se forjaba el hierro dan paso a las hordas feroces. Nadie podría llevar el guión del general, sino quien del crimen se había hecho un hábito, no sin haber introducido el sacrilegio en los reales.

En el desatamiento de odios tan

grandes, ¿quién puede levantar su pensamiento al amor de Dios y a la religión? San Juan, aquel íntimo de Cristo y conocedor de sus arcanos, dice terminantemente que si alguno afirmare amar a Dios mientras aborrece a su hermano, es un mentiroso. Y no se permite dar culto a Dios ni al que recela y se precave contra el prójimo ni al que le tiende lazos y celadas. No podemos pensar en Dios con un espíritu poseído por sentimientos ajenos a Dios, que es suma tranquilidad y sosiego serenísimo. Los santos pensamientos todos huyen de la agitación y de los remolinos de las pasiones, que los alejan con la violencia de una artillería. Descuidado el respeto que a Dios se debe, se hace menosprecio de todo lo que, en gracia de El, merecía veneración y culto; profánanse los templos, los lugares sagrados reciben ultraje; ni hay reverencia para los sacramentos ni aun para la Eucaristía, donde está presente la Divinidad. Yo he conocido un pueblo en el cual son muchos los que van a la iglesia con el solo fin de ver y experimentar la deferencia que les tiene y el agasajo que les hace, en significación de su amistoso afecto, la devota concurrencia. Por tiquismiquis de precedencia, originanse discusiones, riñas, pugnanzas, golpes, heridas y, a veces, muertes. Estos tales, en la concordia atizan la discordia; en aquel lugar de paz, nace la guerra para ellos. ¿No fué, por ventura, en el acto de adorar el Santísimo Sacramento cuando los enemigos cosieron a puñaladas a Galeazzo, duque de Milán, como de recuerdo de nuestros padres, también a Juliano de Médicis, padre de Clemente, el Papa actual?

¿Por qué he de añadir aquello que el ánimo tiembla de sólo recordarlo y que yo callaré para honor del si-

glo pasado y por respeto a la posteridad? ¿Y nos admiramos de que sea tan seguida y continua la cadena de males que aflige a la cristianidad, siendo nosotros mismos, los admirados, los que los llamamos y nos los forjamos con nuestras propias manos? Los juramentos y las blasfemias pasaron ya al vocabulario de la profesión militar. Obispo hubo en España, guerrero, por más señas, y por lo mismo, empuñando dos espadas, adalid de huestes espirituales y de milicias terrenales, que reprendió acremente a un soldado que juraba poco y con timidez, porque no blasfemaba con la debida virilidad. El espíritu perturbado, en el arrebatado de alguna pasión, no vacila en jurar en falso, mientras condesciende consigo mismo, y la maldad, por su no rota continuación, pasó a práctica y fué recibida como costumbre hasta un punto que no solamente se consiente y tolera, sino que se considera aceptable y laudable. *El pecador, cuando se despeñó a lo más hondo de la sima de los pecados, no hace caso. ¡Oh costumbre de pecar— exclama Cicerón —, cómo gustan de ti los improbables y los audaces, cuando faltó el castigo y siguióse la licencia!* Los ánimos irritados dirigen a Dios, a Jesucristo, a la Santísima Virgen, denuestos tales que nos correríamos de dirigirlos a un alcahuete o a una ramera. ¿Qué hombre hay, estimador agudo de las cosas, que pueda persuadirse de que tengan un adarme de cristiandad aquellos príncipes que, con tal de saciar la crudeza de su odio, no vacilan en tolerar esas bocanadas infernales y en darles no solamente impunidad, sino motivación y estímulo? ¿Y todo esto subsiste y se complace con la religión? ¿Y qué voy a decir respecto de su cordura y de su prudencia? ¿A esos que por la

paga o por otros motivos baladíes ves echar reniegos y feísimas injurias contra Jesucristo y todos los santos, confías y encomiendas en tiempo de guerra tu reino, tu salud, tu vida y descansas tranquilo en un juramento suyo de que no traicionarán ni abandonarán tus banderas a quienes ves a cada momento jurando y renegando de su fe? *Muerto Galba—dice Plutarco—, Otón obligó al Senado a prestar juramento según la fórmula que le impuso.* Como si los senadores fuesen otros o fueran adoradores de otros dioses, se avinieron a jurar aquello que el mismo Otón y el Senado, habiéndolo jurado por Galba, no llegaron a cumplir. Y no solamente la religión y la piedad son conculcados por el soldado blasfemo, sino también por el mismo privado o favorito del rey, craso y estúpido, que está todo el día ocioso o tumbado en el aula regia, hace clara mofa y escarnio de la religión y de la reverencia que a Dios se debe o habla valiéndose de indirectas y de ambiguas expresiones. Si alguno, en medio de los furros bélicos desatados, se aventura a hablar de la piedad, del amor del prójimo, del respeto debido a Dios, no es sola la nobleza desidiosa e inerte, que con facecias muy frías y muy impías ataja aquella conversación, sino que también la rechazan con gran asco los mismos señores del consejo, graves por su persona y por su uniforme y por la opinión de los otros y la suya personal de su propia increíble suficiencia. La autoridad de que están investidos llegó a tal punto, que creen ya ser bastante repudiar un parecer con un simple ademán o declarando no ser ello así, con campanudo dogmatismo.

Otros hay quienes ante algún aviso de alguna mayor mansedumbre o

cristiandad, declaran que ello parece bien en monjes, allá en su monasterio, pero no en la corte del rey, sede del régimen; y discuten de la conducción de la guerra y del gobierno de los pueblos con un desparpajo y una insolencia tal, que no los consintiera en sus respectivos estados mayores, ni Aníbal, ni Dionisio, ni ningún tirano de la gentilidad. Como si no existiese diferencia entre un príncipe cristiano y otro pagano o sólo se sufriesen en los monjes las prácticas cristianas, al paso que todos los otros y los reyes, en primer término, están libres y exentos de toda traba y de toda ley. Cada uno está libre de las que se impone él a sí mismo, no de las que le impone otro mayor o más poderoso. Esto es de ver entre los mismos soldados de filas; sus leyes no obligan al camarada, pero sí le obligan las órdenes del capitán a cuyo mando está. El capitán, que es autónomo y libre en la órbita de su gobierno, es súbdito del rey y está obligado a su obediencia. Y si es cierto que todos están sujetos a las leyes del más poderoso y los hombres flacos, de otros más flacos que ellos, ¿quién se eximirá de las leyes eternas de Dios todopoderoso, en cuya comparación todo el otro universo mundo es menor que la pura nada ante algún ser grande y admirable? Tú, pues, hormiguilla, racionera efímera, ¿levántaste contra la eterna omnipotencia de Dios y siendo el más lerdo de los animalillos cavilas contra la sabiduría divina?

Otros hay que, cegados por la rabia y por una pasión, que son impotentes para dominar, interpretan y entienden aviesamente las cosas sagradas, solamente por no convenir en la opinión con quienes no concuerdan en la voluntad. Y, mientras

tanto, aquellas otras que son de verdadera y auténtica piedad, oscurécenlas de una parte y otra con odiosos altercados y porfías, y las atomizan y reducenlas a polvo como con el frote de dos muelas. Dice un proverbio nuestro: Cuando los molineros se pelean, ¡ay de la harina! En estos últimos tiempos, la religión quedó tan afectada por estas pelamesas, cual no lo puede llorar suficientemente ningún buen cristiano. Entre las personas doctas, por destemplanza de unas y de otras, se hizo materia de dudas y de controversias, a cosas que, una vez afirmadas y establecidas, hubieran debido quedar inamovibles, sin que volviesen a ser meneadas en lo sucesivo. Por esas riñas de doctores comienzan a resquebrajarse en los espíritus de muchos aquellas convicciones que, a guisa de puntales y de apoyos para los débiles y caedizos, pusieron a la verdadera y sólida piedad varones probos y cuerdos. Y lo que es más amargo y más triste y más para llorar es que es la esencia de la religión lo que vacila y se tambalea.

Y no se puede acudir a tamaño mal ni aplicarle remedio alguno sin una consulta común en asamblea ecuménica. Las discordias entre príncipes incomunican a los pueblos que no pueden acudir a esa cita general y los tenaces odios entre las gentes doctas traen divididas las conciencias que no pueden congregarse para ese examen y deliberación común, y ello tan irreconciliablemente, que cualquier gestión para su acercamiento tiene sus riesgos. Así como cuentan los historiadores que en los reales de Cneo Pompeyo hubo un Domicio y un Apio y algunos otros temperamentos violentos que sostenían que debían ser considerados y tratados como

enemigos aquellos ciudadanos adscritos a una zona templada y mantenedores de su neutralidad, así también ante los unos y ante los otros aparece sospechosa de parcialidad a favor del enemigo la más pequeña alusión que se hace a la reconciliación y a la paz, como si nadie pudiera desear la concordia sin sacrificar la imparcialidad al bando adversario. ¿Acaso no puede uno tener la parcialidad que cada uno de las dos parcialidades en pugna llegaron al mutuo aborrecimiento por un impulso de su espontaneidad, y no fueron empujados a la violencia del cisma por imposición exterior alguna? ¿Acaso será ajeno a la cristiandad entablar coloquio sobre un asunto eminentemente cristiano o, por mejor decir, cristiano esencialmente y desear, aconsejar, procurar aquella unidad en el amor que Cristo recomendó, que Cristo mandó exclusivamente? Ninguna demostración de bienquerencia media entre los unos y los otros; todo es hostil, todo es esquinado, todo es ceñudo y rebosante de odio capital; se combate a hierro y a fuego, con violencia y saña, como si de una propiedad se tuviera que echar un ocupante injusto y no desterrar del entendimiento una posición equivocada; se pelea por una materialidad, por el mando, por la supremacía, por la Fortuna, por la vida; no por verdad alguna dogmática ni por la religión de la mansedumbre. Este procedimiento, que es como una riña entre villanos, es el más indicado para echar los cuerpos de los campos y de las ciudades, no para librar del error las conciencias. ¿Quién registrará, no sin quebranto muy amargo, cuánto perdió el nombre cristiano entre las guerras de los príncipes y las ideologías en pugna? En los días de San Jeróni-

mo, cuando Constantino Augusto, que ya había abrazado nuestra religión, ordenó la demolición de los templos paganos, cosa que aconteció poco más de trescientos años después de la pasión de Cristo, por la espaciosa faz del Imperio romano no había más religión que la cristiana. Aparte de que aquel príncipe, personalmente, iba en seguimiento de lo mejor, tiempo hacía ya que la superstición pagana iba perdiendo todo su calor y se derrumbaba. Adoraba a Cristo todo cuanto espacio campea entre Cádiz y el río Eufrates, que eran los límites del Imperio romano. Paso a paso hemos venido a dar en tales estrecheces, que apenas poseemos una sexta parte de aquella extensión de tierras. Perdimos el Africa en su totalidad, desde Tánger hasta el Nilo, Egipto; ambas Arabias, Palestina, Siria, Asia, el Ponto y casi toda aquella Grecia imbuída y formada por el apostolado de Pablo en una filosofía mejor. En ese rincón que nos ha quedado, andamos metidos en alborotos, en guerras, en locuras. Así, tan precariamente y con tanta dificultad, defendemos este poquito de terreno, este resto menguado de tan brillante fortuna. No sé qué presagio, de una inmensa calamidad, anidó en mi alma. ¿Qué buena esperanza podemos alentar para el futuro, o qué consuelo nos resta de tamaños males, si nuestros enemigos conspiran para nuestra perdición y agrupan sus fuerzas en un común esfuerzo y en una ayuda común, al paso que nosotros, en un momento crucial de nuestra existencia, colaboramos para todo lo contrario, para desertar los unos del lado de los otros y perdernos mutuamente o, mejor aún, unas veces solapadamente y otras veces, a la luz del día, trabajamos para llevarnos los unos a

los otros a la más crítica de las situaciones, facilitando nuestra perdición?

¿No hubo en España un cierto conde, don Julián, quien por diferencias con el rey Rodrigo, por el portalón de Andalucía, cuyo gobernador era, introdujo a los moros en España, donde quedaron pegados al suelo hasta nuestros días? Aquella calamidad extravasada de nuestra patria, hubiera assolado el mundo cristiano, si a España le tocara un rey como muchos de los reyezuelos agarenos. ¿No entregó a Rodas un caballero felón que hubo en la orden militar de su nombre? No quiero recordar las causas del desastre constantinopolitano ni, golpes frescos todavía, consignar por quiénes estos últimos años fué llamado y solicitado el Turco para que oprimiese con sus armas las armas de los cristianos enzarzadas en lucha fiera consigo mismas. ¿Creemos que a éstos ni aun en sueños se les ocurrió pensar en Cristo, ni en el alma humana, ni en la muerte, ni en la vida?

De todo esto se deduce que nosotros menospreciamos y conculcamos el santo nombre de Dios, y por ello hablan mal de nosotros los paganos, quienes, viendo que llevamos una vida tan alejada de los mandamientos de la religión que profesamos, sospechan que es pura vanidad lo que decimos y que representamos una comedia vil. Este alejamiento nuestro de nuestra propia religión, les aleja a ellos todavía más y se confirman más robustamente en su error, en el cual se ven vivir con mayores sentimientos de humanidad y más conformemente a la razón y a la naturaleza que nosotros, con nuestras verdades reveladas y los preceptos de la filosofía celestial. El mundo fué conducido a Cristo por

la concordia, por la paciencia y por la caridad recíproca, al ver los hombres que los seguidores de Cristo no solamente estaban bien avenidos consigo mismos, sino también con los extraños, que aun a sus propios enemigos y perseguidores querían bien y devolver beneficios por ultrajes a quienes les habían inferido las mayores injurias. ¡Tan lejos andaban de acordarse de la ofensa y del daño! ¿Quiénes iban a tener tan de peña el pecho, quiénes de tan riguroso hierro el corazón que no se dejaran conmovir por esos ejemplos de alma elevada y verdaderamente celestial, más alta que todas las contingencias humanas? En la concordia de los príncipes que hubieran depuesto las armas y de las opiniones por haber impuesto su señorío la templanza y la razón, sin resabios de odios ni de apetitos, podría encontrarse el remedio para tantos males. Ninguna cosa consolidó tanto nuestra religión como la concordia de los cristianos, ni ninguna otra como la disensión la enflaqueció y adelgazó tanto. Y, en efecto, para el cristianismo, que es la ley de caridad, ¿qué cosa puede haber más apta y más congruente que la avenencia, la paz, la concordia, la unanimidad? ¿Y qué cosa más contraria y más nociva que cualquier linaje de disensión? En previsión de ello, San Pablo increpa severamente a los corintios, y a través de ellos a las iglesias todas, porque existían en su seno ciertos pleitecillos y cuestioncillas, aun cuando fuesen leves a primera vista. Pero en lo que atañe a la discordia no hay cosa tan chica o tan contentible que no dañe a la caridad y que, poco a poco y muy de callada, no acabe por levantar una gran llama y un incendio devorador, atizada por cualquier movimiento o avi-

vada por cualquier soplo, bien así como una chispa ardiente que vino a dar en la estopa.

Y ese mismo apóstol, con cuánta solicitud y con qué palabras tan llenas de medida y de palpitante ansiedad escribe a los fieles de Filipos: *Si hay en vosotros alguna consolación en Cristo, si algún refrigerio de caridad, si alguna comunión de espíritu, si algunas entrañas, si alguna conmiseración, haced cumplido mi gozo, sintiendo todos lo mismo, teniendo una misma caridad, unánimes, gustando todos lo mismo. Nada hagáis por contienda o por gloria vana; antes, sienta cada uno humildemente de sí mismo, estimando al prójimo superior a sí, no mirando cada uno sus propias conveniencias, sino las de los otros.* Y así como la religión es el camino para la bienaventuranza y es ella misma la bienaventuranza, así no hay cosa más sabrosa ni dulce que la concordia y la amistad. Quien de la vida quita la concordia, en frase de Cicerón, quita el sol del mundo. No hay felicidad mayor que la de amar, aun cuando no seas correspondido; y no hay acedia ni miseria más grande que el no amar y más siendo tú amado. No será el afecto ajeno el que te haga desdichado o feliz, sino el tuyo. Ningún sentimiento difunde en el alma tanta alegría como el amor; ninguno, tanta lobreguez y borrasca como el odio. El simple hacer bien, inspirado por el amor, cuánta dulcedumbre no entraña, y cuánta hermosura, y cuánta dicha, como dice San Pablo, y, por cierto, con las mismas palabras del Señor. ¡Cuánta fuerza tiene! A tal punto, que quiera dar y beneficiar con frecuencia quien caído una vez aquella dulzura. De ahí aquel dicho, a saber: que la liberalidad es un abismo sin suelo.

Tales son los males de la discordia; éstos, los bienes de la concordia. ¿Quién fué el que apartó al hombre de tan grandes bienes y le arrastró a males tamaños? Debíó de ser el genio del mal, algún fiero enemigo nuestro; acaso, el enojo de Dios, y, sin duda, el hombre mismo que se daña a sí queriendo dañar a otro y que, a través de males suyos ciertos, intenta ajenos males inciertos. Dime con franqueza: ¿Monta tanto la discordia y aquella insana e inhumana satisfacción de la venganza que se deban por ella sufrir tantas molestias y males tantos, preteriendo y abandonando tantos bienes y tantas ventajas?

Ambos estados, la concordia y la discordia, han dejado en todo tiempo sus huellas correlativas en enérgico contraste. La concordia congregó el humano linaje, fundó las ciudades, las engrandeció, las conserva; introdujo las artes provechosas a la vida, el holgado bienestar, el cultivo del espíritu; hizo grandes hombres en sabiduría, en erudición, en virtud. La discordia, en deplorable paralelismo, dispersó a los hombres y los hizo errantes, los llenó de miedos y terrores, recelosos de todo lugar, desconfiados de cualquier otro hombre, como el pie, no bien curado de la lesión de una espina, no asegura su huella con firmeza. La discordia, quitadas las leyes, roto el lazo de la concordia, aventó la comunidad humana, derrocó edificios, villas, ciudades; arrancó cuanto tenía sus raíces en el suelo; trajo el hambre, la peste, la falta de todas las cosas; trajo la ignorancia, la holganza, la inmoralidad, y en la soldadesca licenciada reclutó los más valientes y atraidorados bandoleros. Esta metamorfosis es una de aquellas que los estudiosos de fenómenos naturales dicen pro-

ducirse entre naturalezas afines y sustancias fronterizas, entre las cuales hay como un puente de transición. Sean cualesquiera las tierras de donde regresa un ejército disuelto, trae consigo a su patria toda cuanta morbosidad y vicio tenía aquella nación que fué teatro de sus campañas; los achaques todos, así físicos como morales, de que adolecía. Del mismo modo que la cebolla cortada atrae a sí todo cuanto tuvo en su cercanía de malo y vicioso de la humedad o del aire, y nada saludable y bueno, así también los soldados, cualquiera sea el país donde pusieron el pie, nunca sacan de allá las buenas y sanas costumbres, si las había, sino lo morboso, lo pestilencial, la criminalidad, los vicios que luego al punto confluyen a los campamentos, como a una cloaca inmensa por un desagüe pronunciado. Estas son las antiguas quejas de aquellos romanos viejos, fuertes y cuerdos, que deploraban que sus conciudadanos hubieran sido corrompidos por Sicilia, por Grecia, por el Asia y que de aquellas lejas tierras hubieran los soldados traído a su ciudad, con las armas y con la victoria, una perversidad de costumbres, en contraste vehemente e irreducible con la santidad de las antiguas costumbres romanas. Yo no quisiera vapulear con demasiada frecuencia esa época nuestra; pero hoy en día nadie ignora qué extravíos, qué costumbres, qué opiniones y qué juicios, qué maldades, en fin, pasaron de unas a otras naciones a través de los ejércitos; esto es, por las rutas militares. ¡He aquí, pues, lo que nos hemos buscado con tanto alboroto y polyareda marcial, con tantos males ajenos y propios! Casi nada más que decepción y llanto y quejas airadas, puesto que cada uno de los ejércitos vuelve a

su tierra, más pobre y más empeorado, con la pérdida de lo suyo y de lo del enemigo. Verdad es que, a veces, se amplía el dominio; pero es precario ese engrandecimiento que en breve se ha de perder y aun alguna vez, con intereses muy crecidos, cuando el vencido eventual movilliza huestes nuevas y contraataca al efímero vencedor cansado y agotado de su propia victoria pírrica.

Pero bien está que subsista el dominio engrandecido. Y dime: ¿Qué otra cosa es crear un pujante Imperio, sino, como dijo un filósofo muy cuerdo, amontonar materiales para un colosal derrumbamiento? A poco que lo consideres, te convencerás de ello. Vivaz demostración de todo esto son tantos emperadores romanos que en el mundo han sido. Los unos, que habían tomado la determinación de abarcar y defender tan extenso señorío con su diligencia personal, abrumados y casi sin respiro bajo el peso de mole tan inmensa, acababan por volver los ojos a aquella envidiable vida privada que antes gozaran y a su solo recuerdo levantaban el ánimo deprimido, con una cierta esperanza alegre de volver a ella. Uno de estos fué César Augusto, que tantas y tantas veces ponía ante los ojos de su espíritu aquel ocio bienaventurado en que pensaba de nuevo sumirse, cuando pudiera deponer la máscara de aquella representación que le tocó desempeñar, tan enojosa, tan insoportable, tan preñada de odiosidades y desabrimientos. Y entre esos emperadores, no faltaron quienes, sin más ni más, se fueron a la vida privada o, lo que es lo mismo, por su propia iniciativa se echaron cabeza abajo de aquella cumbre y empinación, por haber visto que allá, al pie de la torre alta, les sonreía una vida fácil y feliz. Otros, por fin,

atollados en la ciénaga de los deleites, pensando ser la vida regalada y muelle el premio de su grandioso poderío, la misma volubilidad resbaladiza de aquella mole gigantesca que nunca se asienta en terreno firme los arrastró a fatales sumideros, de los cuales no pudieron salirse. No tienen cuento estos casos ejemplares, que son análogos, por no decir idénticos, en todo el linaje humano. No, sin razón, un rey de suma cordura, al ofrecérsele la púrpura real, exclamó: *¡Paño de honor más que de contento: si alguno supiese cuántas desazones, cuitas, calamidades y gemidos abriga no querría, si lo encontrara, levantarlo del suelo!* ¿Qué otra cosa es en las naciones y los estados el gran poder, sino ocasión de todos los vicios y maldades capitales y aborrecibles que de todo el mundo confluyen en toda ciudad populosa como en una gran sentina? No van la maldad y el crimen en pos de la escasez y pobreza, sino que se hacen cortesanos de la opulencia y de la vida regalada. ¿Qué linaje de bellaquería puede imaginarse que cuando Roma era cabeza de las naciones no estuviera en su apogeo, que no fuera tenido en gran estima, que no reinara con absoluta soberanía? Adulaciones, partidismos, perjuicios, homicidios, conscripciones, fraudes, adulterios, estupros, exquisiteces e indecibles variedades de lujuria, conjuraciones, sobornos, votos falsos, testigos falsos, avaricia, insolencia, envidia, parricidios; todas estas enormidades eran entonces tan frecuentes, tan cotidianas, así en las clases elevadas como en las humildes, que con su reiteración habían perdido todo sentido y no tenían más importancia que el comer, el beber o el dormir; hasta tal punto se endureciera, encalleciera y encanallece-

ra el increíble asenso y colaboración de la ciudad en el crimen.

Y si una que otra epidemia, cuando se encarniza y se propaga, basta para acabar con una nación asaz poblada, ¿qué no podrán estas tan numerosas y tan crueles epidemias unidas echándose como en escuadrón cerrado sobre una ciudad determinada, ¿qué estragos no causarán? En aquel pueblo, ¿qué cosa van a dejar entera e intacta? Y así es como la entereza, la continencia, el trabajo, la templanza, la frugalidad, el culto de la amistad pura y desinteresada eleva en gloria y poderío a aquella nación en donde se las admite muy por encima de las otras, con la misma correlatividad con que los vicios contrarios las derrocan y descuajan. ¡Cuántas y cuántas veces los escritores latinos deploraron la postración y corrupción de costumbres del pueblo romano! ¡Y cuántas y cuántas veces los escritores griegos, las del pueblo ateniense y lacedemonio! Citaré un solo pasaje de Isócrates, en el cual este orador, con pocas palabras, llenas de gravedad y buen sentido, enumera los males de la gran fortuna y del imperio grande: *Eso—dice—que vosotros llamáis imperio, a cualquiera no le costará mucho entender que no es sino calamidad pura, por cuanto, naturalmente, tiene la eficaz propiedad de malear a quienes los poseen. La más clara demostración de esto consiste en la extrema corrupción que nos han acarreado a nosotros y a la ciudad de los lacedemonios. Aquella República, que por espacio de ochocientos años seguidos había conservado en un mismo ser y firmeza su hegemonía, poco a poco, luego de haberla dañado seriamente, la va divolviendo en su totalidad. En lugar de la usanza antigua y de la cons-*

titución que le dieron sus mayores, a tenor de las cuales acostumbró regirse, en la actualidad imbuye a cada uno de los ciudadanos en la indolencia, en la bellaquería, en los torcidos apetitos, acaparando bienes y multiplicando injusticias. Y esa hegemonía misma hizo la sospechosa a sus aliados de avidez por poner mano, sea como sea, en el botín, cuanto más cuantioso mejor. de los enemigos vencidos y de que no va a hacer caso ninguno de alianzas, pactos ni juramentos.

Así habla Isócrates en un discurso que trata de la paz. Por estas causas y razones, vemos a todos los pueblos poderosos, sin excepción, oprimidos y despedazados en el curso de su felicidad, o vejados y empujados a las más críticas situaciones, e infaliblemente, al fin y al cabo, disueltos y comidos antes por sus vicios y corroídos por el cáncer de sus propias maldades. Ninguna necesidad tengo de mentar los viejos nombres de Atenas, Esparta, Tebas, de la misma Roma y aun muchos otros. Pueden servirnos de aviso los escarmientos de vecindad con que nos aleccionan España, Francia, Italia.

Allégase a esto que un imperio, sea el que fuere, no puede ser agradable a quien considere con cuánta crueldad, con cuántas matanzas, odios y maldiciones, con cuánto daño y quebranto, los mayores que pueden imaginarse contra sí mismo y contra los otros, llegó a formarse. Y ello es de tal importancia, que cualquier poseedor se saborea y deleita con pensar con qué malas artes se consiguió.

Primeramente, no-hay cosa alguna de que huya y sienta más viva aversión el alma humana a quien la Naturaleza hizo dueña de sí, que cualquier apariencia de meditación

o servidumbre, que nunca se dejará doblar por daños, por multas, injusticias, siendo así que tampoco se dobla por beneficios violentos. Y con todo es posible conquistarla con blanduras y con halagos, sin mella en la entereza de su libertad. Implacable y capital es el odio de aquel que es arrastrado a la obediencia por la coacción o el miedo. No fué desatinada la advertencia que a Alejandro hizo aquel escita: *Guárdete el cielo de pensar que te son amigos aquellos a quienes sojuzgaste: entre el esclavo y el dueño no hay amistad posible.*

A estos odios instintivos han de sumarse las quejas y la ojeriza de aquellos mismos de quienes recibe ayuda, por la imposibilidad de compensar el volumen de aportaciones y esfuerzos. No existen riquezas capaces de hartar la avidez de un soldado, ni cualquiera que sea la victoria que consiguiere devolverás a los ciudadanos todo cuanto los quitaste con ocasión de la guerra y todo el tiempo que ella duró. El resultado es que por un enemigo que combatiste, te has hecho dos: aquel en quien ejecutaste armado tu saña y tus propios vasallos, para con quienes fuiste, aun sin armas, no menos cruel, y aun a veces con las armas y el terrorismo, porque no rehusasen tu mando insolente y agobiador. ¿Son éstos los frutos de la victoria, que tras de haber exprimido y agotado los recursos de tu reino, para con el cual el cielo y la tierra, de consuno, te mandan tener un ánimo de padre, metas en él diez millones de malos soldados, que equivale a decir diez millones de ladrones, que turben e inquieten cada día el orden público, vejen la artesanía, quebranten las leyes, apolllen la virtud y empujen y aceleren el derrumbe de las costumbres pú-

blicas, que ya andaban algo resentidas? Y estos males no duran uno que otro mes o siquiera un año, sino que ahondan tanto y con tal ahinco en los espíritus y en las cosas, que su extracción y descuaje es operación larga y difícil. Las huellas de cualquier ejército, de paso por un país amigo, llegan a verlas los hijos, y las de una hueste que pasa por tierra hostil alcanzan a verlas los bisnietos, bien marcadas y distintas, y no las llega a borrar la antigüedad, madre del olvido. A su vista surge el recuerdo de los que tal hicieron; y de ahí, odios y enemistades tenaces que remanecen y recrecen todas cuantas veces su contemplación renueva la memoria calamitosa. Pluguiera al cielo que no tuviéramos ejemplos tan cercanos.

Los romanos, como mantuviesen en Italia muchas y grandes guerras, habiendo infligido grandes desastres y hecho muchas rapiñas y ocasionado copiosas destrucciones, entendieron no serles posible subsistir en medio de tantos y tan enconados odios fronterizos, si no se atraían y ganaban el afecto de los pueblos vencidos con algún beneficio insigne; concedieron la ciudadanía romana a casi todos los pueblos de Italia con la idea de que Roma fuese como la patria común de todos y que se persuadieran que la guerra no se había hecho contra ellos, sino a su favor, y que la victoria no beneficiaba menos a todos los itálos que a los romanos solos, y que los reveses no eran los otros quienes los sufrieran, sino ellos mismos. De aquí nació aquel aforismo de política ejemplaridad, a saber: que *u los romanos les habían engrandecido la clemencia y el perdón*. Y así fué; utilizaron en lo sucesivo como aliados de la más fina fidelidad a los mismos a quienes perdo-

narafi luego de vencidos y desarraigados.

Este mismo hecho comprobámoslo todos los días no solamente en pueblos y estados, sino también en cada uno de nosotros. Todo aquel que se afaná por conservar la amistad o con su silencio, o con sus atenciones, o con un delicado disimulo de la injuria y de la ofensa, posteriormente experimentó, lleno de benevolencia y de cariño, a aquel mismo a quien conociera como acérrimo enemigo, si hubiera querido llevarlo todo a punta de lanza, sutilizándolo y apurando la justicia o, mejor dicho, su implacable pasión, y no a él solo, sino a otros muchos exasperados por su saña irritante, que fácilmente se conjuraran para sacudirse aquella calamidad e incendio público. Reinaba César Augusto en Roma, esto es, en una ciudad no hecha todavía a la servidumbre. Así que fué objetivo de las asechanzas de muchos a quienes movía el brazo el recuerdo de la libertad o la disconformidad con el presente estado de cosas, o la codicia de escalar aquel alto asiento en que le veían colocado a él. De todos ellos tomó vindicta muy severa. Con todo, la represión no descorazonaba a nadie: cortó la cabeza a Salvieno, sí; pero a continuación le siguió Lépidio, hijo del triunviro; eliminado éste, surgió Lucio Murena; después de Murena, Servilio Cepión; luego, Ignacio. Nombres ilustres habéis, porque me propuse callar los de los esclavos y de los plebeyos que levantaron su brazo a tamaña osadía.

El último de la serie de estos frustrados magnicidas fué Lucio Cina, que tomó la bien madurada determinación de agredirle mientras sacrificase, inmolándole cabe el altar, como otra víctima, la más pingüe que pudiera ofrecerse a los dioses libera-

dores. Alguien reveló a César el intento. Augusto, entristecido y preocupado porque no había represión que acabara con tantas conspiraciones como contra él se maquinaban, puesto que ningún resultado efectivo había tenido su ya probada severidad, tomó la determinación de seguir otro procedimiento. Llamó a Cina a su presencia y le comunicó todo cuanto tenía averiguado. Silencioso y convicto y confeso el agresor ocasional, díjole César que le concedía vida, fortuna, dignidad y toda cuanta distinción civil podía otorgarle, para que comenzase entre ellos la amistad desde aquel día mismo. Y en efecto, Augusto, desde aquel día mismo y mientras la vida le duró, tuvo por el más fiel y el más amigo de todos sus amigos a Cina, que al morir le nombró su heredero. Desde aquel momento ya no fué objeto de agresiones. Es admirable, gracias a este rasgo de clemencia, cuánta adhesión pública se granjeó y la obediencia total sin reservas de todos los súbditos de tan vasto Imperio. En esta competencia de lealtades, de nadie experimentó más cariñosa fidelidad que de aquellos a quienes, de enemigos que fueran, los había trocado en amigos: los Domicios, los Mesalas, los Asínios, los Cicerones, los Cocceyos, los Salustios, los Duclios, en una palabra, toda la flor de aquella ciudad. flor de flores. Invitan y cautivan el espíritu la bondad, la tolerancia; se le conquista con aquella grandeza que disimula la injuria, la borra del todo y le quita toda virulencia que pueda irritar al que la recibió. Constitúyese en esclavo de la clemencia y a ella corresponde con amor, con consideración, con acatamiento. Persuádese de que a tamaña fineza no puede corresponder, sino con una total donación y consagración de sí

propio. Así es que de ellos se hace amigos que no ceden no ya en cariño y constancia, sino en obsequiosidad y asiduidad a cualquiera de los que fueron ejemplos típicos de aquella santa y venerable amistad antigua. Y por este camino, reclútanse amigos también entre aquellos a quienes no tuvimos por enemigos jamás y nos aman, ganados por nuestro afecto y por nuestra bondad y todavía se creen deudores muy obligados porque piensan que todo cuanto hacen no lo dan al amigo, como es costumbre de los otros amigos, sino que se lo devueiven.

Existe un triste verso griego que dice ser muy exquisita dulzura tomar venganza de aquel que ofendió. ¡Cuán ruin es ese linaje de dulzura. cuán efímera y cuán sazónada de rencor, de trabajo y de molestia! ¿Es comparable, por ventura, con el fruto suavísimo, con el placer inefable del perdón y de la reconciliación? ¿Es tan duradera? ¿Es tan sólida? La venganza es una suerte de satisfacción y regodeo y de apetito bestial. Pero estoto placer es un purísimo deleite de la conciencia. ¿Quién tuvo jamás que arrepentirse de la clemencia y de la reconciliación? ¿Y a quién no le pesó de la discordia o de la venganza? ¿Y qué más diré, si la injuria irrita la injuria y la produce y no se detiene jamás, y siempre, siempre el castigo y la venganza no se denominan con este su propio nombre, sino que se llaman injusticia y fechoría? El castigo, pues, pesa directamente sobre el castigo; la venganza nace de la venganza, como del agua nace el hielo, y del hielo, a su vez, nace el agua.

Y no solamente a aquellos para con los cuales se mostraron benignos y clementes se les halla tales, como dije, sino, al mismo tiempo,

se granjean la bienquerencia y respeto de muchos, todos los cuales les dispensan sus simpatías y sus amabilidades como a una divinidad bienhechora y saludable. Como también, inversamente despierta la antipatía de muchos amigos el ejemplo de crueldad dado en alguno de ellos. Y si se tapia todo camino de vuelta a la amistad y por una injusticia se devuelve una fechoría, empujados a la desesperación, cualquier cosa que se les dé, les ocasiona daño. El emperador Severo, como recibiera con agrios modales y con crueldad, según era su genio torvo y desabrido, tras la derrota de Niger, a su ejército, que se le entregaba, obligó a muchos de aquellos veteranos aguerridos a repasar el Eufrates y pasarse a los partos. Estos soldados, fogueados luego de haber instruído a aquellos bárbaros en la disciplina y táctica romanas, consiguieron que más tarde diesen muchísimo que hacer a los ejércitos de Roma. Al revés se condujo Cneo Pompeyo, pues no sólo propuso la impunidad a los soldados que le combatieran con las armas en la mano, sino que con una buena fe total, sin haberlas leído, a presencia de su ejército, quemó las cartas de las personas civiles que halló en las cajas o armarios de Sertorio, en que le prometían su concurso y cooperación contra el partido de Sila. Con este rasgo generoso se proponía no quitarles toda esperanza de reconciliación ni crearse enemigos francos de quienes pudiera creer que lo eran. Dos veces Cayo César testimonió a Cneo Pompeyo su agradecimiento: una, por la derrota que infligió a Sertorio; otra, por haber dominado el movimiento seditioso de Mario; perdonóle una vez, luego de haberle vencido junto a Fársalos, en Tesalia, y

otra en la persona de su suegro, Metelo Escipión, en Tapsos de Africa, con el buen acierto y el cuerdo propósito de que, en caso de manifestarse las intenciones y planes de tantos ciudadanos, tuviera que emprender una guerra más dura que la que estaba haciendo. Y aun este mismo César perdonó con generosa y bien calculada política a todos los ciudadanos que hubieran seguido el partido y la voluntad de Pompeyo, por manera que en toda aquella guerra no pereció nadie sino en el propio campo de batalla y con las armas en la mano.

Y con todo esto, esa clemencia tan grande no pudo mitigar ni pacificar unos espíritus irritados y henchidos de rencores y ni en sus mismos amigos ni tampoco en los propios soldados suyos a quienes dispensara beneficios tan grandes, aquella correspondencia y lealtad que con tantos afanes había procurado y que se había preocupado de confirmar en sus pechos con tan viva diligencia, con tantos donativos, con tan generosa humanidad. ¿Qué pensamos que le iba a ocurrir si se hubiera mostrado cruel? Pero como eran muchos los que se creían perjudicados por él, en ninguna sazón dejó de estar al acecho la venganza, y el despecho de los lesionados ganó para la conspiración a los ilesos y les fundió en la unidad de una suerte común. ¡Tanto más fácil es ajenarse los espíritus mediante el daño que recoser más tarde con cualquier beneficio la amistad rompida, ni reblandecer con ningún apósito el ánimo entumecido y curar la herida que tú mismo hubieres hecho! Cuesta abajo se deslizan el daño y la discordia; el bien y la reconciliación gatean cuesta arriba. Sabiamente Homero, entre otras muchas ficciones suyas, creó la de *Ata*,

es decir, el daño y la ofensa discurriendo por la cabeza de los hombres con muchísima rapidez, y la de las *Litas* es, a saber: de los ruegos y la reconciliación, yendo en pos de ella, lentas y cojas, para reparar y reconstruir lo que Ata estropeó y derrocó. Y dice así este pasaje homérico malamente traducido por mí, a mi manera:

La prole de Saturno engendró cojas a estas Litas, feas, estrábicas, aradas de arrugas vergonzosas, que a su espalda siguen las pisadas de Ata. Ata, recia, robusta y con paso firme, derriba a esas Litas y siembra el mundo de ruinas, y esparcidora de males, vaga impunemente. La misión de las Litas es, con tardo paso, mitigar tales dolores.

Decídmelo: tras la discordia, ¿qué ciudadano no hemos perdido, qué aliados, qué varones ilustres, graves, sabios, para que su pérdida pueda luego compensarse con ninguna suerte de ventajas? ¿Qué allegados, qué amigos que los príncipes querrían, si ello fuese posible, volver a la vida a trueque de una buena parte de su reino? Y ese sentimiento no lo tienen los príncipes solos, sino que es compartido por las personas particulares, que en las dimensiones armadas hartas veces perdemos seres queridos por cuya vida y salud estaríamos aparejados a dar nuestros bienes, nuestra sangre, nuestra vida, como ellos hicieron por nosotros.

Recuerdo haber oído muchas veces, en Valencia, de labios de personas viejas de allá, que Alfonso, rey de Aragón, luego de haberse apoderado del reino de Nápoles tras muchos sudores y fatigas, no tanto se felicitaba porque había tenido logro su deseo, como se dolía de la muerte acaecida en el asedio de su hermano, a quien quería más que su propia vida y, sin duda, más que

aquel su nuevo reino. ¡Y esa guerra que padecemos, cuántos amigos no sacrificó, amigos del emperador Carlos; amigos del rey Francisco; amigos del César español, el Borbón, Hugo, Moncada, Fieramosca; amigos del monarca francés Palicia, Trimola, Bonivet, Lescucio, el bastardo de Saboya, Bayardo, Lautrec, Vandemonio, candidato a la corona de Nápoles! ¡Cuánto no dieran ahora por el rescate de cada uno de ellos? ¡Pluguiera al Cielo que hasta aquí hubiera llegado ese insolente paseo de Ata por encima de cabezas humanas, y no pasase más allá esa feroz contienda entre ambos!

Una vez que ha pasado la discordia no vemos otra cosa sino cómo el vencido y el vencedor mezclan sus duelos y quebrantos, o que el vencedor lllore y el vencido perezca, o, si por excepción la guerra fué un torneo de mansedumbre, que ambos lloren a la vez. Acaso no hubo nunca guerra con tan buen suceso que el vencedor, si fuere cuerdo y luego de haberlo pensado todo punto por punto tras maduro examen y reducido a razón y a cálculo, no reniegue de la hora en que la emprendió.

Néstor y Menelao, que Homero fingió sabios y prudentes, introducélos al uno y al otro lamentando la guerra de Troya, pesarosos y arrepentidos de aquella victoriosa noblezísima, al recordar que la habían conseguido con tantos estragos y calamidades y con cuán larga cadena y sucesión de males nacidos unos de los otros y con cuánta pérdida de héroes. En Virgilio, Diomedes, enfriados los hervores juveniles, ya apesadumbrado de años y aleccionado mejor por la experiencia y la prudencia, no ya con aquel ímpetu con que en Troya derribaba huestes y peleaba con los dioses, habiendo

oído a los troyanos, habló así con apacible boca:

Dejo las calamidades que apuramos guerreando bajo los altos muros y los héroes que el Simois abruma con sus aguas; por el orbe todo hemos expiado suplicios inefables y el castigo de todos los sacrilegios. ¡Oh hueste que al mismo Príamo moviera a compasión!

Y añade un poco más abajo:

Ni yo, tras la destrucción de Troya, tengo querrela alguna con los teucros ni me acuerdo ni me ufano de mis viejos males.

Y por terminar, no es posible en manera alguna que uno y otro se separen sin daños, puesto que uno y otro se estudian la respectiva perdición, como dijo el poeta trágico. Preciso es que sepa que de las ruinas que él prepara le ha de alcanzar alguna parte. El hombre poseído de la ira, al urdir el peligro ajeno,

no se percata de aquel en que él incurre. Así es que siempre deja algún lado descubierto o alguna fisura por donde pueda ser vulnerado por el más desvalido de sus enemigos y, especialmente, porque no hay ninguno tan flaco que no tenga robustez suficiente para dañar la debilidad de nuestra naturaleza, que por sí misma, sin el concurso de agente alguno exterior, está destinada a sucumbir inexorablemente. Desde el primer día en que salió a luz, sujeta como está a numerosos azares, se sostiene difícilmente a fuerza de cuidados ansiosos y prolijos, con indeclinable tendencia a su ruina. Y a pesar de todo, por más arte y diligencia que se ponga en su conservación, acabará por caer. Muy liviano ha de ser el empuje que recibe esta mole efímera para despeñarse y rendirse a su propia pesadumbre.

LIBRO CUARTO

CAPITULO PRIMERO

CUÁL SEA EL CAMINO PARA LA VERDADERA CONCORDIA

Asaz expuse en los tres libros anteriores cuanto me fué posible. recoger en materia tan copiosa y tan varia, que llega a ser inagotable, los males que la discordia acarrea y los bienes que la concordia trae consigo. Yo no pienso que haya nadie que tenga de su propio natural tan arraigada propensión a los litigios, a las riñas, a las pendencias, a las porfías, que no huya de la disensión, que es el origen y la fuente de tantos males y no se enamore de la concordia, madre y nodriza de tan-

tos bienes y ventajas, de buen grado y con toda la afición de su alma. Pero con todo, de este propósito, firme a veces y bien asentado en nuestro pecho, nos retrae la pasión, arrolladora por su empuje o poderosa por su arraigo y que con frecuencia no guarda suficiente conformidad y lógica consigo misma. Los piratas y los ladrones, cuya profesión y ejercicio es infestar el linaje humano, perturbar la quietud, conculcar las leyes y los derechos, contaminar todo lo sagrado y lo profano, conservan entre sí, a pesar de todo, una cierta paz y concordia, definida por determinadas leyes y como por la equidad de la justicia. De otra manera no podrían

mantener aquellas sus coaliciones y aquella archicofradía del latrocinio. Y como ello es así, evidentemente las pasiones son peores que los ladrones, y su sevicia proverbial más difícil es de contener y cohibir por alguna razón de comunidad que no sea la de la bellaquería organizada en gremio. En los afectos del alma no rige, no ya, como dijo Séneca, una paz infiel y desasosegada, sino ninguna paz en absoluto: no hay quietud, no hay armisticio en esa guerra; con la alegría anda reñida la desazón: con la esperanza, el recelo; con la envidia, la simplicidad; con la desesperación, la confianza. Chocan entre sí en tropel, como en el barullo de dos huestes confundidas; la confianza firme destierra el desabrimiento, el miedo, la envidia, la jovialidad, la crueldad, la desesperación, la ira, la fricción, y el contraste de unas con otras las exaltan y las deprimen alternativamente. ¿Qué para cada una de las pasiones? ¿Por ventura la paz está consigo misma? De manera alguna. El miedo de una cosa quita el miedo de otra; la esperanza de esto excluye la de aquello, como una luz excluye otra luz y un fuego anula otro fuego.

Aquellas pasiones, pues, que ni entre sí pueden tener paz ni ninguna de ellas puede tenerla consigo misma, si se da el caso que se enseñorean del ánimo, fácil es a cualquiera considerar qué motines promoverán, interiores y exteriores; qué guerras levantarán, cuánto estrago y cuánta calamidad en su rabia desmandada y en su ciega colisión. Impónese la necesidad de sujetarlas a la jurisdicción y al señorío del juicio y la razón porque no les perturben todo, porque la razón más poderosa les ponga freno y rija su desbordamiento, y luego de que-

brantarlas y debilitarlas, las obligue a ser dóciles a lo que se les mande. Jamás, mientras se mantienen en pie y conserven su entereza, se mostrarán obedientes. Ello será necesario hacerlo. Pero ¿dónde están las fuerzas para acabar con esta tiranía? Puesto que por la batería del pecado, que dejó en el hombre sus impactos, perdiéronse las energías físicas y la razón quedó desmedrada y las pasiones, robustecidas, cobraron grandes bríos y recabaron para sí una soltura desmandada, sin freno ni sin ley, el hombre cautivo y encadenado tiene que buscar su propia libertad con favor y socorro ajenos, a saber: con el favor y socorro del mismo Dios que lo creó para restaurar su obra caída a pedazos con el mismo instrumento con que la hizo entera. Este instrumento fué la Divina Sabiduría, es decir, su único Hijo, quien, fortalecidas la razón y la mente, cohibe la amotinada violencia de los ánimos y la obliga a obedecer a los mejores, por manera que cuando, ya sabiendo gobernar, empuña el cetro y obedecen los que no deben hacer otra cosa porque tampoco saben hacerla, reina en todo el hombre aquella paz que, nacida de ésa como fuente, brota al exterior y todo permanece tranquilo en todo linaje de hombres, porque interiormente, en cada uno se le arrancaron las armas de la mano y, por ende, se acabó con la rebelión.

Esta es aquella paz que Cristo dice repartir con largueza entre los suyos. Esta paz no puede darla el mundo. Los hombres, con sus convenios y pactos, amortiguan las pasiones, no las esclavizan; las halagan, no las cohiben. A lo sumo, por la coacción y el miedo, abstienen sus manos del atropello, es de-

cir, con una mayor discordia frenan otra menor. Mas la paz de Cristo, desabrida con las pasiones inquietas, levanta a la razón provista de grandes recursos al reino total del espíritu, por manera que ya no tiene necesidad de firmas, ni de testigos, ni de juramentos, ni de aparejo de armas, ni de alardes de terror, puesto que quedaron eliminadas la materia, la ocasión, las causas, las armas de la disensión. Todo esto, así que se retiró esta paz, se reinstala en el ánimo, por manera que existe una guerra callada y empenadísima, aun cuando las apariencias son de que la paz está en su máximo florecimiento y la comunica a las manos. *No hay paz para los impíos*, exclama el oráculo divino; porque en su interior arde una brava guerra excitada aun entre aquellos mismos que antes se habían conjurado para la rebelión. Por esto, no causa maravilla que entre aquellos hombres que se dejaron gobernar de sus pasiones jamás existe concordia ni común sentir, porque no los hay entre los que les señorean y aquellos de quienes reciben órdenes y leyes.

Existen determinadas causas que tienen tal conexión y trabazón con sus obras, que cualquiera que conozca una que otra, no puede abrigar duda alguna respecto de las restantes: esas claridades siguen al sol; ese humo sigue al fuego. Quien ve humo, colige que hay fuego; quien ve fuego, puede entender que habrá humo. Asimismo quien se percatare de nuestras maldades nacidas de un hábito interior, ése no se maravillará de que haya entre nosotros tal guerra; quien pararecientes en la guerra, colegirá cuáles somos en nuestro fuero interno; es, a saber: criminales y pésimos; pues éstos son los ejercicios y obras

de tales operarios. San Pablo, de las disidencias de los suyos, se persuade de que quien reina es la carne y que del reino de la carne se originan las disidencias. Es fuerza que, así en sentimientos como en deseos, exista discordia entre aquellos que son juguete de los movimientos levantiscos del espíritu, de manera que mientras el sentimiento gobierne los ánimos y la concupiscencia gobierne la vida, es lógico que asimismo estén las opiniones en pugna y sean enemigas las voluntades y las acciones hostiles. De aquí se origina aquel mar de discordias tan grande, tan vario y tan espacioso de que hablé en los libros anteriores, en el cual nos hundió nuestra terca contumacia en el crimen que cometemos sin ninguna interrupción, de tal manera que parece que el mal obrar de costumbre pasó a ser naturaleza. Y ni aun nos advierten cuánto nos importa mejorar de vida tantas desventuras y calamidades como nacen las unas de las otras, con una viciosa fertilidad no desemejante de la de nuestros crímenes. Somos nosotros quienes, por nuestra propia mano, nos infligimos estos males, de los cuales aquel indulgentísimo y prudentísimo gobernador del mundo se vale como de tantos otros agujones para despertarnos, adormecidos, o mejor amartecidos como estamos, en nuestras maldades y delitos, a fin de que, despiertos y vueltos en nosotros, trayendo a la memoria nuestras culpas, evitemos las causas de tantos males actuales que van a precipitarnos en los eternos si no anduviéremos con tiento. El pus que sale de nuestros abscesos y los males que nacen de nuestras culpas conviértense para nosotros en medicina de nuestra dolencia y enmienda de nuestros yerros, si tene-

mos cordura. Pero la asiduidad en el pecar nos hizo tanto encallecer, que ya no sentimos el escozor de los azotes ni se nos ocurre que puedan ser el castigo de nuestros siniestros; al contrario, les damos antes cualquiera otra interpretación que la de aviso de nuestro deber. Por ello es que, como dice discretamente San Agustín, perdemos el fruto de la reprensión y del castigo al no resignarnos a creer que lo son en realidad y atribuyendo lo que es consejo y determinación de Dios a la casualidad, a la suerte, al hado, donde el suceso sea hijo del azar y no efecto deliberado y querido. Por esto es que se pierde la aplicación y el precio de la medicina, pues cuando no se toma con aquella disposición y sentido, no se tienen en cuenta ni el lugar ni el tiempo ni la acción, y hartas veces se vuelve nociva la que, tomada oportunamente y en sazón, debiera ser saludable.

Con tantas guerras que ya duran tantos años sin interrupción, con tantos desastres ocasionados y recibidos, con tanta sangre derramada, con los campos incendiados, con la ganadería sacrificada, las leyes violadas, los templos profanados y la maldad hecha como la cosa más corriente y natural, ¿quién, en medio de estas calamidades atroces, se mejoró siquiera en un punto? Tanta es y tan desgarrada la discrepancia en el pensar y en el sentir y, por ende, en la vida y en aquella que es la principal de todas las cosas, a saber: en la religión, por el oprobio y desdoro de los sacerdotes y de los religiosos por la avaricia, el lujo, el fausto, la soberbia, la lujuria, la infinita codicia de todos los bienes. Tantos fueron los daños recibidos aun en aquello que para los más tiene la mayor importancia, a saber: en su dinero y en su autori-

dad: viendo los unos mermadas sus rentas, otros disminuído su prestigio y otros viéndose derrocados de su encumbramiento. ¿Quién hubo que volviera sus ojos a su Maestro, al que les llamó y segregó para sí? ¿Quién hubo que descendiera un solo peldaño de aquella vida endiosada, emprendida tan fea y criminalmente, o siquiera fingió que lo bajaba o, caso que otro fuera su íntimo sentir, al menos en su rostro o en sus actos externos diese algún indicio de probidad y de moderación propias de quien puso enmienda en su vida? Al menos para ejemplo, al menos para salvaguardar su dignidad, debía recurrir a la hipocresía, ya que no podía valerse de su ingenio, de su saber, de la integridad de su vida, de todo lo cual carecía en absoluto. Toca el Turco con pavorosas aldadadas a las puertas del mundo cristiano, amagándonos con su destrucción y asolamiento. ¿Quién alzó a Cristo sus manos puras para que se dignase mirar a su grey con ojos apacibles y apartar la furia hostil del sexo débil, de la edad tierna y desvalida, alejar el fuego del santuario, la carnicería humana, la devastación de los campos y ciudades, la blasfemia de su santo nombre? Nada se hizo. Pero ¿al menos hubo algún cambio en sus añejas costumbres o se ablandó el berroqueño corazón de algunos? Al contrario, todos a una, personas sagradas y profanas, hicieron más empedernidas y desahuciadas. Con los ojos abiertos, viéndolo y sabiéndolo, caminan a su cierta perdición, con una tan sombría y sañuda y consciente determinación, como suele ser la de las fieras, que luego que se les irritó, fueron soltadas, para que de día en día crezcan nuestros males y se multipliquen nuestros pecados, causa de nuestros males.

CAPITULO II

DE LA INEFICACIA DE NUESTROS RUEGOS
CUANDO PEDIMOS A DIOS LA PAZ

Pero es el caso, dirá alguno, que cada día pedimos a Dios la paz y la concordia. Ninguna importancia tiene lo que suenan las palabras ni Dios hace de ellas ningún caso. Entre cada uno en sí mismo y pondere con qué fin hace votos por la paz y hallará que él desea la quietud, no con el fin de que así él como los otros, en el sosiego bonancible, puedan más holgadamente dedicarse a la piedad, y con el ánimo descuidado y tranquilo consagrarse a Dios cumplidamente, sino al revés, con el objeto de que, libres de todo sobresalto, pueda su espíritu más seguramente pensar en sus placeres, andar a su caza, atollar en ellos, hacer más ostentosa parada de la riqueza, del lujo, de toda suerte de fausto, y ejercitar la altanería, a la que muchas veces, las situaciones ásperas como son las que traen consigo las guerras y las discordias, obligan a disimularse y ocultarse. Por esto es que casi parece ser conveniente la contramedida de la guerra, puesto que no sabemos usar de la paz y hacemos de ella el cebo de nuestros vicios. No sin razón quejóse el satírico de que hubiésemos sido vejados por los males de la paz.

No es la paz lo que pedimos, sino la seguridad y la holgura para la satisfacción de nuestros apetitos. No queremos mirar por el bien de los otros, sino que los otros miren por nuestro egoísmo; no queremos amar a los otros, sino que los otros nos amen. No pedimos a Dios aquello que es el más grande galardón que al hombre pueda darse, a saber: que nos dé juicio sano que enderece o que dome nuestros afectos tor-

cidos y los sujete a la razón. Lo que le pedimos con especial ahinco es que ningún miedo repentino vaya a agriar nuestros placeres, nuestro lujo, nuestra soberbia; que en una paz profunda, sin posible alteración, puedan los apetitos ejecutar libremente sus antojos. ¿Qué santo del cielo pensamos que va a escuchar estos deseos tan torpes? ¿Qué santo hay en el cielo que no los vaya a desestimar y rechazar? Aquello que nos correríamos de pedir si lo oyera el hombre que debiera otorgarnos esto mismo, por lo cual de todo hombre honrado oíríamos recriminaciones y denuestos, nos empeñamos en impetrarlo de Dios inmortal y sapientísimo. Cuéntase de cierto caudillo que, habiéndose apoderado del campamento y de la ciudad de sus enemigos, al tratar de fijarse las condiciones de paz, y pidiéndole ciertas cosas que en parte eran injustas, en parte contra su voluntad y las conveniencias de su república, admiróse de la infinita locura de sus enemigos, que no tenían reparo en enviarle peticiones de tal naturaleza a él, que era más fuerte y estaba más armado; así es que no les dió más contestación que ésta: *Puesto que presentáis demandas injustas a quien es más fuerte que vosotros, no es de razón que consigáis las justas.* ¿Quién no se espantará de la demencia, de la impiedad, de la ceguera o no sé cómo llamarla (me falta la palabra latina que exprese esto), de nuestro ánimo, puesto que, siendo hombrecillos heñidos de lodo y de arcilla, no tenemos reparo en ofender con nuestras peticiones a Dios Todopoderoso y pedirle cosas que no pueden serle más desagradables y contrarias? ¿Qué otra cosa es pedirle riquezas, placeres, honores, poder? Pero de esto hablaremos en otro lugar. Aho-

ra volvamos al objeto de nuestro estudio.

¿Qué es esto de pedirle a El una victoria sobre tu hermano, conseguida con violencia y con sangre, y colgar en las paredes de sus templos las banderas y despojos tomados al enemigo, monumentos y recordatorios de crueldad, de la cual el Dios de la mansedumbre fué muy ajeno siempre, y darle gracias por tu servicia? ¿Qué otra cosa es esto, dime, si con mayor claridad quieres expresarte, más que, por este procedimiento, sobornar a Dios? ¡Oh Señor, Príncipe el más poderoso y el más justo de ese mundo universo! Tú me mandas que sea semejante a Ti, es decir, equitativo, manso, clemente; mándasme que no vuelva mal por mal; mándasme amar a mi hermano como a mí mismo por amor tuyo; mándasme también amar de corazón a mi enemigo y hacer bien a quien me hace mal y me daña. Mas yo, a pesar de todo esto, he tomado la determinación contra tus leyes y tus mandamientos y tu propio ejemplo personal de perseguirle a hierro y a fuego, bien porque tengo el propósito de quitarle algo, bien porque atisbo un camino para engrandecer mi reino, bien por obedecer a alguna pasión desordenada, a saber: la ira o la envidia; yo he resuelto, sea como fuere, ocasionar a su persona y a sus bienes desastre, ruina, perdición por mar y por tierra, con hechos y con palabras: pídotte, ¡oh Padre de clemencia y mansedumbre!, que para esta determinación mía me proporciones fuerzas, me facilites el camino, coadyuves a mis planes, secundes mis empeños. Si volviere vencedor, adornaré tu mansión terrena con el botín y los estandartes militares; yo y mis soldados agueridos, tras el poderoso y triunfan-

te esfuerzo, tintos de sangre fresca, acudiremos a tus templos en haciimiento de gracias y en procesión de rogativas por haber dejado tendidos y muertos en el campo a unos otros hijos tuyos, para cuya redención y salud Tú no vacilaste en unir tu Divinidad con nuestra humanidad y en soportar en tu cuerpo flor de pureza e inocencia, dolores increíbles y la más amarga e ignominiosa de las muertes. Si alguno dijera esto y con estas palabras lo dijera, ¿no lo declararían todos, por ventura, más estúpido que una piedra y más condenado que cualquier diablo y merecedor de que Dios, por ese voto sacrílego, le infligiese los tormentos más atroces? Pues bien: que nadie se engañe a sí mismo; medite qué es lo que pide cuando impera la discordia, examínelo, pondere una por una todas sus peticiones y verá claramente que con otras palabras, eso sí, pero que en realidad lo que dice es esto y no otra cosa. Quien pide a otro alguna cosa, vea primero qué es lo que pide, de quién lo pide y quién es el que lo pide, y tras este examen, o bien desistirá de su petición, puesto que no va a conseguirla, o atinará el procedimiento y el camino de conseguirla. El hombre pide la paz a Cristo; es decir, el pobre pide a aquel que atesora todas las riquezas; le pide una cosa que El otorga con la mejor de las voluntades, mientras realmente lo que le pedimos sea la paz, es, a saber: la quietud del espíritu gracias a la cual nos sea permitido amar a los hombres y adorar a Dios con toda piedad. Desear la seguridad en nuestra vida cómoda y regala no es pedir la paz, sino el semillero de todas las discordias y las guerras, al que le enardece la flojera con que nos entregamos a nuestras pasiones.

Pida el hombre a Dios; pida el cristiano a Cristo. Si por lo menos Dios reconociera en el que le pide al hombre y no al diablo, no hay duda que con mano larga concedería al hombre la cosa que entre todas le sería más conveniente y necesaria. Pero ahora, bajo formas humanas, Dios ve el espífitu y la arrogancia diabólicos; y nadie se ha de espantar de que ese Dispensador soberano, sumamente justo y sabio, no otorgue a los demonios aquello que es de los hombres.

CAPITULO III

DE LA NATURALEZA DEL HOMBRE, Y PRIMERAMENTE DE SU ÁNIMO Y DE CUÁN EXPUESTO ESTÁ A ERRORES Y PASIONES

Volvamos a la naturaleza del hombre; es a saber: volvamos a nosotros mismos. Dios, nuestro Padre que está en los cielos, cuya bondad y benignidad experimentamos cada día con innumerables beneficios y mercedes sin fin, acorrerá propicio y favorable a nuestra flaqueza; El secundará nuestros esfuerzos, y a quienes pugnan por levantarse, les tenderá su mano y con ella los sostendrá, y lo que faltare a la Naturaleza suplirálo su bondad eficientísima, para que de hombre flaco y endeble se haga cristiano, que monta tanto como decir hombre consumado y perfecto.

Empiece, pues, el hombre ya desde ahora a ser hombre; esto es, a conocerse a sí mismo. Los demonios no se conocen porque no quieren, ni se conocen las bestias porque no pueden. Las bestias jamás alcanzaron tan gloriosa facultad; los diablos la perdieron por la acumulación y continuación de sus malda-

des, hasta el punto que encallecieron para el conocimiento de sus delitos. Como he demostrado ya, la raíz y el semillero de toda discordia es la soberbia, que con tantos regalos amollentó su brío, que nada puede sufrir ya por más llevadero y liviano que sea. Con tan pesada calígene oprimió y anocheció nuestras mentes, que nadie se conoce ya, nadie descubre ni contempla quién es, ni dónde ni con quién ni cómo vive, ni cuál sea la naturaleza de las cosas, ni cuál su valor real, ni cuál su uso. Conózcase ya desde ese momento el hombre, y conozca sus cosas; y como por una ventana abierta al mediodía entrará a raudales la luz, que, tras haber disipado sus tinieblas, lo mostrará todo claro y en la más rutilante perspicuidad. Entonces a ese gallo se le baja la cresta y el pavón, según la conocida fábula, abajará sus alas, vista la fealdad de sus pies. Vea este animal finchadísimo qué es el hombre y considere que viene a ser, en fin de cuentas, todo aquello por lo cual se ensoberbece, y entenderá que él, sórdido y harapiento, se gloria de sus galas descaecido, blasona de sus fuerzas indigente, alardea de sus riquezas, deforme y feo, se envanece de su prestancia física. Tiene un alma; pero cuán maltratada y agitada por los alborotos pasionales; cuán rota y despedazada por aquella discordia intestina que, huya a donde huya, siempre trae consigo. Solícita, ansiosa, teme, espera, se entristece, se arrebujá sobre sí misma, se expande ufanamente; la brisa más ligera le remueve desde lo más hondo (bien así como se mezclan la arena y el cieno, el alga y todo cuanto légamo e inmundicia el río acumuló en la parte más baja de su cauce) y se deja impresionar por una palabra, por un gesto, por una opinión del más

raez y vil de los hombres. Quien pare mientes en todo esto, no menos tendrá vergüenza de sí mismo, como le causará terror la vista de tal monstruo, tan vario, tan multiforme, cruel, importuno, horrible, el cual, si no se le constriñe y doma, le açarreará tempranamente una grande y fiera calamidad.

Así es que no halagará ni con punible blandura criará para su perdición a esa bestia de cien cabezas, ni a cada una de estas cabezas les pondrá un nombre hermoso y tentador que le atraiga y le engañe y le despeñe en una perdición cierta. A la ira no le cohonestará llamándola magnanimidad; a la crueldad no la dorará con el nombre de valentía; al miedo no le llamará precaución, ni a la temeridad la hermoseará con el título de fortaleza. ¿Qué esperanza de salud puede haber si a las enfermedades se les impone el nombre de curas? ¿Cómo podrá curarse aquel que no duda gozar de una salud perfecta, enojado con los médicos, a quienes cree locos e indispuestos contra él, y declaran que van a librarle de una destemplanza que él está persuadido de que es la más completa de las templanzas? No hay en absoluto pasión alguna que traída a juicio ante la razón no aparezca verdaderamente deforme y abominable. ¿Qué cosa más abyecta que el miedo? ¿Qué cosa más fea que la ira? ¿Qué cosa más execrable que la soberbia? La mente misma, que es la porción más elevada y sublime del alma, verá hasta qué punto es de suyo tarda y embarazada, ciega por las tinieblas del pecado, imperita e ignorante, no instruída ni por la doctrina ni por la experiencia, ni por su propia sagacidad. Y si ni siquiera alcanza a comprender aquello mismo que ve, qué toca con sus manos cómo es o cómo

se produce, cuanto menos consigue penetrar en los remotos arcanos de la Naturaleza. Muy sabia es aquella sentencia de Aristóteles, a saber: que nuestra mente, con relación a los más claros fenómenos de la Naturaleza, se comporta como la vista de la lechuga a la luz del sol. De todos aquellos conocimientos que posee el linaje humano, ¿cuál y cuánta es la porción que ignoramos? Y esto no solamente es verdad en el conjunto de las artes, sino en cada una de ellas, en las cuales el progreso humano no llegó tan adelante que alcanzase su mitad, aun en las más bajas y viles. No existe axioma más verdadero que el proclamado por los académicos, a saber: *Que nadie sabe nada de nada*. El primero que reconoció esta verdad en sí mismo fué Sócrates, y por ello le declaró el más sabio de los hombres el oráculo de aquel dios, ante cuya sabiduría se rindieron los restantes dioses, y que no hay insipiencia mayor que la del hombre que se imagina saber aquello que ignora. Y eso precisamente es lo mismo que vemos ocurre a los grandes hombres en la propia carrera de la sabiduría, por manera que cuanto más profundo ha sido su avance, tanto más entiendan y experimentan su ignorancia, como quien del límite del espacio ganado retrocede al mismo punto de partida. Quien lo mirare con vista más aguda y con mayor sutileza lo inquiriere, fácilmente hallará que no sabe nada y pensar que sabe algo es, en puridad, no haber abandonado la valla; mas entender que no sabe nada es haber alcanzado la meta de la sabiduría.

¿Qué demostración tan grande no es de necedad y de ignorancia el que se ofenda uno de que se le llame indocto y de que se le eche en

cara aquello mismo que él, si estuviera en su sano juicio, debería confesar! ¡Qué ultraje no se conceptúa ser el que se diga que ignora algo quien, si cien veces se sacudiera a sí mismo, como se varea un aceituno, no dejaría caer ni una centella ni un átomo de ciencia, porque no tiene ninguna!

Jamás ha tenido nadie tan bien echada la cuenta de su vida que los negocios, la edad, la experiencia, no le enseñen siempre algo nuevo y le avisen de algo, de manera que conozca que lo que pensaba saber no lo sabía y lo que tenía por mejor merece su reprobación una vez experimentado.

Esto es de Terencio en su comedia *Los Adelfos*. Viene a decir que nadie jamás tuvo ciencia tan asentada y firme, sin que el tiempo y la edad le dejasen de enseñar que no sabía nada, que se engañaba, que andaba descaminado, como este viejo de la fábula terenciana tuvo que rectificar a la postre una opinión profesada con honradez y arraigada profundamente. ¿Quién tuvo tan conspicuo saber o tan evidente fortuna que no le mintiera el éxito en algún punto? Más diré: ¿Quién no aprendió por su personal experiencia que la ignorancia le hizo caer, que la ceguera le hizo desviarse, que por imprudencia dió un necio consejo, hasta el punto de tener que afrontarse de sí mismo? ¡Cuántas conjeturas nuestras creíamoslas muy firmes y con ellas nos lisonjéabamos con morosa delectación de haber arrancado por nuestro esfuerzo e industria una verdad ignorada y abstrusa, la cual, el día siguiente, pero ¿qué digo el día?, la hora inmediata, nos refuta y nos desmiente, y nos da a entender que fuimos movidos por razones las más livianas? ¿Por qué, pues, tras tan prolijas ex-

periencias y tantas desautorizaciones, insistimos con contumacia tal en echarnos completamente en brazos de muy efímeras conjeturas? Esa liviandad sería más o menos soportable si fuera para obrar el bien o para ayudar al prójimo; mas ¡cuánta bobería no es, para el daño, para los vicios, para la maldad seguir prestando crédito a cosas que tantas veces nos mintieron, a fraudes tan manifiestos! Cuando en fruslerías e insulseces hemos sido una vez engañados y defraudados, para lo sucesivo tomamos más avisadas precauciones, con lo cual damos a entender que somos buenos de mala gana, que corremos al mal gustosamente y que una liviana ocasión, un pretexto fútil y hartas veces nulo, basta para esa voluntad decidida y ardiente.

Y esa voluntad misma, si quedara al descubierto, ¡cuántas úlceras no mostrara a los ojos de los que la viesen! ¡Cuántas heridas producidas por los vicios y pecados! Ella misma, flaca de suyo, batida por los arietes de los movimientos apasionados, cuán fácilmente se resquebraja y arruina y con tantas y tan continuas caídas, casi ha perdido el uso de sus pies. Para ella, mantenerse en pie es una postura tan ajena y por fuerza como lo que es contra naturaleza; naturaleza nueva creada por el hábito seguido y tenaz, de modo que del justo mismo dicese, en el libro de la Sabiduría, *que cada día cae siete veces*. Y siendo ello así, ¿qué pensamos que va a hacer el hombre injusto o impío? Leemos en la Epístola de San Juan: *Si dijéremos no tener pecado, a nosotros mismos nos seducimos, y en nosotros no reside la verdad.*

Eso que digo alcanzáronlo no solamente aquellos a quienes la revelación enseñó que todas las criatu-

ras estaban sujetas a la tiranía del pecado y que la liberación se verificaría por la cruz del Hijo de Dios, sino que también lo alcanzaron los gentiles, quienes, ignorando la causa, se percataron de la realidad; De Séneca es aquella sentencia, a saber: *Que no hay nadie que pueda absolverse a sí mismo, y quien se proclama a sí mismo inocente lo hace con referencia al testigo, no a su propia conciencia.* Y en otro lugar dice con mayor amplitud: *Si queremos ser en todo jueces equilibrados, antes que nada convenzámonos que ninguno de nosotros está limpio de culpa. Es la mayor de las indignidades eso de decir: en nada pequé; nada hice. Con esa protesta no haces más que confesar que nada hiciste. Llevamos muy a mal que se nos imponga algún correctivo o castigo, siendo así que en aquel mismo instante faltamos, con lo cual no hacemos sino agravar la mala obra con la arrogancia y la contumacia. ¿Quién es este que a tenor de las leyes se proclama inocente? Puesto que ello sea así, ¿qué menguada inocencia es ser bueno por conformidad con la ley! ¿Cuánto más espaciosa es la regla del deber que la del derecho! ¿Qué muchedumbre de obligaciones imponen la piedad, la humanidad, la liberalidad, la justicia, la fidelidad, que no están especificadas en el Código! Pero ni aun a aquella muy estrecha fórmula de inocencia podemos adaptarnos: otras cosas hicimos, otros pensamientos tuvimos, a otros favorecimos; en algunas otras cosas somos inocentes, porque el suceso no correspondió.* Todo esto es de Séneca.

Y, con todo, es de saber que ese que está cubierto de úlceras se enoja con el que se las indica y le enseña o le aplica el remedio para curarlas, y está desabrido. como si le

infiriera un ultraje, con el que le dice enfermo aquel que se cree en el goce de la salud más envidiable. Y con los otros, que adolecen del mismo achaque y, por decirlo así, están hospitalizados en el mismo sanatorio, también se disgusta; y oféndenle vivísimamente las ajenas verrugas al mismo que anda cargado de una giba imponente. Es condición del diablo la de creerse bueno, siendo pésimo, por manera que a quien le diagnostica el mal, le malquiere como a enemigo mentiroso y maldiciente, y lenguaraz y reprende con aspereza y encapotado ceño a quienes no son tan malos como él y carga de tintas sombrías un vicio que él mismo tiene mayor y más acentuado y expuesto a las miradas de todos. Este es el semblante del ánimo humano; este es su estado real. donde harto veis que nada tiene que dé motivo de ufanarse y de que se pueda engrair el hombre.

CAPITULO IV

DEL CUERPO HUMANO Y DE SU CADUCIDAD Y SORDIDEZ

Pero ¿cuál tiene el hombre el cuerpo, a quien unos dieron el nombre de sepulcro; otros, de cárcel, y que con mayor propiedad pudiera llamarse la sentina o la cloaca ruidosa de alguna nave cascada? Echará hedor, si lo abrieres, ese estercolero que la piel encubre. Cuál sea él, harto lo demuestran cuanto sale a la continua por todos sus conductos: por la nariz, por las orejas, por los sobacos, por la boca misma; ¿y qué diré por aquellos otros que el pudor nos veda mentar, no menos que decir su nombre? Y en esas inmundicias y suciedades, ¿cuánta flaqueza! Las sentinas hácese muchas

veces de fuerte abeto, de roble, y las cloacas, de piedra berroqueña. Decidme: ¿qué parte del cuerpo no tiene su enfermedad específica y sus muy agudos dolores propios? No la cabeza, no las manos, no los pies, no los mismos dientes, no las extremidades de las extremidades, que son las uñas, aparte de aquellas enfermedades que invaden al hombre todo y le cascan y le muelen con indecibles sufrimientos. Antes de Plinio, eran trescientos los géneros de enfermedades registrados por autores que tuvieron curiosidad de averiguar estas cosas. Después de Plinio, cuántos otros géneros no han salido a luz, inéditos, desconocidos, que a ninguno de los males viejos cedían en peligro próximo, ni en dolor agudo ni en repugnante fealdad.

Tienen los otros seres animados, por no hablar de los inanimados, vello, cerdas y pellejo durísimo, gracias a los cuales no sienten las punciones, aunque sean profundas, y contra las mordeduras y molestias de los insectos están armados como con una coraza. El hombre, en cambio, con un cutis sumamente tierno y delicado, no soporta ni un grano de arena, ni una paja, ni una arruga, ni una hilacha, ni un pelo que se le haya pegado, ¿qué diré de las pequeñas arañas, moscas, pulgas, chinches, hormigas, piojos y otros animales pequeños de decir y de ver? Todas estas sabandijuelas cuánto importunan a ese gigante, aun en los momentos en que medita matanzas de pueblos y naciones y aislamiento de reinos. Y cuando se traza el plan de alguna guerra crudelísima, cuánta guerra no le hace una pulga; cómo hace que se vuelva todo a sí, ese domador y arrasador de ciudades y de gentes. ¡Ruín de ti! ¿Tan fuertes empresas máquinas

siendo tu flaqueza tanta? ¿Por qué no te ensayas en esa guerra menuda antes de empeñarte en ese pugilato gigantesco? ¿Por qué no vences antes a ese enemigo pequeñito que te hostiga para luego agredir a otros enemigos más fuertes que jamás te han provocado?

¿Para qué recontar ahora las molestias del suelo y del cielo, y los achaques de la edad? A quien emprende un camino, la arena le entorpece el paso, el barro le detiene, las espinas le pinchan, las rocas le muelen. ¡Cuán brava lucha hay que sostener con la tierra por sacar de ella como con violencia, porque se niega a dárte las, las subsistencias con que mantener tu vida! ¡Cuánta desazón en la volubilidad del tiempo! El calor sofoca, el algor quema; nos atedian las lluvias, nos atemorizan los rayos; los truenos, casi nos acaban. ¡Cuánto desvalimiento el de la infancia! ¡Con cuánto lloriqueo tienen que procurárselo todo! Y para el viejo, cuán cargosa le es la misma vida, que, por otra parte, es de suyo incierta y fugaz, expuesta en cada momento a mil peligros por manera que no hay cosa, por exigua y desdeñable que parezca, que no tenga poder suficiente para derribar al hombre más robusto. ¿Y qué decir de algunos que fenecen sin causa conocida, como si pasaran de una vida a otra vida como quien pasa de una estancia a otra estancia? Nadie puede prometerse a sí mismo un año, como dice el proverbio viejo, pero ni siquiera una hora.

Por todo esto, ¿quién podrá expresar con elocuencia proporcionada cuán desapoderado y cuán ciego furor se concibe, por una palabra, bien para dar satisfacción a algún apetito avieso de tu ánimo o a algún torcido juicio de algún demente, y perder la quietud de la vida, que, apar-

te de esto, es tan precaria y tan rara, y el fruto del vivir, y como dice el viejo Ennio en su *Ifigenia*: *Por causa de la vida, vivir fuera de la vida?* Mientras la ira medita venganza y trama represalias, lo que menos hace es aquello por lo cual se concedió al hombre, y siendo tantas como son las molestias y dificultades que de todas partes nos rodean; si el suelo o el cielo nos regalan con alguna indulgente blandura, o la amistad o la sazón de nuestra edad nos brindan con algún deleite honesto, nos privamos de él y nos atraemos peligros mayores que aquellos con que la Naturaleza nos tiene sitiados. Defráudase por completo de la vida quien se supeñada a su bilis y a su mal humor, quien se va de la lengua, quien suelta las riendas a la venganza; siendo así que de la paz, de la concordia, de la modestia, de la moderación podemos conseguir el fácil goce de las dulzuras de la vida y que se nos tornen ligeras las incomodidades inevitables.

Pregunta el Profeta santo: *¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea ver días buenos?* No hay hombre alguno que no quiera vivir y que no apetezca ver días bonancibles. Oiga, pues, lo que tiene que hacer para conseguir este gustoso ideal: *Guarda tu lengua de maldad y tus labios no hablen engaño. Apartate de lo malo y haz lo bueno; busca la paz y anda en su seguimiento.* Todas las manifestaciones exteriores del alma están comprendidas en la palabra *lengua*, puesto que la lengua descubre las reacciones internas. El hombre del siglo, templado y bueno (no hablo todavía del hombre perfecto y divino), sujetará su lengua y sus manos a las leyes públicas; si es prudente, sujetará sus ademanes y sus gestos

a la buena educación, y si fuere taimado e hipócrita los sujetará a sus conveniencias. ¿A qué categoría pertenecen los dichos, los meneos de la cabeza, las torceduras de labios, los guiños de los ojos, el sobrecejo severo, las gesticulaciones y muecas con que nos burlamos de los otros, y que son señales de malevolencia? En primer lugar, ¿cómo todo ello es feo, torpe, indigno, no sólo de la prudencia, sino de cualquier caletre mediano! ¿Piensas tú, por ventura, que es igual escarnecer y ridiculizar, que reprender con agudeza y amonestar con sabiduría? Si las gesticulaciones son signos de ingenio y de prudencia, pasémonos todos a las filas de los histriones y de los bufones. ¿Hay algo, quizá, más pronto y más fácil que torcer los labios, arrugar la nariz, contraer las cejas, reírse a carcajadas, echar dicacidades y denuestos? Estos recursos están más al alcance de la mano de aquellos que menos valen por su razón o su seso; con estas armas pelean los desarmados y faltos de juicio, de penetración, de pericia. No hay cosa más simple, más llana, más recta que el buen sentido, las palabras, el rostro del hombre prudente y cuerdo. Ni el ridiculizar es señal de probidad o sabiduría, ni el reírse lo es de biberia o estolidez.

Añade a esto la total ineficacia de aquello; manifestamos ser de ánimo depravado y aun enemigo, sin daño efectivo de nadie, con peligro personal. ¿Cuán propio es esto de una majadería intemperante e impotente que ni puede perjudicar a nadie, ni puede aprovecharte a ti! De ninguna cosa parece alejarse tanto la felicidad de la fortuna como del desbordamiento del ánimo, de la intemperancia de la lengua. La mayor parte de los menesterosos llegó a

aquel estado porque no pudieron sobreponerse a sí mismos y reducirse a soportar los más ligeros empellones, y mientras oponían con todo su cuerpo resistencia a quien les tocaba, despeñarse a sí mismos en el precipicio, no quisieron renunciar a un gesto, y han tenido que renunciar a su patrimonio, a sus posesiones, a toda su fortuna; no quisieron renunciar a una palabrita y renuncian a la vida. Puesto que todas las cosas humanas están abandonadas al borde de la sima, en un deslizadero, si con mayor vehemencia que la debida reacciones contra alguno, te darás a ti propio el empujón y se traducirá en caída lo que comenzó por ser un roce leve. ¿Cuál pensamos que va a ser el resultado final de aquel que prefiere perder a un amigo que una palabra? Y al revés, muchos, disimulando ultrajes, ganáronse simpatías y amistades, y atrayéndose a sí a aquellos que parecían odiarlos, granjeáronse riquezas opulentas y poderío grande. ¿Qué gran número de enemistades en su nacimiento que con el andar del tiempo hubieran llegado a ser encarnizadas, no atajó un silencio obsequioso; derrocó torres muy altas, quitándoles los cimientos y retiró todo combustible del incendio naciente. Dicen que San Antonio, varón esclarecido en santidad y patriarca de los ermitaños, entre muchas revelaciones que del cielo tuvo en las soledades de aquellos yermos, vió un día el universo mundo todo cubierto de lazos y exclamó: *Dios mío, ¿quién va a escapar de todo esto?* Y oyó una voz del cielo que le decía: *La humildad.* Y así es, en efecto. ¿Cuánto más hacadero es vivir en concordia que en disidencia! Ceder es más fácil que resistir. A quien cede, no le persigue nadie; a quien no ceda, le empujamos. *Aun aquellos*—dice Sé-

neca con palabras graves—*a quienes la suerte inicua colocó en situación crítica, estarán más seguros aligerando de soberbia las cosas que de suyo son soberbias y transfiriendo al estado llano, tanto como puedan, su fortuna.*

CAPITULO V

DONDE SE DEMUESTRA QUE LOS BIENES POR LOS QUE LOS MORTALES NOS PERECEMOS EN ESTA VIDA, EN SU MAYOR PARTE SON HUEROS, DELEZNABLES Y VANOS

Brevemente hemos estudiado al hombre, interior y exteriormente. Si, en efecto, es tal como lo expusimos, materia de compasión para los otros y de vergüenza para sí mismo, no será muy difícil colegir cuáles sean todas las cosas humanas que él se aplicó por necesidad o al dictado de la opinión. Riquezas y poder, ¿cuán vacíos están de toda cosa útil, sólida, permanente! ¡Livianas, momentáneas, voltizas! Y esto mismo cabe decir de la influencia, de la popularidad, del honor, de la dignidad, de la gloria. ¿Y cómo no? Puesto que todo lo gobierna en parte el pueblo y en parte la Fortuna, ¿qué cosa puede imaginarse más inconstante y más voltaria que estos dos poderes? Hartas veces media una sola noche; muy a menudo, sólo unas pocas horas median entre el trono y la cárcel, entre el triunfo y el destierro, entre la gloria más empinada y el vilipendio más abyecto, entre la apoteosis y la degradación. ¿Habrán alguien que llame mío a lo que puede perder en el espacio de una hora? ¿De cuán reducida utilidad son la mansión soberbia y el ajuar magnífico! Ni una cosa ni otra nos defienden; al contrario, somos

nosotros quienes los tenemos que defender con cuantiosos gastos y molestias muy cargosas, con grande afán, con grandes incomodidades, y añade también con grandes riesgos, y añade asimismo con crímenes que no tienen nombre, con delitos capitales, como a una fortaleza vasta y desabrugada.

Y si en su naturaleza tienen estos bienes flaqueza tan grande y tiene tal instancia su posesión y con tanta facilidad los otros los dañan o los suprimen de cuajo, ¿qué provecho reporta contraer por ellos enemistades cuando puede y acostumbra ser mayor el daño que en brevísimo tiempo les infieran los enemigos, que aquel por el cual provocamos discordias? Cada día que pasa vemos que comprometen todo su caudal quienes no quisieron desdorar una blanca.

Fuimos nosotros quienes nos hemos fabricado la nobleza, siendo así que todos constamos de los mismos elementos y principios creados por el mismo Hacedor de todo, engendrados por los mismos padres de nuestro linaje. Somos concebidos en pecado, de una materia sucia de ver y de nombrar; nacemos de hombres pecadores entre dolores muy agudos y con inmediato peligro nuestro y de nuestras madres; nuestra lactancia es una molestia continua, y nuestra crianza un trabajo ininterrumpido. ¿Qué significa, en medio de todo esto, la cuna de marfil y de oro? ¿Qué el esplendor de una sangre podrida, origen de todas las enfermedades, o, mejor, sanie y pus malolientes? ¿Qué dios enojado impuso carga tan pesada a esa acémila que con dificultad se lleva a sí misma? Yo no acabo de maravillarme cómo de pura desesperación las más de las veces no se rinde a su gran pesadumbre y cómo no corta a me-

dia faena, en un arrebato de indignación, esa tela de vanidad que urde y teje con tantos trabajos y sudores. Todo esto verá y considerará aquel hombre que, según la medida de sus posibilidades, se esfuerza por desasirse del cieno de la malicia humana y lavarse de las inmundicias de las pasiones y malos pensamientos, y que aliviado y suelto de tan onerosa impedimenta, a grandes zancadas se encamina a la soberana alteza de su propia alma y a la cumbre de la gloria humana, de donde nos derribaron muy bravas y muy ásperas calamidades, merecidas por culpa nuestra. Así es que, con la destrucción paulatina de la soberbia que tiranizaba su alma, gracias al conocimiento de sí mismo, derribaránse aquellos engreimientos del espíritu y se verificarán en el hombre el fenómeno de la balanza, que con quitar peso de un platillo se levantará el otro platillo donde está la mente. Cuanto más se le alivie de arrogancias y de alborotos, tanto más la mente se elevará hasta el apéndice de la luz y del conocimiento de todas las cosas. Y desde aquella posición, como desde una atalaya, fácilmente llevará la vista por cada una de las cosas; se descubrirán y manifestarán aquellas cualidades que antes, en la opresión y en el abatimiento, quedaban sepultadas en la oscuridad; a saber, juicio, razón, prudencia, para que entienda cómo debe llevar a la práctica los bellos y soberanos pensamientos y lo tenga ya previsto y aparejado para cuando la ocasión y el caso se ofrezcan y quedará confirmada la voluntad para que tenga tanta fuerza y tanto vigor en el emprender las cosas, cuantos la razón hubiere juzgado que van a serle necesarios.

Y puesto que los estorbos de esa luz y los trastornos del juicio son

las pasiones fieras y excitadas, ante todo las alejará hasta donde pueda o, por lo menos, de momento, las cohibirá y frenará y no permitirá que entren en la sala de las deliberaciones, y si algunas se hubieren infiltrado, suspenderá el consejo hasta que se las haya echado fuera; y dejará que pase algún tiempo y se mantendrá, no tomando determinación alguna, mientras a la sesión asistiere, movimiento alguno pasional, como no utilizaría agua turbia y barrosa si antes no se le permitiera aclararla.

Así como aquellos que en algún sitio se esfuerzan por reducir el mar echando escombros en él o sembrando de edificios las marismas, desde el comienzo de la obra, así que el mar se embravece y se hincha, ceden espacio al mar y cesan en la obra momentáneamente; y así que vuelve a su situación normal con multiplicada diligencia o industria echan en él grandes bloques que servirán de cimientos, y se ingenian por darles mayor asiento y firmeza para que la braveza del Océano, al presentarse de nuevo, no desbarate y trague toda cuanta obra se hizo; y lo primero que hacen es sustraerla a sus embates hasta que la construcción estuviere ya asaz subida y tenga la suficiente firmeza que la ponga a salvo de todo riesgo que pueda ocasionarle el mar enojadizo; así también en ese edificio espiritual que levantamos en medio de las olas y del cual es necesario apartar el asalto de las pasiones amotinadas; al principio, en la furia del ataque, hay que dar paz a la mano y levantarla de la obra; mas, al retorno de la serenidad y del sosiego de las pasiones, en aquellos fugaces momentos de libertad de que disfrutamos, tenemos que asir con mano rapidísima y rapacísima la ocasión

de activar el generoso empeño: tenemos que plantar y consolidar las defensas contra los posibles asaltos, hasta que esté terminada la obra tan sólidamente que las arremetidas más violentas de la pasión no puedan mellarla ni resquebrajarla.

Según todo esto que dije, en ninguna cosa debe el espíritu aquietado pensar con más ahinco y vigilancia mayor que en los medios de evitar en lo sucesivo la más pequeña revuelta y alboroto o que la perturbación promueva tumultos y crueldades fuera del recinto de la razón y el consejo o que no irrumpa en él. Así es que, ya domeñada la pasión y distraída, o, al menos, en tregua y en reposo, ésta será su obra, de ingenio, de juicio, de razón. para descender luego, finalmente, a la consideración de las cosas, y a fuer de censor, llamarlas una por una al justiprecio y a su valoración conveniente. El será quien, con suficiente conocimiento y confianza en sí mismo y por haber adquirido para ello la adecuada pericia, los impondrá en definitiva, o mantendrá los que le hubieren impuesto los grandes sabios merecedores de su total y más seguro crédito.

Como discretamente han enseñado muchos, todo error y miseria de la vida humana nacen de la ignorancia que nos hace tomar lo malo por bueno y, al revés, lo bueno por malo. De todo cuanto constituye la posesión de los hombres, voy ahora a estudiar primeramente su naturaleza, y, acto seguido, su uso.

¿Qué tarea hay más propia del sabio que pensar y ponderar cuál sea la razón de cada cosa y cuál su fin? Las bestias, carentes de razón y de consejo, no pasan más allá de lo inmediato. Privilegio es del hombre proyectar al futuro la penetración de su mente por no torcer ninguna

cosa a otros usos que no sea el verdadero y natural. No siendo así, no se diferenciaría un punto de la bestia, y como ocurre en ella, jamás se guiará por el juicio, jamás por la razón y el consejo y siempre sería esclavo de sus pasiones. Mas, si ño ignorare su naturaleza y su utilización y quisiere obedecer a la razón y a la verdad, no tomará de cada una de ellas más de lo que le importare, y no llevará con el menor desabrimiento que cada cosa siga su pendiente natural. De esta manera, quieto y tranquilo en sí mismo, nunca se enojará ni consigo mismo ni con los otros. La condición de las cosas humanas es tal, que todo cuanto afecta al hombre es vacuo, caduco, expuesto a azares; encomendado, no dado; la virtud sola nos atribuye a Dios que acabará por ser de quien la posee si él quiere, mientras que todo lo otro jamás pasa al derecho y al dominio de aquel que lo usa. El acumen del ingenio, con el tiempo o con el uso inmoderado, o algunas veces por enfermedad o alguna otra contingencia se gasta y se torna obtuso. La memoria tiene en la edad un enemigo, puesto que ninguna otra facultad del hombre siente tan precozmente las incomodidades de la vejez. El saber, por falta de cultivo se desvanece y fenecce a manos de la enfermedad. Las fuerzas, cáscalas el trabajo excesivo o una fiebre cilla de nada y termina con ellas la edad, que acaba con todo. El cuerpo, ¡a cuántas dolencias está expuesto; de cuántas es presa obvia; cuántos son sus sufrimientos, y sus cruces cuán numerosas y cuán pesadas! Sobre él ejecutan su señorío el cielo, los elementos todos, las plantas, los venenos, las fieras y los hombres de cuán inagotables maneras; los enemigos, los ladrones, los tiranos, los magistrados, por

abreviar tantos y tantos casos que es imposible hacer su resumen. La misma vida, que es fugacísima de suyo e incierta hasta para una media hora, tiene su término fatal en la muerte, no de este o estotro género, sino de un linaje indeterminado, incógnito, inesperado. Parientes, hijos, esposa, amigos, clientes, todos son humanos, es decir, todos son mortales, y mudables en la vida, de modo que si mueren nada acontece que no sea natural, ni si truecan su voluntad y sus costumbres. Y no están menos bajo el signo de la muerte y de la mutabilidad que los hombres los caballos, los jumentos, los ganados. El dinero es un metal: ¿qué otra cosa es sino tierra cocida en las propias entrañas de la tierra? Para esa escoria se ponen tantos al acecho; sobre ella se lanzan y la atacan el ladrón clandestino y el pirata paladino; el uno la persigue con halagos, el otro con ardidés; infinitas son las trazas de sondacar el dinero y apropiárselo a sí. Al vestido, atácanlo las polillas, los gusanillos, la humedad, el polvo, el tiempo. La copa de cristal es quebradiza; las pinturas o se borran o se estragan. Los edificios, unas veces los arruinan las tempestades; otras veces, el vicio está en sus propios materiales, o, por fin, se rinden agobiados por el tiempo. Los campos, unas veces los asuela el furor bélico, otras veces, hacen riza en ellos los contratiempos producidos por el cielo o por el suelo: lluvias, rayos, pedrisco, inundaciones, sequías, plagas de las mieses, gusanueños, o las ahoga y corrompe la excesiva lozanía de las malas hierbas. Y la dignidad, ¿qué es? Y el honor, ¿qué es? Y la gloria, ¿qué es? Un pequeño acatamiento; un tratamiento hueco. ¡Cuán presto pasan y cuán fácilmente degeneran en oprobio! La no-

bleza, o no es reconocida como tal, o, por depauperación fisiológica, desaparece en absoluto.

CAPITULO VI

AVISOS PARA SOPORTAR LA ADVERSIDAD CON IGUALDAD DE ÁNIMO

¿Qué cosa hay que no esté sujeta a la muerte y a los azares de la vida? ¿Quién puede eximirla de ello a la fuerza, o por su industria, o por su razón? Quien recordare, pues, que tal es la naturaleza y la condición de las cosas, usará de ellas si las tiene a mano, como es debido; pero si estuvieran lejos y fuera de su alcance no se desilusionará más que por no hallar en invierno rosas en la rosaleda, porque, demás de esto sabrá que tal es su ley y condición, que, alternativamente, aparecen y desaparecen. Llevará con espíritu de conformidad que las cosas vayan siguiendo su curso natural, como no lleva con aspereza que a la risueña templanza de la primavera suceda el estío fogoso o, a una y a otro, los rigores del invierno, ni que el mar en su refugio se retire de las playas que la marea inundó y deje en seco a los bajeles que antes se columpiaban en el agua. Quien tuviere el arte de saberse acomodar a esas fluctuaciones de la Naturaleza, llevará una vida deleitosa y fácil. No hay sabor comparable con el de vivir según la Naturaleza, que equivale a una navegación por un río claro y sesgo con viento propicio. A ése jamás le caerá de los labios aquella amarga expresión del pesimismo: *Nunca lo hubiera pensado*. Todas las contingencias las tendrá previstas. Mas si abrigare contra la Naturaleza algún deseo veleidoso y se empeñare en llevar su

esquife contra viento y marea, no se verá jamás en la posesión de su deseo y siempre andará metido en conflictos, en medio de molestias, fastidios, desabrimientos; en los que no podrá sufrirse a sí mismo ni podrá soportar a los otros.

¿Te indignarás o te enemistarás con alguno porque la Naturaleza esté a las órdenes de su dueño y no de tu capricho, o porque la Naturaleza se haya servido de él como de instrumento de su curso normal? ¿Quién se enfada con el rayo o con el mar y con ellos se pelea porque le hayan arrebatado un hijo o una casa o una mercancía? Aun cuando parece que entre hombres no está ausente alguna voluntad, el sabio ha de poner la mira preferentemente en la Naturaleza, que es el instrumento de Dios, más que en la aviesa voluntad del hombre, puesta al servicio de la malicia y que no hubiera sido suficiente para que el hombre bello se quitase el dinero, o el vestido o aquella apariencia del horror si esas cosas fueran tan tuyas por fuerza de su Naturaleza como la virtud. Mas a quienes nada quitan los hombres se lo quitan las contingencias azarosas que provienen del cielo, de los elementos, de los seres inanimados, de los animados, de causas por nosotros desconocidas, pero con todo reales. Aquel consuelo que acostumbra aportar a los casos ajenos, sacado de la misma Naturaleza, aplícalo a los tuyos; es a saber: usa la misma medicina que aconsejas a los otros en análoga enfermedad. Murió el hijo de otro; murió la esposa ajena: dícesle que nació mortal; se le hurtó algún efecto: dícesle que ello es frecuente; faltó en algo el siervo de otro: dícesle que es humano; cruzó el baldón el rostro de alguno o se le infirió un ultraje: dícesle ser una

ley de la vida y que el hombre nació para sufrir estos y otros vejámenes. ¿Y por qué eso que tu piensas y que dices a los otros no lo piensas para ti y te lo dices a ti? ¿Quieres por ventura que los otros recuerden la condición de las cosas y tú la olvidas? Esto, por lo que toca a su naturaleza. ¿Y qué voy a decir acerca de su uso?

Conviene que el uso sea deducido y derivado de la misma naturaleza. Hay usos impuestos por la necesidad; otros, aconsejados por la comodidad; otros, descubiertos por la opinión equivocada de los hombres. La necesidad es inevitable, como el comer, beber, expulsar del cuerpo el rigor del frío, la fuerza del calor y, finalmente, procurar aquellos elementos sin los cuales no podemos defender esta vida. Unas cuantas cosas más añadió la comodidad, y muchas o, por mejor decir, infinitas imaginó la opinión aconsejada por el juicio apasionado, acuciada prolija e intensamente por ejemplos ajenos, por manera que se hipertrofió y se hizo grande, corpulenta, monstruosa, insaciable. Y ésta fué la que excogitó luego tantas suertes de honores, el fausto de la ostentación, del bien parecer, de la dignidad, de la pujanza, del reino, del imperio. Y habiendo nacido de muy modestos principios, en la actualidad ya no tiene límite, puesto que no hace más que enseñarnos y exhortarnos al apetito, que es a la verdad, inmenso, sin término y sin fin. Estimulada y enardecida por la codicia se reserva cuál sea el objeto del deseo y cómo y con qué fin. Ninguno de éstos, que con afán tan ansioso reúnen tan alucinantes montones de oro y arrebañan propiedades, honores, señoríos, reinos, si se le preguntara para qué lo hace, no podría dar de ello ninguna razón satisfactoria

porque la necesidad no siente su falta y la rechaza la comodidad, la cual es tanto mejor y con más verdad merece este nombre, cuanto mayor agilidad conserva. Ahora bien: ese amontonamiento grandioso tan desparramado, tan difuso, es la mayor y más embarazosa de las incomodidades. ¿Qué otra explicación les resta sino declamar que ellos siguen la opinión obediente a la pasión insana, ajena en absoluto e irreconciliable con la razón y el buen sentido? De labios de estos a quienes la insaciable sed de mando se los llevó tan arrebatados y enardecidos, que echan en todas direcciones chispas que ocasionan trágicos incendios; de labios de éstos quisiera oír cuál es la finalidad que persiguen y qué hito fijan a sus ambiciones. Acometer sin ningún propósito determinado un plan de tanto alcance, coloca a quien en ello se empeña muy por debajo de la condición de las bestias, las cuales, aun cuando se contentan con lo inmediato, no obstante no obedecen a sus más livianos estímulos sin motivo y sin propósito alguno.

¿Qué es lo que persiguen? ¿La abundancia de placeres? ¿Pero es que no los proporcionan más ventajosos en calidad y en cantidad la quietud, la medianía del poder muy llevadera para el príncipe, que el tumulto y la polvareda bélica y el dominio extenso que traen consigo infaliblemente la espinosa acucia y el perpetuo cuidado? Así como en un hombre de gran corpulencia y rebosante de humores siempre hay algo que se resiente y requiere la mano del médico, así en un Imperio grande siempre existe una u otra comarca que con alguna dolencia privativa afecte e inquiete a todo el organismo: revuelta política, calamidad pública provocada por el

factor hombre o por el factor fortuna. A Pirro, rey de los epirotas, mientras estaba organizando una expedición en socorro de los tarentinos y contra los romanos, preguntóle el filósofo Cineas, que gozaba para con él de harto predicamento, ¿qué pensaba hacer de los romanos así que los hubiere vencido? Consecuencia de esa victoria, respondió él, será la obediencia de toda Italia a nuestro mando.

—¿Y qué, luego de sojuzgada Italia?

—Pasaremos a Sicilia y la agregaremos a nuestros señoríos.

—Y una vez rendida Sicilia, ¿qué quedará después de ella?

—Llevaremos a España nuestras armas.

—Tras la ocupación de España, ¿qué más?

—Nos enfrentaremos con Cartago y la atacaremos con una enorme superioridad material y moral; demos todo esto por dominado y poseído; entonces volveremos acá y, sumidos en la mayor de las felicidades, regoldaremos en todo linaje de placeres.

—¿Es ése el fin?—replicó el filósofo—. ¿Qué dificultad hay para que, ya desde este momento mismo, sin correr el albur de tantos peligros a los que no sabes si vas a sobrevivir, atollemos y nos regodeemos en estos mismos placeres que ya están a nuestro inmediato alcance?

Los hay quienes dicen que no tienen más acicate ni ideal que el del mando. Esos tales creen que es lo mismo reinar que llamarse rey. Rey es llamado en las ficciones teatrales el artista que representa el papel de Agamenón o de Príamo. No de otra manera que ese rey de comedia es aquel rey que no sabe qué cosa sea reinar. Ser rey es mirar y desve-

larse por el bien público. Si esto deseas, deseas la cosa más bella y magnífica del mundo; pero mírate antes muy bien a ti mismo y piensa si podrás gobernarte a ti mismo y a lo que ya posees. Si lo hubieres ya conseguido, aventura entonces una sabiduría san chopancesca y trata de gobernar a los demás.

Y si no puedes gobernar un reino, breve como una cometa, ni puedes gobernar tu casa estrecha como un pañuelo, ni puedes gobernarte a ti mismo que cabes en un puño, ¿qué loco furor es este que te hace pedir el cetro de muchas naciones y ciudades? Cuenta la mitología que Faetonte, siendo muy mozo, pidió al Sol, su padre, la carroza y los caballos. Consiguiólo a fuerza de lágrimas y de importunidades; ello ocasionó su propia perdición y prendió fuego al mundo. Muchos de éstos buscan y mendigan reinos no de otra manera que los muchachos reclaman las riendas de los caballos o el timón de la nave. Piensan ingenuamente que gobernar consiste en alargar la mano, pues por lo mismo que desconocen en absoluto el arte del timonel, se persuaden de que éste no ha menester habilidad ni ingenio ni destreza en conducir una máquina tan grande, sino que basta con mover la mano simple y temerariamente. Así es que verás a muchos de éstos, que en medio de tantas revueltas y turbación de los negocios humanos llegaron a invadir dominios anchurosos, piensan haber cumplido irroprochablemente con sus deberes de gobernantes, con poner su firma al pie de unos diplomas o haber organizado partidas de montería o, simplemente, haber participado en juergas palaciegas entre ramerías y comilonas y juegos de azar. Muchos ejemplos de éstos registra la historia antigua, y ojalá

solamente los registrara la antigüedad. Publio Escipión, uno de los héroes más famosos y prudentes que tuvo el pueblo romano, como al ser nombrado censor tuviera que rezar en voz alta y conforme a la liturgia del caso, al dictado del maestro de ceremonias, que iba delante de él, las preces de rúbrica; llegado que hubo a la deprecación: *¡Júpiter, aumenta la República!*, no hubo manera de que se aviniese a decirla a pesar de la insistencia de los avisos y exhortaciones del jefe de ceremonial. Lo que dijo fué estotro: *Júpiter, conserva la República*, afirmando que harto aumentada estaba, que lo que urgía era conservarla. Y a consecuencia de ese lance, como Valerio Máximo refiere, ordenó la enmienda en ese sentido de esa rúbrica en los textos oficiales; prudente enmienda, a la cual se sujetaron los censores en lo sucesivo. Augusto César, maestro indiscutible en el arte de gobernar, acostumbraba decir que se maravillaba de que Alejandro Magno no se preocupase tanto de la manera de gobernar sus conquistas territoriales como de acrecentarlas con otras nuevas.

CAPITULO VII

CUÁN ONEROSA ES AL PRÍNCIPE LA OBLIGACIÓN DE GOBERNAR HOMBRES, Y QUÉ COSA SEA LA QUE DETERMINA SU VALER RESPECTIVO

A un príncipe cristiano bien se le puede hablar de cuán cargoso es el gobierno de las masas. ¿Qué otra cosa es buscar hombres a quien regir, sino pechar con la responsabilidad de tener que dar cuenta muy estrecha de la vida, de la salud, de la fortuna, de las costumbres de tus subordinados, a Dios Soberano, Go-

bernador del mundo y Juez el más exacto y puntual de todos los jueces, que fué quien se los confió y encomendó a todos a tu fidelidad y desvelo? Esa masa humana es su grey y tú no eres, con respecto a ella, más que un encargado responsable dado por herencia o llamado por voluntad, o metido o intruso por fuerza. Nada le aprovecharán ante Dios esos títulos especiosos con que los hombres se pueden engañar y serles impuesto silencio. Pero no puede ser engañado Dios, a cuya presencia cada uno se condena o se absuelve, por el testimonio de su conciencia, no por el de los testigos, ni a tenor de las leyes escritas, ni de los rumores fabricados, ni de los pretextos y colores que el abogado excogitó para destinar la acusación. Recójase cada uno en su conciencia y comprenderá que esta pasión de mando y poderío, que tantas veces trae sacudidas y perturbaciones físicas y morales al mundo, toda nace de la ignorancia y de la ceguera de nuestras opiniones, que se apartaron del juicio y de la razón y se pasaron al campo de las pasiones.

Saldrá afuera el varón prudente y explorará a los otros hombres y los examinará con la misma piedra lida con que se aquilata a sí mismo. Hallará que entre todos ellos no hay ni siquiera uno que sea semejante a él, desvalido, expuesto a mil contingencias y, por ende, digno de compasión. Y como viere cuántas son las penalidades que cada uno de ellos, aun el más feliz, tiene que soportar en la vida, entenderá que su suerte y su condición son llevaderas, de modo que no sienta el deseo de verse vengado de otro de quien piense haber recibido ofensa, con otro género de represalia que aquella con que tomarán venganza de él la casualidad o su misma condi-

ción humana. ¿Qué deseas a tu enemigo? ¿La pérdida de su fortuna o de su dignidad? Aguarda un poco y verás. No hay nadie a quien la vida trate con tanta blandura, que un día u otro no tenga que sufrir un accidente de éstos. ¿Quieres una catástrofe para su reinado, si fuere príncipe? La tendrá. Recibirá la visita de la peste, del hambre, de la inundación, del seísmo, de la discordia civil, de la rebelión, áspero contratiempo. ¿Deseas su orfandad o la muerte de sus seres más queridos? Si puedes tener algún tiempo de paciencia, la Naturaleza te traerá galantemente el cumplimiento de tus deseos. ¿Preferieres para él enfermedades? La Naturaleza le infligirá dolores más crudos y le aplicará cauterios más atroces que el más encarnizado y bestial de sus enemigos. ¿Qué rabia humana puede atormentar al organismo humano como le atormentan las afecciones del estómago, como la gota, como la cefalalgia? Llegado a este punto, yo no puedo ni debo omitir aquellas palabras que, según la versión del poeta Aurelio Prudencio, dirige en tono de homilía al pueblo circunstante el mártir San Román desde el cadalso en que se le torturaba:

No hay diferencia en que lo que atormente sea el fuego, o el potro, o una aguda dolencia: torture el cuerpo enfermo, puesto que muchas veces ejecutan las enfermedades una mayor crueldad; no aran los garfios el costado con tanta fuerza como con su punta aguda lo penetra la pleuresía, ni queman así la piel las láminas candentes como la fiebre con su fuego sombrío devora las venas, ni la llama arrimada cuece la piel somera como la irritación exacerba el ardor de los granos: dirás que son cauterios estridentes. ¡Créeme merecedor de lástima por-

que cuelgo y me retuerzo, desencajado de brazos, dislocado de pies, porque cruje toda la trabazón de mis tendones? Así dicen con lamentos fieros que los huesos se les parten aquellos a quienes tortura la nodosa y artrítica podagra. ¿Tenéis todos horror de las manos de esos verdugos? ¿Son acaso más mansas las manos que dan salud cuando actúan los carniceros hipocráticos? Se amputan vivas las entrañas y la sangre fresca tiñe el escabello mientras se rae la apostema. Esto dice Aurelio Prudencio.

¿Deséasle acaso preocupaciones, acucias, furias mentales? Tranquillízate, que va a tenerlas a cada momento, unas nacidas de las otras, como una sucesión ininterrumpida de ondas que ruedan a quebrarse en la playa. Tendrá sacudidas, tendrá agitaciones, miedos, pavores, terrores, confusión; el desabrimiento le agriará, la envidia le espoieará, el odio le enfebrecerá, la ira le encenderá y una vez encendido no será señor de su ánimo ni de su cuerpo ni de su fortuna. Nunca falta a ese mar proceloso algún ábrego que lo agite; jamás la vida humana deja de ofrecer a las pasiones ocasión y materia de alborotos. Y cuando faltare todo esto, al menos aquel que infirió el ultraje sentirá las vengadoras furias mitológicas que acompañan la conciencia del mal. Esta es la primera venganza del crimen, porque, como dice el poeta satírico: *Cuando uno es juez de sí, ningún culpable es absuelto.* No se puede desear ni se puede imaginar venganza más amarga, pues todas las otras son de la fortuna o de la Naturaleza, y ésta es del delito, como Cicerón explana copiosamente contra Lucio Pisón. Algunas de ellas jamás llegan a nosotros o afectan al cuerpo sólo; ésta afecta al ánimo;

es decir, traspasa al hombre mismo de parte a parte. No hemos de creer que sea otro aquel suplicio sempiterno que experimentan los peciticos y del cual dicen misteriosamente las Sagradas Letras: *El gusano de ellos no muere ni se extingue el fuego de ellos.* ¡Cuánto más llevara que esa cruz es la muerte que, con todo, como al peor de los males, muchos desean a sus enemigos. Cierito; es la muerte el sumo mal, pero es el último, por manera que los que se regodean en los males ajenos ellos permanecen en los males, mientras los otros están exentos y libres de males y quizá traspasados a aquellos bienes a los cuales no llegarán nunca los que desearon su muerte o la procuraron. Diríase que hicieron votos por su salud los que les aborrecían, los que les execraban, los que les ofrecían a las furias. ¿Pero es que, en definitiva, le deseabas la muerte con obstinado deseo? Espera un poco, pues a ti y a él la Naturaleza os tiene a ella condenados. A ti y a él, ambos a dos, el mismo día que os sacó a la luz os impuso pena capital. No habrá mucha distancia de una ejecución a otra. ¿Cuántas veces no ocurre que muere primero el que dictó sentencia de muerte a otro? El rey Francisco I de Francia fué hecho prisionero por Carlos Montpensier de Borbón, por el marqués de Pescara, por Carlos Lanoy, gobernador de Nápoles. Pues bien: en el espacio de dos años se enteró de la muerte de los tres. Si estuviera enojado con ellos, ¿qué más les quisiera hacer? Si en su mano tuviera la venganza, ¿qué otra cosa hubiera hecho, sino lo que la Naturaleza hizo tan sencillamente? ¿Qué otro castigo quieres, qué otro verdugo buscas, cuando tienes tan apercibidas y tan a tu disposición a la Na-

turaliza y a la Fortuna, las cuales de tal manera alguna veces afligen esta nuestra miserable ruindad que llegamos a merecer la compasión de aquellos mismos que con golosa avidez esperaban nuestra muerte y nos deseaban un final de ejemplarísimo escarmiento? Diómedes, en Virgilio, cuenta que los griegos, a la vuelta de Troya, se hallaban tan cascados y tan maltratados, que aun al mismo Priamo causarían lástima.

Después que haya considerado y ponderado los trances azarosos y la vidriosidad de esa ruin vasija humana, contemplará cuántos errores traen a maltraer a los hombres durante su vida, a qué dan el nombre de bien, a qué dan el nombre de mal y a cuánta distancia, con respecto a ellos, se sitúan de la verdad y de la derechura de juicio; luego, qué toman por desdén, qué toman por ofensa; qué represalias y castigos se toman por su mano; con qué pueriles juegos se entretienen en cosas de tanta monta; cómo toman consejo tumultuosa precipitadamente, a saber: de la pasión, que es su consejera; por qué livianas conjeturas se dejan llevar, con entregarse completamente a merced de un soplo ligero y rápido; consecuencia de esto es el arrepentimiento que los invade inmediatamente después del hecho. Todos estos casos le servirán de escarmiento a fin de que él, por los yerros ajenos, que es el género de prudencia más feliz, ponga enmienda en su vida y compostura y orden en sus costumbres y en sus actos.

Y situado ya en este punto, lo primero que tiene que hacer es qué, puesto que ya no se engríe, puesto que se destocó de toda altanería, porque no ve causa ni razón alguna para ella, deje de anteponerse a nadie, no menosprecie a nadie, sino en

aquello mismo en qué él piensa que debe ser menospreciado también, siendo tanta como es la semejanza que existe en la naturaleza del género humano y no haya nadie que en uno u otro concepto no sea peor o no sea mejor que otro. Propiedad de necios que no se conocen a sí mismos es menospreciar a los otros a quienes despojan de lo que ellos se atribuyen. Mas el varón cuerdo, formado, instruido, robusto en su confianza, comprende que él no tiene nada que no tenga cualquier otro hombre de la calle, y tácitamente reconoce su pobreza. Y aun cuando viere a otros tan pobres como él que se consideran ricos por su ingenio, por su hacienda, por su abolengo, por su dignidad, no por esto les desdeñará, porque en ello no le va ni le viene nada. Son pobres y abyectos por un igual; acaso haya alguna diferencia en su cultura. Pero con todo, no sería menos ridículo, anteponiéndose a él, que si una ola de barro que no lleve firma alguna dijese que vale más que otra de plata que lleve una noble inscripción. Idéntica es la ruindad de su condición y entre objetos que son igualmente viles y ruines, ¿qué diferencia puede haber? Quizá, quizá, si fuera mentiroso el título, se engañará el hombre lego; mas el que conociere la materia y el precio, no se engañará jamás. Y siendo así que los hombres o son espíritus o se aprecian y valoran por el espíritu, ¿qué hombre podrá emitir sentencia respecto de otro hombre, puesto que nadie puede penetrar en la sagrada intimidad de la mente ajena que, encubierta por tantos velos y tantas coberturas, no queda descubierta ni aun para los mismos ángeles y sólo es conocida por su Autor, puesto que ni a sí misma es suficientemente conocida y explorada?

Y, por fin, no ignora que en la vida no existe mal alguno, excepto la culpa, la cual, como los mismos gentiles reconocieron, es exclusivamente imputable al hombre. Sabiendo que no hay ninguno que carezca de ella, y en la incertidumbre e ignorancia por lo que toca al otro, con quien establece comparación (puesto que el ánimo donde sólo reside la culpa, como acabo de decir, está muy alejado de todo ojo de hombre), ¿acaso no resulta de ahí que no hay motivo alguno racional para que a los ojos de un hombre cuerdo y realista, cualquier otro hombre sea despreciable más que él? Y de este punto precisamente debía arrancar la más cierta y verdadera censura de toda acción humana. Honrada y sabiamente dice Epicteto, el filósofo estoico: *¿Se lava alguno de prisa? No digas que se lava mal, sino de prisa. ¿Bebe alguno mucho vino? No digas que beba mal, sino que bebe mucho.* Si no sabes el móvil que le aconseja hacerlo así, ¿de dónde sabes que mal? Si ya no es que esperamos que él, dejando a un lado el espíritu, descienda a la comparación del cuerpo y cobre humos y se engría porque goza de mayor robustez y entereza físicas; y pobre y mísero como es, se prefiera a otro hombre de la misma condición, porque su túnica, tan estropeada que toda se fué en zarcidos y remiendos, tenga menos remiendos que la de él, o porque esté menos boquiabierto su calzado. ¡Pluguiera al Cielo que la Naturaleza se hubiese portado tan cortésmente con nosotros, que el cuerpo humano tuviese algo con qué enorgullecerse y ufanarse. ¿Qué tiene que no sea asqueroso, feo, aborrecible? Madrastra fué llamada la Naturaleza, y con ese apelativo infligieronla una ofensa grave aquellos

varones antiguos que profesaron la sabiduría. puesto caso que sólo repararon en el cuerpo y no en el espíritu. Todo hombre que por el cuerpo desprecia al hombre, corre el riesgo de tener que dar la preferencia a las bestias, y quien desprecia al hombre, por esto mismo se hace acreedor al desdén de las bestias. Ninguna excelencia física tenemos en la que algunas de las bestias no nos lleven ventaja. Dime: ¿quién tendrá en aprecio tan grande al cuerpo, que de ahí se ponga tufos y copetes? ¿Será acaso el varón probo y sabio, cuyos bienes, en su totalidad, consisten en la virtud, y que, confiado en su sola conciencia, vive su vida, tranquilo y feliz? ¿Será, por ventura, el varón discreto en quien la irreflexión no haya producido un desconcierto mental, y que, al poner los ojos en su cuerpo, se avergüenza de sí mismo y que si, en una competición de alabanzas, saca a relucir su cuerpo, teme que no se le rechace con ludibrio e ignominia, no de otra forma que si presentase un pestífero orinal forrado de oro? Yo pienso que no hay cosa más absurda y ridícula como la de que uno se jacte de traer siempre consigo y a todas partes una sentina llena de estiércol, pues éstos son, en fin de cuentas, los nombres de esa verenda altanería que es origen y fuente ubérrima de tantos males por todos los pueblos.

¿Y qué, si ningún hombre talentudo y prudente de la naturaleza de nuestro cuerpo y nuestra alma no puede escoger nada por lo cual se anteponga a quien sea? ¿Cuánto menor motivo tendrá de hacerlo por cosas que son exteriores, que con toda propiedad deben decirse ajenas, no nuestras? Como la nobleza, el li-

naje, los abuelos y *todo cuanto no hicimos nosotros*, como dijo certeramente Juvenal; o las riquezas, o la servidumbre, o los edificios que muchas veces tocan en más copiosa abundancia a los peores, a los más necios, a los más pepitosos, que a los buenos, a los cuerdos, a los robustos. Todo ello atestigua o muestra invalidez, pues de tantas cosas estamos necesitados o nuestra malicia o nuestro miedo que hizo que, desconfiados de Dios, pidiéramos tan copioso auxilio de cosas caducas o momentáneas, como si no tuviéramos uno mayor aparejado, el de Dios y por Dios el de nuestra mente, y nuestra razón. ¿Será por la dignidad? Como si jamás la dignidad hubiere recaído en un indigno. ¿Será por el honor? ¿Será por la fama? Como si no se engañase el pueblo en sus juicios acerca de la virtud. El varón prudente conoce, estudia, examina la naturaleza de cada cosa, su uso, su valor; sabe cuán escasa importancia se ha de dar a todo esto que no tiene en su mano, sino en la codicia ajena, y cuya posesión a ninguno hace mejor ni más feliz, ni le hace peor su carencia, ajetreade todo ello por los ciegos embates del azar, fundado en la opinión de quienes no juzgan rectamente. Anteponerse a los otros por el traje, por el sombrero, por el calzado, por la sortija, por el caballo, es cosa de niños, a los cuales sólo éstos les parecen bienes porque no entienden nada de lo otro. Y aun cuando algún otro le manifestare alguna apariencia y color de desdén o alguna significación de ofensa, no se ofenderá ni se impresionará. Al apartarse de él la soberbia se llevó consigo el agrado con que a sí propio se lisonjeaba, y no hallando en sí cosa con que se complazca y se ensorbezca, gana robustez y siente mucho me-

nos las punzadas leves; examinará qué dardo es el que se le disparó. Si se le dijo la verdad, si se le dió lo merecido, no lo tomará más a injuria que si se le echare en rostro que es hombre o se le baldonare diciéndole mortal o si un ángel se le proclamare superior o él se manifiestare superior a las bestias. Si lo que se le dijo fué falso o injusto, no tanto se indignará por un dicho de tan poca sustancia como deplorará la desgracia del compañero que de tal modo se engaña o le compadecerá por andar tan a ciegas que arremete sin reflexión contra otro, o tan desalumbrado y fuera de camino que los otros, por la ignorancia en que está de sí mismo, le producen asco. ¿Se enfada alguno, por ventura, o no lo toma más bien por lance de risa, si un ciego reprocha su ceguera a otro ciego, si un roñoso su roña a otro roñoso, el cojo al cojo su pie corto y su paso claudicante? O por mejor decir, y no es raro el caso y no deja de ser tanto más ridículo que el ciego reproche su vista al que ve y el roñoso al que está sano su limpieza y el cojo su andar a quien camina a derechas? Los espectadores, aun cuando fueren ignorantes, con sólo que tengan un adarme de sentido común crearán que más se tiran chanzas que baldones. Y así como la ignorancia llama a la soberbia y la soberbia llega acompañada de melindres, de displicencias, de celos de ofensa, de deseo de represalias, de pretextos de venganza, así también la ilustración trae consigo la humildad, el comedimiento, la igualdad de ánimo; adelgaza y atenúa los motivos de discordia o los rechaza en absoluto y busca y halla dondequiera otros tantos motivos para la concordia.

CAPITULO VIII

DONDE SE VE QUE NINGUNA COSA HAY MÁS CONFORME A LA NATURALEZA QUE EL HACER BIEN Y LA MULTITUD DE MOTIVOS QUE NOS ALEJAN DE CAUSAR MAL

Nadie puede tener voluntad de inferir injuria que no tenga dispuesta su justificación y su defensa en aquello mismo que la recibe, por manera que para con ninguno es tan injusto como para consigo mismo, pues así tutela y defiende a los otros. ¿Piénsase que el ofensor es un anciano? Grande es la reverencia debida a las canas y a la edad. ¿Piénsase que es un niño? Mucha es la indulgencia que se ha de tener con sus cortos años. ¿Es una mujer? Merece venia la debilidad del sexo. ¿Es un enfermo? En la enfermedad, ¿quién guarda medida? Hízolo el dolor, no el hombre. Los médicos no se enojan con sus clientes frenéticos, de quienes han de oír muchos insultos. ¿Es una persona docta? Alguna concesión debe hacerse a su doctrina y pensar que nada dice ni hace sin motivos fundados. Es un ignorante? Hay que excusar su ignorancia, que es una suerte de ceguera. Si un ciego topare con alguno y le diere un encontronazo, ¿quién será tan fino de piel que, lejos de molestarse de ello y darle una reprensión, no le compadezca y le vuelva al buen camino? Si el que se antepusiere a ti es mejor que tú, debes sufrirlo. ¿Quieres tú trastornar el orden natural? ¿Por ventura no es cierto que el alma aventaja al cuerpo, el ángel te aventaja a ti y tú a las bestias? Si fuere peor, ríete de él como cuando el gallo menosprecia al águila. Si es igual, tienes que compadecerle, porque no entiende que abre el camino para

su propio menosprecio por el menosprecio que hace de ti. Locura es pelear con uno más fuerte; con uno más débil, no es gallardía; con uno igual, tiene sus peligros. La Fortuna defiende al rico y excusa al pobre; su propia condición hace al siervo miserable. ¿Quieres tú tomar en tu siervo una venganza mayor que la que le infligieron las leyes que le despojaron del más precioso de los atributos humanos, que es la libertad? Si es poderoso, no hay más remedio que inclinarse ante aquel a cuya presencia se inclinan tantos. *¿Seré yo—dijo Favorino—quien resista con una palabra a Adriano, al cual, en cualquiera orden que dé, obedecen treinta legiones?* Cuán sabiamente dijo Laberio de sí mismo y de Cayo César: *¿Quién podría sufrir que yo, simple humano, dé una negativa a quien los mismos dioses nada pudieron negar?* Si fuere un magistrado, hay que obedecer a las leyes y prestar a la patria la debida piedad. Quienes poco pueden, ¿qué locura no es que mantengan enemistades con los poderosos! Esas enemistades, aun cuando tuvieren buen suceso, no se escapan del reproche de tontería y de soberbia. ¿Y qué más, si con este proceder no solamente les irritan a ellos contra sí mismos, sino que irritan también a todos los de la misma nación, profesión, orden, corporación, condenando totalmente lo que tenga la semejanza que sea con aquel a quien aborrecen, como si todos fuesen del mismo genio o natural? Demás de que perturban el orden público, al obligar a los ricos a quienes la Fortuna insolentó a que lo revuelvan todo, cielo y tierra, en su deseo de venganza. Y por lo que atañe a los poderosos, precisamente porque lo son, deben conducirse con mayor circunspección, no sea que

aculen toda aquella grandeza de su fortuna a aquel punto crucial donde la suerte acostumbra derribar en un momento construcciones gigantescas. ¿Y qué más, si se tiene en cuenta que cuanto mayor volumen tiene la mole, mayor es la dificultad de conducirla y más fácilmente se quiebra en la tempestad o en la refriega de los elementos alborotados y con toda seguridad algún daño sufrió en los trances angustiosos? Y, por otra parte, para los poderosos, aun cuando salieren vencedores, no será muy honrosa esa victoria, mientras que su vencimiento será el mayor de los oprobios.

A ninguno hallarás a quien con venga dar acogimiento en la discordia ni a ningún otro contra el cual con venga acogerla. A todos generalmente lo desaconseja y lo veda tanto el propio interés personal como el de aquellos con quienes habrán de reñir y la mutua comparación de las personas. A voz en cuello grita la Naturaleza que ella formó a todos los hombres para el amor recíproco, porque así como un ciudadano no puede dañar a otro ciudadano sin vulnerar a la patria, que como una madre los reúne y cobija a todos en un afecto común, así tampoco un hombre puede dañar a otro hombre sin lesión de la naturaleza humana y sin que hiera directamente esa gran patria del humano linaje y viole los santos derechos naturales, que a la vez son divinos. ¿Qué más? Si con diligencia paras mientes en cada una de las cosas, no hallarás casi a nadie que, fuera de aquella causa general, no tenga alguna otra causa especial de amor. ¿Qué hombre hay que no sea o padre, o hermano, o hijo, o nieto, o abuelo, o bisabuelo, o que no tenga con algún otro deudo, afinidad, amistad estrecha, dependencia de estirpe

o de apellido? El uno es vecino, el otro es conciudadano o conterráneo, el otro es huésped, el otro es amigo, familiar del padre, del abuelo, de hermano, amigo de sus amigos, camarada de estudios, compañero de profesión, socio de empresa, de trabajo, de viaje, cofrade, colega, de forma que nunca puedas determinarle a causar daño sin que alguna potestad superior y venerable te ponga la mano encima y te aparte de aquel movimiento irreflexivo. La piedad prohíbe dañar al padre; la sangre prohíbe dañar al pariente; la elección veda dañar al afín; el vecino debe ser tenido por pariente y te lo recomiendan tus propios intereses que la propia vecindad favorece en alto grado. La ley ampara al ciudadano; la educación prohíbe perjudicar al transeúnte; la bondad, que se dañe al inferior; te aconseja el buen sentido que no te enzarces en pugna con el superior, y con el igual te lo avisa el peligro. La religión hace de todo cristiano un hermano tuyo; la religión y Dios, que es el Padre común, y el mismo Cristo, que es cabeza de todos. Pero éste parece que ningún provecho te acarree. Te lo acarreeó tal vez, no sabiéndolo tú o no acordándote ya, quizá cuando eras niño, quizá estando distraído en otra cosa y poco atento al discreto beneficio; te lo acarreeó de incógnito, de paso. ¿A cuántos niños no hemos arrancado al peligro? Prestamos socorro, auxilio, consejo a quienes no nos conocían y que después ya no nos vuelven a recordar. ¿A cuántos hemos favorecido ocultamente, que no se dieron cuenta de la gran merced que recibían de nosotros! Pero no nos acarreeó provecho personal. Pero lo acarreeó a aquellos a quienes, a buen seguro, les deseamos el mismo bien que a nosotros mismos: hijos,

padres, amigos. Nos acarrearán provecho a nosotros o a los nuestros, ellos que en este punto reclaman otra gratitud por el beneficio recibido, como sus padres, sus hijos, amigos. Pero acarreará provecho él o lo acarrearán los suyos o a nosotros o a los nuestros, y quién sabe si estos mismos serán nietos de él y nuestros.

¿Quién duda si no que no se cobraran odio tan enconado L. Salinador y Nerón si hubieran pensado que con el tiempo aquellas dos familias iban a fundirse en una sola? Propio es de los animales irracionales no ver más allá de lo inmediato; y propio es de los hombres proyectar la visión hacia el futuro como inmortales que son y creados para la eternidad. «No me es conocido.» Pero puede serlo, y acaso familiar y el más estrecho de los amigos, que a nadie ha de ceder en afecto y en servicios; si le das a entender que le quieres, si le ofrecieres el anzuelo y el cebo más seguro, que es el amor, te lo atraerás; te lo gane mejor la admiración de tu prestancia, e igual la semejanza de naturaleza y de costumbres: ama en él los loores y virtudes que ves en ti o compadécete de lo que en ti ves digno de compasión. Para con el inferior, la compasión acrecienta el afecto. ¿Quién hay que quiera dañar aquel de quien se compadece?

Finalmente, establezca y consolide la unión entre hombre y hombre la semejanza; que es el vínculo más eficaz para toda asociación y para todo afecto. A nadie hallarás tan fiero y tan arisco y tan ajeno a toda humanidad que, llamado por el amor, no responda al amor, siendo así que las fieras monteses tan apartadas de nuestro instinto natural, tan recogidas en su ferocidad nativa, con todo se domestican y

aman a aquellos en los cuales descubrieron algunos signos de benevolencia. Ninguna cosa acostumbra ser suficiente para la discordia: contra la Naturaleza. ¿Y no terf La valor alguno tantas cosas que conspiran a la concordia con el alvor de la Naturaleza? Algunas de éstas son muy leves, dirá alguien. ¿Es que puede ser leve algo a lo cual añada robustez la Naturaleza, es decir, ese poder santo y todopoderoso? ¿Cuál de esas cosas dices ser ligera tú, a quien para la discordia basta un dinerillo, una palabra, un guiño o un ruin y liviano juicio de algún hombre, aun contra la patria, la religión, contra el derecho de la sangre, contra el deber, contra la equidad, contra la santa amistad, contra la fidelidad? Son graves, sin duda, estas cosas que tú te fabricaste a la medida, de tu necesidad, y serán ligeras aquellas otras que estableció la Naturaleza, robustecida y apoyada en lo equitativo, en lo bueno, en lo piadoso, en lo santo.

Todo aquel que se considere ofendido por otro, ése, conforme hemos señalado ya como elemento principal de toda prudencia, debe examinar y resolver sobre este punto, libre de toda conmoción pasional y con el ánimo tranquilo y sosegado, sin resto de tempestad alguna, porque, de otra manera, es fuerza que forme un juicio torcido, pues el estruendo de la tempestad lo agiganta todo y no deja nada en su estado y volumen natural. Y si repentinamente, como suele, salta la pasión y no llamada ni esperada irrumpe e invade a quienes no quieren ser sus víctimas, es menester, a pesar de todo, a fuerza de repetida meditación y bien recalçada experiencia, que tengamos muy asentado y firme el propósito de sostenernos y de no

dejarnos llevar de la pasión y demorar toda obra, no sea que en el ímpetu de su acometida se anticipe a la reflexión y al consejo y tengamos que arrepentirnos cuando la cosa está ya hecha y hemos llegado a un punto de donde no podemos retroceder sin daño y no hay ya ni consejo, ni razón, ni reflexión que nos puedan ser de provecho.

Considere, pues, en sus adentros el presunto ofendido lo externo y lo interno, qué ventajas ha de reportarle la venganza a él y a los suyos y qué inconvenientes, cuán grande sea la ceguera de los espíritus, cuán rápido y cuán precipitado es el ímpetu sin seso y cuán ajeno del hombre dotado de razón y una suerte de degeneración en fiera que de ella carece en absoluto. Piense que no puede el hombre, cuando se abalanza a ocasionar daño o a tomar represalias, obtener de sí mismo una moratoria brevísima para considerar y sopesar cuánto daño va a recibir él del mismo daño que tanta prisa tiene de ver causado a otro, y si no él, personalmente, aquellos a quienes ama o debe amar tanto como a sí mismo: los padres, la patria, los hermanos, los hijos, los nietos, los parientes, los afines, los amigos, los ciudadanos y, finalmente, la misma religión que a cada uno de nosotros está bien que nos sea entrañable y carísima.

Hecho esto, quitando los ojos de las cosas exteriores, los pondrá atentamente en sí mismo y en la común condición. Cuéntase que Platón, todas las veces que se ocupaba de los vicios y errores de los hombres, tenía la costumbre de preguntarse a sí mismo: *¿Seré yo uno de ellos?* Porque si él faltara en aquello mismo que los otros, consideraba que era cosa fea no limpiarse de aquel vicio que en otro le parecía defor-

me, antes que tomar enfado del vicio ajeno. ¿Quién sufrirá que quien hurta se ofenda gravemente de los hurtos ajenos, y que el ladrón castigue los robos? Diógenes *el Cínico*, en el momento en que con pies barrosos pisoteaba las magníficas alfombras de Platón, preguntado por qué lo hacía, respondió: *Pisoteo el fausto de Platón*. Y Platón, replicó: *Pisoteas ese fausto mío, si, pero con tu fausto*.

¡Cuántas veces nos ocurre en la vida pisotear un fausto con otro fausto y querer cohibir la indignación ajena con la nuestra, y castigar aquellas culpas ocasionadas por un inmoderado hervor del ánimo por otro hervor no menos descomedido! ¿Cómo es eso de negar tú a los otros aquella venia que tantas veces tienes que pedir a los otros? Y aun cuando con suma diligencia ocultares tus vicios, no dejas de necesitar perdón, si no de los otros que ignoran tus faltas, pero sí de tu conciencia que lo ve todo. ¡Es que no admites tú los mismos vicios! Pero no desemejantes y quizá más graves. Porque los hay que no atienden más que a los suyos, de momento, como si no delinquieran en lo mismo que los otros, y piden que se les tenga por los más inocentes y exculpados, aun cuando, cada hora que pasa, cometan mil maldades. En este punto es indulgente consigo misma hasta lo increíble, y para con los otros, es severa y rigurosa. Las heridas que nosotros causamos, estimámoslas punzadas livianas. Si nos punzan los otros, las reputamos heridas, y ponemos el grito en el cielo; nuestros baldones son donaires; las burlerías ajenas son ultrajes insufribles, merecedores de castigo ejemplar. ¡Achaque es éste de los hombres dicaces, que dicen a los otros con sumo des-

enfado y libertad todo cuanto les viene a la boca, persuadidos de poderlo hacer impunemente, mientras que ellos rechazan airadamente las burlas y bromas más inofensivas. Al roce más ligero, montan en cólera violenta. A nadie verás que se irrite con mayor frecuencia y saña más torva que quienes dan a los otros materia y ocasión continua de encolerizarse. Todos pecamos, todos nos descaminamos, todos tropezamos, faltamos los unos en los otros y no hay nadie que no falte en alguien. Perdonémonos mutuamente en una culpa común o, mejor, perdone cada cual a los otros en una culpa que hartas veces es suya personal, no de ellos. Y si se da el caso que alguno subió tan arriba por la cuesta de la sabiduría y del juicio que ve los errores de los otros hombres y él delinque menos que los otros, ¿por qué se indigna con los otros que no llegaron a ese venturoso resultado por no haber conseguido análoga facultad de bien pensar y de bien vivir? ¿Es que tú quieres que haga otro tanto que tú quien no puede tanto? Quien merece ser castigado gravemente es el que da poco rendimiento, a pesar de que es mucho lo que consiguió.

Marco Catón, *el Censor*, hacía muchas veces esta manifestación llena de confianza en sí mismo, y se la dictaba no su arrogancia, sino la inflexible rectitud de su conciencia. Decía *que era menester excusar a los otros si faltaban; a él, no, pues en los que delinquieran, parecía que los posibles delitos debían imputarse a su ignorancia o al escaso dominio de sus pasiones que todavía les tenían subyugados; pero que si pecaba él, obra era de deliberada malicia, que no ignorancia o de apasionamiento*. Ese mismo Catón, tras de una victoria, como persi-

guiese muy de cerca al enemigo en fuga, viendo echado por el suelo a un herido, con un muy rico botín, dijo al paje de armas que le seguía: *Despoja a ése, tú que no eres Catón*. Pensaba que al rígido sabio Catón no le era lícito lo que a cualquier soldado. Cepos muy recios le había echado su honradez; de los cuales andaban libres y sueltos los otros por su ignorancia y la corrupción de sus costumbres, pero de tal manera sueltos y libres, como lo están los que viven sin leyes por ignorancia del derecho humano. Tanto como el varón sabio anduviere suelto de necesidad, otro tanto andará esposado de cordura. ¿Y qué cosa puede mentarse más dulce y más feliz que estar libre de los grillos de la ignorancia y aprisionado de los de la sabiduría? ¡Con cuánto placer me implicara yo en esos lazos por librarme de aquellos hierros de la ignorancia! Por esto mismo, el candidato enamorado de la sabiduría debe ser más exigente consigo mismo, bien porque puede más, bien por ejercitarse con más fervor en esa arte a la cual se aplicó y se votó como a un sacerdocio. Sean de cada día mayores los progresos que en ella realice, por los cuales se levantará más por encima del suelo y del sentir del vulgo en movimiento ascensional y de generoso rescate. Entonces calará con mayor hondura y penetración en la naturaleza del hombre que nos conviene tener siempre delante de los ojos. Verá un animal enfermizo y veleidoso, y la indulgencia que sintiere para con los dolientes. los niños o los bobos, la concederá, ampliada, a cualquier hombre. ¿De qué otros elementos se componen todas las sociedades humanas que no sean ignorancia para los niños, estolidez para los fatuos, impotencia para los fla-

cos y los inválidos? Y aquí tienen su origen todas aquellas fruslerías que nos indignan y a las cuales damos el nombre de injurias, por ignorancia de los que las hacen y de los que dicen recibirlas. Otros, ni siquiera llegan a alcanzar lo que es injuria, lo que es dañar a otro, lo que es dañarse a sí. De guisa que mientras creen dañar a los otros, daño mayor que a los otros se causan a sí mismos. Otros tienen menos fuerzas de las que se requieren para cohibir y frenar el ánimo suelto e impetuosamente abalanzado, como los que se despeñan rodando por un derrumbadero. Los que adolecen de esta enfermedad, llámense desapoderados. De éstos, los hay a quienes la edad todavía no les dió la justa reciedumbre como al niño; los hay a quienes la impericia les neutralizó la robustez y a quienes les amolentó la regalada vida, como son los ricos y aquellos a quienes aviciaron los mimos de la fortuna. Al otro le hinchió el nombre hueco de poder; al otro, la indignación le hizo estallar; al otro, la desesperación le abatió y le hizo pedazos. Estas calamidades que vagan por el mundo, así como hacen a los hombres malos, también los hacen desgraciados. Tan flacos y tan caedizos son los muros que tienen que resistir los ataques de tan potente batería.

CAPITULO IX

DIGNIDAD Y DEBER DEL SABIO

Si alguno avanzó mucho en la ascensión a la soberana alteza de la sabiduría, ¡qué hermosa y magnífica personificación resultará del sabio! ¡Qué imagen tan verdadera y gráfica de la Divinidad conversará entre los hombres! Y cuánto será

su gozo al contemplarse, como Sófocles dijo, *rescatado y libre de tiránicos dueños*, a saber: pasiones y enfermedades morales, déspotas fieros, que no solamente ellos ejercen un dominio importunísimo sobre el espíritu en quien hubieren irrumpido, sino que también consiguen que ese mismo espíritu amplíe ese despotismo sobre otros y lo ejecute hasta donde le es posible, siendo a una (¡dualismo monstruoso!) dueño el más duro y esclavo el más raez. Entonces verá cómo se escapó y se libró de aquellos errores entre los cuales otros todavía, con peligro inmediato, están luchando como entre breñas y asperezas, en temporales imponentes. Entonces, debajo de sus pies, contemplará a los otros metidos miserablemente en ansias y en afanes, mientras que él, como Estacio dice:

Desde el empinado alcázar de la mente, mira a los míseros errantes y riése de los gozos humanos.

Reducido a sí mismo y más elevado que los otros, distará tanto de sus acucias y de sus cuidados, como el que tiene vista del ciego, el sano del enfermo, y no se gozará de otra manera que el que regresa del cautiverio a la patria tras una prolongada extradición o como quien, por una merced muy singular, se restituye a aquel primero y verdadero natalicio de la Naturaleza; y no se indignará ni enojará más con los otros que aquel que, por un gran favor de Dios, es conducido de la tempestad al puerto, no se enfada con los que todavía son llevados y traídos por la fuerza de los vientos y el mar, en medio de tanta y tan brava hinchazón de sal alborotada. Les compadecerá, sí; les ayudará hasta el límite de sus posibilidades con su prestación personal, con su asistencia moral y con sus buenos deseos.

¿Qué naufrago llegado ya a la deseada arena, que ve cómo los otros son ajetreados por las olas, con su pie o con la contera de su bastón, los empuja mar adentro y no, más bien, es él personalmente quien, entrando unos pasos en el mar, en cuanto su propia salvación lo permite, no les toma por la mano para sacarlos a la playa o les alarga tablas y pértigas, asidos a las cuales lleguen ellos también a la seguridad de que él goza sin recelo? De la misma manera, el sabio no hará redescender a los que suben, con su pie ni con su codo. ¿Qué cosa hay más ajena de la sabiduría y de la probidad que la envidia, esa pasión cobarde que anda teñida de lividez? Al contrario, les alargará la mano y les pondrá fuerte el pie y hasta donde pueda sin perjuicio de su sabiduría, se apeará más peldaños para levantar a los otros a la altura a que él es ya llegado. Pondrá todo el afán posible en mantenerse en esa posición de su espíritu y se persuadirá de que no le puede acontecer desdicha mayor que la de ser derribado de tan soberana cumbre y del más quieto de los puertos ser arrempujado a la braveza del Océano. Debo decir que es difícil que a los que hubieren degustado una sola vez el sabor indeleble de aquella bienandanza, ningún empellón les devuelva a las conocidas sordideces y a los pasados desabrimientos. Lo primero que se hallará en aquella elevación de espíritu será la tranquilidad y la paz y un equilibrio tan grande como los que hay en aquellas excel-situdes y detrás de esa atmósfera polvorienta y turbia. Cuanto más elevada está una cosa, menos llegan a ella y la afectan menos esos movimientos que sacuden a la continua las capas inferiores. ¡Cuán grande es y cuán ordenado el concierto del

cielo donde todo, por siglos de siglos, discurre según leyes fijás y donde en tantas centurias no hubo cambio ni perturbación alguna, sino que en la más apacible de las tranquilidades desarrollan sus carreras y sus revoluciones:

Así los celestes astros, sin la más leve sacudida, resbalan siempre con su ritmo acostumbrado, y el aire más próximo a la tierra se inflama de centellas y las bajas regiones de este mundo sufren el azote de los vientos y el paso brillante de los meteoros. Puja las nubes el Olimpo: así lo han querido los dioses. La discordia perturba los seres más pequeños. En las alturas reina la paz. Este pasaje es del poeta Luciano.

¿Qué cosa hay más estable y más firme que Dios, quien, inmutable en aquella su majestad santa, gobierna con admirable sabiduría el universo mundo? Asimismo la mente del sabio, a modo de una felicísima divinidad terrestre, se cierne por encima de los movimientos y alteraciones a que están expuestos los sentidos de los ignorantes, y, remedador y émulo de aquella divina naturaleza, piensa que no se le puede inferir ultraje como no se le puede inferir a Dios, a quien nada ni nadie le puede quitar lo suyo. Así también, él, que está convencido que todos sus bienes están puestos en solo él, trae siempre a cuestras todas sus cosas, como se cuenta que respondió aquel filósofo de la Grecia, las cuales son de tal linaje que ni se puede poner manos en ellas ni dañarlas. Con qué ánimo y con qué confianza y con cuán maciza seguridad de sí mismo. Sócrates, dijo: *A mí, Anito y Melito, pueden matarme; dañarme; no; que no pueden.*

No hay demostración más cierta

de grandeza que la de no impresionarse por esos casos corrientes, y prueba mayor de que en hombros de sí mismos han subido a una altura que no pueden alcanzar los fenómenos que discurren a ras del suelo, turbulentos, variables, desiguales, veleidosos. *La doctrina del hombre, dice el Sabio, por la paciencia se conoce, y su gloria es pasar por encima de las injusticias.* ¿Qué cosa hay más admirable de ver y más feliz y sabrosa de vivir que ese reposo tan igual, tan continuo, cuya hermosura y bienandanza que a la vez que se recoge de ella misma, de su orden, de su constancia, de su firmeza conjugada con cierta alegría fresca y ágil, adivinase también de su agitación contradictoria, de su torturas, de su miseria evidente?

Toda vez que el sabio se viere situado en ella, pondrá todo su empeño en mantenerse y arraigarse en aquellos pensamientos que dije más arriba y en aquella equilibrada ponderación de todas las cosas que hará que no atribuya a cualquier cosa más de lo que ella es en realidad y como lo juzgan las personas de buen criterio. Y por lo que toca a él, se fortificará y se rodeará de vallas, hasta donde su esfuerzo se lo consienta, porque no penetre en aquel recinto suyo nada que altere aquella serenidad sublime. Quiero decir que le arranque de aquella felicidad que es como un linaje de vida divina y le hunda de nuevo en las primitivas miserias de los hombres. De esta manera estará percibido y se colocará en sitio lo suficientemente alto para que no puedan llegar allá esos dardos desmedrados de tan bajo vuelo en las cosas humanas que zumban en derredor de las cabezas de los enanos. Fuera de que estará acorazado sufi-

cientemente, porque no penetren, aunque cuando hieran, verificándose aquello que dice Tertuliano: *La saeta disparada contra el varón fuerte se vuelve contra el que la disparó*. Y como sea que él te ofenda porque te dueles, si no te dueles, perdió el fruto de la ofensa. De esta manera, tú te retirarás ileso y divertido con el despecho de tu adversario.

Quien profirió una picardía contra alguien, duélese de haber perdido el dicho mordaz que no fué entendido. ¡Cuánto más pierde si el dicho es comprendido; pero no va a dar en el blanco propuesto! De aquel dicho no se hace caudal porque no se entendió, mas en nuestra hipótesis, dicho y dicente son desatendidos o, por mejor decir, menospreciados. Es menester que sean muy blandas y muy tiernecitas las naturalezas que acusan nervosidad por el leve oreo de una palabra, que sienten la ablación de una cosa que no nos afecta, como los vilos, como las pajas que de pronto se conmueven, y con que uno se levante o agite sus ropas, échanse a volar. ¿Y qué decir de aquellas pequeñeces de no ponerse en pie, de no descubrir la cabeza, de saludar de esa o esotra manera, de ser recibidos en tal estancia o tal otra y otras menudencias tan chiquitas e insignificantes que, a pesar de que las leyes y los derechos de la ciudadanía, tienen puesta la mira más exquisita y la más resuelta voluntad de procurar la concordia entre los ciudadanos, las consideraron desdeñables, demasiado peñas para que mereciesen su atención, sobrado livianas para dedicarles cuidado alguno? ¿Y habrá alguno tan delicadillo y blandengue, que se deje impresionar y turbar por esos morbos minúsculos que por

su tenuidad la medicina despreció y dejó a un lado, juzgando que no valía la pena de que la terapéutica gastase una palabra siquiera en tratar de su curación? Demasiada robustez tiene la sabiduría para que tenga que ceder a tan flacos y livianos empujes. No estuvieron faltos de serenidad ni calma Sócrates, Platón, Diógenes y otros filósofos, no ya en esos inanes puntillos de honra, sino aun en aquellas cosas que el vulgo toma por injurias insufribles. Hasta materia de hilaridad les proporcionaron esas niñerías y se permitieron chanzas y burlas en cosas que otros piensan que deben vengarse aun a trueque de que se hunda el mundo. No solamente las consideraban contentibles no haciendo caso de ellas, sino viles para merecer su desdén, bobas y pueriles para reirse de ellas. Escudado con la respetable coraza de la sabiduría entra el sabio en la vida y en el mundo como en una grande y muy concurrida asamblea o como en una nave abarrotada de pasaje, agitada y sacudida por las ordas y por el soplo recio de los vientos, en la cual nadie tiene razón de molestarle si le empujan, si recibe pisotones o codazos, si le moja el agua brava, si el pasajero de al lado le vomita encima: estas molestias deben imputarse al lugar y a la tempestad, no a los compañeros de travesía, que en aquella ocasión no saben hacer otra cosa, porque no lo aprendieron o, simplemente, porque no pueden por estar en poder ajeno, no en el propio.

Por ende, el sabio, cuando sale de casa o, mejor, en su misma casa, y aun en su mismo lecho sabe que alterna con hombres soberbios y que tiene que pechar con la insolencia, con el fausto, con la injuria, con temperamentos enojadizos, y no

hay más remedio que soportar gritos, reprimendas y aun golpes entre hombres envidiosos, y fuerza es que trague maledicencias, malquerencias y aquellas hieles del pecho y aquellas otras de la lengua; entre hombres cáusticos, y tiene que cargar con sus sátiras y sus aguijones y con su procacidad bufonesca; entre hombres rapaces, y tendrá que sufrir sus hurtos; entre hombres zafios, y tendrá que soportar su majadería; entre hombres estúpidos, y hay que apachugar con las inevitables molestias y sus hechos y dichos pretenciosos y afectados; entre hombres insipientes, y hay que sufrir su estulticia; entre hombres tardos y romos, y hay que tolerar su torpeza y su desidia. Con todos éstos se ha de ser indulgente como para con los que están en cama hospitalizados en algún sanatorio gigantesco. Y a sabiendas de que hallará, verá y experimentará todo esto, de nada se admirará como si fuera una novedad aguda que pueda traer solicitud o congoja; pondrá todo su empeño en curar al mayor número posible, pero tomando todas las precauciones, para que, mientras atiende a curar a los otros, él no contraiga su misma enfermedad. Se dolerá de la suerte de los otros, y su duelo será exterior, sin reflejo en su interior, pues no se lamentará por su propia causa y no se sofocará, ni gritará ni se indignará; no protestará por padecer lo que no merecía, pues todas estas exteriorizaciones tendrálas por muy ajenas de su personal excelencia y se persuadirá que no hay causa ni razón suficientes que le impelan a apearse de tan soberano encumbramiento. Cayo César, dictador, dijo a Metelo, tribuno que se oponía a su voluntad: *Nunca conseguirás merecer el enojo de César.* ¡Oh expre-

sión de verdadera grandeza en una grandeza falsa! ¿Será verdad que César, porque echado Pompeyo de Italia, había introducido en la ciudad sus legiones, creará haber llegado a tal altura que a los que le eran inferiores en poder los crea indignos de su ira, y que el sabio que por la escalera de la sabiduría se encaramó más arriba que la común elevación de los hombres no pensará eso mismo con mayor verdad y con efecto más activo, puesto que a él le encumbraron al vértice de las situaciones humanas, no banderas ni legiones de ladrones armados, sino una virtud que le hace muy semejante a Dios?

Y eso que yo pienso que esa feliz expresión de grandeza de alma más convenía al mismo César, cuando ya, tras una victoria rotunda, depuestas las armas y organizada la cosa pública, superó en clemencia y favores a aquellos mismos a quienes venciera con las armas y el ejército. Llegado a ese venturoso final, el príncipe que gobierna su ciudad con justicia y moderación y poniendo templanza en sí mismo y en todo, diga entonces a sus ciudadanos: *No mereceréis la indignación del César*, no porque considere indigno que por un hombre solo se manchen de sangre legiones entradas en Italia contra Pompeyo y el Senado y la mayoría de los ciudadanos, sino porque no parece bien que un hombre sano se indisponga con enfermos, un poderoso con desvalidos, un sabio con necios, el que se rige por la razón y el juicio con quienes se dejaron conducir por los movimientos pasionales de su ánimo. Si es razón que alguno aventaje a los otros en esa grandeza, ese tal no debe ser otro que el príncipe. Si así no fuere, ¿cómo gobernará el caballo, o el buey, o el navío quien

no tiene más criterio y juicio, más capacidad, en fin, que el buey o el caballo, o el mástil o la proa del navío?

CAPITULO X

EN QUÉ DEBE PONER EL PRÍNCIPE SU CUIDADO Y CUÁN POCA ES LA DIFERENCIA ENTRE EL PRÍNCIPE Y EL SABIO; NO EXISTE PERFECTA SABIDURÍA, SINO LA QUE VIENE DE CRISTO

La grandeza auténtica del príncipe consiste, en fin de cuentas, en juzgar de las cosas mejor que el vulgo y, principalmente, en que se gobierne bien a sí quien tiene a tantos miles bajo su gobierno. ¿Qué otra cosa es el verdadero príncipe sino un sabio con autoridad pública? Así es que entre el príncipe y el sabio, por lo que toca al poder sobre los otros, acaso exista una pequeña diferencia; mas en la razón, en el juicio, en el consejo, en la voluntad, no la hay en absoluto. El atributo que la sabiduría da al hombre sobre los hombres es el mismo que el que la razón da al hombre sobre las bestias; de manera que así como mediante la razón se evita la acometida de las fieras y se doma su contumacia nativa y se domestica su salvajina condición, así también, gracias a la sabiduría, vive fácil y seguramente en tan salvaje maraña de vicios y tanta monstruosidad de maldades.

Quien es flaco de suyo, y de la sabiduría no se le allegó ninguna robustez, si para mientes en lo que ocurre cada día en el linaje humano, acaso buscara en la esquividad y en el apartamiento de las selvas un como refugio de tantos males. Mas el varón sabio y constante, ni teme la violencia de la maldad ni siente las magulladuras de la turba

que se le echa encima ni teme el contagio de sus tratos con el mundo, ni tuerce su camino a aquellas flexiones que le brinda la turba que le rodea y le aprieta—puesto que no se acomoda a las críticas, a las iras, a las amenazas o a cualquier otra suerte de violencia—. Siempre nos sale de trascantón, y se dirige a nosotros quien nos aparte de nuestro propósito y que nos obligue a que le sirvamos. Si el sabio le presta ayuda y le sigue, nunca podrá tener nada asentado y resuelto por lo que toca a la virtud. De ello resulta que mientras deseas complacer a uno y evitas la molestia de uno, ofendes a dos, y con frecuencia, a muchos, y con mayor razón a aquel a cuyas órdenes te ponías. Por todo ello, el varón grande de verdad, asentado y compuesto en su quieta y tranquila sabiduría, seguirá con indeclinable paso la escondida senda que a ella conduce y la virtud recta y simple que una vez eligió. Si tuviere veredas por donde sea más cómodo el andar, preferirá la seca a la cenagosa, y a la breñosa la llana, y yendo por ella no tropezará con caminante alguno que le venga de frente, sino que le cederá el paso y seguirá avante por barrizales y charcas, siempre que no se desvíe del camino, por no topar con él o dañarle. Y si él se opusiere hasta el punto que, sí no le quiere atropellar y dejar a un lado, tenga que salir de su camino, no curará de las ofensas de los otros, pues sabrá que a él se le ha de cargar la culpa, no a la casualidad. Y como está tan alejado y tan por encima de los errores de los hombres, creará ser indigno de su posición y de su grandeza, inclinar su oído para oír voces bajas y captar susurros leves y vanos. Jamás dará más valor al juicio de los otros que al suyo, y

sin preocuparse en absoluto de lo que los otros sienten de él, descansará en el testimonio de su conciencia. ¿No es por ventura el colmo de los absurdos que el que tiene salud no haga caso del juicio del que tiene el paladar enfermo acerca de los sabores y que el pintor no lo haga de la ingenua estamperia del vulgo, y el músico no lo haga del pobre sordo acerca del canto y la melodía, y que el sabio se preocupe de lo que el necio opine de la sabiduría? Y puesto caso que el sabio experimenta que su conciencia juzga con rectitud de la vida y de sus actos y toma las determinaciones pertinentes, con ella sola se contentará y hará más caudal de su voz callada y de su testimonio que el de un teatro colosal, lleno hasta los topes, de la necesidad del proletariado y del populacho, que yo no discrimino por su renta o por su vestido, sino por su buen criterio y justa valoración de las cosas.

Por esto, luego que ese gran hombre pasó revista a todo y consiguió conocer el pensamiento de los hombres y su sentido de la vida, y cuán injusto sea su juicio de las cosas y la maligna interpretación que dan a todo lo bueno y la bondadosa interpretación que dan a lo malo, sin otra luz ni guía que la del propio apasionamiento; y, finalmente, la eficacia de este coro de voces que alaban o que vituperan; de dónde provienen y adónde van, no hará en su fuero interno mayor aprecio de la gloria y de las habladurías de los hombres que de la garrulería de los loros, que chillan lo que no entienden o repiten maquinalmente lo que oyeron de otros. Y, finalmente, cosa que era lo único que le faltaba para su auténtica grandeza y sublimidad, luego de haberse sacudido el polvo liviano de nues-

tros errores, rechazará la gloria misma y la tendrá por cosa de ningún ser ni sustancia. De esta manera, liquidada victoriosamente toda gloria exterior, ya enemigo ninguno en lo sucesivo le hostilizará ni le acometerá. Y entonces será llegada la oportunidad de trasladar todos sus cuidados de lo exterior a lo interior y de averiguar la manera de mitigar y sosegar la enconada discordia civil que siempre anida en su pecho. No ha de pensar que con la derrota de sus enemigos exteriores terminó toda campaña. En casa quedan otros enemigos a quien vencer, más enconados y más peligrosos que los exteriores, porque están cosidos con nuestras entrañas y no nos abandonan nunca, en acecho constante de las buenas ocasiones. O, por mejor decir, ellos mismos se crean esas felices coyunturas y las asen al vuelo dondequiera. Unas veces atacan al descubierto; otras construyen minas sigilosamente para filtrarse a través de ellas; ora se apiñan en escuadrones y combaten en campo abierto y con banderas desplegadas; ora, de uno en uno o algún pequeño destacamento se aventura a trabajos de descubierta. No hay tregua; no hay cesación de fuego, no hay descanso, y si lo hay, es muy breve. Y esos mismos enemigos, luego de alzar en armas toda la ciudad, salen afuera y convierten la guerra civil en guerra exterior. Estos enemigos son la ignorancia, la imprudencia, la tiranía de las pasiones, la rebelión de los vicios, las inmundicias y suciedades de la maldad, las enfermedades dolorosas, la flaqueza física; y tantas necesidades, y tantos cuidados, y tanta solicitud para allegar todo cuanto es necesario no sólo para la vida diaria, sino para la vida precaria por horas. ¡Miserable!

¿Tienes esos enemigos domésticos y te buscas otros de fuera con quien combatir? ¿Es que éstos, por ventura, no te dan mucho que hacer, pues son duros, y torvos, y tenaces para que te quede tiempo por crear-te otros y pelearte con ellos? Te pasa lo que a aquel que, atacado por la peste, recorre toda la ciudad a la busca de un cirujano para que le aplique un emplasto a un panadizo.

Contra estos enemigos movilizará todas las fuerzas de la sabiduría; robustecerá la paz de la república; es decir, de su espíritu pacificado, para que no pueda ser perturbada con sus asonadas motinescas y les encerrará en la moderación como en un castillo, para que no se derramen fuera y se esparzan por las ciudades vecinas y aliadas; quiero decir, porque no dañen a unos hombres que de ningún modo conviene que sean dañados, porque están unidos y confederados con nosotros mediante los lazos de la Naturaleza y de Dios. Luego, con su prudencia y con su consejo, domará y mitigará a los más acalorados y fieros, como es la ira, y avivará y animará a los perezosos, como es esa pesada mole de nuestro cuerpo, o bajará los bríos a los pertinaces, como son la soberbia y la envidia: instruirá a los analfabetos, como es la ignorancia. Y, por fin, pondrá todo su esfuerzo por lo que toca a aquellos de sus enemigos a quienes en manera alguna pueda arrojar de sí, como son las necesidades y la enfermedad física, en que sirvan dócilmente a la quietud y a la justicia; y por lo que toca a aquellos otros sobre quienes tiene poder, a los unos los suprimirá, como son la envidia y la arrogancia, o los apartará lo más lejos que pueda, como la ira y la pereza, y los cuidados y excesiva solitud de la defensa del cuerpo.

¡Oh, cuánto tiene uno que hacer en su propia casa! Puntualmente nos acontece a nosotros aquello que Plutarco escribe de las lamias—que son unos monstruos fabulosos, mitad dragón y mitad mujer—, en su libro *De la curiosidad*, las cuales, ciegas en su casa, nada ven; mas fuera de ella tienen muy agudos ojos y lo ven todo.

¿Buscas la paz? Comienza por tí mismo. ¿Buscas la guerra? La tienes en tu propia casa. ¡Con cuánta justeza dijo Job que esta vida que vamos pasando es una guerra continuada. ¿No te das, hombre, por convencido de necedad, cuando, descuidando la conducción de una guerra que tú llevas de continuo en tu mismo seno, que cada día te pone en trance crítico, te mezclas en guerras ajenas? Oigo que a esa exhortación nuestra son muchos los que exteriorizan quejas muy sentidas, porque vencidos, derrotados, cautivos, aniquilados los enemigos exteriores, cuando vuelven sus ojos a las discordias intestinas y desean poner paz en su propia casa, les estalla de súbito una guerra mayor, porque se irritan éstos o aquéllos, mientras sosiegan, mitigan, cohiben a los otros. Copiosos son los ejemplos de eso que digo en todo linaje de filosofía humana, ora uno se fije en los sabios de Grecia, ora en los romanos, ora en aquellas naciones que llamaban bárbaras los griegos: Egipto, Etiopía, Caldea, Persia, la India.

Ellos, después de haber menospreciado y superado la vocinglería de la fama, y las injurias, y los ultrajes, y la gloria, y las enfermedades corporales, y las necesidades, y la misma vida, y todo cuanto ama el vulgo, en sus propios adentros, los unos eran vejados por la soberbia, mientras ellos, que son hom-

bres, miran a los otros hombres como si fueran bestias; otros sentíanse ligados por la ignorancia de cosas las más dignas de ser conocidas o que constituyere mengua que el hombre las ignore; otros andaban boquiabiertos y absortos en pos de cosas livianísimas; otros, cariacontecidos siempre; otros, nunca contentos; otros, derramándose en risotadas y carcajadas y, ciertamente, con irrisión del linaje humano; otros, resolviéndose en llanto y contrayéndose de dolor; otros, enemigos públicos de la especie humana, hostiles a todos y destrozándolos a todos con diente rabioso; otros, aterrORIZADOS de sueños vanos; otros, confianduzos temerariamente, abalanzándose contra todo; otros, con una pasmosa ceguera confundiendo todas las diferencias y matices de las cosas; otros, con una excesiva sutileza, no dejando cosa sin diferenciar; otros, con una solemne estupidez, pensando que Dios era la nada; otros, con una ridícula superstición, que Dios era el todo; cosas éstas que se saben y recitan de coro hasta los muchachos de la escuela.

Resultado de esa maraña y confusión era que al pasar de las realidades exteriores a la realidad interior, incurrian de nuevo en externas enemistades. No había paz interior, y la paz exterior era precaria y efímera, y aquel sosiego de la vida más era ficción de paz que paz verdadera. Aparentemente no se preocupaban de los hombres, pero en su interior sufrían fieras y amargaban de los hombres, odiaban a los hombres. Aquella mentida paz no era hija del amor ni de la mutua caridad, sino puro encallecimiento e insensibilidad del ultraje o disimulo de la pasión de la ira, mientras ser-

vían a otra pasión mayor, a saber: su glorificación y su soberbia. Y si esto acontecía con hombres canos, estudiosos y seguidores de la sabiduría o, mejor, que ya la habían alcanzado y la profesaban con entusiasmo y general aplauso, ¿qué no debe ocurrir con nosotros, hombres corrientes, que no estamos dotados de su brillante ingenio ni hemos desplegado tanta diligencia y estudio? Y así es que no faltan quienes juzgan que esa guerra es inevitable e inacabable y que no existen trazas ni fuerzas algunas capaces de proporcionarnos la victoria; que ésta es una pelea íntimamente relacionada con la naturaleza y condición humanas y que el enemigo es tan invencible que esperar la victoria parece cosa de locura.

No cabe duda que en el estado actual esta victoria es imposible sin el auxilio divino. Aquellos filósofos antiguos que se consagraron al estudio de la sabiduría, veían allá en la lejanía aquel vago lustre de luz que a nadie negó la bondad divina; pero, por poco que aflojasen en la penetración y en el ahinco de su pensamiento, caían de nuevo en aquellas tinieblas que el espíritu humano, anochecido por la malicia, arrastra consigo siempre. Viéndose otra vez tan alejados de la luz, perdieron la esperanza de que, arrimada a sus cosas de más cerca, iluminase sus obras y todas sus acciones. Y de esta manera, refugiándose en sí mismos, a sí mismos se pidieron un socorro que sólo cabía esperar de aquella luz. Por esto no es cosa de admirar si ellos no tuvieron fuerza bastante para sostener aquel duelo, porque pedían asistencia a quien no puede darla, a saber: cada uno a sí mismo; es decir, a la sabiduría humana, como si a un apesadado pudiera darle remedio la sa-

nies de otro atacado de la misma peste. Buscábase remedio para la corrompida y maleada sabiduría humana; y ¿cómo se solicitaba ese remedio de la misma sabiduría que estaba enferma también? Como si el remedio existiera en la misma enfermedad o como si, mientras el que no podía valerse pedía ayuda, se le mandara que la prestara él a otro inválido. Caído había la sabiduría humana, y nosotros esperábamos su mano que nos levantase. Esa fué la razón por que no consiguieron aquel objeto tan vivo de sus deseos, pues equivalía a pedir agua de una piedra pómez y licor de salud de una fuente emponzoñada. Mas a nosotros, que no ignoramos de dónde hemos de invocar el auxilio, nos resultará más fácil, una vez que hubiéramos liquidado la guerra exterior, llevar y rematar victoriosamente la guerra intestina, y lo que para el hombre es imposible, nos será posible en Dios por Jesucristo. ¡Cómo me sabe a mieles, tras de esa amarga expansión, en nombre de toda la Iglesia, lanzar a los aires, con San Pablo, aquel grito jubiloso: *¡Oh, qué hombre tan infeliz soy yo! ¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo.* Lo que era imposible en la ley en quien enfermaba en la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de la carne del pecado, por el pecado condenó el pecado en la carne.

Lo primero que debemos hacer es confirmar aquella sabiduría, sea la que fuere, de que hablé, en cuanto esté en nuestra mano, y, avezados y curtidos por la costumbre, nos empeñaremos en que eche en nuestros pechos raíces poderosas, como pedáneo para aquella otra sabiduría perfecta y sublime, a la cual cada uno debe remontarse, en aquel ge-

neroso impulso ascensional, que de un ciego hace un vidente, de un loco hace un cuerdo, de un ignorante e imprevisor hace un providente y un sabio; de un caído, un erguido; de un podrido, un incorrupto. Si ello pudiera hacerlo la sabiduría humana, ¿quién duda sino que había llegado al término que anhelaba tan vivamente?

Aquello que por fin, de alguna manera y ya muy al cabo de su vida, columbró Sócrates, según Platón explica copiosamente en su *Fedón*, en trance de que aquel varón a quien la Grecia, por consentimiento general y voz unánime, denomina sabio por antonomasia, ya puesto el pie en el estribo para salir de este mundo, exhorta a sus discípulos a la sabiduría objeto de sus ansias más agudas, que esperan recibirla sólo de Dios, no de los hombres. Tiene una augusta sublimidad este pasaje en que habla a los que fueron caros a su corazón, y se expresa en términos conmovedores, como no lo hizo en su parlamento de defensa ante aquel tribunal de ogros y ante el populacho ateniense.

A ese sabio nuestro que se está formando para una sabiduría mejor, el primer pensamiento que se le ocurrirá será el de aquella santa y admirable majestad de Dios, cuya consideración cohibirá y sujetará en los humanos pechos aquellos movimientos repentinos, poco dóciles a la ley y a la razón; y pondrá quietud y serenidad en todo y hará que vivamos en concordia con los hombres, no como con perros y con gatos, por el recíproco desdén, sino como con semejantes e iguales por afecto mutuo. Ese nuestro sabio, en el Soberano Hacedor de todo, amén de otras grandezas y maravillas, contempla la increíble sabiduría, y tan equilibrado concierto con que

gobierna el mundo, y cómo por adorable y secreto consejo suyo distribuye a cada una de las criaturas aquello que ve que le es más conveniente. En consecuencia, no crearía ya más en el gobierno de las cosas por la fortuna, ni por el azar, ni por el hado, ni por las parcas, ni por la necesidad, ni por Adrastia, ni por Némesis, ni por ninguna otra de aquellas ficciones que la deslumbrada antigüedad en aquella ceguera y total oscurecimiento fantaseó de los fenómenos que veía por ignorancia de sus causas, y que toda aquella quimérica creación no era más que una parcelación de Dios Uno, y que aquellos nombres correspondían a otras tantas operaciones suyas, como ya algunos sabios gentiles proclamaron, a saber: Séneca, el filósofo estoico, a tenor de los dogmas de su escuela, y Aristóteles, el pensador peripatético.

Los santos, unidos con Dios muy estrechamente con intelecto de amor para quienes tuvo la vida tan amargas pesadumbres, nunca se quejaron ni de la fortuna, ni del azar, ni de la fatalidad; volvieron a Dios sus ojos arrasados en lágrimas y sus corazones henchidos de queja, estimando que al pronunciar su santo Nombre, habían nombrado la fortuna y el hado y todo cuanto, separado y distinto, pone la ignorancia del vulgo en esas denominaciones. Ejemplos: Job, David, Tobías, en cuyas quejas, luego de apurar muchas adversidades, jamás se oyó el nombre de la fortuna ni del hado y siempre el de Dios, que lo puede todo y lo ve todo y lo da todo. Sopor-taremos, pues, los casos humanos con mayor templanza cuando nos hubiéremos persuadido que quien lo administra y lo envía todo es El; que El, para sus obras, no necesita

del ministerio de nadie, pero que emplea el concurso de muchos, unas veces del cielo y de los astros, otras veces de los elementos; otras, de los hombres a quienes San Pedro hace *ministros* de la justicia de Dios, al decir que los príncipes fueron enviados por Dios para castigo de los malhechores y alabanza de los obradores del bien.

Nuestro Señor Jesucristo, conducido al tribunal de Pilato, es decir, el Juez al tribunal del reo, enseña al género humano que es Dios quien da a unos hombres sobre los otros el poder de dañarlos o de ayudarlos, porque de sí mismos no lo tienen. ¿Quién hay que se enoje contra el agente y no contra el que le dió la orden? Si irritarse con Dios es un crimen que no tiene nombre, ¿no será crimen también tomar ojeriza a los ministros a quien encomendó una misión determinada? Y si todas las cosas están distribuídas entre los hombres según el divino juicio que procede con suma equidad, ¿quién puede, sin culpa, envidiar a otro lo que le tocó por merced y beneficio divino? Quien declara indigno de la pretura a algún pretor nombrado por el príncipe, ¿acaso ése no desapruueba la elección del príncipe? Estas reflexiones ponen grandes embarazos a la envidia y a la ira, no exteriormente, como se los ponen las leyes, conminando con penas, sino interiormente, adelgazando y apagando casi por completo las causas que las ocasionan y arrancando sus raíces y sus fibras. También las manos azaz ágiles y prontas quedarán atadas cuando pensare que no es él el remunerador y juez, sino Aquel otro que quiso reservarse el juicio, el precio, la valoración en suma de las buenas obras y de las obras malas.

CAPITULO XI

SI LAS PASIONES NO SE COHIBEN Y NO
PODEMOS GUARDAR TEMPLANZA EN
NUESTRA ACTUACIÓN, NO VAN A TENER
NUNCA FIN NI LAS RIÑAS NI LAS DIS-
CORDIAS

A la justicia inefable conviénele que todo sea equitativo y seguro, puesto que nosotros muy pocas veces dejamos de engañarnos en nuestros juicios acerca de la injuria. A éstos los seduce el error del pueblo y una opinión recibida sin examen; a aquéllos, una pasión encendida que les tapa los ojos del alma y se lo hace ver todo mayor de lo que es en realidad, no de otra manera que los que miran a través de la niebla, pues es de saber que la ira no es más que un hervor de la sangre en redor del corazón, de donde sube humo que ofusca el cerebro, por manera que el airado no ve las cosas objetivamente, sino por el prisma violento de su excitación, cosa que sucede en todo trastorno análogo.

Y siendo esto así, no pudiendo juzgarte a ti mismo, ¿presumes juzgar a otro? ¿Pides tener a otro en tu potestad cuando tú no eres señor de ti mismo? Filósofos esclarecidos de la antigüedad, cuando estaban enojados con sus esclavos, rehusaron darles el merecido castigo porque temieron no hacerlo según razón, sino al dictado de su enojo, y que su norma no fuese el juicio, sino el despecho y la acerbidad de su ánimo saltado de su asiento. *Pégale tú, ¡oh Espeusipo!, a ese esclavo bellaco*—dijo Platón—*porque yo estoy enfadado*. Y Arquitas de Tarento dijo a su granjero: *Cómo te recibiera con malos modos si no estuviera enfadado*. Y el mismo Platón, no dándose a sí mismo crédito

en lo tocante a sus progresos en la sabiduría y no concediendo a su espíritu tanta licencia como él le pedía en sus crueles arrebatos de furia, cuanto más indigno concepuó servir la enfermedad ajena y creer más a los otros que le contaban lo que la pasión le había dictado; aun cuando no ignoraba que ellos podían y sabían engañarse tan a menudo como él mismo. Referiré la anécdota con las propias palabras de Valerio Máximo: *Había oído a Jenócrates decir de él muchas impiedades, y con instantánea energía rechazó la incriminación. Su rostro, con expresión interrogativa, pedía el motivo porque no se le daba crédito. Añadió no ser creíble que aquel a quien tanto amaba no fuese amado a su vez. Finalmente, habiendo llegado la malignidad del enemigo acusador al juramento, por no dar pie a tratar del perjurio, afirmó que Jenócrates jamás hubiera dicho aquello si no juzgara que le convenía que fuese dicho*.

¡Con cuánta agudeza intuyó aquel varón sabio que puede engañarse el que da la referencia, que suele engañarse, que quiere engañar, y que le lleva a aquel punto no por amistad y afecto a nosotros, sino por odio y mala voluntad a aquel de quien cuenta algo, sino por egoísmo interesado, porque espera alcanzar algo si consigue que se le crea. Pero nosotros, en medio de todo esto, con la más bellaca de las cegueras y con la más necia pasión del ánimo, lo que con *disgusto* vimos, con *gusto* lo creemos, como dice Séneca.

A pesar de todo, el sabio piadoso y confiado en sólo Dios no invocará para la vindicta el amparo de las leyes humanas. ¿Qué tiene que ver él, que sólo en el divino auxilio fia, con la ayuda humana y con las leyes que por otra parte no pocas ve-

ces son inicuas, como dictadas y recibidas por hombres inicuos, y por quienes, al sancionarlas, más se dejaron influir de la pasión que del juicio sereno? Los hay para quienes todo hurto, sea el que fuere, merece pena capital, como Dracón, que dictó las tristemente famosas leyes adjetivadas por su nombre; y los hay para quienes más les parece cosa de divertimento que de castigo, como a los lacedemonios y a los egipcios; en algunos pueblos, el adulterio tiene pena de muerte, y en otros, una impunidad absoluta.

Por lo que se refiere a los magistrados que aplican las leyes y por esto mismo se llaman leyes parlantes, más se guían por algún afecto que por el derecho estricto y el absoluto bien. Unos, intimidados por la amenaza; otros, reblandecidos por la esperanza de algún provecho; otros, corrompidos por el soborno; otros, porque revientan de odio; otros, porque los empujan la amistad, el favor, el agradecimiento, tuercen las leyes y las desvían de la rectitud en obsequio de sus simpatías o antipatías. De esta manera, convierten la medicina en tósigo nocivo, y con abuso irritante ponen al servicio de sus predilecciones aquello mismo que estaba preparado para cohibir los ímpetus apasionados de su alma. Añádense a todos estos factores que hemos dicho los defensores y los abogados que con su capciosa palabrería descaminan de la equidad hacia sus propias conveniencias la recta conciencia del juez que de su cargo hizo un sacerdocio. ¿Y qué más diré si ese varón pío de quien hablamos tanto rato ha, a ninguna cosa dará tanta importancia que por ella fatigüe y perturbe a pleitos la tranquilidad propia y la de su asociado, sustrayendo o disminuyendo en siquiera un adar-

me el cariñoso afecto que le debe? ¿Qué cosa pensará haber que merezca la pena de anteponerla a la paz de su espíritu o a aquella caridad que tan taxativamente impuso Dios al linaje humano? ¿Estimará más que a su propia alma los rumores, las palabras, el dinero, el vestido o, si cabe, hasta su mismo cuerpo? ¿Qué cosa hay que pueda compararse con el alma? No hay en el mundo creatura mayor que el hombre, ni en el hombre hay cosa que valga más que el alma. *¿Qué recompensa dará el hombre por su alma?* pregunta el Maestro de la doctrina celestial.

Por eso se reirá como de tretas pueriles de todas esas acciorles forenses, inventadas y aparejadas para niños y para mujercillas, no para sí, que ya está harto crecido en la piedad y llegó a la madurez de la edad robusta y constante. Los que son muchachos todavía y se impresionan de espejismos y no aquilatan el precio exacto de las cosas, éstos necesitan de la medida de la ley pública, porque no tienen ninguna suya propiamente. Mas aquellos que tienen a Dios y a su conciencia por medida y norma de todas sus cosas y ponen todo su afán en ajustarse a ellas, para éstos las leyes sobran y las desdeñan y se ríen de ellas, no de otra manera que los hombres formales de los pactos y condiciones que los mozuelos con toda gravedad y cuidado establecen y observan en sus juegos. ¿Cuánto sinsabor no producían a San Pablo la existencia de litigios entre cristianos; es decir, hombres que se decoraban con la excelencia y la perfección de su nombre. Siguiendo esta doctrina, aquellos Santos Padres que son la veneranda canicie de la antigüedad eclesiástica creyeron que para la grandeza del cristianismo

eran desdoro y mengua que debían evitar a todo trance el foro y los litigios. Así Tertuliano, San Ambrosio, Lactancio y toda la Iglesia primitiva. Pero ¿por qué menciono a los Pablos y a los Pedros? ¿Por qué a aquel pueblo puro y divino? ¿Por cuán sin ventura se creyeran Sócrates, Platón, Jenócrates y otros sabios, según el siglo, emplazando ante el tribunal a quienes les hubieran inferido molestias y ultrajes! Y esto que hizo un pagano, hijo de la tierra y sumido en las tinieblas, ciego e ignorante de la verdad, ¿no lo hará un cristiano que vive en esas claridades, en esas luces, en esos fulgores, en el conocimiento y certísima inteligencia de todas las cosas?

Esto que hizo un gentil, ¿no lo hará aquel cuya vida depende del Cielo, que endereza sus pasos al cielo, que aspira al cielo, que en el cuerpo no ve más que la cárcel del alma y en el mundo no ve más que un destierro, que cree que no hay atajo más breve para conseguir la realización de todos sus deseos que el vuelo rápido a su patria y a su Padre, y como anhela San Pablo, *la disolución final y estar con Cristo?*

¿Y piensas tú que quien profesa tales afectos, que está tan libre para el gran viaje y que tiene tanta impaciencia por emprenderlo, ha de parar mientes en fruslerías e implicarse en los estorbos del camino, no sea que mientras se entretiene en esas pequeñeces, retarde llegar al término de la jornada? Si no actúa en derecho, si no cita, si no va detrás de aquello cuya fórmula quedó establecida por la ley, ¿se dará cuenta de aquellas menudencias, tan sutilizadas, tan chicas, que se escaparon de la penetración y del cuidado de las leyes, verbigracia: una

palabra que no contenga la honra que uno piensa merecer; no ponerse en pie, no ser recibido en la estancia más distinguida, cosas todas éstas tan livianas y baladíes, que es preciso tener un pecho muy desarraigado y desnudo para que lleguen a él y blando como una manteca, para que le impresionen?

Pero decidme: ¿qué es lo que pretendemos? ¿Devolver con la venganza la injuria a quien se la hizo? Pero es el caso que quien infiere la injuria es el ánimo, que es precisamente lo único adonde el hombre no puede alcanzar ni penetrar, ni con el conocimiento ni con la vindicta, puesto que no hay injuria si el ánimo no tuvo voluntad de dañar.

Nosotros conjeturamos esa voluntad por las obras, y en esa conjetura nos engañamos con una lamentable frecuencia, puesto que tomamos los dichos y los hechos en sentido diferente de quién tal dijo o hizo tal. Muchos pudieron hacer o decir algo con sobrada llaneza o sin poner en ello la advertencia debida. Otros pensaron que no era ultraje o cosa de que alguien se pudiera ofender. Esta manera de hablar o de obrar, que para ti está repleta de ultrajante desconsideración, para ellos es cortesía fina y exquisita urbanidad. Otros no ignoran que la cosa tiene sus puntas y ribetes de aspereza, pero no tuvieron la más pequeña intención ni de menospreciar ni de perjudicar, y si a ello se atrevieron, fué porque descontaban nuestra bondad y mansedumbre, y ni por eso abrigaron el propósito de ofendernos, de injuriarnos, de perjudicarnos.

Pues bien: nosotros, en lugar del ánimo, causamos perjuicio al dinero, a los campos, a los ganados, a las posesiones, al cuerpo, en

fin, y, cosa que es el colmo de la iniquidad, también a los seres humanos: siervos, hijos, esposa, amigos, vasallos; en una palabra, a inocentes que pagan por los pecadores. Y cuando hemos hecho todo esto, ¿de quién nos hemos vengado? Todos estos bienes pueden perderse sin lesión del ánimo, por manera que no es del que nos injurió de quien tomamos la represalia, sino de lo que posee, y según el dicho añejo, golpeamos la albarda cuando no podemos la acémila, como se cuenta de aquel que, lanzado del asno en que iba caballero, el arriero, intentando herir al hombre caído y habiendo él vivamente protestado ser ateniense, vuelto al asno, replicó: *Pero ése no es ateniense*, y le dió una soberana paliza. Exactamente iguales son nuestras venganzas. En el folklore de España existe un juego de muchachos en el cual, a tenor de las normas que regulan el juego, los chicos gritan y dicen: *Pega a quien no te pega*. No es lícito devolver el golpe a quien le dió, sino al otro que está cercano y que ni le tocó siquiera.

Y no es solamente en este punto que pecamos, sino en la medida con que respondemos al ultraje hipotético. A unos los castigamos en proporción menor que su culpa; a otros, en desproporción mayor; a otros, no a su debido tiempo, y a otros, no en el lugar pertinente, bien porque nos dejamos arrebatar de la pasión, porque su ímpetu es ciego y no está en condiciones de valorar todas esas cosas que dijimos, bien porque nos dejamos llevar de nuestro juicio, que en su ignorancia no puede conseguir que las dediquemos la debida atención y el esfuerzo adecuado.

CAPITULO XII

NI SIQUIERA EL DESEO DE VENGANZA ES LÍCITO; LAS LEYES CIVILES SUJETAN EL BRAZO, Y AL ÁNIMO LO SUJETA DIOS. LÚCIDA EXPLANACIÓN DEL PRECEPTO DE LA CARIDAD

Sólo Dios es el escudriñador de los corazones y El solo vengador auténtico. *En El hay—dice Job—fortaleza y sabiduría; El conoce al engañador y al engañado*. Por esto es que El solo puede precisar el pecado de cada uno; lo que cada uno hace bien; cuánto merece cada uno. El ánimo es lo que se debe explorar en toda acción, y no la acción, que siendo la misma puede tener muy varias motivaciones y ser muy diversa de cada una de ellas. Por esto es que El, que lee muy a las claras en la conciencia de cada uno, hace que cada uno se revele y confiese que no quedan en sí escondites ni tapujos. Entonces castiga y vindica con la mayor de las equidades, primeramente al responsable directo y exclusivamente a él, y en el lugar y la sazón que más convienen y donde duela más y claramente entienda ser castigado con una acritud mayor que la que pudieran desearle sus más enconados enemigos. ¡Oh, cuán temeroso es aquel Juez en cuyo tribunal cada uno de los acusados se juzga sin esperar la publicación del veredicto y que castiga no en lo externo; es decir, en el vestido por el hombre, sino en el propio y más sensible punto neu-rálgico.

Cristo, que es nuestro Adalid y nuestro Padre sapientísimo, advierte a sus soldados noveles y a sus hijos muy amados que teman y eviten este peligro. Esta significación tienen estos avisos y divinos mandamientos: *No temáis a aquellos*

que matan el cuerpo y cuando le han matado no les queda otra cosa que hacer; temed a Aquel que después que ha dado muerte al cuerpo, puede enviar el alma a la gehena. ¡Acaso quieres tú, o si te ofreciera opción podrías elegir más indicado vengador de la ofensa que tanto te dolió, ni más sabio que ve con tanta claridad lo que ha merecido cada uno, ni más justiciero, puesto que quiere, ni más poderoso, puesto que puede castigar? Abstén, pues, tú tu mano de la venganza que por razones de la mayor trascendencia, como ves, sustrajo a tu iniciativa el Señor de todo sobre tu consiervo. el Padre de todo de tu hermano el Príncipe de todo de tu conciudadano. Tampoco las leyes civiles permiten que un particular se tome por su mano la justicia de un particular y se venga, sino que remiten el castigo al príncipe, y, con todo, el príncipe, que también es hombre, debe dictar justicia entre los hombres. ¡Cuánto más intolerable es que un mortal arrebatase a Dios la vindicta y que la necesidad humana prejuzgue el examen divino, puesto que Dios se la arrancó al hombre de las manos, no de otra manera que un anciano arrebatase el hierro homicida a un niño o un hombre cuerdo a un loco furioso. Por todo esto no es menor fechoría que cause daño el ofendido o que le cause el ofensor.

Grave y santamente dice Quinto Florente Tertuliano: *¡Qué diferencia hay entre el provocador y el provocado sino que a uno se le sorprende en el maleficio antes y al otro después? Y a pesar de todo, uno y otro, ambos a dos, son reos de ocasionar daño al hombre ante el Señor, que prohíbe y condena toda maldad. Ningún orden de prelación hay en la maldad, ni el lugar sepa-*

ra lo que une la similitud. Absoluta es la prohibición de volver mal por mal. Un hecho igual tiene mérito igual. Esto dice Tertuliano.

Y no es a las manos solamente a quienes les está vedada la venganza, sino a las palabras, a los ojos, a los ademanes, a los gestos. Todas estas manifestaciones, el varón prudente y sagaz en el mundo las tiene sujetas a la templanza y al comedimiento, y las tiene sujetas a Dios el cristiano que no está al acecho de las ocasiones como aquél, ni observa los tiempos astutamente, sino que espera con paciencia y simplicidad el día del Señor, como en el Apocalipsis de San Juan se manda que hagan los santos mártires. Acerca de este punto escribe San Cipriano:

«Harto bien sé, hermanos muy amados, que son muchísimos los que bajo el peso de grande injusticias o por despecho contra los que en ellos se enconan y encarnizan, suspiran por una rápida venganza, y eso yo no lo debo callar en esa crisis extrema engolfados como estamos en medio de los alborotados remolinos del embravecido mar del mundo. En ese arréciar de las persecuciones de judíos, de gentiles y herejes, esperemos con paciencia el día de la venganza y no nos apresuremos con nuestras quejas impacientes a la satisfacción de nuestros amargos rencores, puesto que está escrito: *Esperame*, dice el Señor, *el día de mi resurrección, en prueba de que mi juicio será para las congregaciones de las naciones, para encararme con los reyes y derramar encima de ellos mi enojo.* Esperar nos manda el Señor y aguardar con paciencia robusta el día de la venganza venidera. También en el Apocalipsis habla de esta manera: *No selles las palabras de*

la profecía de este libro, pues el tiempo está cerca. El que daña, dañe aún, y el que está sucio prosiga ensuciándose, y el que es justo hágase justo todavía más e igualmente el santo, sea aún santificado. Mirad que vengo luego y traigo conmigo mi galardón para recompensar a cada uno según sus obras. Según esto, también a los mismos mártires que levantan dolientes alaridos, en su vivo anhelo de venganza, se les manda que esperen con paciencia la consumación de los tiempos y el cumplimiento de su número.» Dice aún:

Y cuando hubo abierto el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los que fueron muertos por la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. Y clamaban en alta voz, diciendo: ¡Hasta cuándo, Señor santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre de los que moran en la tierra? Y fuéronles dadas sendas ropas blancas y fuéles dicho que aún reposasen todavía un poco de tiempo hasta que sus compañeros siervos fuesen cumplidos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos. Todo esto de San Cipriano.

Aun cuando ellos no sienten el cordial deseo de venganza que la sevicia de los impíos para con ellos parece merecer y pedir, todas estas cosas fueron dichas en el mismo tono y figura con que se dicen en numerosos pasajes de las Sagradas Letras, con el fin de acomodar a nuestra manera de expresión y comprensión aquellos afectos, atribuyéndolos a personas que tales cosas hicieron o tales vejámenes padecieron. El buen ciudadano y el varón prudente en este siglo, están con las manos atadas por la ley; tienen la palabra y todos los ademanes mediatizados por el juicio ajeno y por la

crianza y deferente cortesía; pero en cambio, tienen el espíritu independiente y suelto, y a él no llegan ni los hombres ni las leyes humanas. El cristiano, a su vez, tiene el espíritu tan sujeto a Dios como el ciudadano probo y el varón prudente tienen sus manos o su semblante sujetos a la ley y a los ojos de los espectadores. Así que los mismos que están vedados de tomar la venganza por su mano, lo están igualmente de deseárselo en su ánimo. Ante las leyes divinas, ¿qué diferencia va en que uno haya hecho o haya querido hacer? Si la ley humana declara ser un delito la venganza directa y personal, no lo será menos el íntimo deseo de tomarla a los ojos de Aquel que ve más sagazmente en nuestro interior que nosotros vemos nuestras propias manos y nuestras obras exteriores. No tienen los cristianos las manos inquietas; no tienen esos hombres espirituales el ánimo cruel, puesto que refieren todos sus actos a los ojos de Dios, que es espíritu puro, y espectador y censor de los espíritus. Obligación harto más estrecha tienen, pues, de tener sus ánimos más mansos y mejor domados y criados que sus manos. *Aprended de mí*, dice Aquel que es perfecto, dechado de la vida humana, *que soy manso y humilde de corazón*. No execran con la lengua, pero tampoco con la voluntad. Quien en espíritu y deseo anhela venganza, la tomaría si estuviese en su poder. Lo que no es lícito, debe imputarse a la facultad, no a la voluntad. Tú lo deseaste tanto como aquel que infirió daño real. Ante quien mira las obras exteriores tienes excusa; ante quien mira el espíritu, no la tienes. ¡Muy lejos andan de la cristiana mansedumbre esos espíritus sañosos! Piden al Padre común que no se enoje con ellos, y por la culpa

ajena recuerdan la suya propia, no sea que mientras persiguen la errata ajena, pongan la suya al descubierto.

Reconocen, pues, su propia imbecilidad en la imbecilidad ajena, y compadécense a una de sí mismos y de los otros cuando ven que, de la común flaqueza y de la respectiva impotencia de sus espíritus, mientras ellos causan daño, nosotros pensamos en represalias. Y así es que, compadecidos de sus enemigos, ruegan al Padre que encienda luz en sus mentes y dé firmeza y robustez a la afligida y quebrantada debilidad humana. De ello tenemos un conspicuo ejemplo en el Hijo de Dios, quien, en su divina agonía, tras tormentos tan fieros y tan insufribles vejaciones, rogó a su Padre que perdonase a aquellos de quienes tanto padecía. Muchos fueron después los que imitaron este ejemplo, de los cuales no queda memoria escrita; mas del diácono Esteban queda constancia en el libro de los *Hechos de los Apóstoles*. De esta conducta no solamente provienen ventajas a aquel por quien se ora, sino que el fruto mayor corresponde al orante, al no rogar solamente para sí, sino por la común debilidad de ambos. A la vez que se acuerda de sí, se abre y se facilita un camino para la gracia y el favor de Dios, quien ha manifestado que jamás se congraciara nuevamente con nosotros si nosotros, previamente, no nos hubiéramos reconciliado con los hombres, no fingida ni hipócritamente, no para un tiempo previsto, no para un lugar determinado, sino con absoluta buena fe, sin reserva mental alguna, con todo el corazón, con toda el alma. Palabras son del Oráculo divino, que el *Padre Celestial no nos perdonará, si cada uno de nosotros no perdonare*

a sus hermanos del fondo de nuestros corazones. Quiere que entre todos los hombres se imponga la mutualidad de la paz, de la concordia, de la bienquerencia, de la caridad, pues aquel Hijo unigénito que el Padre ofreció a la reconciliación del linaje humano y de todo cuanto hay en la tierra y en el cielo derribó la pared medianera y unió en sí ambos muros, y se hizo piedra de esquina y clave de todo el edificio. Aquel que por aquellos que edificaban según el sentido y los apetitos humanos, y no según la sabiduría y la voluntad de Dios, fué muchas veces rechazado y reprobado, y aun lo es todavía.

En el principio, la Naturaleza verificó entre los hombres la unión que la malicia disolvió. Más tarde buscaron los hombres algunas motivaciones para restablecer la union entre los individuos humanos; a los unos, por comunidad de ciudadanía; a los otros, por comunidad de religión; a los terceros, por la sangre o la afinidad electiva, por pactos y alianzas, por gremios, por colegios, por asociaciones o confradías. Pero acontecía que los mismos lazos que unían a los unos, desunían a los otros. Los que estaban ligados por vínculos de ciudadanía conceptuábanse como aislados por las murallas que los separaban de las otras ciudades; los que estaban unidos por los vínculos de una misma fe, alejábanse de los otros que profesaban religión distinta. Y así el gentil era un extraño para el judío por causa de los sacrificios y ceremonias propias de cada uno, y el griego lo era del bárbaro, por la nacionalidad; el ateniense, del lacedemonio, por sus urbes respectivas; el hispano, unido al ítalo por alianza, estaba distanciado del cartaginés precisamente por esta misma alianza. To-

das estas diferencias se incrustaron en el linaje humano por la culpa del viejo Adán. Mas el Adán novel, limpio de todo pecado y enviado del cielo por Dios, derribó todas aquellas cercas, anuló todos los términos y lindes; estableció al hombre en aquella su condición primitiva. El era el Padre y Príncipe de todos y con su sangre consiguió que todos los hombres se incorporasen en la misma ciudadanía, en la misma religión, en la misma final bienaventuranza y que cesase toda distinción entre los hombres y que todos fuésemos una nueva y única creatura en la cual no hubiese diferencia de nacionalidad, ni de raza, ni de condición, ni de estado, sino que fuésemos miembros de un solo cuerpo, identificados por una mutua bienquerencia y sentido único. Esforzóse Cristo porque este empeño cuajase entre los suyos, rescatados ya de la servidumbre del pecado y por mediación de su sangre, restablecidos a la gracia del Padre, y vió que podía hacerse con suma facilidad de una manera sola, a saber: queriéndose los hombres entre sí y viviendo en unanimidad y comunión de vida. Por esto fué que no dió otro mandamiento que el del amor recíproco. Muchos dogmas tiene la filosofía humana; muchas leyes el gentilismo; de ceremonias, preceptos y mandatos tiene Moisés un cuento sin cuento. Quien no ama, ha menester muchos avisos, preceptos, dogmas, leyes, amenazas, terror, blanduras y halagos, porque se determine a hacer bien, y muchas puntadas ha menester esta ropa vieja; pero si se allega el amor, que, a manera de fuego consume y purifique todo lo nocivo y vicioso, el amor sustituirá con ventaja cualesquiera leyes que puedan excogitarse y dictarse.

Así que es muy breve esa orden única de Dios, sumamente sabio y que todo lo hace con la más expeditiva naturalidad, pero, también, de muchísimo poder y de eficacia incontrastable. *Este es*, dice Cristo, *mi mandato: que os améis los unos a los otros*. Dicho esto, como cuando el chantre preludió la antifona, surgió un admirable concierto de voces, las del innumerable coro de sus seguidores, que no hacían resonar más palabras que amor, caridad, benevolencia, concordia, paz. ¿Qué otra cosa son los Evangelios, los escritos de los Apóstoles y de los Santos Padres, que proclamas de caridad, exhortaciones a la caridad, llama de amor viva y salubérrima, muy semejante al fuego del cielo? Esto quiere, esto manda Dios, que el hombre ame al hombre por el mismo hecho de ser hombre; que no atienda a su raza ni a su condición, sino a la Humanidad y a Dios. Quienes siguen esta norma son, en definitiva, los israelitas de Dios, bien amados del Señor: *¡Paz sobre ellos!*, como dice San Pablo. El judío amaba a su hermano el judío, pero en tan alto grado ajeno de los gentiles, que los maestros y doctores de su ley no vacilaban en añadir el dogma del odio a muerte al enemigo. Mas Nuestro Señor, como Padre de todos los hombres, fundiéndolos a todos en su amor de Padre, reconcilia a los unos con todos los otros, como hermanos entre sí. Y quiere que todos tengamos tanto afecto para con todos como lo tuvo El mismo, que vino al mundo por amor de todos, y cuanto estuvo en su mano a todos los volvió a la salud y a la vida, amigos, enemigos, conocidos, de la misma tribu, del mismo municipio, paisanos, extraños, si es que se puede decir que puede haber algo extraño a aquella su naturaleza,

que lo abarca todo. Interrogado Sócrates de dónde era, respondió: *Del mundo*. Esto mismo respondieron Anaxágoras, Demócrito, Diógenes. ¿Será que esos hombres que, mirando por un resquicio muy estrecho, alcanzaron a ver un lustre pálido, considerarán a los hombres como conciudadanos suyos y no los mirará como tales quien sabe que todos tienen un Padre común que bajó a la tierra para reconciliar a Dios con los hombres y amistarlos a ellos entre sí? Por esto es que aun a aquellos que están fuera de la Iglesia y de la comunión de la gracia del Cuerpo de Cristo, no les deseará el cristiano, ni revés, ni muerte, ni infortunio. ¿Qué linaje de barbarie es pensar que, en suma, consiste la cristiandad en profesar execración al turco y a los otros hijos de Agar? ¿Y se tiene por mártir quien degolló a muchísimos de ellos, como si esa triste faena no pudiera hacerla mejor el más bellaco y cruel de los ladrones?

Hase de amar a los turcos, que no por ser turcos dejan de ser hombres. Hanlos de amar aquellos que quieren obedecer a la voz de mando: *Amad a vuestros enemigos*. Por ende, les desearémos bien, cosa que es propiedad del verdadero amor y les desearémos el bien único y más codiciable, el conocimiento de la verdad, que jamás conseguirán con nuestros insultos y nuestras maldiciones, sino por el mismo camino por donde nosotros la alcanzamos, por la palabra y la obra de los Apóstoles, con razones congruentes a la naturaleza y al ingenio humano. con integridad de vida, con nuestra modestia, con nuestra templanza, con nuestras costumbres intachables, con que nosotros nos adelantemos a traducir en nuestras conductas la bondad de los dogmas que

profesamos, no sea que nuestra fe tenga el mentís y la desautorización de nuestra vida.

Y no solamente profesaremos este afecto entrañable para con aquellos impíos que ningún mal nos hacen, sino, también, para aquellos otros que nos persiguen y nos afligen. Esto es lo que pide la ley natural, esto los mandamientos de Cristo, esto, la imitación de nuestro Padre que está en los cielos; esto, en suma, demanda nuestro propio interés. Y, en efecto, ¿qué cosa hay más inspirada en la razón y el derecho de la naturaleza, que el que cada uno se conduzca para con los otros como quisiera que los otros se condujeran consigo? Pues bien: nosotros queríamos que nos amasen aun aquellos mismos a quienes profesamos odio capital, y que a nuestra malquerencia correspondiesen ellos con benevolencia, puesto que nos quejamos de que nos infirieron injuria aquellos a quienes tenemos el más crudo de los aborrecimientos si no nos han hecho servicios de los que únicamente se prestan los amigos más estrechos. Y si ése es nuestro sentir por lo que respeta a nosotros, ¿quién duda sino que violamos los derechos y las leyes de la Naturaleza si nosotros no nos portamos con ellos de la misma manera? Cristo, para persuadirnos de esto con mayor eficacia, nos propone el ejemplo, no de la filosofía humana, sino de la naturaleza divina, que no odia nada, sino que es bienhechora con sus más enconados enemigos. Dirá alguno: Dechado sublime en demasía y que no es fácil lo pueda reproducir la humana flaqueza. Si el fin de nuestros deseos es alcanzar aquella felicidad perdurable que, en puridad, no consiste sino en unirse con Dios y ser una cosa con El, no puedes unirte e identificarte con

El, si previamente no te haces a El muy semejante. ¿Y esperas tú, acaso, hacerte una sola cosa con Dios en semejanza tan grande y en tanta discrepancia de querer y de sentir y en tan radical diferencia de obras? Sola y señera la caridad nos unirá con El, pues no puedes ser semejante a Dios en poder, ni en sabiduría, ni en obras infinitas; pero en caridad sí que puedes y por ella sola llegarás a El. Y si El tiene una caridad tan larga y tan efusiva que abraza a amigos y a enemigos y hace salir ese sol suyo de quien tantos provechos recibimos y extiende su amigable manto regio sobre los buenos y los malos y reparte el tesoro de su lluvia sobre las heredades de los justos y de los injustos para que produzcan panes y alimentos; y tú, en cambio, tienes una caridad tan escasa y tan ruin y, por lo mismo, tan maligna, que quieres amar a solos tus amigos, cosa que también hacen los paganos y los criminales: ¿en qué esperas poder ser imitador y trasunto de aquella Naturaleza divina para poder unirte con ella para la inmortal bienaventuranza?

Esto hizo Cristo, esto sus Apóstoles y Mártires, sabedores de que no había cosa que más los aproximase a la majestad de Dios topoderoso, por manera que desde aquellas avanzadas fuese más breve el salto para la unión con la Divinidad. ¿Dónde están aquellos que dicen ser actitud hermosa y gallarda la de no perdonar, la de tomar venganza del enemigo, la de macerarse de ira, la de regoldar despecho; de donde nacieron aquellos aborrecibles apotegmas griegos: que la ira varonil sabe a mieles y que es sabrosa la venganza contra aquel que dañó primero? ¡Oh desvario excepcional! ¿Acaso puede algo tener más hermosa

y gallardía que lo que más se asemeja y aproxima a la soberana naturaleza de Dios, que es fuente, origen, dechado, regla y criterio de toda cuanta criatura existe bella, grande y admirable? ¿Qué cosa hay más propia de él que compadecerse, perdonar, usar de una clemencia y benignidad increíbles aun para con los enemigos, aun para los ingratos? Esto es propio de su grandeza, la no voluntad de tomar venganza, pudiendo tomarla y abrumar y sumir todas nuestras ofensas en su sublimidad y anchura, porque ni se sientan ni existen. Y al revés, es de ánimos pequeños y ruines quererse vengar e intentarlo, aun no pudiendo llevarlo a vías de hecho, con lo cual no hacen más que demostrar un deseo tan malicioso como inútil. En Ausonio, poeta galo, hállanse dos versos que, según escribe, son expresión de un sentir de Biante:

*¿Cuál es la obra del prudente?
Pudiéndolo hacer, no causar daño.
¿Qué es lo propio del necio? No poder y querer causar daño.*

Esto lo vemos no solamente en Dios y en Cristo, su Hijo, Dios también, sino aun en los santos, quienes habiendo recibido de Dios aquel grande y maravilloso poder de sanar enfermos, resucitar difuntos, de dar muerte a los pecadores empedernidos y entregarlos a Satanás, jamás intentaron desviarle contra aquellos que les infligían tantos ultrajes y tantas injurias. Y no solamente no intentaron dañarles, pero ni siquiera lo desearon ni fulminaron contra ellos maldiciones. No eran éstas las enseñanzas que habían recibido del Divino Maestro. Otra era su técnica de pelear y de vencer, a saber, aquella misma de Cristo, su Caudillo invicto, aquella misma de Dios, Señor de todo: imponerse a todo a fuerza de sufrir

mientos y de paciencia y mediante el bien de la gracia divina triunfar de la malicia humana. Esto es propio de un alma grande y muy semejante a Dios. No poder soportar una palabra o una injuria es tan propio de un espíritu grande y recio, como lo es de un estómago grande y valiente no poder digerir un bocado de pan o de queso. En esta parte, no hay similitud más justa que la del ánimo con el estómago, pues a uno y a otro se aplica el devorar y el digerir, por manera que se puede pensar lo mismo de las fuerzas y robustez del ánimo y del estómago.

¿Y qué más diré si el cristiano no mira a sus enemigos y perseguidores con otros ojos que el varón fuerte los trabajos, materia ubérrima de su gloria? *¿Por qué—dice Cicerón—Milón iba a odiar a Clodio, cosecha y cebo de su gloria?* ¿Es que pensamos que mejora poco al hombre la persecución de los hombres? ¿Qué trueque tan grande y tan rico ese de aparejarse una gracia y benevolencia particular de Dios todopoderoso con la paciencia en sostener el odio de los hombres!

Cuando San Pablo sentíase hostigado más de lo que él quisiera por el aguijón de su carne, tres veces rogó al Señor que le librase de aquella acucia, y se le dió esa respuesta: *Bástate mi gracia; porque mi potencia en la flaqueza se perfecciona.* Así que lo hubo oído no miró ni interpretó aquellas molestias sino como una suerte de imán y atracción del favor divino y téñalas por la más dichosa de sus venturas que le preparaban la posesión de tamaño bien. ¿Cómo podía él odiar sus flaquezas de quienes dice que son su gloria, porque veía que eran ellas las que le abrían el acceso al favor de la Divinidad? ¿Por ventura en cada uno de nosotros no son más

fieras y atroces las flaquezas y aguijones de su propia carne que los enemigos exteriores? Por esto es que el cristiano no les tiene ojeriza, sino que las abraza con efusión, como trabajos que son a quienes está reservada tan copiosa recompensa. ¿Írá, pienso yo, a odiar a los hombres, sabiendo que por sufrirlos y amarlos está propuesto para premio tan glorioso, y para tan recio castigo si los aborrece, si les tiene aversión y antipatía? No tenga ninguno de nosotros flojedad ni ninguna suerte de cobarde indulgencia en odiar los vicios, no los hombres, por no avanzar en este punto más de lo que procede, no sea que por no distinguir con la suficiente discreción, odie a los hombres mientras piensa odiar a los vicios. En este punto se ha de tener harta prudencia y mucho tino; los que no los tuvieren, harán mejor no odiando los vicios de los hombres, sino compadeciéndose de ellos y aplicando a la flaqueza común la tolerante indulgencia de que él mismo está necesitado.

CAPITULO XIII

GRANDEZA DEL AMOR QUE DEBEMOS PROFESAR A LOS CRISTIANOS

Si de consuno la naturaleza humana y Jesucristo y Dios preceptúan el amor a quienes están fuera de la Iglesia, es hora ya que pensemos cuál conviene que sea nuestra disposición para con aquellos que son miembros de aquel mismo cuerpo de quien nosotros lo somos también. Entre éstos, la disensión y el odio equivalen al desquiciamiento absurdo que se operaría en nuestro cuerpo si el morcillo se divorciase de la mano o el dedo riñera con el ojo. Gozará de los bienes y ventajas

de esa buena inteligencia como el ojo si tuviera sentido, se aprovecharía de los servicios de la mano o del pecho, y se dolerá de sus males, como al ojo le dolerán el daño y la tortura del pie. No con menor armonía y concierto se inició y fué creciendo el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, como el cuerpo de cada uno de nosotros. Jesucristo, de la sociedad y unión de todos los suyos, hizo un solo cuerpo, de quien El se constituyó en cabeza y animóle todo con su amor vívido y ardentísimo. De este cuerpo místico la caridad es el más robusto aglutinante, y de la salud de la cabeza le viene una vitalidad mayor que en el cuerpo de cualquier animal no lo son el alma y la sangre, y de aquel fuego santo y celestial difunde por todos los miembros de este cuerpo una sensibilidad más aguda y más fina que el espíritu y su continuidad en el animal.

Con todo, los hay que dicen no experimentar esta sensibilidad. No es ello cosa de admirar, privados como están del calor y de la vida del cuerpo. Tampoco los miembros muertos en el ser animado, carentes de vida y de calor, no sienten las afecciones de los otros miembros corporales. La más convincente demostración de que una parte está muerta es el hecho de que no reaccione ante el sufrimiento de las otras. Ello quiere decir que ha quedado rota aquella armonía a través de la cual la sensibilidad se insinúa por todo el cuerpo y penetra en todo él. En el orden del amor humano, ¿no es más vivo en el amante el afecto de la cosa amada que el de sí mismo? ¿Quién no conoce aquel rasgo ejemplar de Arria, esposa de Peto? Determinada la esposa a morir con su marido y habiéndose con el puñal producido una he-

rida en el seno, sacóse el puñal, y ofreciéndolo al marido: *No me duele, Peto, esa herida; la que tú te producirás, ésa sí que me duele.*

¿Para qué he de mentar a Epaminondas, a Lisánias, a Bruto, a los Decios y a tantos y tantos otros héroes y caballeros de la fama, quienes porque con amor exclusivo amaban a su patria y a sus conciudadanos, deponían la vida por la patria con agrado? Llena está la Historia de estos ejemplos; pero cada día también la vida pone delante de los ojos casos de igual ejemplaridad: padres y madres que al morir sienten más viva la preocupación de sus hijos que de sí mismos. ¿Y qué más si en la misma condición brava de las fieras y en aquel inflexible rigor de su instinto, el amor despliega y demuestra idéntica fuerza? Vive en el amado el amante, no en sí; vive en él el amado, no él mismo.

Oigamos al Doctor de las gentes y Maestro de las Iglesias, encendido y abrasado con tantas llamas de caridad que casi quedaba fuera de sí mismo. *Vivo—dice—yo, pero ya no yo, sino que es Cristo quien vive en mí.* Y El mismo enseña a los otros cómo *Cristo padeció muerte por todos y luego volvió a la vida, porque ninguno de los que hubieren seguido sus pisadas viva ya para sí, sino para el mismo Cristo.* Y si tan grande es la sensibilidad insinuada y difundida por aquellos muertos que no son cadáveres arrecidos por el frío del pecado, sino que, vitalizados por aquel calor saludable alientan, mantienen su fuerza y su sensibilidad, ¿cuál y cuán sensible no puede menos de dejar de ser el dolor de cada uno de los miembros cuando alguno peca, esto es, se extingue y como se encanija, apartado del cuerpo? Cuán ansioso y solícito es el verdadero amor, que hace de-

cir al mismo Apóstol: *¿Quién enferma y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza y yo no me quemó?*

Y este mismo Apóstol, ¡con cuánto ardor y con cuánta frecuencia y con qué espíritu exhorta y empuja a los suyos a la paz, a la concordia, a la caridad, a la unión del espíritu y del sentido! Y así como aquella armónica trabazón de nuestro cuerpo hace que la enfermedad y mordedura del dolor afecten a todo el cuerpo, cualquiera que sea y por más pequeña que sea la parte separada del corazón, de la cabeza, de los órganos vitales, pues sufre el hombre todo por un panadizo o por un callo, así también en la Iglesia maravillosas son la coordinación y ensambladura de todas sus partes, por manera que cada una de ellas es objeto del mismo desvelo que las partes vivas del ser animado; o, mejor, no hay ninguna que, separada de las otras, tenga sensibilidad individual, sino que cada una es el resultante y la mezcla de todas, no de otra suerte que un pan es el conjunto de tantos y tan pequeños granos de trigo molido, o el vino es la síntesis de tantas y tantas uvas prensadas. Esta unidad así conseguida es una de las muchas razones y no de las de menor cuantía por las que Nuestro Señor Jesucristo instituyó el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, precisamente bajo las especies eucarísticas del pan y del vino. Con ello, a mayor abundamiento se consigue en ese cuerpo de la Iglesia un gran intercambio y comunicación de bienes y una como transvasación y trasiego de los unos a los otros. También los daños y las incomodidades, como por una suerte de contagio, se pegan de los unos a los otros. Enójase Dios con aquellas colectividades en las que hay mayoría de malos, y se muestra propicio

con aquellas en las que la mayor parte son buenos; aflige a los inocentes por los culpados y perdona a los malos en gracia de los buenos. Tan estrecha es la participación de los miembros en las ventajas y en los inconvenientes.

Esta es, en fin de cuentas, la verdadera caridad que de tal manera une a los que se quieren, que hace de ellos una sola cosa, verificando aquella unión que Cristo pedía al Padre, a saber: que todos fuésemos uno, como El y el Padre son uno, y que cada cual mirase a su prójimo no con otro ánimo ni con otros ojos, ni con otra mira y criterio con que se mira a sí mismo. Esta es la sola caridad verdadera, la única que merece aprobación a los ojos de Dios, que no puede prendarse de aquellas cosas que engañan los ojos humanos, a saber, por la hueca y vana apariencia de las cosas. Por eso se da el nombre de caridad cristiana a la que no es fingida ni simulada, que no se embadurna con afeite ni aderezo alguno que no sea su propia y simple hermosura, o traída solamente porque se muestre y se vea, siendo así que la realidad es harto diferente de las apariencias. Puesto que todo se refiere a Dios, que es un espectador insobornable, no tiene asidero alguno la esperanza de engaño o de embeleco. No tiene el malo escape posible. ¡Y cuánto consuelo tiene el bueno! Tiene el bueno sobre sí la cariñosa mirada insistente de los ojos de Dios, en cuya aprobación confía, y puesto que a ellos les complace, ya no tiene que buscar ninguna otra cosa. Vuélvase el malo y el astuto donde quiera, siempre se le ve, no puede esconderse, se le sorprende, se le coge. Y aun cuando consiga con muy finas sutilezas ocultarse metiéndose en escondrijos o desapareciendo entre

polvaredas, con todo jamás podrá eludir su propia conciencia, no menos que despojarse de ella, único testigo de que se vale el eterno Juez. Que ninguno se engañe a sí mismo o cierre sus ojos al estilo de los niños creyendo que, porque, él no ve, tampoco se le ve. Puro, por tanto, y simple debe ser aquello que la mente y la justicia divina contempla y ha de juzgar. Si presentado al tribunal en concepto de reo, no puedes engañar al juez que ha de dictar sentencia de ti y de tu cabeza, ¿de qué te aprovechará haber engañado a los asistentes al juicio? Inspiradas por aquel gran encendimiento y combustión interior de la caridad, idénticas son las obras para con los otros que las de cada uno para consigo mismo, pues nadie es menos hermano del prójimo que lo es de sí mismo. ¿Quién se enoja consigo mismo con enojo mortal? ¿Quién, a sabiendas y con plena conciencia, disiente de sí mismo? ¿Quién desea tomar venganza de sí? ¿Quién, haciendo lo que hiciere, no quiere que se le tome a las buenas como él, en efecto, se toma a sí mismo? ¿Acaso cada uno no se ayuda a sí mismo y desea ser por los otros ayudado de palabra, de obra, con socorro pecuniario, si es menester, en fin, por todos los caminos lícitos y posibles? Estas son, dice San Pablo, las obras de la caridad: *La caridad es sufrida, es benigna; la caridad no tiene envidia, no hace sinrazón, no es hinchada, no es ambiciosa, no busca sus provechos, no se irrita, no piensa mal; no se huelga de la injusticia, mas huélgase de la verdad; todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.*

Aquello mismo que obra en cada uno, aquel amor encendido por el cual cada uno se perdona a sí mismo fácilmente y tiene para con sus

faltas una indulgencia harto explicable, esto mismo obrará si se manifiesta afuera, como debe. Las molestias, los ultrajes, las injurias que pueda el uno inferir al otro quedarán consumidas sin resquemor ni despecho alguno, por aquel fuego abrasador, no de otra manera que unas tenues gotas de agua en un incendio bravo. De ahí resultara que el amor sincero y verdadero, que una vez el pecho de cada uno concibió, jamás se apagará en lo sucesivo, puesto que nunca le va a faltar combustible ni podrá ser desalojado por otro sentimiento, porque la primera llama será siempre la más poderosa, y, como dice el proverbio consabido, todo lo vence y lo arrolla. Esto dió a entender aquel sabio tan sagaz, quien, luego de haber examinado la naturaleza del amor, pronunció esta sentencia definitiva: *Amistad que pudo terminar, jamás fué verdadera amistad.*

Menester es que sea muy santa y muy augusta aquella fuente de donde vemos manar tan sagrados arroyuelos. Y si éstos son infaliblemente los efectos y las obras características de la caridad, cuán claramente quedamos convictos de que no poseemos de la caridad ni la centella más leve y que usurpamos el mismo nombre y profesión de cristianidad, puesto que aquello mismo que cada uno de nosotros recibió del Padre, Distribuidor de todos los bienes para el disfrute común, dado que no somos más que dispensadores de las dádivas de Dios, lo escondemos tan avariciosamente y lo sustraemos apartándolo de los otros, hasta el punto de dar a entender que estamos persuadidos de que aquellos bienes son propiedad exclusiva del que los posee y que entre cada uno de nosotros existen distancias astronómicas. Los hay a quie-

nes Dios dotó de riquezas. Los hay a quienes dotó de fuerzas, de poderío, de prudencia, de consejo, de letras, de influencia, de autoridad. No hay ninguno que no se reserve esas ventajas para sí y reclama su propiedad exclusiva. A gritos, dice el opulento: ¡Mío, mío! Quien tiene instrucción no enseña, sino por la paga, con desgana notoria y ganándose la antipatía de los discípulos. Los prudentes, con egoísmo odioso, piensan que su deber consiste en mirar todo lo ajeno con indiferencia, ir a lo suyo, mirar por sus conveniencias, esquivar todo contacto, encerrarse en su torre de marfil y hundir todo pensamiento en su propia intimidad. Quien goza de influencia o de autoridad, no la utiliza para el bien de muchos, sino para su propio provecho y alabanza. Dios, que repartió sus dones con tan magníficas manos, manda que demos de balde lo que de balde hemos recibido. Y el hombre, que lo recibió en sus adentros, piensa: Todo esto es mío. Si diere de ello parte, quedará menos para mí. Y lo esconde, y lo encierra, y lo defiende con el hierro, con la fuerza, con las leyes.

¿Quién puede recordar sin duelo muy amargo el cuento sin fin de ignorantes, como hay en el pueblo cristiano, a quienes las personas ilustradas dejan en su ignorancia y en su yerro? ¿Cuántos imprevisores e incautos, por cuyo bien nadie mira, y descaminados como andan nadie se preocupa de volverlos al buen camino? ¿Cuántos niños abandonados a su cerrilismo primitivo sin crianza para cuya educación e instrucción nadie se dignaría ni siquiera mover un dedo? ¿Cuántos menesterosos, a quienes nadie ayuda? ¿Cuántos pordioseros con quienes se tropieza a cada paso y a quienes

nadie socorre? Esa avarienta abstención nuestra, ¿qué otra cosa significa, qué otra cosa es exponente inequívoca esa ruin actitud, sino que nosotros no hacemos más que retenerlo todo egoístamente, que nos hemos desentendido por completo de ese deber de humanidad, que no existe entre nosotros la obligada solidaridad de miembros del cuerpo místico de Cristo, sino que cada uno tira por su lado y tiene su opinión particular, que se va a su propio negocio, que tiene la mira puesta en sí exclusivamente y no en Cristo que, siendo uno, es común a todos, que no hay en nosotros aquel espíritu de mansedumbre de Cristo que busca no sus provechos, sino los ajenos, que todo lo sobrelleva en silencio, que mira por el bien de todos y en cuanto está en su mano lo procura; a nadie juzga sino a sí mismo, por no ser juzgado del Señor? Y, contrariamente, ese espíritu nuestro altanero y contumaz, en cada uno interpone su juicio, no acercá de sí mismo, sino de los otros; y de ahí proviene la soberbia, la arrogancia, el desdén del prójimo; y de ahí rencillas, enemistades, odios mortales. ¿Qué intolerable indignidad no es para un siervo juzgar de otro siervo que es su igual; que el ciego juzgue de lo que no ve, y el ignorante, de lo que no sabe, anticipándose al juicio de Dios, que es el justo y el definitivo! ¿Qué es eso de juzgar a otro, si permanece con nosotros el espíritu ajeno, sin explorar? Tú, que ignoras tu propio espíritu, ¿presumes sondear el ajeno? ¿Por qué voy yo a menospreciar a un compañero, a oscuras como estoy, de si él es mejor o es peor que yo? Vivimos en esta vida como en la corte y el cortejo de algún poderoso príncipe, donde los más significados y de preferente estimación no son

los que se distinguen por la nobleza de su sangre, ni los que poseen mayores riquezas, ni los que visten con mayor curiosidad y gala, ni los que descuellan por su fuerza física, ni los que se aventajan en erudición y experiencia, sino los que gozan de más activa y eficaz privanza ante el príncipe. Así también, en nuestra sociedad cristiana, el bien mayor es ser agradable a Dios. ¿Y quién hay que pueda determinar con certidumbre respecto de sí mismo y, cuanto menos, respecto de otro, hasta qué punto le es agradable? No tiene el hombre razón alguna de engrimiento de sí mismo ni de menosprecio de su hermano. *Los hay justos y los hay sabios, dice Salomón, y sus obras están en la mano de Dios y no sabe el hombre si es digno de amor o de odio.* El apóstol San Pablo, luego de haber examinado su conciencia y la más abstrusa intimidad de su pecho, declara no haber descubierto rastro de maldad o de crimen, pero que no por ello estaba justificado. Por eso es que se nos manda que en allegándonos al servicio de Dios, siendo tanta nuestra incertidumbre acerca del favor que le merecemos, vigilemos y nos mantengamos en un sano recelo. Con ahínco muy insistente nos recomienda San Pablo que tema la caída quien está en pie; que no menospreciemos a nuestro hermano; que no le juzguemos, no sea que nos condenemos a nosotros en aquello mismo que desaprobamos.

CAPITULO XIV

EXHORTACIÓN A LA CARIDAD

Esto que dije hasta aquí casi todo ello se refiere a esa vida temporal. ¿Y qué, si nos levantamos a la con-

sideración y a la esperanza de aquel premio que no tendrá fin o nos sumergimos en el sano temor de aquel suplicio que no conoce término? Leemos en Marco Tulio que Escipión Africano, luego que Paulo, su padre, y el otro Escipión Africano, que fué su abuelo, le hubieron mostrado aquella bienandanza que gozaban en el cielo los que habían ayudado y engrandecido su patria, les dijo: *Por lo que a mí toca, aun cuando, siguiendo nuestras pisadas, estaba animado de los mejores sentimientos para con mi patria; con todo, ahora que me habéis puesto delante de los ojos tan glorioso galardón, será mi patriotismo mucho más esforzado y vigilante.*

¿A quién no animará la contemplación de aquellos bienes? Superan aquellos bienes celestiales y no fallecederos toda expectación, toda aspiración, todo pensamiento y fantasía humana: hacerse uno con el mismo Dios, bueno, grande, bienaventurado más de lo que puede alcanzar entendimiento de hombre. Y al revés, estar separado de El comporta sufrimientos y suplicios, cuya ponderación apenas puede sostener el espíritu humano. ¡Miserable de ti! Mientras hacia allá caminas, ocupante esas bagatelas. Engrandado para bienes tan altos y nacido para esa luz soberana, haces caudal de un dinerillo o de una palabreja.

Así como para estos bienes no hay más expedito sendero que el de la concordia, para aquella infelicidad no hay atajo más breve que el de la discordia. No hay cosa más parecida y aproximada a la bienaventuranza del cielo que la concordia en la tierra, ni cosa que más se asemeje al infierno que la disensión entre los hombres. Aun cuando la discordia no constituyera ningún obstáculo para quienes corren en este es-

tadio por arrebatarse galardón de tanto precio, de todas las cosas debiéramos hacer dejación a fin de que estorbo alguno no retardase el ritmo de la carrera acelerada. Eso vemos que hicieron los verdaderos cristianos para llegar con mayor presura al término final de sus afanes. Y tú, en contraste enérgico con ellos, mientras vas corriendo hacia allá, vuelves los ojos a las pequeñas injurias, a las venganzas ruines, por manera que mientras recoges un alfiler o una cinta, dejas escapar de las manos la ocasión de alcanzar premio tan grande.

No hay ninguno de nosotros, por poco que haya andado en un cortejo real, que no haya visto muchas veces, cuando el príncipe recibe a alguno de sus vasallos en audiencia, que si por acaso un bufón de aquellos que nunca acostumbran faltar en los palacios donde se les mantiene para pasatiempo y risa le zahiere con alguna petulancia o dicacidad mordedora, le hace objeto de soberano desdén, impresionado como está por el aspecto de aquella suerte de terrestre divinidad y como embebecido en su contemplación. Y no ignora que esa actitud suya es del agrado del soberano, que ve que por respeto a él de ninguna otra cosa hace caso quien está como anonadado por la impresión que su majestad le produce y que le vuelve insensible a todo lo que no sea él. ¡Y eso, tratándose de un hombrecillo ruin, mísero, flaco, percedero! Y tú, cuando te encaminas a Dios, que es el más grande de todos los monarcas, tuercas los ojos y la cabeza y, por fin, todo el cuerpo a no sé qué airecillo, a no sé qué puñado de polvo, o de barro, o de pus, o de tabes de tu cuerpo hediondo. ¡Oh hombre de hierro, o, mejor, oh hierro sin alma y sin sentido! ¿Tienes espacio

para pensar en enemistades humanas, siendo tan aguda la crisis de la amistad divina? Perdida está radicalmente toda esperanza de salud, cuando sentimos la acucia de dolencias muy ligeras y es nula nuestra sensibilidad para las graves y pestilenciales. ¿No ves que te aparejas la enemistad de Dios si no vas a El por camino derecho, desdénando y teniendo por pura nonada todas las otras cosas? No es esto lo que claramente proclama y grita la voz de la Sabiduría divina: *Si alguno no abandonarare padre y madre y hermanas y su misma vida, no es digno de mí.* ¿De qué cosa dijo que él no era digno? Del dinero, o del vestido, o de los edificios, o de los campos, o de los esclavos, o de las riquezas, posesiones, dignidad, mando, poder, de cuyo poseedor, por más asiduas que las tenga, un azar o la muerte se los arrebatara de las manos en un instante, en un abrir y cerrar de ojos.

No; de nada de esto, sino que dijo que no era digno de Dios, es a saber: del compendio y cifra de todos los bienes verdaderos y eternos que trascienden todo pensamiento y todo deseo humanos. Digno de Dios es, felicísimo es, en una palabra, quien de tal manera vive y se prepara de tal modo que depende de Dios solo, removido todo obstáculo, amputando de sí y rechazando toda suerte de fruslerías y ni espera ni implora el auxilio de nadie, sino de Aquel sin el cual se reconoce en desamparo y desnudez, expuesto a feroces acometidas, y con el cual se siente protegido con una fuerza superior a toda lesión posible.

Ese auxilio, entiende que es el mayor y el más eficaz de todos, y que invalida y absorbe todos los demás que de hecho no existen o que en realidad más son perjuicios que

ayudas; y al mismo tiempo confía y tiene absoluta certidumbre de estar preparado a todos aquellos que recurren a él y que en él depositaron toda su confianza. El divino oráculo así se expresa: *Presto está el Señor a todos los que le invocan*. Pero a los que le invocan de veras no sólo de boca y de palabra, sino con sinceridad y con toda el alma. Y El mismo, fácilmente, recibe y admite en su reposo santo, perpetuo, y en aquella paz inviolable y en aquella morada de toda bienaventuranza, a quienes en cuanto estuvo en su mano, humilde y apaciblemente le rindieron el homenaje de su propia paz. *Tened paz*, dice San Pablo, *y el Dios de paz estará con vosotros*.

¿Qué guerra puede mover quien de tanta y tan profunda paz tiene su corazón rodeado? ¿Qué alarma puede llegar a quien está constituido en tan inmovible y continua seguridad? Esta es aquella piedra en la cual, si alguno echare el cimiento de su edificio, ni la brava avenida de los ríos, ni el flujo y el reflujo del mar, ni las borrascas hinchadas, ni los remolinos ni la violencia de los huracanes, no le dañan más que al sol o a alguno de los luceros tan altos, que no les llegan esas fieras embestidas. Las injurias de los hombres, las veleidades y calamidades del azar, la astucia y los ardidés del demonio pueden más que la bondad, el consejo, las fuerzas de Aquel que habita como en un templo santo en la paz augusta de aquel pecho. ¿Sobre quién descansará el Espíritu de la divina mansedumbre, sino sobre el humilde, el que siente bajamente de sí y guarda los mandamientos de Dios? ¿Qué es aquello que Elías ve? Un viento que descuaja los montes y que desmenuza las piedras a la presencia del Señor, y oye una voz

que dice que *no está el Señor en aquel viento*. Y luego, tras el viento, viene el terremoto, y tampoco en el terremoto está el Señor, y después del terremoto, el fuego, y tampoco el Señor está en el fuego. Y a la postre oye el silbo de un aura mansa, y en el blando silbo está el Señor, porque no es precipitado ni violento aquel a quien Dios escogió por especial morada suya, ni es cruel, ni es revolverador, ni pendenciero, ni vengativo, ni maléfico, pues del Hijo de Dios, que es Dios también, semejante al Padre e igual a El, y es uno, y en cuyo cuerpo habita la plenitud de la infinita divinidad, escribe el profeta Isaías: *No voceará ni tendrá acepción de persona ni será oída de afuera la voz de El; la caña cascada no la quebrará ni apagará la torcida, que humea*.

De esta condición y naturaleza es la sede de aquel Espíritu de suavidad que para significar su mansedumbre a los hombres tomó por símbolo la paloma, la más simple y mansa de las aves y aun de los animales todos. Este es el lugar de Aquel que *tiene su asiento en la paz y su morada en Sión*; no ya en aquella Sión armada y pugnaz, sino en estotra, quieta e inermes, que a sí misma no se venga, sino que devuelve paz por guerra y devuelve amor por odio. En virtud de ese trueque, nuestro Príncipe y nuestro Caudillo quebrantó la pujanza y el arco y la saeta y la guerra en aquella Sión esclarecida admirablemente en las montañas eternas, tan abastada de paz y tan rebosante de quietud, que quienes la habitan tuercen en arados corvos las espadas rigurosas, y convierten en torcidas hoces las lanzas agresivas, y no hay pueblo que levante su espada contra otro pueblo ni quien se ejercite para una guerra futura.

¡Salve, oh salve paz divina, que del cielo trajo al espíritu de los hombres aquel que puso paz entre Dios y los hombres, pueste que era Dios y hombre a la vez! Y es tan grande esta paz, que ni la humana sabiduría, cejijunta y arrogante, ni la riqueza con todos sus recursos, ni la fuerza con todo su poderío con que los míseros mortales toman tantos humos y, en una palabra, ni el universo mundo unido y apeñuscado, por más voluntad y empeño que en ello ponga, alcanzan a darla. Es tan inmensa esta paz y tan maravillosa, que nadie puede explicarla con palabras, y aun cuando la explicare, nadie podría creerla. Créela no más el que la experimenta, quien cató alguna vez su dulzura soberana. Esta paz realizará en nosotros lo que no puede nuestra razón debilitada y quebrantada; a saber: que ganada y conquistada la paz y la quietud interna, ya no habrá disensión exterior, que tiene siempre su fuerte y su origen en algún interior disturbio. En dondequiera reinará la paz: dentro, afuera, la paz pública y la paz privada, la paz del uno para con el otro; la paz de cada cual consigo mismo. Colegirás cuál sea la grandeza de este don del hecho de que el Señor de todas las cosas, a quien el Padre sujetó el cielo y la tierra como a Hijo suyo, por decirlo así, ya emancipado, entre tantas y tan ricas dádivas como nos dejó como a hijos suyos muy carísimos, en trance de volver a su Padre, sólo consignó en su testamento este único legado de la paz. ¿Y quién duda sino que de suyo es una manda riquísima de incalculable precio y utilidad para nosotros?

Oyeme ahora, ¡oh hombre!, quien-

quiera que seas, despojándote por un momento de toda pasión y llamando a consejo tu razón, tu mente y tu juicio: ¿No ves cómo de consuno te exhortan y estimulan a la concordia y a la paz todos aquellos que te profesan un amor singular? La Naturaleza, Dios, tú mismo, te predicar el apartamiento de la discordia, a la cual solamente te exhorta tu enemigo jurado, que es el demonio. Ves y tocas con la mano cómo todos los bienes, así del alma como del cuerpo, como de la fortuna, nacen de la concordia, y todos los males se originan en las disidencias y enemistades y en las profundidades de Satanás. Ves cómo la paz y la concordia son el camino para la felicidad eterna y cómo la disensión y malevolencia lo son para los tormentos y suplicios, que no tendrán fin.

¿Por qué con tan ávido afán te precipitas en tu propia ruina? ¿Por qué, por una causa exigua, por un impulso muy pequeño, a veces nulo, te separas, te apartas de la Naturaleza, de Dios, de tí mismo? ¿Te pasaste como un tráfuga consciente, a un enemigo que no te será amigo jamás, a unos males que ni en el presente ni en el futuro van a tener mitigación ni término? Vuelve a tí mismo, y ama a quien verdaderamente eres tú, pues si no te desechares a tí mismo y no desertares de tí mismo, fácilmente te avendrás con la Naturaleza y subirás a Dios y de ninguna otra cosa sentirás mayor horror que del odio y de la discordia, y de ninguna otra cosa serás más afanoso que de la concordia y el amor.

Brujas, 1526.

